



Círculo Rojo



# Crimen y Castigo



# Crimen y Castigo

Edición octubre 2019

Ricardo Fumanal Díaz



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2019

Depósito legal: AL 2134-2019

ISBN: 978-84-1338-107-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ricardo Fumanal Díaz

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: depositphotos

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Un texto en memoria de los que un día me ayudaron como apóstoles.

Cita: «Díjole que dábale arroz a la zorra el abad era palíndrome».

Agradecimientos a los acertijos de *Readers Digest* de Prentice Hall y a Leslie Nielsen, que sin su ayuda no habría sido posible escribir este libro.

Cita: «Se creía el pan que por ser bueno nunca se lo iban a comer».





# Capítulo 0

## LA REVELACIÓN

Es verano de 1985. Hoy me he levantado alegre e inspirado después de un sueño. Mi curiosidad, según qué aspectos, no tiene límites. Me llama la atención una revista de divulgación que habla sobre el origen del universo igual que una revista de misterio en la que se habla de cuerdas cósmicas, agujeros negros, plegamientos espacio-tiempo y curvas dimensionales. No está mal el artículo para ser una revista de tirada semanal. Quizá un artículo un poco denso para entenderlo como entretenimiento en días para salir a festejar. La empanada es máxima, así que mejor disfrutar entre amigos. Nos hemos juntado Juanillo el Gafe y David. A veces nos quedábamos mirándonos sin saber qué decir. Después de leer el artículo de la revista, en un momento en que no sabíamos de qué hablar, di una cantada afirmando que cabría la posibilidad de la existencia de universos paralelos siempre que la lógica fuera diferente, y que incluso podía atreverme a afirmar que hay películas que regresan del pasado y otras que vienen del futuro. Pasé de señalar que, si se pudiera viajar de una dimensión a otra, incluso las

leyes de la física serían diferentes y acabaríamos desintegrados en el final del viaje.

Uno me contestó: «Es como decir que no eres de este mundo». Me quedé pensativo y le respondí: «No habría manera de saberlo». Pero me vino otra idea platoniana sin darme cuenta acerca de los mundos. «¿Nunca te has imaginado que nuestros ojos sean como cámaras provenientes de otro mundo, igual que si estuviéramos dentro de otro mundo? Estos mundos podrían ser paralelos o también inmersos». Juanillo me comentó: «Lo que comentas es una locura». Sonreí cuando David respondió: «Es la idea más plasta que he oído», a lo que le respondí: «Sí, pero es original».

Han pasado varios años y es julio de 1990. Otro día de universidad en la octava planta del edificio de industriales, pasando el día entremezclando la diversión con el trabajo, siempre discutiendo al límite sobre un proyecto interminable alrededor de casos que ocurren rara vez en la vida, cosa que pone de los nervios a mi jefe de proyectos, Álvaro, un matemático argentino un tanto extrovertido, apasionado de los modelos matemáticos.

Hoy es un día poco concurrido en la octava planta y de poco trabajo, un viernes fatídico en el que, aprovechando un descanso, descubrimos el lanzamiento del año: un nuevo navegador gráfico en Internet, el Netscape 1.0, toda una novedad en el mundo de Internet.

Algo pasa por mi cabeza mientras veo ese navegador, una plataforma independiente de la máquina que puede albergar todo tipo de aplicaciones. «Eureka»,

exclamé. «Esto moverá millones. No millones: billones», para el asombro y exclamación de mis compañeros, Marta y Carlos. «Tampoco es para tanto», exclamaron. El tiempo me dará la razón.

Alguien arriesgó a compartir la visión y nos invitó a mí y a Carlos a una charla aparentemente inofensiva en un programa de radio, interesados en apariencia, más que en «La sombra y el pato», en el «Pato a la naranja». Lo llamaron «La noche de los ignorantes», un programa de Cataluña Radio, versión de la película *La noche de los generales*, pero que en verdad era una película del oeste en versión original de *La fiebre del oro*. O, dicho de otra manera, un mundo en el que todos formamos parte de él, en el que somos dioses de ese mundo.

Eran las 00:00 horas de la madrugada. Al principio estábamos muy nerviosos por el directo. El presentador no debe entender mi nombre. «Usted se llama Fumeral». «No, Fumanal». Y repite: «Ah, Fumaral», a lo que me dice: «¿Quiere decir algo antes de comenzar el programa?», y aproveché para soltar la premonición: «Internet es el futuro, todo el mundo utilizará Internet».

Recuerdo cómo me preguntaba el presentador del programa, Carles Bonet, de Cataluña Radio: «¿Y usted cree que una persona de campo utilizará Internet?», a lo que afirmé rotundamente: «Por supuesto, hasta en el campo». Rápidamente exclamó: «¿Está usted seguro de lo que usted dice?». Con rapidez lo afirmé: «Claro que sí, es posible». Irónicamente, diez años después de esa premonición, me encuentro en el campo, refugiado de la ciudad condal, confirmándole el anuncio.



Después de ese programa, algunos amigos me llamaban Will; siempre había detractores y bromistas que venían con películas como *Liberad a Willy* o *La playa*. Hablábamos de la era de las comunicaciones y la revolución en todos los sectores y fenómeno social y de masas, sobre todo en el de transportes, que le vino estupendo a un compañero de equipo cuando, intentando triunfar con el negocio de la venta de pastillas adelgazantes, le frustraron los suministros.

Años después me encontré con David y, comentando los adelantos de Internet y la plasta de idea que se me vino a la cabeza, me comentó: «Los hermanos Wachowski se han adelantado a hacer una película de lo que hablamos con Matrix». Le respondí que sí, que estaba muy currada, pero que había otra antes en versión original: *Nivel 13*. Años más tarde consiguieron mezclar el concepto y la película en la realidad, y una muestra fueron mundos como *Second Life*, pero con menos reglas y menos leyes.

Años después, en una empresa del sector que me ofrecía una oportunidad y una solución a mi situación —ya que la división de la empresa en que estaba

se iba a pique, y con el cambio de director muchos perdimos la bendición del grupo—, no obstante, antes de salir el antiguo director frenó la temeridad y cobardía del comercial nuevo de despachar a gran parte de la plantilla para acabar hechos papilla con la nueva dirección. El nuevo barco parecía un buque insignia de gran tonelaje.

Pero en realidad era una división que zozobraba y que reconvirtieron en nueva marca. Las deudas de la empresa y un directivo que me hablaba muy vehementemente de un mundo de libre circulación de personas y capitales, así como la multiplicación de los panes y peces y que tenía constancia de todo el patrimonio de que disponía y que era buena simiente, le respondí que se había pasado un poco y sin *stock-options*, pero bueno. Aunque el pero que me hizo repensarme el traslado fue una decisión que me pesó con el paso del tiempo, por no poder salir del atasco que incluso no era mi intención, pero que el director lo dejó como un quizás. El mejor barrio que encontraron fue el barrio de Chueca. Los compañeros no paraban de hacer todo tipo de comentarios, el que más premonitorio fue uno al comentarme la precariedad de los pisos en Madrid: «Los pisos de Madrid son una mierda, hay unas cucarachas enormes». Atrás quedó la tardía salida a bolsa de los que embarcamos en ese barco y, dos años después, la empresa fue absorbida e incorporada a otra flota. No obstante, pude añadir otro granito de arena al impulsar la Tarifa Plana, a lo que eran muy reacios en aquella época.

Un día, comentando la idea de libre circulación de personas y capitales, un catalanista que trabaja-

ba en banca se retractó de la opinión compartida de ese directivo, que la circulación de capitales era más factible que la de personas, pero que reforzaría los órganos reguladores como el FMI. La de personas, como propuesta idealista, es usual en modelos, pero acabaríamos chocando con la cultura local del país en destino.



Algunos amigos del teatro me encontraron por casualidad en el gimnasio. Siempre le comentaba si conocía de alguna fiesta a alguien que pudiera darme algún papel, pero la hipoteca y la pareja le tenían agobiado, aparte que, claro, lo primero se ofrece, no se pregunta. Y tal como intuí me respondió con otra pregunta: «¿Cree usted que es un buen momento para comprar piso para mi pareja?».

Qué casualidad, tenía la misma respuesta: «Nunca». Otros iban más allá de la compraventa; pensaban en la compra de pisos como el que monta una cadena hotelera. A esa última idea le comenté que un país a la japonesa no era al único que se le ha-

bía pasado esa impresión por la cabeza, pero que lo que pintaba como una cinta sin fin tenía bastantes números de convertirse en una reacción en cadena, dándole a entender que acabaríamos hasta las orejas de hipotecas y tipos de interés.

Tan poca fiesta y tanta pesa al cabo de los años, un conocido me invitó a cambiar de actividad por el baloncesto. Tras unos cuantos partidos y unas cuantas charlas me quedó claro que ni al maestrillo de escuela le gustaban ni Internet ni las ideas y, como no tenían ganas de cháchara ni de tabarra, me contestó uno, que me dejó bastante perplejo: «Tenemos los mapas». Unos cuantos segundos de suspense y seguro que no eran los mapas del tesoro, así que recordad un buen consejo: «Con gente política no se juega».

Es julio de 1999, a punto de entrar en el nuevo milenio, pero el resto de la historia corre por otros senderos, aparte de una influencia que no quisieron reconocer y menos premiar. Vinieron los grandes acontecimientos: la entrada de la moneda única y el top manta, las grandes inversiones en infraestructuras y en nuevas tecnológicas, el desarrollo de los servicios y las tapas de patatas bravas, la expansión de la Comunidad Europea y el descontrol inmigratorio. Hasta que, después de desaparecer del mapa tras un siniestro en abril de 2001 que no dejaría de ser algo pasajero, sino un continuo sino, vinieron el 11-S y el atentado a los dos centros financieros de EEUU, las Torres Gemelas y, dos años después, la madre de todas las guerras con la invasión de Kuwait en 2003, las armas de destrucción masiva, los dos tercios que se bebió Irak de la producción de petróleo, quitando a

Arabia Saudí, el primer desplome de las bolsas, la caerolada al gobierno de Aznar en la ciudad condal y el 11-M de 2003. El cambio de gobierno, el desplome de Nasdaq, Afganistán y los nuevos modelos económicos, y el agotamiento de los modelos inmobiliarios y tecnológicos, los bloqueos comerciales y fuga de capitales, dos batacazos bursátiles, y el declive.



Sin palabras.



# Capítulo 1

## UNA COPA Y AL CARAJÓ

### Episodio 1

Salgo del trabajo y llega el partido de liga de fútbol. Sí, chicos, hoy juegan los Raptors en Racoon City, como solía llamar entre bromas al club local. Cansado de tantas horas delante del ordenador, igual que mis compañeros, decido desahogarme después de tanto estrés laboral y veo una película épica de suma aventura, que versa sobre el secreto del acero dentro de una cultura funesta que tiene como símbolo dos serpientes enfrentadas, pero que son la misma. Llegan las once de la noche y no sé qué hacer, así que decido salir al bar nocturno donde nos solemos reunir, un local para aficionados del baloncesto 6,25. Llego allí y veo que deben haber tenido un día igual o peor que yo, porque no han salido, pero hay mucho ambiente futbolero, así que, para desinhibirme un poco después de haber quedado cansado y agarrotado, me acerco a la barra y pido

un cubata. Los cubatas suelen estar cargados, por eso no hay ninguna queja, pero como todavía no tengo ni coche tampoco supone un peligro para la conducción. Así que regreso a la zona de encuentro para saborear la copa mientras espero escuchando música y mirando a la gente a mi alrededor, agitada y eufórica bajo los compases de las luces tricolor y el humo y el ozono de la atmósfera.

Es un día de fiesta y se celebra el triunfo del Barcelona, pero lo vistoso del juego y el espectáculo del fútbol se queda en una asquerosa decepción cuando, al acudir de celebración al local donde siempre nos reunimos, encuentro un ambiente totalmente cambiado. Como a muchos extranjeros no les gusta el juego del Barcelona, pero no, esos cantos y vítores que suenan como rebuznos en contra del rey, de Madrid, de España y de los españoles. Los compañeros siempre se calman con el eco de que son unos pocos radicales los que revuelven el gallinero.

Los efectos del alcohol no se hacen esperar y empiezo a jugar con las formas y las luces, hasta que me da por imaginarme el símbolo de la cultura funesta, las dos serpientes enfrentadas, pero que son una. Las caras y los vítores no me invitan a hablar con nadie, así que, lejos de aguantar ese jolgorio ofensivo, con rabia grito: «¿Quién tiene valor de destruir un símbolo?». Así, la imagen ilusoria de las serpientes enfrentadas la desintegro en el aire y la pulverizo entre las luces y las formas de humo de la discoteca, igual que confeti. Después de hartarme del ambiente que se respira y de estar de pie en una discoteca —y es que, aunque el partido sea de liga,

es imposible ligar—, me vuelvo a casa con la única sensación de que hoy ha sido un día menos y que será mejor que el siguiente.



## Episodio 2

No sabemos cómo aburrirnos, y un día recibo un regalo, una camisa blanca. Es sábado y es el mejor día para desconectar del trabajo. Así, otro fin de semana con Fitipaldi. Pero algo sucedió ese día. ¿Me miraban mal o qué ocurría? Al cabo de un cierto tiempo, le pregunté al amigo: «¿Qué ocurre que miran tan raro, como si les cegara los ojos?». Se rio un poco al comentar que igual la camisa era blanco fosforito. No fue lo único. Pasado un cierto tiempo, un par de camuflados nos señalaban con el dedo, haciendo un comentario: «Estos dos nos llevarán al fracaso». Ese día al despistado le tuve que sugerir de irnos a otro sitio, pues se respiraba mal rollo.

Son duros los días de ordenador, máquina arriba, máquina abajo día tras día hasta llegar el fin de semana, en que nos volvemos a ir de pesca junto con el Pescadilla y su pandilla. Hoy es un día extraño en el club, porque nos miran con pintas muy raras, o no debo de haber tenido un día muy bueno, y eso que estreno camisa blanca y voy bien peinado. Entre bromas y charlas pasamos el rato, donde se conoce a todo tipo de gente. No es que seamos relaciones públicas, pero nos gusta conocer gente nueva. Lástima de Pescadilla que, lejos de presentarte una rubia, se

coloca siempre detrás en lista de espera para que se la presentes mientras te sopla la nuca. «A veces dan ganas de meterle», asiento a unos de los compañeros, a lo que en broma suelta: «Discúlpalo, ¿no ves que es una especie de daltónico que tiene problemas con el azul y el grana?».

Hoy se me ha acercado de forma muy alegre. Parece que alguien esté interesado en conocerme. Me presenta a Alí, de origen marroquí; no sé ni cómo lo ha conocido él. Hablamos sobre cosas de todo tipo, desde «qué tiempo tan raro que hace» como de cuándo organizamos una barbacoa. Para mí, la idea de las barbacoas solo era posible si él estaba borracho como yo. Ya se sabe, los borrachos se arriman juntos. Y me pedía trabajo, a lo que contesté: «No sé si has leído las cifras de paro que corren hoy en día en el país», así que Alí se convenció de que mejor era Francia que España para combatir el paro. Un par de tragos y joder, Pescadilla, qué amigos más raros me presentas. Se nota que no te pierdes ni una, porque lo que son mujeres todavía no me has presentado ninguna desde que nos conocemos.

Entre pitos y flautas ese día no era muy concurrido, y lo que más se me quedó grabado fue el par de hombres de rasgos marcados que no paraban de fijarse en nosotros desde lejos con cara de conocernos y el comentario: «Estos son los que nos llevarán al desastre». La sensación de que salimos a ligar me resultaba incómoda, porque hay hombres que también pescan a otros hombres. La cosa empezaba a tomar unos tintes de lila, una entremezcla entre rojo y azul. Lo mejor que pude decirles a mis compañeros fue: «Por hoy es mejor que nos marchemos».

## Episodio 3

Hoy es lunes y me dirijo al Parque Tecnológico, en un abril de 1999. Me acerco al banco para ver qué oferta tienen para mis ahorros, cuando me encuentro al director con un periódico con un tema de actualidad: «El boom de las tecnológicas y su repercusión en bolsa». Tras una charla sobre diferentes tipos de fondos —desde FIAMM, fondos líquidos de dinero, hasta fondo de fondos—, me hace especial hincapié en la época de bonanza económica. «Necesitamos mano de obra», argumenta el banquero, a lo que asiento y le contesto: «Si es una oportunidad trabajar en lo que uno ha estudiado y le gusta, que considere la opción latina y los países emergentes, que son más afines por lengua y cultura». El banquero accede con unas gracias y un trato cerrado. Salgo del banco, satisfecho, pero no por ello con la impresión de que corro algún tipo de riesgo, y el día laboral no se hace esperar en un viernes controvertido.

Ya me encuentro en el Parque Tecnológico, con Jorge, en el lugar de trabajo. «Las salas de máquinas son pesadas y peligrosas», comenta mi amigo Jorge, compañero de universidad, instructor y mentor en administración de sistemas. «Con dos pelotas», siempre comenta, y recuerda que son diez los segundos que

tienes para salir de la cámara de seguridad en caso de incendio. Si no sales de ella, automáticamente explotan las bombas de nitrógeno líquido que eliminan el oxígeno de la atmósfera, y la muerte será por asfixia o bien quedarás incinerado por las llamas. «Es bueno para este trabajo», argumenta mi mentor, «hacer una buena sesión de pesas para tonificar el cuerpo después de horas sentado en el sillón de administrador». Yo asiento a todo, menos en lo de las pesas, porque es muy pesado. Entre bromas, aunque al final acabó dándole la razón; un poco es bueno. Pero no por eso asintió a que la natación es un buen complemento para su tabla de ejercicios.

Hoy ha sido un día rutinario en el parque. Estoy yo solo, y mi amigo el topo, que no conversa mucho, pero que está también de apoyo. Hoy me lo he encontrado sentado en mi sillón, dormido encima del teclado, con una resaca después de un jueves de fiesta. Tras una manifestación de banderas —en la que todo el que no era euroexcéptico era invitado a manifestarse ante la bandera de la Comunidad Económica Europea en una situación de que parece que somos un poco jóvenes para hacer el notas por las sonrisas de algunos asistentes; cómo no, quiénes van a ser, alguien preparado para salir adelante—, hoy toca gimnasio, así que cojo la bolsa de deporte y abandono el despacho. Tras despedirme de compañeros y demás, cojo el coche hasta la sala de pesas.

Ya he llegado a la sala de ejercicio. No es lo que uno piensa, pero siempre te encuentras alguna cara conocida con la que hacer charla. Hoy, para mi sor-

presa, a quien me encuentro es al amigo Alí. Sorprendido por la coincidencia, me acerco e intercambiamos algunos pareceres sobre temas. No parece que se aplique mucho en las pesas, pero sí le gusta más el diálogo. Como todos los diálogos, sabes cómo empieza, pero no dónde va acabar. El hombre se alegra por mí. Dice que sí, que ha encontrado perspectivas en el resto de Europa, especialmente en Francia, por una frase que recuerdo: «Ya somos nueve millones de musulmanes». Tras lo que asiento; sí, Francia tiene buenas relaciones con los musulmanes del Mediterráneo. A lo que Alí me adula, pues dice que él prefiere España. Ya la conversación se hace larga, así que, igual que una serie de press banca —que haces hasta donde puedes—, y teniendo en cuenta que nunca sabes cómo va a acabar la conversación, le invito a que vaya algún día a Valencia a la fiesta de moros y cristianos. Y que sí, que todos sabemos el paso de los árabes por la península, desde el califato de Ben Omeya, pasando por Yúsuf ibn Tašufín, hasta las razias de Almanzor.

Y con esto acaba un episodio especialmente intenso, hasta no pasados unos años, entre rutina y rutina, en que paradójicamente me vencía el optimismo.



## Capítulo 2

# TOBLERONE

### Episodio 1

Estamos en verano del 2006 y tocan unas vacaciones —cómo no— a un pueblo de montaña, donde el aire es más sano y sin la humedad de la ciudad condal. Montamos en el coche yo y ella para cambiar de aires por unos días, tomamos la A-2 y vislumbramos en plena carretera un camión portando la cápsula con forma de romboide alargado, cuyo interior debía contener algo más que una viga de cemento armado. Iba escoltado por dos Mossos de Esquadra (que así se llama la policía catalana).

No solo yo percibí que el cargamento era extraño, sino que mi acompañante preguntó: «¿Qué hay ahí dentro?». Un poco bromista, un poco para quitarme la presión de la pregunta, respondo: «Por la forma y el convoy, bien podría ser un misil». Todo habría quedado ahí, en nada, si no fuera por lo que acontecerá los días sucesivos. Mi madre, la acompañante,

no discutió nada al respecto y se quedó muy callada hasta que regresamos a la ciudad condal tras los cuatro días que tuvimos de descanso.

## Episodio 2

Tras varios días de adaptación de nuevo a la vida en la ciudad, no son pocas las noches en que voces en mi cabeza corren, implorando mi presencia alrededor de la aparente e inofensiva respuesta acerca de lo que contenía el convoy. Ya hartado y desquiciado, de nuevo cojo las maletas y regreso al pueblo de montaña, ya que la ciudad no deja de trastornarme.

Días más adelante, como muestra de agradecimiento y reconocimiento, me invitaron a sentarme a tomar un aperitivo. Me presentaron a un hombre muy convencido de sí mismo, con un cierto aire a José Blanco y desafiante, que no paraba de señalarme con el dedo. Me sugirió pagarle cierta cantidad de dinero por entrar en el ruedo del pueblo, justamente lo que me quedaba de depósito, o que un viaje a Cuba era una buena opción. La opción del viaje a Cuba la descartamos, así que me señaló un sitio más cercano, un centro budista que hay apartado en las montañas. En muestra de tan gran acogida y recibimiento, ante tal postura lo único que le podía señalar era acerca del problema de envejecimiento de la población y de inversión de la pirámide de natalidad. Después de dejármelo tan claro, me quedé paseando.

Es así que cojo el vehículo de nuevo y llego a la zona residencial, donde para mi asombro, descubro que aun así no encuentro la paz. Los días se suceden con cierta intranquilidad, preguntándome por lo que contendría dicho furgón, curiosidad que me llevaría a un guardia civil, un cadete que me atendió y que, al preguntar qué contendría un convoy escoltado con forma de romboide alargado, como la forma del chocolate Toblerone, respondió: «Un misil». Un día, un señor muy interesado se me acercó y me preguntó: «¿Le gustan las maquinillas que hemos comprado?», a lo que le respondí para los no ingenuos: «Me encantan los patriotas», y se despidió con una sonrisa jocosa.

A partir de ese día, las voces siguen torturándome, incluso a 1300 metros de altura. Ya sin poder aguantar más la presión, tomo la opción de coger el coche en dirección a donde provienen de Madrid, no sin ataviarme de líquidos, algo de alimento y de una tableta de Toblerone como testigo de lo que vi. Allí, al llegar, me encuentro con una ciudad desconocida y vacía, con un desfile de coches que escoltaban al Seat León que llevaba hacia el lugar de destino. Voy recorriendo la ciudad prácticamente vacía de una dirección a otra, sin encontrar la salida, hasta llegar a una plaza donde se yergue un palacete. Tras parar el motor del coche, un policía baja de un furgón policial y se me acerca para comentarme: «¿Qué hace usted aquí?», a lo que respondo: «He hecho una parada para hacer un descanso». El policía me replica: «Deme el Toblerone y acompáñeme». Sorprendido y alarmado por la respuesta del agente, niego tal tes-

tigo y abandono el lugar. Muchas gracias, pero no me gusta ir a prisión mientras los traidores se burlan mientras bailan la conga enseñando sus bragas al bailar. Así que, después de la experiencia y del poco futuro que tenía, decido dar media vuelta hacia una situación no tan paranoica.

Ya son meses de descanso mientras sigo el programa de televisión en el que participo desde hace uno o dos años. Hoy estoy en el salón, viendo el programa *Sé lo que hicisteis* y a la presentadora, Patricia Conde, programa donde participo con los medios y consignas que nos dan, que a duras penas nos sirven para hacer un buen guion. Es un programa que, dicho por un psicólogo analista, diría que abduce al espectador con comentarios como: «¡No hay forma de desvincularnos de esta persona!», un comentario por parte de Dani Martín, compañero que dejaría a más de uno estupefacto —o, vulgarmente, lo que se dice rallado— por lo improvisado, compulsivo y alusivo de la declaración. Así que decido apagar el televisor y, tras pasar el día, me acuesto en mi cama. No son pocas las veces que oigo las voces de Patricia, voces que logro reconocer, pero a las que no hago mucho caso por lo cotidianas que son.

Un día me plantea algo diferente, encontrarnos en un lugar de Madrid, la dirección era calle Lepanto, 10, tercero, segunda. Podría ser un engaño; si lo comento a mi psiquiatra, seguramente lo primero que hará será encerrarme, así que decido reservármelo y aceptar la aventura. De nuevo cojo el coche rumbo a Madrid, y encuentro la dirección con ayuda del GPS. La llegada

es todo un espectáculo, y por la noche, cruzando por las zonas más recónditas de Madrid. Cuando llego al lugar, mi asombro no tiene límites. El número 10 no existe, aparte de un prestigioso restaurante, y la hora seguramente es equivocada, además de no volver a tener contacto alguno. Pero lo que siempre se me quedará grabado en el recuerdo es que esa calle colinda con la plaza en la que estuvo a punto de detenerme el agente, y no en fechas muy lejanas.

Pero esto no acaba solo aquí. Meses después de continuar el programa y el amaño que hubo, y como fruto de participar activamente en el programa de *Sé lo que hicisteis*, encontré una forma de comunicación pública y a la vez privada. Tras proponérsela al programa para su desarrollo, y tras un silencio por parte de laSexta a convocarme, me decidí a volver a Madrid con algo que había podido reunir.

El tráfico y las señales me llevaron a un hotel cerca de la Castellana. El primer día fue de descanso, pero el siguiente empecé a buscar fortuna en los estudios de laSexta. Tras presentarme como colaborador, un pequeño recibimiento en recepción y el motivo de la visita, me dijeron que apuntara un teléfono y que no podía estar allí. Así que volví al hotel de concentración y me encontré a un inesperado séquito, un par de furgones de guardias nacionales en la puerta del hotel. No le di importancia, pero se la di; aquí no ha venido cualquiera.

La siguiente noche fue inaguantable, y el día siguiente fue de espera para que llamaran desde laSexta, así que, aburrido, bajo al bar a tomar un refresco. No estaba solo en la barra; un par de personas de

negocios estaban sentadas en la barra junto a mí. El de color estaba más al lado mío, y empezamos a entablar un poco de conversación. No intercambiamos muchas ideas de *business*, pero sí acerca de cómo se desarrollaban el castellano y el inglés. Me indicó que en ciertos lugares de Estados Unidos no hay tantos problemas con el castellano como en Puerto Rico. El apunte era bueno. Luego pidió un vodka con coca cola y empezó a hablar un poco acerca de ideología como «un país, dos sistemas». Lo único que pude decirle al respecto fue que pocas veces había visto combinar el vodka con la coca cola. Acompañó la conversación con un trago de vodka y, tras unos segundos, empezó a tambalearse un poco, mareado en su silla. Después de la breve conversación, pues teníamos caminos distintos, nos despedimos hasta la próxima ocasión.

El tercer día en el hotel lo pasé con la misma tensión del segundo, esperando a que me llamasen. Así que, visto que el interés de la Sexta brillaba por su ausencia, decido al menos acercarme al Registro de Marcas y Patentes. Tras moverme por las diferentes plantas y pasillos, al final me atiende una especie de escribano que, al comentarle por encima de qué trataba lo que quería patentar, me comentó sonriente que lo único que podía patentar eran marcas y técnicas de producción. Les hice un comentario acerca de lo que prescribe la Propiedad Intelectual, tras lo que, de forma taciturna, me advirtió que no podían hacer nada. Así que, al final, otro esfuerzo infructuoso en el camino y camino de regreso.

## Episodio 3

Esa cita quizá nunca llegaría a tener éxito, pero sí que me daba a entender que alguien quería ayudarme a ser alguien en la vida, o bien ¿alguien quería demostrarme algo o demostrar algo, o todo incluso a la vez? Como se demostró más adelante, de nuevo en mi día de cumpleaños, en vez de una cena íntima me llegó una invitación para la junta general de accionistas de una inmobiliaria, de la cual era accionista.

Presentarse con un proyecto o una idea como Colón es tan viejo que ya ni les interesa.



# Capítulo 3

## UNIVERSAL

### Episodio 1

Siempre le pregunto a mi amigo Fitipaldi, de salidas nocturnas: «Oye, ¿por qué siempre vamos al mismo sitio? Podríamos ir por Santaló. Ya son años en el mismo sitio; la gente ya no viene por aquí. Además, aquí no hay caras nuevas». Muy disimuladamente me insinúa que no le interesan mucho esos sitios.

El trabajo es también un lugar para conocer gente e incluso para salir. Un día, un compañero que venía de fuera me comentó un lugar nuevo. Las nuevas amistades me llevaron a nuevos lugares que a otros no les gusta frecuentar. Ya se sabe lo que pasa. «A mí ese sitio no me gusta, está muy lejos, o hay una enrollada que viene con amigas».

Era 1992 y la ciudad condal se presentó a concurso para las Olimpiadas. Todo era expectación y campañas de promociones y sorteos de regalos tras una copa. Llegamos a la conclusión de que esas azafa-

tas que iban de campaña merecían un regalo. Como el que no quiere la cosa, al día siguiente estábamos cenando en el restaurante de su casa, pero al día siguiente los compromisos con las empresas nos hicieron olvidar cualquier tontería, excepto la sorpresa de ver entrevistada en directo por televisión a la afortunada de aquella cita con el cuento de las Olimpiadas y la Exposición Universal en el s XIX. Aunque sin importancia, no impidió que se me quedara la cara de extraño al no saber nunca nada de la relación.

Seguimos esta vez en el Puerto Olímpico, y hoy la cogida por sorpresa gracias al amigo, después de aguantarle la consumición y presentarse para hacer unas preguntas-reportaje por una cadena local de televisión con las dos copas en la mano. Pero el premio a la entrevista de turno fue comprobar en el garaje, al regreso del Puerto Olímpico, cómo otro coche arrancó el guardabarros trasero al quedarse enganchado al aparcar, y regresó por la ronda con la parte trasera del coche colgando con la música de Siniestro Total.



No todos los días son pasados por agua.

## Episodio 2

No todos los bares son iguales ni ponen el mismo tipo de música. Entramos en uno para tomar la primera copa. Hacen el cara y cruz: si se adivina la cara de la moneda, te regalan una consumición. El mejor recuerdo es haber adivinado durante ocho veces seguidas la cara de la moneda. Claro, que no siempre te deja la suerte la misma racha tanto tiempo.

Otras veces coincidimos en una especie de sede. Siempre es un reto intentar ligar con la fija y soltar unas sonrisas cuando un asiduo al local comenta: «¿Esta camarera de qué va? Le pido el whisky más caro, un Cardhu, y no quiere saber nada de mí». A lo que le respondí: «Vaya con Luisa, a mí también me pasa algo parecido por invitarla a montar a caballo en el hotel de concentración, donde nos llevó la empresa, y me ha tirado un rayo con la mirada». La semana pasada estaba de otra forma cuando gritaba: «Me voy con Jesucristo de viaje».

Cambiamos de local, el Bubblic, antiguamente llamado Prisma. Aparentemente nadie te conoce ni te conocerá. Al principio la música es tranquila, propicia para poca conversación. Mientras, vemos pasar a gente, y algunos se quedan mirando entre unos y otros de arriba abajo.

Pasan las semanas y siempre la misma historia. Nadie conoce a nadie y caras largas. Excepto a partir de un día en el que... ¿Era paranoia o algo más raro?

Tras ver una enrollada de pelo largo castaño, bastante atractiva, en un momento en que la tuve cerca, me presenté y le pregunté el nombre. «Mercedes», me dijo, y yo le contesté: «Jose». Cuando me acerqué para darle dos besos a la mejilla, se retiró atrás violentamente y empezó a hacer aspavientos bailando un zapateado delante de mí y gritando: «Pepe Pepé, olé ole, eje eje, toro ele Pepe, yo ERC». Me quedé atónito ante ella. Me dije: «Parece que esta sí que me conoce de algo, pero no quiere hablar mucho». Rápidamente le salió la vena política, un poco alocada y momentos de artista. Por cierto, expresó muy claro algunas cosas sin aparentemente conocerme de nada al encasillarme en el partido.

Me quedé sorprendido. ¿Cómo reacciona de esa manera tan folklórica tras acercarme y presentarme? Estuve a punto de contestarle que aquí no venía a bailar sardanas, pero me conformé con un: «Ya te encontraré de mejor humor otro día, o ¿quién es el que ha puesto repelente en la bebida?».

Años más tarde, gente de un nuevo trabajo me sopló, no recuerdo a cuento de qué, que esa enrollada era la hija de un directivo de la empresa. Me quedé como vulgarmente se dice «pillado»; no le quise dar muchas vueltas, pero eso me sonaba a «Tequila Connection». Fueron muy perspicaces al comentarme eso.

Pero, vuelta a esa época nocturna, otra anécdota me marcó y no comprendía por qué era que, mientras

me abría paso entre la multitud de la pista y al ritmo de las sonatas de Coti, una asonante que nunca había visto ni de vista no paraba de machacarme con la mirada. Mirándome fijamente a los ojos, repetía el estribillo: «Nada de esto fue un error».

No todo fue mala suerte con la más graciosa que se me acercó buscando tema; le di un poco a la lengua y terminó con un buen filetón y lingotazo. Otra fue aún más simpática cuando nos abríamos paso por la pista y me miraba, encolerizada, y se desahogaba con Andy y Lucas: «Nada de esto fue un error, oh, oh». Con quien siempre bromeo es con Julieta, que siempre estaba afónica, pero se la soplabá bailando el hip hop. Sin saberlo me quedaría todo más claro. Siempre se despide de mí con un «no puedo hablar», pero siempre me voy con un «aquí parece que no, pero también hacen selección de personal».

Hay días que es mejor cambiar de local y ambiente, así que cruzamos la calle y entramos en Universal. El ambiente allí es más serio; muchas veces trae de bailarinas a parte de las luces y el alcohol. Siempre hay una que destaca, y me señalan a una de la que rumoreaban que había tenido líos con el jugador de fútbol Figo.

Hubo un lapsus de seis años en los que no aparecí por el local y probé nuevos locales. Para sorpresa mía, se presentó una vez la misma que hacía de gogó, pero de otra manera. Allí la conocí mejor. Me comentó que le gustaban mucho los farolillos rojos y, para complacerla, le encendí uno.

Pero, aparte de la anécdota, la sorpresa fue al regresar al Universal. El ambiente estaba cambiado, ¿cómo

no? El ambiente no era tan jovial como antes. Entró gente de color con cara de malas pulgas que no paraba de hablar del rescate de los secuestrados en aguas somalíes y cómo lo habían conseguido. Observaban todas partes y uno empezó a mirarme fijamente. Así que desvié la atención a otro sitio. Con esas miradas yo no quiero saber nada. Ya no era tan cómodo ese sitio ni tan ufano para ligar.

La semana siguiente volví a probar suerte para encontrar un contacto. Se nota la crisis; cuesta creerlo, pero no paran de bostezar. Así que me quedé firme, escuchando la música e intentando pasarlo lo mejor posible. Pero el ambiente se empezó a caldear y empecé a ponerme nervioso, hasta que una enrollada americana y su grupo de amigos me invitaron a sentarme con ellos al verme en esa situación. Me sorprendió y me preocupó la frase «estamos preocupados por ti». La tensión fue mayor. ¿De qué me conocen si nunca he sabido que hablaran de mí y era el primer día que habían llegado a ese bar? Me invitaron a irme con ellos de viaje; yo les di las gracias, pero no podía seguirles.

La sesión ha terminado y probamos con otro tipo de ambiente, Otto Zultz, más concurrido, con varias pistas donde no hace falta hablar de nada, lugar a veces frecuentado por gente del mundo del espectáculo, elitista y del mundo de la moda y el *weekend* tras unos años chapados por un flautista. Una vez me quedé sorprendido por un improprio que soltó uno solo por tomar una copa de whisky. El ambiente es más *cool* y variopinto, con diferentes zonas para cada tipo de música, hasta un *restless*, zona de *urban legend* y sesiones temáticas y conciertos.

La segunda planta combina el *soul* con el *funky*. Está tan lleno ese día que no cabe un alfiler. Aparte de la Elisabeth Hurley y la Hale Berry, detrás de la barra el resto son caras nuevas. La mayoría de las veces que intento entablar conversación me encuentro con la misma barrera: «I don't understand». Está claro que no se andan con rollos, así quién sabe si se puede encontrar a alguien que te descubra y te ofrezca un buen papel.

Un poco cansado, adopto otra postura de descanso, expectante al movimiento pendular de las miradas. No paramos de cruzarnos las miradas hasta que por coincidencia en una broma entablo conversación con unos que coincidían a mi lado. Empecé a tantear un poco con ellos por aquello de conocerlos y compartir opiniones. Quizá, aunque no nos conociamos de mucho, puedo conocer a la persona adecuada a través de alguien, así que me atreví a comentarle que estaba confeccionando el guion de una película melodramática. La opinión fue muy acertada: «¿Qué quieres, que te maten?». Así que les dediqué una frase de Rutheanhuer: «No haré nada que me impida entrar en el reino de los cielos». Después de la bonita advertencia y calabaza, mejor dejo la fiesta en paz de momento.

Quizá con esto ya era suficiente, pero me faltaba visitar la tercera planta. Siempre me encuentro al mismo en la puerta de acceso a la zona reservada, y eso que hay varios que se van turnando. Han pasado ya años, y está cada vez más gris, con una expresión en la cara igual que el muro de Berlín. Tras mirarle a los ojos para que permita la entrada, me

bloquea el acceso, pero argumenta que no puede hacer nada, que allí no puede subir gente alienada. Vaya, parece ser que, tanto sí como si no, el guion lo he de dejar en el baúl de los recuerdos. Un día muy movidito y un resumen muy atrevido.



## Episodio 3

Es agosto de 2001 y todo transcurre de forma monótona, girando en círculos como el primer día. Un buen día me llaman de una empresa donde necesitan un analista programador, especialista en diseño y arquitectura, para una aplicación orientada a abogados y sistemas judiciales ultramodernos. La empresa se encontraba en unas viejas instalaciones de una antigua empresa del sector textil. Las condiciones de trabajo eran malísimas, incluso dañinas para la salud. Transcurren los días en el trabajo y no hay manera de aclararse, nadie explica nada y todo está codificado. La documentación es completamente ininteligible, y un estricto sistema de control de horarios me agobia diariamente. Es vacaciones y estamos pocos: un diseñador gráfico que tengo al lado y un analista que está más a lo lejos, el más bromista.

Un día decimos de ir a tomar café y empezamos a charlar de forma ligera. Al diseñador le encanta hablar y debatir acerca de numerosos aspectos sobre la historia de España y diferencias. El analista es más callado y prefiere bromear en el trabajo sobre aspectos técnicos, tales como que tiene un *data-entry* muy rápido y un *data-output* muy lento. Otros teorizaban sobre la relatividad y por qué unas veces tenemos frío

y otras sentimos calor. Una forma muy rara de entablar amistades y relaciones con el personal, pero ya se sabe lo ensimismado que es ese trabajo.

Pasaban los días y empezaba a encontrarme mal en la empresa, sin nada que hacer ni compañeros de equipo. Un día, en una reunión, me comentaron que tenía que coger un avión para que me conociera el resto del equipo en otra comunidad. La tarde siguiente, el analista empezó a soltar tonterías como: «Justo cuando esté en pleno vuelo se estrellará en el aire y explotará». La mosca empezó a subirme a la oreja por lo macabra de la obra o de la broma. Al día siguiente soltó otra más gorda: «Tenemos el código de los misiles». La política de esa empresa empezaba a no gustarme, así que me quedó claro que necesitaba algo más que un trabajo, cena y dormir.

Todavía no existe el Facebook ni las agencias de contactos por Internet, así que dar vueltas por esa zona y no encontrar a nadie no era muy divertido. Pasan los días de soledad, aburrido del trabajo en mi habitación. Algunas veces ojeo unas revistas de modelos que mi padre me enseñaba... Pero un día, tumbado en el sofá y pensando quién fuera tan suertudo como para conocer a la novia como el príncipe, por la tele, empecé a dialogar torpemente con unas extrañas voces que al principio invadían mi mente. Parecían quererme ayudar, pero muchas veces las rechazaba. Un día, preguntándole dónde estaba, me indicó una dirección: calle Sant Roc, número 1. Tenía pinta de ser más una sorpresa que una torpeza de mi mente, o era la calle San Roque, pues vivía en Madrid. Así que,

aunque algo apasionado, me dirigí al aeropuerto para coger el puente aéreo a la capital. Una vez en la terminal del Prat, tuve problemas con todos los cajeros bloqueados. Suerte que en la terminal internacional sí que tuve la fortuna de coger billete para el embarque. Tomé el vuelo y, una vez en la terminal de Barajas, tomé un taxi en esa dirección. Desafortunadamente, esa dirección no existía.



Un tanto por ciento insignificante.

Es extraño que, durante el camino de búsqueda, me encontré a dos de los compañeros de trabajo observando cómo caminaba yo, medio desorientado, por una de las calles de la capital, y escuchando un susurro como meros espectadores que comentaban: «¿Lo conseguirá?». Pues no, la verdad es que no era fácil conseguirlo cuando pierdes la pista y te quemas en el intento.

Perdido por la capital, y exhausto tras muchos días de duras noches de hotel, fracasado, confuso y con pocos recursos al alcance, regreso al aeropuerto de Barajas. Desafortunadamente ya no quedaba ningún vuelo de regreso y no encontraba ningún taxi en la zona. Completamente desorientado y exhausto, intentando regresar de algún modo, me tuvieron que asistir de urgencias y ayudarme en el regreso, completamente desmayado.

La experiencia no fue gratuita por el desgaste que sufrí. Gracias a los apoyos por salir de ese trance, que no cesaba de confundirme y absorberme, que atrajo la curiosidad de interesados. Algo pasaba que la atención no era común, confundíéndome con el medio. Pero, tras un día ligero de fútbol entre el Barça y el Madrid, y tras unos programas televisivos más que aberrantes, ocurrió una noche en que muchos no me dejaban dormir, y llegaba a oír sus preguntas igual que torturas, buscando alguna confesión: «¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú?». Y algo más haber asimilado una ración extra de cultura, algo que resultaba muy avanzado para ser un puñado de campesinos. Un escalofrío recorría mi cuerpo como un veneno que intenta poseerte y dominarte. Un vaivén de frío y calor desde la cabeza a los pies, y una tensión *in crescendo* que me privaba el control de mi cuerpo.



Crema catalana.

Una sobrecarga que finalizó con un colapso del sistema nervioso central tan descomunal y fuera de control como el propio de una descarga de 10000 voltios.



Caiga quien caiga, y nada de esto fue un error.

El envite y el azote fueron tales que perdí toda noción, memoria y consciencia... Mi subconsciente quedó altamente destruido.

Una experiencia calcada a la caracterizada en *Matrix Revolution*, del 2003. Después de lo que me sucedió era como mirarme en el espejo, que no me dejaría pensativo a lo largo de mucho tiempo si no fuera por los compañeros que, disimuladamente, medio en broma medio en serio, insinuaron extrañados: «Tampoco te costó mucho caracterizar el rodaje de la secuencia final». Me comentaron lo increíble de lo sucedido y lo oportuno de olvidarme de relacionar lo vivido con una película, y menos con un eslogan más que pernicioso: «Crearás en lo increíble». Uno me comentó: «Después de lo que te ha pasado, y de qué manera, si quieres ligar hay una discoteca que se llama Trauma a la que va mucha gente».



De Neo, me meo... Mea culpa.

Después de un mes ingresado en un hospital, tras una rápida recuperación, ya no volví a ser el mismo de antes. El trabajo lo perdí, el trauma vivido e inexplicado me dejaría por mucho tiempo —más de lo que uno se imagina— en estado catatónico, unas ve-

ces en vilo, otras en el limbo, otras semiinconsciente, preguntándome qué era lo que me había sucedido esa noche. Quizás aquellas conversaciones acerca del frío y del calor querían decirme algo acerca de lo que sucedió.

Después de siete años y aburrido de lo que nunca me esperaba por la zona donde vivía, regreso por una vez al local que mejor espina me daba. Me conformé con la copa de primera hora. Todavía sigue Julieta en la barra; para mi sorpresa, sigue igual de embarazada, me hace signos de no poder hablar, me siento paciente entre el trasluz del humo y las luces, y le pido copa mientras espero a que se llene el local. Nada más entraron los primeros —eran un grupo—, no supe si llamarlo desfachatez o trato subversivo cuando, por la vestimenta, empezaron a señalar con el dedo y a reírse igual que si fuera un mamarracho. Después del ramalazo que gastaron unos ajenos, mejor no volver por ahí nunca más. La turulada más increíble fue cuando, de regreso con el coche, me crucé con la calle Sant Roc y no estaba en Madrid: estaba al lado de la plaza España, a trescientos metros de donde vivía.

Ya para terminar, hasta el amigo Fitipaldi —lo llamo así por lo chino que es con las cosas— debía de estar contagiado de la malaria. Un día saliendo de alterne por los bares de la zona, empezamos a dar vueltas por las calles. Me di cuenta de que algo andaba por su cabeza cuando, sin ton ni son, me sonrojé cuando dijo: «Atención, todavía está con ella». Comprendí en ese momento que era mejor no hablarle ni de mujeres ni de telepatía, y menos del Barcelona cuando estaba dando la voz de alarma.

Lo que me preguntaba a veces era si llamar de nuevo al psicólogo o al teléfono de aludidos. Lo que me pregunto es: ¿Me engaña mi médico o no me llegan las medallas? Solo gracias a los *illuminati* y a un rebollo tremendo me percaté del fracaso que me esperaba en esa ciudad. Empecé a hablar con el amigo de cómo es que todos los amigos habían emigrado, fracasado en sus empresas o se habían vuelto poetas, cantantes, trovadores, paletas, chorizos, macarras o se tiraron por la homosexualidad. No supo responder nada, y la impresión más clara era la más oculta de esa ciudad, y es que es y será la ciudad con más inconvenientes podría encontrar. En ese momento le empecé a decir adiós a la conciencia colectiva, a Saturno y a los mártires cabeza de turco, por lo que no entendí hasta más tarde.



# Capítulo 4

## LOS ILLUMINATI

### Episodio 1

El programa que sigo no solo es un programa de actualidad y sociedad en clave de humor, principalmente del mundo del arte, como el de los famosos. También incluye *sketches* basados en la historia de uno o varios protagonistas, los cuales posiblemente ni sean conscientes de su participación o noticia en el programa. También se puede formar parte del equipo haciéndose colaborador, pero en tal caso, como pone en las condiciones de adscripción al programa, se ceden todos los derechos de prácticamente todos los medios de que dispone el colaborador a disposición del programa sin ningún tipo de contrapartida. Y se puede montar un escenario al estilo de *El show de Truman* a la española, al poder ser uno o alguno de los partícipes protagonistas del programa. Ingenuamente supuse al principio que se referían a los medios de que dispondrían ellos, me costaba creer que también

incluían mi móvil de pago. En ese momento no le di muchas vueltas a la cláusula para no desquiciarme inútilmente, y los tomé por unos crápulas.

Las tecnologías audiovisuales y de comunicación han avanzado de forma que ya no son tan pasivas como antes. La posibilidad de no solo emisión, sino de recepción, permite una pseudointeractividad con el televidente. Claro está que el desconocimiento de dicha participación la hace igual de pasiva.

La estrella principal es la TDT, la televisión digital terrestre que, por su característica digital, permite la recepción de la señal desde y hacia el espectador con una televisión preparada para esta tecnología. No es de extrañar que a lo mejor su tele tenga una cámara camuflada en el receptor de la señal de mando o en otra parte, quién sabe. Hecho que permite tener conexión selectiva de imagen, bien sea en el hogar, bar o incluso un club de alterne. En lo que respecta a los otros medios, es más claro: ordenadores, portátiles, cámaras y móviles ya llevan una cámara oculta integrada, así que no hay problema de desconocimiento ni inconsciencia.

Practican técnicas de marketing directo de publicidad, pero aplicado a televisión, haciendo referencias directas al espectador y no al público en general, creando así una inmersión del espectador en el programa de actualidad. Eso sí: si tienes autorreferencia es tu problema, y de los mensajes subliminales ni te cuento.

Pero lo más oculto del programa y sorprendente es el experimento que hay detrás, consistente en constatar la posibilidad de comunicación sin ningún

tipo de medio, en el que los miembros del programa participan, ya sean espectadores o colaboradores, y que puedan tener la facultad de transmitir un pensamiento en el programa en directo. Tan sutil como que el receptor pueda captar e interpretar el mensaje y traducir en directo lo que percibe sin ningún tipo de redacción. Es decir, hay partes del programa que pueden ser totalmente improvisadas.

A veces hablo de lo original del programa. Parece inocuo, pero conocidos me advierten de que ese programa, cuando tiene una historia que contar, tiene gancho. Ciertamente, a no todo el mundo le gustaba; algunos me miraban con cara de cansados cuando hablaban del programa. Aunque me llevó su tiempo, conseguí averiguar el sistema del programa. Para mi sorpresa era sumamente versátil y variado. Me encanta cuando la rubia explica las cosas haciéndose la niña de cinco años, explicando las cosas de forma abstracta, pero no precisamente se refieren a un melocotón en concreto, sino a una situación, lo que hace el programa más cachondo que nunca. Claro, que es tan abstracto que queda al intelecto del televidente interpretar de qué estaba hablando. Por supuesto, o se está en el ajo de lo que cuenta hoy o hay que seguir el programa desde algún tiempo, aun así por lo versátil que es.

Cada montaje o cada video esconde el patrón de una historia al más puro jeroglífico egipcio. El programa no solo quedaba en las dos horas de proyección en antena, sino que, respondiendo a los nuevos tiempos y a la televisión interactiva, incorporaba las nuevas tecnologías. Todo el grupo de colaboradores que par-

participaban en él de forma no directa con el programa tenían un hueco en el portal de laSexta para recibir los comentarios y aportaciones, como videos, mensajes o imágenes compuestas, que eran supervisados por moderadores. La idea era divertida al principio, pero a la larga —y leyendo las cláusulas del contrato que había que aceptar— se veía un abuso camuflado.

Una forma nueva de comunicarse que vendían la figura y la sección del reportero. El sistema ofrecía la posibilidad de una técnica de comunicación indirecta que nadie explicó y que intenté patentar y que, tras la negativa de patentes, intenté presentar como novedad en vano directamente a los del programa, pero como respuesta recibí un silencio. Quizás mi papel en el programa era otro, y algo había que no me daba cuenta de que me dejaba fuera del grupo... La crisis se acentúa y es difícil encontrar algo, y la empresa que intentaba constituir tenía unos pilares muy débiles. LaSexta hubiera sido una forma de sortear mis problemas, pero, aunque lo intentara sucesivas veces, tantos estudios, interés, esfuerzos y conclusiones no daban ningún fruto y me planteaban una situación extraña pero adversa.

Día tras día seguía el programa, pero vi algo nocivo en él, y es que, aunque sean de dominio público tantas parodias y figuraciones abstractas que se emitían en el programa, en producción a veces influenciaban el subconsciente, y hasta que no cobraban sentido al fluir al consciente por parecido con algo vivido podía provocar reacciones inesperadas... El programa paulatinamente, emisión tras emisión, te introducía

en otro mundo, un mundo de diseño por redactores y personajes públicos. El agotamiento psíquico no es despreciable cuando los amigos, al saludarte, se sonreían con un: «¿Qué pasa, *empanao*?». Una manera de inculcar ideas en el subconsciente al telespectador que —vete tú a saber— a dónde te conducía algunas veces, sin especificar el contenido. Pero, ahora que lo pienso, este programa es algo parecido a la bocanada que me torturó, pero producido en masa para entretenimiento y alegría del telespectador.

Algo tenía el programa que no tenía el resto respecto a la utilización del lenguaje como una cábala acerca de algo. En toda cábala hay una cábala original, era muy sibilino el detalle, pero le daba un toque de morbo al programa.

Este experimento tiene una labor de investigación que procuraron que no saliera a la luz pública, que quedara en secreto, que aunque no quedara claro quién podía ser el partícipe, debido a la característica de difusión pública de la señal a través de los televisores, en mi caso me venía como anillo al dedo. A mí me podría interesar participar para constatar una facultad que se me atribuía como patología. Así que, después de oír las voces y reconocer los gritos de la presentadora, me hice colaborador, también como ellos con interés científico y médico, pero tampoco puedo esconder que también me cayeran bien el equipo y el programa. Según los médicos estaba completamente loco, así que también tuve que mantener en secreto mi participación en el programa.

Recuerdo la frase de un político dirigiéndose al espectador: «La predisposición es de tal manera que no

la verás nunca». Eso me dio una pista de lo lejos que podía llegar con el programa. No es que hablara con alguien en concreto ni se refiriera a un programa determinado, pero el mensaje era igual de válido para cualquiera por las características del medio y la actitud con la que me topaba a la hora de la verdad, con lo que comprendí que también estaban preparados para tener en cuenta las reacciones del aludido.

Un día, alguien del programa me advirtió de que podía ser colaborador del programa, pero con mi dinero, y que no entendían por qué quería ser colaborador si eran cuatro gatos. Un poco extrañado, me informé de la constitución de la empresa. Para mi sorpresa descubrí que el capital social tenía un monto de 700 000 millones de euros, y los socios accionistas y de junta eran en gran mayoría catalanes.

A duras penas podía seguir con el programa, que no me financiaba absolutamente nada, ni el seguro médico, pero era mi única oportunidad de demostrar que las voces de mi cabeza no eran fruto de un trastorno mental, aunque pudieran ser una consecuencia, que es bien distinto. Por mucho que me sorbía los sesos siempre me encontraba que mis ideas quedaban relegadas para otros. Tardé bastante en darme cuenta de ello, entre otras cosas por la postura del registro de propiedad intelectual, que me dio otra pista al comentarme la inutilidad de patentar una idea.

Una situación adversa que ni la propia cadena para la que colaboraba quería modificar ni considerar, aun viviendo una situación de idilio, por no molestarse por alterar el estado de la situación por una situación legal que nadie quería desligar, lastrado encima con

un grado de incapacidad cuya única fórmula legal de trabajo era el voluntariado, pero que no impedía insistir que lo que se consideraba algo patógeno pudiera ser provocado. Una situación laboral forzada que supieron aprovechar muy bien por la ausencia de ofertas, y más inmerso en una crisis de todos los tipos. Una iniciativa arriesgada cuando estaba anulado completamente por los médicos y con todo tipo de derechos, que se adjudicaban por cláusulas de adscripción como colaborador. Aun presentándoles reiteradas veces el currículum y proponiendo la idea del *backstage*, lo que más me reventaba era escuchar el «no me da la gana», aunque hablaran de las nubes. Solo por la nulidad de respuesta era igual que si estuvieran diciéndomelo a la cara.



Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces.

## Episodio 2

Por las mañanas no tenía más que ver la repetición para releer el programa e interpretar los anuncios y, por la tarde, realizar mi aportación al programa, igual que si participara en la composición de reportajes. Igual que un actor por cuenta propia. Los guasones me llamaban Crocanti por lo helado, dulce y nutritivo, ya que no tenía que hablar mucho, solo estar atento a la pantalla. Me daba un poco igual al descubrir lo que me estaba merendando esta vez.

A veces está grabado el programa, otras veces es en directo, lo que hace más complicado defender mi situación ante un tribunal si me quiero apoyar en el programa, salvo que si no fuera en directo. El experimento también sería un fracaso para ellos.

Para los señores de laSexta, Patricia es un gancho revulsivo, con lo que ella juega traduciendo las cosas al público, pensando y comunicándose en segundo plano. Es muy buena improvisando ante las cámaras.

Me gustó mucho comprobar a través de un programa que los médicos no solo estaban equivocados, sino que habían sido negligentes en su diagnóstico, hasta tal punto que es para cuestionar tanto los fármacos como esos centros.



Aun pudiendo actuar por cuenta propia, existían límites cuando fui descubriendo que al intentar acercarme al equipo me paraban de todas las maneras. Hasta Tobías, el germanito que se percató del tema, me advirtió de que estaban experimentando conmigo. Un día, tras obtener unas pruebas tras una grabación, les llamé para enseñarles una muestra del experimento y hablar con ellos. Pero, fuera por el motivo que fuera, siempre acababa en agua de borrajas. Cuando no les interesaba me pasaban con la reportera, si no era la reportera era la recepcionista, si no era la recepcionista mandaban al portero para que me fuera, y si venía con el cuento de comunicación por pensamientos, rechazarlo por esquizofrénico. Esto último fue aún peor con el diagnóstico de los médicos, que seguramente no tenían ni conocimientos.

Cada vez abren más psiquiátricos en la ciudad condal. Un día, cuando me dirigía a un restaurante chino a la vuelta de la esquina de mi casa, me encontré un recién estrenado centro psiquiátrico, y una noticia publicando que estaban construyendo otro campo más moderno y con más capacidad. Era una época en que, además, la pandemia de la gripe A corría en boca de todos, así como la búsqueda de fármacos contra ella.

Esta vez la visita no fue como la primera, de cortesía, de un día para hablar y entregar un regalo a los compañeros del programa. La intención también era doble: ir a vivir a la capital, Madrid. Así que hago una reserva en el hotel FOXA32 por una semana, lejos de la traumática ciudad condal por todos los motivos, hasta evitar tormentos con esa gente. Allí es más mi

país que en la ciudad que estoy, pero es difícil encontrar un piso y abrirme oportunidades. Siempre me lo han dicho: más vale tarde que nunca. Al principio fui rechazado, pero encontré una oportunidad en una vivienda compartida de estudiantes con una situación difícil de controlar en la calle General Lazy. En una semana es difícil encontrar un lugar donde vivir por cuenta de uno mismo.

Sigo hospedado en el hotel y llevo varios días. No solo me he dedicado a buscar piso, sino también he sido invitado a una actuación de teatro, *Rebeldías posibles*, de la compañía Cuarta Pared, en la que figuran apellidos como Yagüe. También he aprovechado para hacer turismo por las calles de Madrid y visitar algún que otro museo.

Llevo ya tres días y no hay manera de encontrar piso, y la estancia en el hotel se empieza a hacer eterna. Lo especial del caso, y como recuerdo del programa *Sé lo que hicisteis*, fue una noche en la barra del restaurante, cuando nos quedamos encerrados por lo tarde que era, y se presentó Alexandra, la protagonista del programa *De patitas en la calle*, con una amiga. Cuando inauguraban el primer capítulo, nos quedamos solo ellas dos, yo y los camareros. Las únicas palabras que me dirigió fueron si me gustaba el programa, a lo que yo le respondí: «Si sabíais que estaba aquí, podría haber venido alguien del equipo de SLQH». Aparte de asentir por lo original de la situación, le di recuerdos para el equipo de *Sé lo que hicisteis*, ya que ninguno del programa fue a presentarse personalmente, pero al menos se han acordado los del nuevo programa. Lo tomé como un cumplido

por parte de los compañeros de la Sexta, pero no me podía quedar más tiempo, así que tuve que volver decepcionado de regreso hasta una nueva oportunidad.

Llevo años detrás del programa, intentando encontrar una prueba. Hoy me estoy divirtiendo con el programa *Sé lo que hicisteis*. Hoy el *sketch* es curioso: sale Patricia hablando de un novio gay, pero justo en el momento en el que ella dijo: «Y yo le dije...», le comuniqué por pensamientos como un apunte: «Donde digo digo, digo Diego». Tras una pequeña interrupción casi suelta la primera palabra, e inmediatamente soltó una risotada que le valió un premio Miki y un sitio en mi web, lo justo para confirmar mis sospechas: los médicos se habían equivocado conmigo, pero tampoco se molestaron nunca en hacer ninguna prueba.

En uno de los viajes fugaces, con la excusa de un regalo, le llevé unos pendientes a Patricia, y no era la única cosa que quería decirle con el regalo. El regalo también era una oportunidad de conocer al equipo de cerca y de hablar del caso, pero ni por esas. Suerte de que alguien del plató viniera a recoger el regalo y me dijera unas palabras: «Dámelo y márchate». Ni con buenas intenciones perdían el tiempo en hablar conmigo, ni a invitarme a un café. Poco importaba que hiciera quinientos kilómetros de ida y otros quinientos de vuelta, que fuera colaborador o que llevara un premio Ondas en el bolsillo. Una desconsideración para encima decir que estoy como una chota. Al menos pude ver a Mermelada a través de las verjas del recinto. Igual que una premonición,

esa visita quedó igual que el regalo, como algo pendiente. Me tuve que volver como al principio y sin manual de instrucciones.

Otra vez, Tobías me lo dejó clarísimo: «Bistec, te están utilizando como experimento». Lo único que pude darle en aquel momento fueron las gracias por confirmar mis sospechas.



Te quedarás con mi cara.

Pasaron cuatro años y, ante la inutilidad de la colaboración del proyecto —y muy lejos de defender mis derechos como colaborador—, decidí revocar los derechos sobre los medios. Les pedí darme de baja como colaborador para que no dispusieran de mis medios alegremente y de forma legal, pero fue inútil. Tras varios programas percatándome de lo que sucedía con grabaciones que demostraban los hechos, no solo tenía ese problema, sino que hasta el banco se apuntó al carro tras otro caso de acoso bancario, en

que también tuve que denunciar, además, trampas en mis cuentas, lo que alteró no solo mi salud, sino mis cuentas y mi hacienda.

Harto, decidí recurrir a los juzgados, pero, muy lejos de defender mis derechos, acabé encarcelado con la excusa barata de trastorno esquizofrénico paranoide y de dar pruebas kafkianas por denunciar los hechos de la existencia de cámara oculta, que la cadena seguía utilizando incluso cuando había cancelado cualquier tipo de colaboración con la misma. Todavía me acuerdo de cómo, coincidiendo con otra acusación, el letrado me comentaba: «¿Qué hacemos?». A lo que le respondí: «Es caso de estudio», insinuándole que lo investigara. No tardaron mucho en dilucidar la solución ni se molestaron mucho en comprobar la veracidad de mis afirmaciones. Tras cinco minutos de espera, no se complicaron mucho la vida para coger la solución más tremenda: encerrarme en un psiquiátrico, de nuevo por la fuerza, y que me investigaran a mí.

Aún recuerdo lo que se escribía en el auto del juzgado acerca de los hechos, propio de Poncio Pilatos: «No vemos indicios de delito», o, traducido en otras palabras, que asienten los hechos pero me encierran igualmente. Tal impunidad solo se puede entender porque estén amparados y protegidos por el gobierno. En ese momento me sentí igual que un conejillo de indias.

Un argentino un buen día se me acercó, me consoló y me dijo: «Este... El programa parece muy amistoso y divertido jugando a ver quién coge a quien, pero,

tal como me contás vos cómo están hechas las reglas a medida para poder jugar con la opinión pública, los intereses públicos y llevarse la merienda de los culés a su terreno sin necesidad de dar explicaciones a nadie, solo por no haberme dirigido directamente nunca la palabra, para mí sería la mayor repulsa que puede recibir un ciudadano de a pie por parte de sus gobernantes y compañeros. Yo, como argentino, si fuera vos ya me habría suicidado».



Cabeza de turco.

## Episodio 3

Todo me hacía ver que, cuando me respondía un «no me da la gana», era por una parte «no me dejan, y aunque me dejaran no me interesa». No me ahorraron ningún tipo de sufrimiento; eran simples observadores pasivos de lo que sucedía.

Lo que no llego a entender es que, en vez de mejorar la situación, no se preocupan un poco de disimular con algún tipo de ayuda y ahorrarme problemas mientras ven cómo me zarandean, peor que un contrato basura. Estaba claro que, visto mi caso, hasta a mí me interesaba participar en el programa para defenderme de los médicos que, bien por ignorancia o bien por desdén, me emborrachaban con fármacos.

Cuando vi que no querían compromiso ni seguro alguno, como un teleoperador que compra el equipo y al que pueden despedir en cualquier momento, sin ningún tipo de contrato, recompensa, ni aviso, y vistos los derechos que se otorgaban, no veía compensación alguna, sino un juego y mercadeo detrás de mí. Sarcásticamente, el resto de compañeros del programa tampoco quieren perder su puesto en esto, aunque estén viviendo en parte de eso. Un protagonismo en forma de Gran Hermano camuflado, sin necesidad de cámara, solo observadores, y el plató, el mundo

entero. Lástima que por todo no hacían más que pedirme dinero, y su presupuesto para mí era cero, contando solo con la ayuda que disponía el gobierno. Y si me interesa, que utilice mis recursos. Teniendo en cuenta que era igual que una cobaya que se quiere y se mimaba mucho, pero con la que no se puede hacer nada, y que al final, como en todo programa, lo que interesaba era que el experimento durase.

Acerca del apoderamiento de los medios. Es tan delicado el tema que el afectado se puede ver perjudicado sin ningún tipo de responsabilidad ni permiso, solo por el hecho de tener que soportar esa situación de intrusismo privado y continuado. Hay que disimular un poco y colocarse peineta para poder insinuar al resto ante el descrédito de cualquiera: «¿Cómo no voy a tener autorreferencia si lo que interpreto en alguno de los *sketches* o casos interpretados llevan el mismo argumento de experiencias propias?».

Después de cuatro años de colaboración ya me conoce como la palma de mi mano. Lástima que es una relación tan fácil de acabar como apagar la pantalla del televisor e irse a tomarse unas copas con los amigos. Una vez descubierta esa relación como la única manera, la impresión es de perder el tiempo y estar sepultado vivo, inmerso en un experimento en el que se han otorgado muchos derechos sobre mí en connivencia del gobierno. ¿O si no cómo se explica que hayan permitido todo eso?

Resumiendo: un secuestro de medios camuflado en forma de dicha blanda y una pasantía sin ningún tipo de relación ni compromiso. Para resumir, el favor que Patricia y compañeros estaban publicando al



mundo entero sonaba algo así como: «Cuando el río suena, algún músico se está ahogando», pero a nadie le gusta esa forma de copar los medios que tienen y vulnerar el derecho a la intimidad.

Todo ese acaparamiento de medios, y como resultado de intervenir los medios privados y particulares de un sujeto, servía para obtener un modelo para sus guiones y *sketches*; en resumidas cuentas, la caja de Pandora es suya. Con el tiempo y lo concurrido del programa, nos prometieron ser directores del programa, claro, con el contrato y la forma a su manera y no a la mía, sin firmar nada y sin ninguna contrapartida, porque para eso el programa era de la presentadora. Pero un lema que era como un religión: «¿Cómo no? Están abiertos a cualquier sugerencia, tus ideas son nuestras ideas».

Si no fuera por la sinceridad de Patricia no me habría quedado tan claro ahora que, si no hubiera sido por el video, se hubiera pasado la vida riendo y cantando el «Ay, mísero de mí».

Todavía busco el teléfono de mi amigo el peruano, que amaba a los delfines por ser amigo de los hombres, no como esos animales que nos diseccionaban como chimpancés. Para más sorna de ellos, los conciertos de Duffy, una cantante americana con rasgos de Patricia, un pseudónimo muy parecido a *dufí*, delfín en catalán.

No quieren ni corroborar el experimento, prefieren que permanezca en secreto. Al final se ha convertido en un sistema muy fácil de que te tomen el pelo, si les sigues la corriente mucho tiempo y encontrarte la

cuenta repleta de ceros. De cualquier forma, es muy fácil hacerse el sueco y dar media vuelta, convirtiéndose en un incomprendido y un ignorado. Una situación que me dejaba muy lejos de salvarme del suicidio con esa gente.

La carta bajo la manga que se reservan por si les salía mal la tapadera, si no les interesa y se confirma el resultado del experimento, era un «puede ser cualquiera» con el que dejaban colgado a todo aquel que no estuviera en obra de gracia.

El colofón final fue corroborar que las cláusulas de adscripción a la Sexta eran igual que un papel legal mojado; después de la sentencia del juzgado, era como decir que tenían carta blanca para hacerlo igualmente. Igual que ser el chisme fruto de su fisco de esa cadena, aunque digan lo contrario.

El último contacto que tuve con la cadena fue la presentación de pruebas del resultado del experimento, y la respuesta ha sido un portazo en las narices, continuando inmerso en un segundo plano. Es una lástima que no quieran premiar el esfuerzo, y menos pagar igual que una calabaza gigantesca de la Ruper-ta del *Un, dos, tres, responde otra vez*, y no poder evitar decir en público en una presunta cadena privada: «En este programa no puede haber nadie del PP», si no fuera porque hay otro en discordia con el PP, y no falta repetirlo.

Si no fuera porque mi vida privada se estaba arruinando hubiera seguido con el programa pero claro nadie quería correr con los gastos del difunto de la amada y con una cláusula de rescisión de contrato propia de película “El corredor” de Shwarzenegger.



Creo que nadie va a testificar por ti.



## Capítulo 5

# EL DÍA DE LA HISPANIDAD

### Episodio 1

Todos los días sigo con celo el programa de la Sexta *Sé lo que hicisteis* desde la ciudad condal. Aparte de entretenido es balsámico. Aunque parezca mentira, más balsámico y revelador fue lo que me sucedió con Patricia, la presentadora del programa, aunque los inquisidores y reacios negaron incluso al ver que podía ser, y procuraron astutamente ocultarlo para ser objeto de estudio y de paso olvidarse del problema.

Hoy es 5 de junio de 2008. Después de un día activo, y como si de un idilio se tratara, me recuesto para descansar mientras unas voces de Patricia vienen a mi mente. En ellas, como siempre muy chistosa, comenta: «Mañana me pondré coletas». Hubiera quedado como enfermedad si no fuera porque al día siguiente, en el siguiente programa,

efectivamente se puso coletas. Esto, tan desconocido para mí e inquisitivo por el resto, explica un poco las líneas de lo sucedido unos meses después, en el Día de la Hispanidad.

## Episodio 2

Hoy es el día de la Hispanidad en la ciudad condal, y es de mencionar lo mal que se vive con esa gente en esas fechas.

No son pocos los días en que detecto que mi línea ADSL está pinchada. Auscultan el contenido y la actividad del ordenador, no importa mucho el *software* de seguridad que tengas, seguramente tendrán un acuerdo con *nosecuantos*, así que la única utilidad es decorativa, salvo algunos aspectos. Pero este día es de todo menos de Hispanidad, pues no se ve ni una bandera española ni acto oficial que conmemore el quinto centenario. Es igual que un día de guerra. No me imaginaba que fueran tan reacios y hostiles.

Hoy vivo uno de los secuestros tecnológicos más alucinantes que recuerdo. Un despliegue de medios con tal de impedir realizar una llamada, por increíble que parezca. Descubro un topo en el vecindario, un vecino que dispone de todo de tipo de medios para espiar las líneas por cable, que se pica cuando pongo el video a todo volumen de *Tócameelwindows*, automáticamente suena cómo se activa un *BackOrifice* o puerta trasera, y comienza a moverse el ratón por toda la pantalla de forma alocada. Se me colaron los ratones de nuevo. Un poco harto del *hacker* de turno,

decido llamar a algún ser querido. Qué sorpresa para mí ese día: el móvil está bloqueado en mi vivienda, impidiendo que se reciban o envíen llamadas en esa fecha y los días que duraría el bloqueo, hasta que no se les denunciase o pillase. La verdad es que no es el primer año que sucede. Tengo que ir al ático o salir de la vivienda y hablar en la calle para poder establecer una llamada. Para más inri, el saldo se me agota.

Bueno, ya tengo cobertura, pero ahora quien me traiciona es el servicio por Internet de recarga de móviles. No me queda más remedio que ir a las tiendas que, por cierto, también tenían problemas con las líneas para recargar el móvil. Los cajeros de La Caixa de Berzotas también participaron en la movida, puesto que las claves no funcionaban en ninguno de los cajeros. Solo Caja Madrilonia dio la pista de lo que pasaba cuando desde ese cajero sí que funcionaba.

Poco sirvió recargar el móvil cuando ese día parecía haberse dado el toque de queda, pues todos, amigos y no tan amigos, no cogían el teléfono ese día en un gesto de dar la espalda. Poco amor se profesa en ese país en el día de la Hispanidad.

En resumidas cuentas, era un día de boicot a los españoles y a los intereses de los españoles, que no sé los demás, pero yo sí que los sufrí. Barcelona, un mal lugar para conversar sobre futuro.



## Episodio 3

Todos los vientos corren en contra de los que otros sacaron negocio fruto del boicot sufrido y la forma de sacar de quicio. El psiquiatra y el psiquiátrico, un negocio en alza palpable en la ciudad por la proliferación de centros que hay.

Para unos, el día de la Hispanidad es una celebración en forma de boicot. Bonita forma de zumbear a las parejas, un mal lugar para enamorarse, y Telefónica no estaba muy interesada en que funcionase, no sé si lo uno o lo otro, pero lo único que sé es que no pude pedirle ayuda a nadie.

Como en palabras del juez Garzón: desquiciado perdido. Es una lástima que Internet no sirva para pedir socorro.



# Capítulo 6

## EL SALMÓN

### Episodio 1

Diez años después, el mundo ha cambiado. Todo gira vertiginosamente a golpe de *click* en Internet, pero algo está pasando conmigo. En mi caso, se me está revelando, y lo que parece algo fortuito esconde algo más grande.

Estoy desolado en mi residencia de veraneo, fuera de la ciudad condal y de ese país, solo pero tranquilo, ya harto de que el vecino siga fisgoneando mis conexiones a través del inalámbrico. Dedico mis horas muertas a leer algo de prensa por Internet y realizar alguna que otra grabación en el DVD de mi ordenador personal. Pero qué raro: cada vez el grabador del ordenador funciona peor. Debe ser por el uso continuado. Grabar se estaba convirtiendo en una tarea delicada y costosa, hasta que se rompió, así que decidí comprar un grabador externo. Uno no sabe cuál es el modelo que puede ir bien, así que compré uno de

altas prestaciones de la prestigiosa marca americana HitPoint en las tiendas del Fnac. La petición *online* aparentemente funciona correctamente, con las facilidades de pago por tarjeta que ofrece el distribuidor.

Son estupendos. Estos modelos externos ultraligeros funcionan de maravilla los primeros días, pero al cabo de veinte días, tras un descuido al realizar una grabación mientras estoy conectado a Internet, fortuitamente al día siguiente el modelo 555 de grabador portátil deja de funcionar.

¿Qué debe haber sido, la fuente de alimentación externa? El primer cinco, ¿que no sirva para instalar el sistema? Segundo cinco o uno desapercibido, que la compañía misma desactive el dispositivo una vez registrado.

Las condiciones posventa, muy bien preparadas. El distribuidor solo cambia el dispositivo los quince primeros días, qué coincidencia, los quince días que tengo para devolver el dinero pagado con tarjeta de crédito por el banco. El distribuidor me pasa con el fabricante, y el fabricante no accede a recoger el producto para repararlo, y un cambio de producto solo a través del distribuidor. Al final tiene más intención de arreglar el incidente el fabricante que el distribuidor, que se ofrece como interlocutor con el proveedor para solucionar el problema. Ni presentándome personalmente en la tienda ni hablando directamente con el fabricante acceden a cambiarme el producto. El cabreo es enorme ante la frivolidad por parte de la encargada del edificio, que incluso intentó quedarse con el recibo de compra aprovechando un descuido para no poder justificar nada.

Aún hay más. Había un pedido *online* de un disco pendiente. El sistema de seguimiento que tiene esta compañía es engañoso, hace quince días que tendría que haber llegado y hace un mes que estoy esperando, así que, como aún puedo cambiar la dirección — porque el pedido no ha salido—, tras volver a la ciudad condal me encuentro que el producto todavía no lo sirven. Llamo por teléfono y me dicen que aún lo están fabricando cuando ya está por catálogo. Al final el *drugstore* —tal como llamo a una tienda pequeñita— me soluciona el problema. Justamente entonces, pasada una semana después de tener el problema solucionado, cuando ya habían pasado dos meses, llega el aviso de entrega del pedido que estaba fuera de plazo y con un pedido que había anulado. Qué manera de dejar mal al cliente que tiene el Fnac, tendré que pedirle el turrón a otro por Navidad. Tan mala atención me obliga a romper las austeras vacaciones y volver inútilmente a la ciudad, donde no sirven las reclamaciones por la falta de servicio.

## Episodio 2

Harto de la ciudad condal, que se ha convertido en una ratonera sin salida, y tras estar un mes en un piso de soltero en el que tampoco hallaba la tranquilidad, fecha que coincidió con la marcha de Gorbachov, actual alcalde del municipio a las órdenes del gobierno. ¿Pura coincidencia u otra treta camuflada para el gobierno en forma de opereta? Pero no fue casualidad que tuviera que poner fin a la estancia cuando me acusaron de poco aguante, cuando me echaban irritante para los ojos no una, sino varias veces en mi habitación. Traté de denunciarlo a través de la policía, como al anterior inquilino como principal causante, pero se declararon inútiles de resolver el caso.

Es por eso que decido trasladarme a las afueras, a una ciudad donde conservo mejores amistades y he pasado buenos momentos. Consigo alquilar un piso cerca de la playa a una afable señora que residía en la ciudad condal. Todo parecía una facilidad, excepto la rigurosidad del contrato, incluso con las visitas e invitados, una artimaña legal un tanto abusiva que no me dejaba tener ni perro, pero a lo que no se le dio mucha importancia al principio.

Los primeros días eran magníficos, la oferta turística era variada y siempre había algo que hacer, aunque lo

que más me sorprendió fue la primera broma, cuando en una casa en la que se organizan fiestas, un día, al acudir y encontrarme, los organizadores gastaron la primera tilda pesada, llamando a eso beneficios penitenciarios. A lo cual sonreí, a algo totalmente capcioso, tomándolo como una broma absurda.

David, como siempre, dándome ánimos: «¡Te has metido en la boca del lobo!», a lo que no supe si sonreír o decirle que, por la bienvenida que me dio, entendí que aún años con ellos todavía no me había contado el resto.

Pasan los días y me cuesta llegar a fin de mes con el alquiler y la paga que me queda. Así que decido compartir piso como una ayuda extra, ya que de otra forma estaba impedido. Al compañero le iba bien porque estaba harto de sus padres.

El tiempo transcurre y todo es más de lo mismo. Al principio no hay mucha necesidad de dar explicaciones de a qué se dedica cada uno, mientras cada uno cumpla con lo que tiene que aportar. Ya no nos reunimos como antes a entretenernos las noches, aunque había días en que nos quedábamos devaneando con algún que otro cacharro. Un día, David me sorprendió al comentarme una experiencia: «¿Sabes que un día me tomé una pastilla y vi un tigre apareciendo por la pared en forma de llamas, que me miraba fijamente, y al cabo de un momento se esfumó?». En ese momento no supe qué decirle con las atrapadas de las fiestas que corríamos. No supe bien cómo reaccionar, si con una sonrisa o tomármelo en serio, pero el subconsciente me dio una respuesta: «La cerveza me ha durado poco».

Eran tiempos de la implantación de la TDT. Al principio no funcionaba bien por las numerosas interferencias entre canales. Me explicaron un poco el problema que tenían, así que me tuve que romper los cuernos para solucionar el problema. Solo tuve que ver el mapa de canales para ver lo que sucedía. Tras un pequeño comentario rápidamente se percataron del problema igual que si se les hubiera aparecido la virgen. Después de ver que era un problema de agrupación de canales, las interferencias eran mínimas. Al final quedó la satisfacción de que el sistema funcionase, pero con la amarga sensación de «aquí no existe nadie».

Al principio todo va bien, pero conforme la crisis nos resta, siempre nos viene bien algún extra con algún truco de bolsa. Las apuestas en casino no llegaron a funcionar aun con estudios estocásticos sobre papel. Un día que nunca recordaremos fue cuando me sorprendió la visita de un par de amigos. Estaba en pleno momento de juego y las jugadas más claras llamaban por si solas. Nos dimos tiempo para conversar y —cómo no— surgió el tema de por qué no podía trabajar y las relaciones de pareja.

Les expliqué muy brevemente que los médicos consideraban que lo que tenía era una patología hereditaria que me descompensaba psíquicamente. Muchas veces había protestado y les había comentado a mis propios médicos que eso no era cierto, que descubrimos que ese diagnóstico estaba tergiversado, y tuve que increparles que tenía incluso pruebas de ello. Me dijeron que eso no eran pruebas, sino un testimonio



que no probaba nada. Al final no supo qué decir, únicamente que coincidí con él cuando me respondió: «¿No crees que es comenzar la casa por el tejado?». Le di una respuesta afirmativa, pero así llevo mucho tiempo, así que dejamos el tema de lado. Presté un poco de atención a la ruleta del casino mientras ellos miraban el partido de liga. Mi apuesta faltaba y todavía no había salido todo al cinco. Eran las doce de la madrugada, y la boliche de la ruleta comenzó a rodar. Parecía una jugada cualquiera, pero mientras el boliche de la ruleta empezó a saltar de casilla en casilla vino un apagón de luz. Suerte de la fuente de alimentación externa, el ordenador siguió encendido y el boliche cayó en el número cinco. Con las luces apagadas y solo el ordenador encendido, canté: «¡Bingo! He acertado, ha salido el cinco rojo impar».

Al final su fijación era el fútbol y el F. C. Barcelona, un pesado con el fútbol, aun diciéndole que me molestaba y que no me gustaba que me intentaran convencer del club ni hacerme pasar por Etto. Se lo dejé bien claro: poco tengo que ver con el club. La Fórmula 1 me ha dado más que el F. C. Barcelona en toda su historia, que ni me ha reconocido nada, y de poco sirve veros para sufrir. Aunque fuera poco, al menos recibí una sudadera con la inscripción de Alonso y sin decir nada. El único trato de favor que le concedí fue congratularle por lo listos que son los Dark Angels, con su «Amor Gasolina» en los Crazy Lakers. Le comenté que me he encontrado mucha gente instigadora del club, y que cada vez comparto menos opiniones. Tal como me va, al final ninguna, y que lo que dicen, lo que

hacen y lo que muestran para mí es «amor negro», y donde pone Unicef leo Unipollos.



Una interpretación llevada al último extremo de «Amor negro» en estado puro.

Un día, mirando los dos la televisión, le comenté: «¿Sabes que me he apuntado como colaborador del programa de laSexta?». Me miró con cara de monaguillo indiferente, pero, intentándolo animar acerca del programa y la comunicación inalámbrica, le comenté que «no son pocas veces que me gasta bromas de esa forma». Exasperado e incluso colerizado, rebatió: «¡Tú no puedes decir eso! ¡Estás mal de la cabeza! Por eso te pasan esas cosas». Fue tan contundente que le respondí: «Y ¿por qué no? Si lo sé no te lo cuento». Al final, ante la inutilidad de convenir

en nada, quité hierro al asunto y, para calmarle la recriminación, le conté un chiste que me contó un antiguo amigo que trabajó para un psiquiátrico para que me entendiera: «Un sordo le dice a un tonto: “¿Tres y dos?”. El tonto le dice: “Cuatro”. Y el sordo le responde: “Por el culo te la hincó”».

La cosa empezó a degenerar con la llegada de los Mossos de Esquadra, la policía autonómica, y también incluso las relaciones de amistad entre los habitantes de la población costera cuando expulsaron a la Guardia Civil de sus dependencias. Cada vez es más difícil llegar a fin de mes, y al compañero le cuesta mucho pagar, además del comportamiento extraño. Pero ya no solo eso, me da la sensación de que, después del último derbi y la confitada con los amigos y lo que pasó, le ha hecho hacer ver magia. Se pasa horas haciendo el lagarto en su habitación, esperando a que le pida algún favor, y no tener trabajo no le preocupa mucho; aunque gasta un trato aséptico, no se le puede ocultar la cara de secuaz. Las diferencias y el aburrimiento se diluyen cuando saca su pistola de balines de aire comprimido y eliminamos tensiones practicando el tiro al blanco con una lata de coca cola.

Un poco mosca, salgo a dar una vuelta, pero sonrío y a la vez me sorprendo al ver que no era el único al que le gustaban las prácticas de tiro cuando por la calle vi a un hombre limpiando su arma tranquilamente en su balcón, como el que limpia una estatuilla.

Un día, Mateitor se preocupó por mí y me vino a buscar para salir de fiesta. Estaba un poco borracho,

así que tuve que darle las llaves al compi para que condujera por mí. Me presentaron a un señor que se interesó por lo que hacía: me hablaba de su interés por el esoterismo y las ciencias ocultas. Le expliqué un poco mi caso, y el hombre, muy gentilmente, indicó: «¿No crees que puedes ser un médium? Si quieres podemos hacerte unas pruebas». Asustado, le comenté: «Sí, estoy con usted, pero las pruebas no siempre pueden salir satisfactorias». Influyen muchas cosas, como los fármacos que me tengo que tomar, y si no, una cagada de paloma para que saliera mal, que para mí es algo más grave. El hombre se quedó sorprendido. Inmediatamente le cundió el pánico y el horror al darse cuenta del terror que también podría sufrir él.

Llegamos a la discoteca y no estaba muy bien, pero con las prisas de entrar en la Mateitor se olvidó de las llaves y nos dejó encerrados. La música y el saldo no dejaban llamarle. El señor salió claustrofóbico y se puso histérico. Empezamos a buscar algún botón o algo para salir del coche, pero no había forma ni de abrirlo ni de volverlo a dejar cerrado. Intenté tranquilizarlo, pero empezó a gritar: «Quiero salir de aquí, ¿cómo te puedes quedar así tan tranquilo?». «Ya vendrá. Además, las llaves las tiene él, y con la taja mejor me quedo dentro», respondí. Me miró fijamente y replicó: «Voy a matar a ese tío». El señor empezó a presentar gestos convulsivos, y de un codazo rompió la luneta trasera para salir por ella. Después de ver eso, se me pasó la caraja de golpe y seguí al señor dentro de la discoteca. Allí encontramos a Mateitor y al resto. Tras una bronca y media hora sin hacer nada, nos dimos media vuelta en el coche, esta vez con aire fresco.

Este compañero de piso ya no era el de antes; este ni cuida el aseo de su habitación ni es tan cumplidor con sus obligaciones de la casa. El colmo fue un día por la noche al despertarme y ver salir correteando una cucaracha por el pasillo desde la cocina a abrigarse a la habitación del compañero. Es curioso que aquí tenga cucarachas escondidas tan gordas, como las que me decían que había en Madrid. Estos insectos lo soportan todo, hasta la radiación.

Al final tuvimos que decidir que, ya que no podía poner nada de su parte al alquiler, al menos la comida cada uno por su parte. Pero fue un pacto que no duró ni un minuto. Al principio estuvo muy de acuerdo, pero la mirada esquiva me hizo desconfiar, así que hice una prueba y preparé un cebo con una bolsa de galletas cerradas por unas pinzas. Efectivamente, al día siguiente, cuando eché mano, las pinzas estaban movidas, aparte de los cucharazos de más que había en el pote de mermelada. En ese momento pensé: «O la trampa es cojonuda, porque cualquiera pensaría este no se da ni cuenta, o este tío se está riendo de mí a costa de los médicos, metiendo la zarpa en la trampa el primer día». En ese momento solo pude pensar: «Qué forma de caer de más hijo puta que he visto».

Al principio la convivencia fue bien mientras no tenía necesidad de trabajar, pero cuando hasta a mí se me acababa el crédito, a él también le sucumbió la necesidad. Eso lo transformó en un aprovechado y con descaro. Muy oscuro lo que hacía en el cuarto, todo el santo día encerrado como una larva.

Al final encontró un trabajo, pero ni aun trabajando quería pagarme mi parte de alquiler. Cambió incluso

de actitud: se volvió más rebelde y avaricioso, contando los billetes que iba ahorrando delante de mis narices, y aun así no podía darme un duro. Ante tal desfachatez y toreo, le invité a que se quedara todo el dinero y se volviera con sus padres. Pero guardaba un as en la manga, y eran sus propios padres los que le decían que no volviera.

Se volvió más reservado que nunca; a saber con quién hacía migas. Desde ese momento no había que ser muy adivino. Aunque no tuviera constancia de ello, actuaba de una forma que parecía muy instintiva, esquivo y acechante, siempre encerrado en su habitación, sin consideración alguna por lo que me estaba pasando, y siempre con una excusa o una respuesta cuando le tenía que exigir.

Aun con varios meses trabajando, no pagaba, y soltaba embustes y largas. Así que, tras reiteradas insinuaciones y tras una charla, le comenté que no tenía ningún derecho de dejar sus cosas ni necesidad de quedarse en el piso todo lo que él quisiera, con la excusa de que sus padres no le querían. Y no era únicamente porque orinaba sentado al revés en la taza del váter, como si fuera un bidé, sino porque además había otro problema, y era el juicio en torno a un más que dudoso seguro por accidente.

Compartir piso era cada vez más insoportable, y el carácter irascible e impulsivo era cada vez más descarado. La situación ya no olía a tufo, olía a liendre. No solo estaba en el ambiente, sino en la limpieza del piso: no había manera de sacar la roña por mucho que lo intentara, al día siguiente volvía a aparecer. Un día, después de hablar seriamente de

por qué no pagaba su parte del alquiler cuando ya consiguió un trabajo, crispó más la situación cuando él mismo pensó lo mismo que yo, que él era también el confidente en ese juicio.

La tensión creada era tal que una noche sufrí hasta un ataque renal, y tuve que llamar a los servicios de urgencia mientras me retorció de dolor en mi habitación. Cuando llegó la ambulancia, el compañero se hizo el loco de lo que me pasaba y, mirándome con una mirada de culebra y con una sonrisa, me repetía: «¿Te duele, te duele?». Cuando llegó la ambulancia a recogerme, lo único por lo que se preocupó fue: «¿Qué te pasa?», y un crecidito: «Dame las llaves del piso». Lo único que le dije fue que: «Un pimiento. El compromiso lo teníamos antes y ya llevas tiempo de *presta*o. Tres meses es tiempo suficiente para llevarte tus cosas a otro lado».

Tras tres días de hospital vuelvo al piso. Es san Juan y me encuentro con la escena de la puerta forzada. No solo se había llevado sus ropas, sino también algún que otro recuerdo. Está claro que fue el compañero el que organizó el asalto. Denuncié a la policía los hechos, y les di nombre y apellido. Tras varios días de espera después de los hechos, apareció la policía con uno de los objetos robados, pero sin confirmarme ninguna detención ni ningún indicio, y todos bajo sospecha.

Después de llamar a la compañía de seguros de la vivienda, efectuaron el cambio de cerradura. Parecía todo resuelto y seguro, pero volvieron a entrar cuando vivía solo y sin haber cedido las llaves ni a mis familiares. Volví a denunciar los hechos a la policía,

que me escuchó con mucha corrección, pero omitió la declaración por escrito y copia para el juzgado. Entre lo de la cerradura y la policía, censurando desde lejos, ¿quién manda en el país?

Un día, aparentemente tranquilo en el piso de alquiler, unas voces llegaron a mi cabeza y pude reconocer a la dueña del piso. ¿Maldita esquizofrenia o bendita telepatía? Las sentencias de esas voces eran tajantes: «Que le entren en el piso y lo echen». Me pareció beber agua bendita cuando reconocí las voces de la propietaria del piso, pero igual que si llamaran de nuevo al verdugo para poner en marcha la guillotina.

Efectivamente, pasaron pocos días para que entraran de nuevo en el piso. Visto que esto era un desahucio, un caso de *mobbing* y acoso inmobiliario, y la forma de actuar conmigo de la policía y la justicia del país, ya ni me preocupé por acudir a la policía. Tras varios intentos estériles de encontrar trabajo en momentos de crisis, con pocas influencias, con la lucha por los puestos que había y lo bien que lo hacían, lo último que haría sería pintar un cuadro.

Cuando entraron en el piso de alquiler sin cerrajero, vi que ese piso ya solo servía para organizar un secuestro de medios. La misma situación que vivía antes, pero solo. Después de los tres asaltos a mi vivienda, el comentario jocoso de los servicios penitenciarios que soltaron las amigas no son tan extraños con un san Pedro pagano presumiendo de tener las llaves del cielo.

Un día paseando por la calle y hablando por teléfono con el amigo, sospechando de las escuchas telefó-



nicas y en día de lo más bromista, bromeábamos con las escuchas y los fármacos que tan buen resultado médico producían, y cómo el tratamiento también a veces a mí se me olvidaba, las voces de alarma saltaron al afirmar: «Por una pastilla de mierda que me tomé y me sentó mal». Para sorpresa mía, a la tarde se presentó la policía autonómica con un «I come in peace», para una comprobación rutinaria, muy preocupados por mi estado de salud. Tras la falsa alarma de narcóticos se fueron, pero de lo sucedido en el piso no dijeron ni pío, y ni se ha visto el pelo del que lo hizo por comisaria.



El pico igual de afilado.

Luego vino el cambio de vecinos en época de verano. Se entretenían mucho quitándome la funda del coche o abriendo el maletero, cuando me encontré un muñequito en forma de *gremlin*. Hasta que un día oí cómo los nuevos vecinos comentaban quemar un coche, igual que terroristas en forma de danza ma-

cabra y noches de aquelarre. Esos días vinieron más inquietos en su apoyo, y una nueva vecina en el bloque se presentó un día junto con su familia, buscando relajación y tranquilidad para desarrollar en mejores expectativas un proyecto de programación. No quise meter las narices en lo que no me incumbía, pero tampoco pasó desapercibida cuando, durante esa misma temporada, escuchaba sus dudas en un supuesto exasperante programa de concesión de permisos o lo que fuera. Siempre se debatía entre el sí o el no; al final siempre acaba en no, un tanto macabro para al final un día alardear de haber terminado el programa. Tanto tiempo sin poder salir y aguantar las intimidaciones de la vecina diciendo no a todo me acabó por aburrir. Estaba tan rallado que hasta cuando Zapatero puso de moda por televisión el «salmón sí», que sonaba como un «*sal món sí*» o, traducido, «sal del mundo sí», se me hacían los días agobiantes.

No sé a quién iba dirigido ni por qué lo decía. Por las pastillas de color salmón que tan pocos amigos me dejaban, no sabía cómo interpretar lo que dijo el presidente, una frase que lo único que hizo fue recordarme que, al margen de todo, una cosa es burlarse de mis conocimientos y otra cosa es atentar incluso a través de mi familia. Un episodio que no pude comentar ni a familiares ni a médicos por miedo a indirectas evasivas como autorreferencia por sentirme aludido. Así que, como hijo de buen vecino, intentaba también un poco de sal de por medio escuchando a otro.

No solo tenía que aguantar las gamberradas de los nuevos vecinos, sino que en el piso de mis pa-

dres recibía cartas domiciliadas, registrando la vivienda al antiguo inquilino mientras yo estaba por desaparecido. Muy lejos de aguantar esa situación, ya no pintaba nada allí.



Siempre recordaré aquello que me llegó de él a mí:

«El gato es mío y me lo follo cuando quiero».

Visto que ni pincho ni corto, y aún más cuando al sentarme en un bar a ver un partido de liga se me acabaron las ganas de quedarme mucho en el Porfirio, al ver la ridiculez más pérfida desde lo lejos, al ver

cómo acercaban a un forofo del Real Madrid F.C. en silla de ruedas y con la camiseta de su equipo y con propaganda de Bet&Win, igual que una advertencia para los que se quieran ir a la acera de enfrente.

Los días finales en el pueblo me encontré de nuevo al topo peleón, compañero de piso airoso, vestido de azul en la estación de tren de cercanías, como si no me debiera nada y con una sonrisa con ganas de chocar esos cinco. La cara de desgraciado se me tornó en indignación cuando vi el resultado de la espléndida policía autonómica al acercarse al impune del hijo del ayuntamiento, orgulloso y más fresco que nunca e igual de justiciero, capaz de montarme una escenita en público, como que quería zanjar lo pasado con un golpe de silbato. Tuve que separarlo de mi vista y volverle a repetir que era él el que me debía dinero a mí, como para encima venir con sentimentalismos, y que no ejerzo de funcionario de educación en ningún reformatorio, si sus padres tampoco le pagaban los estudios, y menos pagándomelo de esa manera. Al final tuve que darle la razón a David: había cometido un error al compartir piso con ese como hizo él. Por algo sabía antes que yo lo que iba a pasar y acabó igual como acabó. Tuve que apuntarle que por un ingrato que uno acoge y se comporta como una rata, no creo que un lisiado se merezca un desahucio.

Se despidió de mí con un «viva Zapata», a lo que repliqué que si no nos protegen ni nos dejan protegernos «vota Cerrajero». Que a veces me llamaran Solomillo podría ser broma o un chivatazo, hasta el

punto de que, después de acabar de perderlo todo y pasar al rango de Bistec, mejor pirarme de un pueblo antes de darle la categoría de estofado de carne con patatas en el que el bistec no sirve para estofado. De lo que nunca tuve la oportunidad fue de hablar en la boca del lobo, para mí todo lo sucedido solo representó ser un choriceo. A fin de cuentas, a lo tonto a lo tonto, entre las patrulladas nocturnas y los acosos que llaman *mobbing* eso tiene más pinta de terrorismo económico más que vandálico o de otra cosa, cuando goza del consentimiento de la autoridades, que desoyen las denuncias y detenciones, además de la censura del gobierno, de la gente y hacia la gente, aparte de tener que aguantar la *monigatada* de esa gente por un coche y la marca que solo pretendía buscar la ruina a una persona. Hay que ser un mendigo y, además, astuto para destruirlo todo en el momento más inoportuno y no ganar ni un duro, y que te respondan a su manera que necesitaban un empollón con problemas que sintonizara su frecuencia y les ofreciera en bandeja los triples en suspensión en el aire para lucirse en la NBA y en la FIFA.

Un día tomando el desayuno mientras hablaba con Juan, como así se hacía llamar el padre de una familia china que regentaba el bar, acerca de lo difícil de encontrar una napolitana, me dejó la única opción de un triste cruasán que quedaba en el mostrador, y de lo mal que lo pasaba a solas en mi piso, sin la triste posibilidad de salir a tomar un vermú con nadie, bien sea novia o amigo, bien sea compañero o enemigo.

Fue ese día de conmoción económica cuando, además, tuve que aguantar como despedida el bombardeo mediático de TV3, la cadena autonómica, amargándome el desayuno con un presentador gritando de forma insultante: «Puerco, dinos cómo subir la bolsa». Indignados y estupefactos por lo nocivo para la más que delicada situación de salud, y lejos de conservar la cordura al no poder cambiar de canal debido a esa situación tan naif, Juan logra calmarme con un comentario mordaz: «Te tienen como china en el zapato, y de qué manera te están sacando del zapato».

## Episodio 3

Pero no fue solo eso lo que me sucedería, sino algo más grave al tratar de reformar un piso. Pero eso viene más adelante, en otro capítulo.

El *show* y también remate final lo tuve con la presión fiscal, en forma de multas. Llevo ya ocho meses fuera de la ciudad condal, fuera de Cataluña, y he recogido una notificación de multa. La he recogido por reconocer algún hecho; por dentro me pregunto si quizá la próxima vez recibiré cinco de golpe. Han pasado varias semanas y, para mi desdicha, he recibido efectivamente cinco notificaciones de golpe.

El servicio de recurso de multas ya no actúa como antes, y el sistema de embargos es imparable. Los recursos presentados en administración, una pérdida de tiempo. Lo último ha sido recibir embargos en mi cuenta corriente sin ningún tipo de diligencia a través de su entidad colaboradora, con lo que se llevaron lo poco que me quedaba en la cartilla para llegar a final de mes.

Han hecho todo lo que han podido y lo que no podían, como llevarse el coche con grúa mientras voy a consulta médica. Cuando salgo veo que el coche se lo han llevado de la zona de estacionamiento; en contra de la normativa, en vez de poner una multa

retiraron el vehículo. Aunque reconocieron el error, no existen devoluciones de grúa, pero quién dice que solo es el dinero lo que se llevaron.

Conforme el coche es mejor, el número de multas es mayor. Es la correspondencia que habitualmente más me llega: multas. La última anécdota fue cuando, después de un calentón mental, recibí un fogonazo de un radar cuando iba a menos velocidad de la permitida por territorio comanche.

Muy lejos de la forma de actuar en otras partes, que se dedican a lo suyo, allí lo llaman *recolectas*. La noticia es de consuelo cuando, a través de los medios y el sentir generalizado, lo que pasa es que se han acentuado los fines recaudatorios, algo así como una pomada para mis oídos, o algo así como decir «mal de muchos, consuelo de tontos».

Llevo ya ocho meses fuera de esa jurisdicción y todavía no me han cantado las multas que cayeron de esa gente, aunque donde estoy muchos son también hijos de Sion y vienen repitiendo el mismo patrón de juego, llegando a alterar alimentos para defender los colores del mismo club. Aunque lo que defendieran no les venga a cuento, y que nos condenaron a mí y a los míos a las profundidades.

Esta forma de sangrar que no le ocurre al resto no será por la paga que me dan. Mi compañero de fatigas, David, comentaba que era una calamidad hasta que un día llamó diciendo que le estaba pasando lo mismo que a mí. Inesperadamente le empezaban a llover multas, como a mí. Le repetí el refrán: «Cuando veas las barbas de tu vecino cortar, pon las tuyas a remojar».



Subo en el coche y tomo rumbo de partida. Es de noche, y somos unos pocos coches los que circulamos por la carretera manteniendo la distancia de seguridad entre el coche de delante y el de detrás, pero para que me quede con la copla del asunto el radar me lanza un destello a mí, que voy detrás, y no al de delante. Me he tenido que desempadronar y desligar de toda relación legal y contractual para que dejen de hostigarme igual que a un alien. La última noticia que tengo del país es que están en vías de declarar la soberanía nacional y que, de postre, nos dieron *mel i mató*, algo parecido a «mierda y calabaza», pero que sabe a ruina.



# Capítulo 7

## EL COCHE ESCARABAJO

### Episodio 1

Después de un año fatídico tras un desastre en la última empresa que casi acaba conmigo, con lo que me queda de fuerzas y recursos, veo una oportunidad de montar una asesoría, pues son tiempos de crisis y de recaídas en que ningún trabajo tiene mucha continuidad. Así que me propongo utilizar esa baza, una idea que con el tiempo resultó más que de ingenuos, como la operación que realicé tras comprarme un coche acorde a la empresa, un coche mediano multimedia, aunque para mí era multitarea. Tras cerrar la operación financiera de la compraventa del coche, me quedé con la sorpresa del comentario jocoso de la vendedora: «Aquí tenemos un coche para la empresa y lo cogemos todos». Al principio pensaba que me hablaban de un coche de empresa del concesionario, pero lo que no llegué a imaginarme fue el retintín que había, en la sorna que gastaba por haber detrás una financiera.

Con la broma, un grupo de compañeros nos reunimos para hablar de todo un poco, cada uno exponiendo su opinión. Como quien no quiere la cosa, apareció la idea de montar una asesoría. Las ganas de formar una sociedad eran muy pocas, con una orientación más comercial que de servicio, lo que me dio a entender que para ellos una idea representaba una semilla, y que tenía más valor el fruto que la semilla en sí. Así que, visto lo gratuito del tema, mejor seguir la fiesta y olvidarse del resto hasta otro día, que para eso están los fines de semana. Para desconectar.

Han pasado algunas semanas y los días sobre ruedas, dando vueltas sin saber qué hacer. Hoy me dirijo a un bar, es hora de comer. Me encuentro con Álex, excelente jugador que a veces se dedica al estraperlo, y que me apodaba Gremlin por lo irritado que me ponía cuando algo me perjudicaba sin comerlo ni beberlo. Hoy no ha aparecido David a por su ración de pizza y botella de leche, un fisioterapeuta al que expulsaron de la empresa por ser contrarios a sus ideas y tildar sus métodos de obsoletos. Ha debido quedarse dormido entre ritmos de rap del Fifty. Así que, después de comer, me dirijo de vuelta a casa y aparco el coche con toda la confianza que da la seguridad de un coche.

A veces le propongo montar negocios conjuntos, pero no llega a escucharme. Ni una idea era buena hasta las que eran para mí. Me sugirió que era más seguro vender una noticia o una primicia que convencer a un inversor de algo; no le dije ni sí ni no, simplemente entendí que aplican el cuentagotas.

Incluso en el local de ocio, restaurante y *chill out* de unos antiguos conocidos, al ofrecer asesoramien-

to de marketing, se disculpaban a la hora de darme una oportunidad en la empresa. Se ahorraron muchos comentarios y conflictos diciendo que ya disponían de un encargado en informática, que el negocio les iba suficientemente bien y que no daban de beber a borrachos.

Con el tiempo, lo único que descubrí es que se me escapaban las ideas por las orejas nada planteármelas, y que eran como bellotas que caían de un árbol y perdían todo su valor. Van pasando los días y sigo con mis ensayos. Un día, haciendo pruebas con la antena de recepción de televisión, se percibían interferencias, entre ellas algunas que afectaban a toda la localidad. El compañero de piso me acompañó a la ferretería para la compra de unos accesorios de señal, pero, como quien no quiere la cosa, me enseñaron el esquema de la TDT comarcal.

Hablamos acerca de las interferencias de señal. Tras ver el esquema de los canales de la TDT, les sugerí la reagrupación de canales para evitar conflictos. El problema de las interferencias quedaría solucionado, salvo eventuales microcortes.

Al día siguiente, todas las señales de los canales ya funcionaban con normalidad. La verdad, la idea de la asesoría no era mala, salvo que no estaba de acuerdo con la hipocresía y el ridículo a la hora de justificarse que olvidaran recompensarme tras la idea desgraciada de dar una solución al problema, y me pasaron el problema junto con la factura de antena.

Aún con la mosca en la nariz, ese último episodio me dio ánimos para insistir en constituir una asesoría, aun en solitario. Dos que llegaban más lejos que yo,

Guarro y Cruasán, me dijeron que lo único que iba a conseguir era la idea más pasmosa: vender ideas al que te ha arruinado ante los únicos postores que podía haber encontrado y que no consideraron. Esa empresa acabaría siendo peor que un encierro en un hotel, aunque aceptaron que ciertas soluciones podrían traerme muchas ventajas, pero en circunstancias menos adversas.



Después de las collejas de los amigos, hice un modelo y un plan de empresa resumido, pero, incluso con las medidas de seguridad contratadas, no era de extrañar que una máquina de escribir sería más segura que el equipo portátil tras la experiencia vivida en la anterior vivienda. Aunque fuera poco confiable, tuve que buscar la mayor privacidad de la red en la desconexión, y con el engorro de la potestad que se otorgaba laSexta para tener derechos sobre los medios y el *wifi* de serie incorporado.

Me di cuenta de que, aun evitando parcialmente el intrusismo, en un viaje con el portátil —que a su vez estaba haciendo de maleta de negocios—, tras fallidos encuentros con los compañeros de colaboración del programa en que me había enfrascado, y tras intentos fallidos por encontrar sitio donde vivir en la capital, aparte de un piso compartido que me ofrecían en la

calle General Lazy, pero con el que no acabo de decidirme, aproveché los días de estancia en la capital para ir al museo de cera y visitar el parque del Retiro. Luego de desistir del intento, a la vuelta me encontré con la sorpresa de la retención de maleta y manipulación de equipaje con documentación y material de oficina que, pasados unos días, acabó con una historia propia de *El conde de Montecristo*.

En vez de enriquecerme, consiguieron enloquecerme con el extravío de maleta y hundirme de nuevo para seguir perdiendo el tiempo, con lo bien que me iba a mí lo de quedarme allí estrujándome la cabeza y recibiendo un no como respuesta. Si lo que ocurría no era usurpación de ideas o espionaje industrial, ¿qué era? Así que, tras el incidente en el aeropuerto y los no socios que iba encontrando, caí en la desidia, y lo mejor que me quedaba de momento era el teatro, el arte y la interpretación, hasta más adelante.

Cuando nuestros cerebros e ideas son propiedad de ellos, la propiedad intelectual carece de todo tipo de rigor. Para colmo del caso, solo faltaba que de asesor de empresa, un cabeza de pepino y de flor de amor me convirtiera en asesor y en sujeto de asesoría, al cruzárseles la idea de tomarme como caso de estudio para la simulación de un experimento de física nuclear que trataba de colisión de partículas para el diseño de un *cinclotrón*, un acelerador de partículas basado en el principio de repulsión magnética aprovechando las ondas conductoras de un toro electromagnético de partículas de misma carga eléctrica y espines opuestos. Tras un futuro éxito del *cinclotrón*, siempre me quedé con la duda de cuándo llegaría el

*payback*, cuando lo único que podía esperar, visto el panorama, eran largas que me recordasen el principio de incertidumbre de Heisenberg.

Quizás el teatro o el arte podían ayudarme en un sentido, pero quizás me perjudicaban en otro, como empecé a comprobar en los agobiantes días sucesivos.

Buenos días por la mañana. Voy, subo al coche y ¿qué me encuentro en la guantera del coche? Un bolígrafo de la Guardia Urbana. Qué extraño. ¿Cómo ha llegado este bolígrafo aquí dentro? No le doy muchas vueltas a quién puede ser su dueño, así que salgo como todos los días a dar una vuelta sin olvidarme de consultar mi plan de empresa en una empresa financiera de proyectos.

Una vez en la financiera, todo son orejas acerca del plan de empresa, pero no dejaba de ser una financiera, pues no mostraron mucho interés en ella tras el intercambio de pareceres. Yo creo que pensaron: «Este vende su cabeza por muy poco en un proyecto de empresa de dudoso cobro». Al final, la crisis y la poca confianza de liquidez de la empresa tiran todo al traste, con lo que, tras todo lo que me había ocurrido, lo más que podía hacer era dar vueltas mientras seguía mis investigaciones de viabilidad acerca de lo mismo que era sujeto de diagnóstico de enfermedad, mientras buscaba una salida a mis problemas financieros. Mi vida era de todo menos aburrida.

Llevo tres meses debatiéndome qué hacer, así que decido alquilar un aparentemente tranquilo



apartamento de playa en las afueras de la ciudad, en busca de tranquilidad y mejores condiciones en una época en la que una habitación, por medio de un contrato, se convertía en un despacho al servicio de la Sexta. Al principio todo parece tranquilo, hasta que llegan los nuevos inquilinos del piso de abajo. Y viene un compañero de piso, inofensivo al principio, pero fatal como el último.

Al final, el coche solo sirvió como reclamo más que un buen proyecto, montar una asesoría, cuando te das cuenta de que o estás en la onda o es que otros están realizando tus ideas antes de que las tengas, lo cual no me dejaría vivir, incluso cuando desistí de la idea de empresa.

En otras épocas se ganaba uno bien la vida con las consultorías, auditorías y asesorías. Tener ideas para que se ría la gente no es bueno, y menos si son buenas para quedarte fuera. Era extraño cómo me salían todo tipo de motes, desde Ronaldinho, Etto, Alonso, A-sus-órdenes-mi-general y un sinfín de bromas. Claro, que tanto esfuerzo para ninguna concesión, y verme sacudido por el desangre económico no era ningún aliciente para montar nada.

El mejor trabajo que me quedó fue el trabajo en casa y adherirme al proyecto de la Sexta *Sé lo que hicisteis* que, de forma fortuita, me agrandó la vista de cómo era mi mundo y jugar al cazador cazado. Claro, que llegó un momento en que no me iba a quedar esperando para volver ser carne de psiquiatra, preguntándome cuándo llegará el próximo tren o por qué acabo en el grupo de gente fracasada.

## Episodio 2

### Parte 1

Una asesoría de comunicaciones, seguridad y de diseño de sistemas para empresas. En una época de crisis en la que hacen faltan buenas ideas, no era descabellada la opción, pues era momento de oportunidades.

Con las perspectivas que presentaba la orientación de la empresa, podría optar por entrar en la organización de una organización como Andersen & Consulting, pero con muy buena suerte el puesto más cercano hubiera sido el de *staff* (ayudante de dirección), pero recordé el comentario de un amigo que tuvo suerte en su empresa y tenía otra perspectiva, que para lo que costaba constituir la empresa y cómo poder entrar en una empresa con múltiples excusas lo mejor que podía hacer era intentarlo por mi cuenta.

Clientes, contactos, socios y financiación. Es una lástima que no cuentas con medios, pero sí con principios, se admiraban unos. Las posibilidades se iban desvaneciendo, las ideas no, y seguir rodando era como nadar contracorriente o correr en vano. En el grupo de los *donnadies*, a ver quién vence a quien y, mientras, los diferentes indiferentes del país que se enquistaban como un herpes.

Tras comentarlo con varios amigos y pedirles opinión sobre la idea de la empresa, entre unos y otros, el proyecto de empresa —por así decirlo— quedó como una necesidad, en que las discrepancias entre lo que cuesta en términos de productividad, las expectativas del resultado de una asesoría, las discrepancias en términos de beneficios y de gratificación o bonificación de prestaciones, las garantías de pago, aparte de las posibles usurpaciones al tener intervenidos los medios solo por haber aceptado las condiciones como colaborador de laSexta, el final que iba a conseguir sería la degradación de la salud. Todo eso planteó una situación de dudoso cobro y precariedad laboral.

Tras el plan de empresa, acudí a una financiera, pero las fórmulas de financiación pasaban bien por hipotecarme o bien por buscar un socio capitalista que financiara el proyecto, pero se guardaba la carta de la participación mayoritaria como socio accionista.



Con que meterse en camisa de once varas...

Después de presentar el plan de empresa, se quedaron con la idea y con el potencial de la empresa, pero ahí me quedé, meses esperando una fórmula para crearla. La financiera accedía a financiar, aunque a efectos prácticos sería como un trabajador sin posibilidad de cambio, lastrado por una financiación que era como una hipoteca, con el problema de la gestión de cobros, a lo que nadie quería dedicarse, ni siquiera los que podían encajar en ello. Ni encontré socio fundador para constituir la empresa ni clientes interesados. Si no fuera por el enredo en que vivía... Al cabo de unas semanas, el único rastro que encontré fue un recorte en el periódico anunciando un nuevo filón de oro en torno a un congreso de ideas de innovación, del cual no recibí invitación expresa, excepto el recorte de la pasada noticia.

No pude ni llegar a poner el rótulo con el nombre a la empresa. Incluso hablé con conocidos a los que pudiera interesar, e incluso con quien mejor me llevaba, una relaciones públicas que, al comentarle el cambio por un puesto de secretaria, un día, aburrida de escuchar esa vida, me comentó que prefería seguir en el teatro. Aunque posteriormente un día me hizo recordar que ella sabía más que yo, que pasaba cuando el primer día me gastó la broma al darme un número de teléfono (625625625) y la broma al replicarle: «¿Este número es un anuncio o un triple?».

Un poco al margen, y después de lo que aprendí como colaborador de *Sé lo que hicisteis*, la mejor solución era retractarme hasta de pensar según qué

aspectos, solo por no crearme problemas y discusiones con quienes tomaban las ideas y no reconocen ni dan compensación alguna. Todo me empezaba a dar muy mala espina.

## Parte II

Hoy he presentado el coche oficialmente a mi amigo Ángel, por lo calculín y enredoso con los números que resulta cuando no sabe cómo salir del laberinto. Al verlo me extraña el comentario que hace: «¿Qué te parece un general saliendo con dos chicas agarradas por la cintura?». Me quedo un poco estupefacto por lo estupendos que son. ¿Qué pretende, decirme que es el coche de un general? Bueno, en todo caso me halaga, y le contesto irónicamente: «Gracias, ya lo creo, pero en este país los generales son otros y tienen otro nivel de vida». Olvido el comentario, sin recordar el proyecto de empresa y el papelillo donde mi amigo me proponía de forma muy cuca, con cierta picaresca que tenía, los problemas que me podía provocar si les seguía el juego. ¡Y era cierto el producto de mis investigaciones o de mi ignorancia!

También le comenté mis desastres con la Sexta y en el programa *Sé lo que hicisteis*. Tras reírse del programa y quitarle importancia a la negación de la cadena, no rechazó el visto bueno del coche, pero no dudó en bromear de nuevo con Alonso, pero con retintín disimulado, no solo por el corredor de carreras de Fórmula 1 Fernando Alonso, sino por Alonso Quijano, el

caballero de la triste figura, y el rollo clínico-místico que me envolvía y que tantos infortunios me daba.

Pasan los días en Isla Tortuga, como así llamo al pueblo costero a las afueras de la ciudad condal donde resido y dedico el tiempo entre ensayos, diseños y amistades. Es difícil ligar, y tengo que compaginar las citas con el horario. No dejaba, sin embargo, de seguir el programa *Sé lo que hicisteis*, pues seguía siendo interesante, por Internet o por televisión, y hubo una época en que nos comunicábamos, ellos a su manera y yo a la que me permitían, pero esa forma de relación a alguien le perjudicaba bastante, aunque estuviera consentida y fuese parte del programa.

En una de mis salidas nocturnas, acudo a la Casita Azul, uno de los pocos sitios que quedan para organizar fiestas abiertas donde, por un día y al descuido, llevo conmigo el nuevo sistema que he ideado para recuperar sistemas informáticos, aunque seguramente esté inventado, y el cual he guardado en un *pen drive*. Entre las bromas y el alcohol, cuando regreso, el *pen drive* ha desaparecido de mis bolsillos. ¡Qué he hecho! ¡Corro el riesgo de no recuperar el sistema! Rápidamente regreso a la Casita Azul. Justo cuando llego, el compañero que me recibe, un poco recalcitrante, me comenta: «No hay nada». A lo que le respondo: «Sobra ese comentario, pero quiero comprobar dónde se puede haber caído». Nos dirigimos a la sala donde habíamos brindado con una copa de más, y efectivamente ya no era mío ese *pen drive*. Tanto hincapié en este asunto, si no fuera por lo que ocurrió tres meses después de dejar el piso.

Disfrutaron mucho con él. Algunos creían la excusa del coche de un general para no haberme dado ninguna condecoración ni vestuario; el chiste era bueno y un rollo de futbolista. Mejor disimular una trampa para ellos mismos y otra forma de embaucar a una persona, de sacarle todas las ideas que tuviera. De todas formas, no estaba ahí para dar gustirrinín a nadie y, además, tal como canté a otro y con letra de Loquillo, «el suicidio no era para mí». El chiste está acabando conmigo con respiración asistida y con observadores de todas las opiniones y posturas, igual que un gladiador. Esto no es más que «espectáculo en vivo».



## Episodio 3

Si ya lo tenía difícil, tengo otro más. El compañero de piso no es muy católico pagando, y últimamente riña mucho con el fútbol; es un culé acérrimo y, encima, de ideas dispares. No muestra mucho interés por las mujeres, pero el fútbol es su mejor aliado, con lo que se convierte en mi peor enemigo. Pasaban los meses y su dejadez era mayor. Las cucarachas visitaban su habitación con frecuencia, y dejaba pasar sus trapicheos y su trabajo de camarero para costearse el piso. Hasta un día que me harté, cuando negó a mis seres queridos, se declaró mi topo y enemigo.

Empezó a comportarse como una culebra que acechaba en todo momento, pendiente de cualquier descuido para aprovecharse de la situación. Entonces descubrimos que cuando ya no pagaba dejó de preocuparse. Demasiado retorcido para seguir conmigo. El descubrimiento siguió a la enfermedad contraída por ese tipo, que me llevó a un ingreso hospitalario justamente antes de decirle que se fuera con sus padres si no quería ser mariquita. Se fue, pero no sin derribar la puerta mientras estaba yo hospitalizado para llevarse cuatro tonterías, en vez de esperarme a que regresase del hospital en casa de sus padres. Aunque no fue la primera y última vez que entrarían en

el piso. Pagar el alquiler no me servía de nada, pues tenía dobles intenciones; eso y un hijo de papá influyente precipitaron los hechos, y esta vez entraron sin forcejear la cerradura ni aviso ni ceder las llaves a nadie. Ni las denuncias a los policías ni las evidencias sirvieron para parar a ese tío. Decididamente, unos oportunistas espectadores que esperaban el momento de hacer mérito con Cristo o con el demonio. Pero, de cualquier manera, prefiero el madridismo a las juguetas del barcelonismo que, cada vez más politizado y acérrimo al extremismo catalanista, y un contexto político catalanista republicano más que antidemocrático con consulado en hacienda.

Tras los tres asaltos al piso, el chivatizo de conato de quemar el coche, el ingreso hospitalario, la falta de perspectivas y la ruina que me esperaba, decido echar las maletas en el maletero del coche y largarme de ese país, y no acabar como disecado en algún museo como el negro de Bañolas, no sin tener un pequeño recuerdo de ellos al encontrar en el maletero un *gremlin* de juguete que aún conservo.

¿Quién se puede fiar hoy en día, en una época de crisis, en un coche tan concurrido?

Para remate final, tres meses después de abandonar ese país y a doscientos kilómetros de distancia, aún sufro las consecuencias de los delirios de esas gentes, lo cual perjudicaba mi sistema de la coordinación, con consecuencias como algún que otro desperfecto en el coche. Así que, lisiado y en bancarrota, aún hago algún esfuerzo por recuperar los desperfectos. Tras una rascada con un canto, aviso a la compañía de seguros y concierdo cita en el taller para arreglar

chapa y pintura. Encontré un taller concertado con la compañía en Huesca capital. Cuando fui a recoger el coche, todo hubiera quedado en algo fortuito si no fuera porque, al recogerlo del taller, me encontré en el posavasos el *pen drive* que había perdido en la Casita Azul de Isla Tortuga.

¿Un coche robado desde el principio o maldito desde el primer día de compra? ¿Cómo llegaron a ponerse en contacto con la gente de la Casita Azul para que llegara allí ese *pen drive*? ¿Es que se conocían de antes? ¿Es que los del taller hablaron con los de la Casita Azul? Y, si lo pensamos al revés, ¿cómo sabían ellos el taller en que estaba? Esto me recuerda el título de una novela, *La sombra del ciprés es alargada*.

Al final el coche quedó en el olvido incluso por el servicio de garantía cuando, al solicitar cita para pasar el chequeo del coche, se olvidaron completamente de llamarme, y la ausencia por vacaciones del recepcionista de turno del concesionario por atender la llamada.

Las declaraciones a la policía de ese país no me facilitaban mucho las cosas a la hora de defenderme de ellos. No tomaban ni declaración ni copia alguna de ella, cosa que me molestaba, pues era difícil apoyarse en un tribunal con las manos vacías, aparte de la exposición de la denuncia en el juzgado, que de poco valdría en un país con concesiones propias. Ahí se queden ellos jugando a policías y ladrones.

Cuando le comenté a un compañero esta manera de atenazar a la gente, me pasó una nota en inglés: «Love my whiskey hangover, angry texts from my best friend who barely remembers her bday. DON'T

PUT ME IN CHARGE IF U DON'T WANT IT DONE RIGHT», que en boca de mis amigos significaba: «No me jorobes si no va a salir bien», pero algo debía fallar cuando los que tenía al lado me comentaban: «How... Tomahawk».



My solution is Fahrenheit.

Qué lástima de coche, que llevaba radio incorporada. Un detalle insignificante, pero que, aunque mirando las cláusulas del contrato de la Sexta de una forma excéntrica se otorgaban algún derecho reservado incluso para ese coche por tener un medio que figuraba en el contrato, era claramente un abuso por parte de la empresa por extender los derechos reservados de la radio al coche entero. Entonces me enteré por terceros de que no solo escuchaban, sino que también les gustaba filmar lo que pasaba dentro. Un coche de empresa que, cuando lo vendían, en realidad era un coche de representación.

Un buen amigo, el más bestia de todos, me lo resumió bastante y claro: «Esto trata de quién lleva la voz cantante y quién se lleva el gato al agua». Al final acabó en un descarte, un desprecio inusual, distorsión y tergiversación para llegar al legado de la marginación y el desahucio por un coche bien parido, cuyo único lema y origen de confusión era: «The pursuit of perfection», tomando manga por hombro con tal de llevarse las ideas sin «pay back» y disfrazándolo de todo menos de luz, algo inusual e inédito para no tener amigos. Claro está, de qué me podía quejar si estaban en otros líos.



# Capítulo 8

## MERCI POR EL MANÁ

### Episodio 1

Las noches no son como antes, las fiestas son de otra manera. Mis compañeros se ríen de mí al decir de ir a ligar. El sitio al que me llevan no es lo que se dice aburrido. Unas fiestas desproporcionadas en las que hablar no se habla mucho, pero escuchar se escucha de todo, un *after* de los buenos en Viladecans. Allí cada cual es libre de opinar sobre la música que se pone y sobre lo que se pincha. Al final, el público es el que vitorea la música y la letra. De las fiestas, las más intensas que hay son a partir de las seis. La gente flipa, y llega un momento en que los pensamientos fluyen al ritmo de la música transgresora por la sala.

Una fiesta por «el hambre en el mundo». La gente alucina con los compases de la música del *after*. En el Madness Club del Merci se necesitan muchas copas para aguantar eso, aunque la cosa cambia cuando ponen un temazo *electrohouse*, y la gente se electri-

za cuando escucha notas de futuro y cambios en el mundo a golpe de timón y eclecticismo como opción cuando se enarbolaban banderas de Alianza de Civilizaciones que, como no me entraba bien por las orejas por lo estridente de la música, pasaba mejor a base de filetazos y lingotazos con todos.

Realmente no se puede decir que en ese caso la música amanse a las fieras, pero el subidón es total a base de agua, el mismo valor que le daban a todo eso, el mismo que aguas de Valencia.



El maná era tralla de la buena.



## Episodio 2

El juicio desfavorable me ha dejado sin blanca. He buscado otras cosas, pero es muy difícil entrar incluso en el negocio de los amigos o conocidos. Los contactos no me sirven de mucho, ni el programa de *Sé lo que hicisteis* ni el resultado de la colaboración, así que me toca hacer como al resto del montón: poner un anuncio en alguna de las webs de búsqueda de trabajo, como Infojobs, y a ver quién me llama.

Tras varias semanas no tardaron en llamarme. Me seleccionaron los de siempre, una empresa de externalización de servicios, quienes parece que eran los que entendían mi situación. El resto de ofertas que solicitaba, obviadas. Ya no es como antes, que se peleaban por el empleado; por lo visto, ahora el mercado debe estar más canalizado. Me vendieron muy bien el puesto en el bloque 22@, edificio insignia de las empresas tecnológicas, externo igual que cedido.

Esta vez no me llaman para opinar sobre el diseño de la aplicación a escala nacional en forma de entrevista, debatiendo si es mejor el modelo centralizado o descentralizado. En esta ocasión estaban convencidos de que lo haré perfecto.

Al principio estaba un poco ciego con el mantenimiento de aplicaciones de seguros y estadísticas,

pero luego vendría la sorpresa. Las exigencias eran cada vez mayores, y el personal iba desapareciendo conforme se agotaban las necesidades del proyecto. Justo en ese momento vinieron a prometernos una mejora de las condiciones laborales y subidas de sueldo. Pasaron varias semanas, así que, en vez de aumentarnos el sueldo, y visto el agotamiento, nos cambiaron de proyecto con la promesa de mejora en las condiciones laborales.

Aquí encontré la sorpresa que no me esperaba y que llevaba tiempo estancada: una aplicación para mí solo. Si realmente era una mejora, sería de mérito, pero el tema era el mismo: seguían pagando lo mismo, y encima tenía que acaparar más papeles que en el anterior. Si en la primera etapa solo tocaba programación, en esta incorporaba arquitectura y diseño en un proyecto de ayudas a la agricultura, ganadería y pesca. En ese momento vi la cruz colgada en esa fiesta del Merci. ¿Quién iba a rechazar tal honor después de tan sonada fiesta?

Desafortunadamente, el papel de ese puesto tenía menos recorrido que un concurso de Eurovisión, con tiempo muerto suficiente para aprovechar cosas de otro certamen. Todo en la aplicación era confidencial y encriptado, por lo que la responsabilidad del contenido recaía en el usuario.

Pronto me pusieron delante de una máquina, solo ante el peligro, sin formar parte de ningún equipo cual figurita en un belén. No me dieron muchas explicaciones técnicas de cómo funcionaba el proyecto, así que rápidamente comprendí que era un proyecto abandonado en el que, además, tuve que realizar la-

bores de ingeniería inversa. Así que ya tenía bastante con lo mío, por lo que fui muy pragmático a la hora de desempeñar el puesto.

Mi papel de cocinero lo efectuaba mecanográficamente, con la precisión de un bisturí. Las relaciones con los jefes eran las justas para desempeñar mi papel, y los ejemplos con los que contaban eran muy pocos; el que más se repetía era la simulación de una ayuda al sacrificio.

Muchos juegan a quedarse con la gente. En un día cualquiera, uno me echa una broma acerca de quién quiero ser, si un presidente del gobierno. A lo que yo respondo intentando eludir el problema de forma mordaz: «Prefiero Ronaldinho». Instantáneamente alguien grita en la planta: «Ya tenemos a Ronaldinho, ¡ha firmado!, ¡ha firmado!». Aquí cada vez exigen más sin saber cómo. Pero si hace años que no entreno al fútbol sala. Esto, aparte de oler a cuerno quemado, tiene pinta de sorbete de limón. Esto pinta a altos vuelos y cotas bajas. Una de las piezas clave de la respuesta me vendría por un comentario algo más que inocente: «Si no te gusta Ronaldinho y pasas del fútbolín, lo que puedes hacer es leer el periódico en las horas en que escasea el trabajo».

A veces eran muy bromistas y me preguntaban: «Si no quieres ser jugador de fútbol, ¿no te gustaría ser el rey?». Me propusieron irme con él, y detrás el misil, a lo que respondí: «No represento a nadie, y menos por ese dinero y con esas intenciones. Es mejor James Bueno y su 007 en el filme de *Tridente para la eternidad*». Preferí investigar y encontrar proyectos de vanguardia que hacer planes para el rey,

en vez de quedarme absorto en la pantalla igual que hipnotizado como una gallina, viendo los peces de colores en un salvapantallas.

La concentración es máxima. A mi derecha tengo a Silba, porque antes de hablar silba. A mi izquierda se sienta un consultor, un férreo jefe de un proyecto que debe estar relacionado con el espíritu santo, un consultor alto de estatura, parco en el habla y de acusada calvicie, que llevaba un proyecto de inteligencia artificial a partir de un modelo de pensamiento. Tenía acceso a la actividad de los ordenadores. Era un hombre frío, abstemio y metódico, que cada vez recibía alguna información nueva proporcionada por sus sistemas de control por los diversos canales e incluso por los inimaginables. Hasta un día en que no podía tragarlo más, cuando empezó a denominar la moneda con el nombre de «guiles», igual que el juego de estación de consola con el que me entretenía, y se lo dejaba yo también claro, que a mí también me entraban ganas de entrarme en sus narices.

Después de empaparme de una idea proveniente de donde fuere, el consultor, igual que un acto reflejo, agradece su sed con un trago de agua que toma de su taza, igual que si fuera un tic. Con unas formas que ponían frenético a cualquiera, cuando se le escuchaba un «te mutilaremos» o «te sacrificaremos». Se suponía que hacíamos un servicio a la sociedad, pero lo que escuchaba estas veces ya en tono de sarcasmo era un «ser vil, hay que ser vil», un consejo que tan solo me hizo reflexionar en que lo que hacía era un curro y lo demás son ostias. El cansancio hacía mella, y el malestar en el trabajo era cada vez mayor, hasta

sufrir hipertensión. Al final, el puesto solo me servía para comerme el coco y necesitar estimulantes.

En los descansos bajábamos a tomar un café. La voz cantante del grupo era Silba que, como su nombre indica, suelta todo lo que escucha y le pasa por la cabeza e incluso por la mía al estilo de un rapero.

Me enviaron propaganda a mi correo con una oportunidad de ganar de forma piramidal mucho dinero, tanto más como bonificación por las páginas visitadas por los amigos. Solo tenía que enviar la oportunidad de participar en el negocio a mis amigos, facilitándoles su cuenta de correo, a lo que una compañera malagueña que tenía detrás, de espaldas y sin decirle qué estaba haciendo, comentó: «Solo es para saber quiénes son tus amigos». Le di las gracias por el apunte y la gaita que gastaba. Realmente era una web para epilépticos por la cantidad de propaganda que había que leer. Las cantidades percibidas eran pírricas y las plusvalías ni existían, ni siquiera podía recuperar la bonificación por el límite de transferencia, a lo que le asentí, pues tenía bastante razón.

No solamente mis amigos, también mis cuentas. Esta vez no cantaron el bingo de forma propuesta como en otro barco, recitando todo el patrimonio del que disponía, por si quería empeñarlo en acciones de la compañía, lo que me prometía la multiplicación de los panes.

Las sospechas empezaron en la consulta del dentista, que me hablaba de Jazztel mientras arreglaba de forma maltrecha el diente. Son sucesivas las visitas, y la corona del diente está cada vez más dañada. Me sugiere la idea del capuchón y lo dejamos para la se-

mana siguiente. Pero, llegada la semana, me encuentro con el plantel de «cerrado por vacaciones», y el diente se quedó sin corona e infectado. Ya a la vuelta de vacaciones, regresé con la posibilidad de salvar el diente, pero —para mi desdicha— no se conformaba con el que ya tenía picado, sino que tuve que pararle la mano porque ya iba a por la corona del diente de al lado. Me asusté por el rostro sudoroso y las facciones desencajadas, y tuve que levantarme del sillón y salir de la consulta corriendo.

También en el metro flotaban las oscilaciones de Jazztel. Oigo unas voces que me dicen que tardaría dos años para recuperar ese valor. Lo que no me imaginaba era que no me iban a dejar llevar una vida normal y que incluso me quedaría colgado en el camino. Era casualidad que el plazo que me marcaban coincidiera con las elecciones, si no, ¿por qué dos años? ¿Cómo me podía hablar ese hombre de esas acciones? ¿Quién estaba detrás del teléfono dándole indicaciones?

Era tan claro que me espiaban desde la empresa que hasta conseguí averiguar que tenían acceso a datos bancarios. Al principio era arriesgado, afirmarlo hasta que me presentaron a un compañero encargado en una aplicación de *trading* de bolsa, un tanto afeminado, que iba de Hamilton por la empresa. Hablaba de las carteras como si fueran bases de datos. Al principio no podía uno imaginarse eso, hasta que un día —y no me cuentes por qué—, para eludir cualquier posible acción en mis cuentas, decidí mover el capital y cambiar los valores a Bankcule, que tenía fama de poseer el bróker *online* más rápido.

Al día siguiente, el cabreo del Hamilton era enorme cuando hablaba acaloradamente con sus jefes: «Este tío ha cambiado todo de base de datos. Mañana voy a ir al banco a concertar un acuerdo para que nos den informes de su actividad».

Me quedó más que claro que el privilegio del cargo y los medios que le entregaron le daban una ventaja, pues disponía de preferencia de órdenes. Ese mismo día volvió cabreado, sin haber conseguido ningún acuerdo. Fue entonces cuando, al día siguiente, fue a hablar con el representante máximo de la entidad. Después de varios enganches, me encontré en la entrada de la empresa y me comentó: «No te enfades, tu jefe me lo está ordenando».

Todas las operaciones bursátiles acababan siendo un fraude desde el principio, en las que solo ganaba cuando retiraba. No gané ni un céntimo de más mientras estuve en esa empresa, al revés: perdía el dinero como el que tira el agua al río y se la lleva la corriente. El compañero de al lado, al que apodábamos Silba, hacía bromas conmigo cuando me enseñaba fotos en clave irónica de Moamar el Egipcio. Poco iba a servir cualquier expectativa de futuro en esas empresas y análisis de fundamentales, y con la descalificación con la que sibilinaamente se refería a lo que yo le bromeaba: «Entonces pasamos del CASINO».

Hubo un día en que vino Telecinco para cubrir una noticia del edificio 22@. Los que estábamos dentro no pudimos asistir a la zona de retransmisión, otros se quedaron fuera hasta que llegó el republicano de Puigcerdós, soltando un comentario: «¿Este qué hace

aquí?». El comentario fue: «Lo necesitamos; tiene algo que aportar». Mientras, desde la azotea, los de Telecinco anunciaban la visita al edificio.

Agotado el proyecto de agricultura, me cambiaron a otro proyecto a ver si me atrevía. Me hablaron de la hija de uno de los directores de la compañía, que también eran del mismo partido republicano, y todo apuntaba a la folclórica de hacía seis años, aunque no le quise dar muchas vueltas. Como todo al principio, un poco perdido entre documentación y palabrerías, me avisaron de que muchos habían abandonado ese proyecto. Al principio no sabía de qué trataba hasta que pude empezar a ver el alcance del proyecto. No me explicaron prácticamente nada del nuevo proyecto, solo me dejaron ver el título: «President». Tomadura de pelo, o con eso ya era suficiente para empezar. Igualmente ya no era tan ecléctico ni comparto tanto los principios como el anterior, pero, aunque no dijera nada, desde esa visita me empezó a ir todo mal, tanto en el trabajo como con las amistades. Solo faltaba cuando había rollo de fútbol y la prudencia de que no perdiera el Barcelona. Continué agobiado al principio, una semana, hasta que un ataque respiratorio en el trabajo no me dejó ni despedirme de los compañeros aparte de un único comentario: «Estoy de baja y no creo que pueda volver».

Después de retirarme en camilla de la empresa, los problemas no se me terminan. Entre el *zapping* y el programa *Sé lo que hicisteis*, miro en el teletexto y sigo con mi pensamiento las fluctuaciones de esos valores bursátiles, como si los controlara; estaba delirando. Se me ocurrió la idea de comprar acciones



de todos los valores como la forma más segura. El resultado fue desolador: todos los valores empezaron a caer en picado. Las oscilaciones en bolsa eran semejantes a las de tiro al pato, y una ola de bajadas me dejó en el sillón mientras veía cómo mis valores iban bajando. Los movimientos bursátiles eran propios del que achica agua, y la tendencia, igual que la de un serrucho; llámenlo recorte de valores. Cuando se estabilizaba, los movimientos eran parecidos a los de la atracción del pulpo de las ferias; llámenlo fluctuación de capitales.

Una vez vino una idea sobre el comportamiento de las acciones de Jazztel, tan en boga en aquellos momentos. Consideré la posibilidad de una sucesión de Fibonacci, como con Terra. Hay días de desajustes bursátiles que me obligan a ir a la entidad bancaria. Salí más confuso de lo que entré cuando los valores que me mostraban eran completamente diferentes que aquellos por los que preguntaba. Así que, extrañado, decidí ir a la bolsa de Barcelona y comprobar por mí mismo la evolución del valor. Pedí una impresión del historial. y en el membrete figuraba Fibonacci, pero, para mi sorpresa, la sucesión estaba tumbada, con los ejes cambiados. En realidad, era la transcripción de una sucesión estrictamente decreciente y alterna, igual que si aplicaran el criterio de Leibnitz. No hice ningún comentario al respecto, pero ese membrete para esa transcripción invertida se me asemejó a una broma pícara.

Tanto intervencionismo en los ordenadores me hace dudar realmente de para quién trabajo. La precaria privacidad hace endeble cualquier tipo de estra-

tegia y confidencialidad de operativa. Así que todo el cenizo que me perseguía no era fortuito, por raro que parezca. Ante tanto estrés, la mejor salida es la cama.



Quién iba a decir quién sería el papeo  
para el todopoderoso Sarnak.

Tanta queja y perplejidad me las arreglaron rápido cuando los mayores afirmaron claramente: «Cuando ya no os quisieron, os devolvieron, de la misma forma que con tus amigos. Personalmente, el trauma más grande que habéis vivido, igual que carne adulterada a bajo precio. Si ya lo escuchabas en el metro, ese presidente fue carnicero. Os enterasteis tarde, y así fue: se encargaron ellos mismos de echaros cuando no os necesitaron y devolveros con vuestros amigos, y con la consideración que os tenían: “que lo echen a los perros”».

## Episodio 3

Llámenme enfermo o lo que quieran, pero la coincidencia de la fiesta y el proyecto, ni a posta. ¿Cómo acertaron en el *pick up*? ¿O fue una coincidencia burocrática casual, que mejor ni se la comento al médico?

Lejos están los buenos puestos que ofrecían en anteriores gobiernos. Al final fue un *pick up* de los buenos, coger y soltar tras un ataque de ansiedad en el trabajo, y el jamacuco final que hizo que me cesaran del trabajo con un proyecto que me terminó de absorber. Está claro que no se conformaron con exigirnos de todo.

Me han colocado con enchufe directo por una promesa que nunca salió de una fiesta loca. Alguien o muchos escucharon mis pensamientos, y casi salgo en camilla del trabajo. Solo sé que lo que me pasa tiene un tanto por ciento muy pequeño de ser casualidad. Una fiera me susurró al oído: «A middle finger is more New York than a corporate ambush. I bleed for my hometown, and I'd die for my fans».

Después de hablar con mi amigo Ángel, le comenté que tenían mucha cara al hablar de incorporación laboral como si fuera reciclaje y de poner en un informe médico que tengo una enfermedad incurable, cuando son trastornos provocados por ellos mismos.

Claro que necesito unos cuidados, pero no son los que uno necesita. Despidos hay de muchos tipos, pero no por la puerta de atrás y al servicio de sus industrias cárnicas. ¿Qué esperas que les pida cuando me mutilan por el oído interno y te jubilan de esa forma? Sinceramente, ese trabajo es más bien un conjunto de condenas absolutorias.

Al final de todo, el único buen recuerdo —si se le puede llamar agradecimiento— fue de quien me pude despedir de entre todos aquellos astros, al coincidir con la figura de Ronaldinho en una fiesta privada en el Casanova.

La sorpresa también me la llevé ya en otra comunidad autónoma, a 240 kilómetros de distancia, cuando me esperaban más seguidores del Barcelona que, por burla o por despecho, me dejaron amargos recuerdos de agradecimiento: cuando se atrevieron al vandalismo y al fenómeno tan de moda llamado *mobbing*, cuando no vacilaron al invadir la propiedad del vecino y dejar notas con connotaciones terroristas, cuando tuve que denunciar unas veces alteraciones cutáneas por leche intoxicada, otras cuando lo que bebo son espesantes en los zumos. Otro día, un insecto en el *tetrabrick* de la nevera; otro, encajes desatornillados en la cama. Y lo que no huele, pero se nota en los ojos. Al final me dan la razón, que esto no es así si no pertenecen a una trama de extorsión y de persecución de quien sea. Incluso se valieron de los servicios contratados de la compañía de seguros para la que había hecho obra y servicio.



A pocos les gusta ser el pan con queso.



# Capítulo 9

## EL CONDE DE MONTECRISTO

### Episodio 1

Llevo ya tres años siguiendo el programa *Sé lo que hicisteis*, de la Sexta, y en un experimento de medios que me ayuda a descubrir la falsedad del diagnóstico de los médicos. Un día, tras una grabación del programa de televisión, ocurrió la confirmación de la teoría. Esas voces no son invención mía. Mientras se emitía el programa, a la presentadora, tras una escena burlesca, casi se le escapa la frase que tenía en mis pensamientos para ella: «Donde digo digo, digo Diego». Por si ella no se acuerda, grabé el video donde casi se le escapa la frase de forma instantánea. Una prueba que me recordó a Newton cuando cayó en la cuenta de la existencia de la fuerza de la gravedad, cuando le cayó la manzana del árbol en la cabeza. Y no sería la única prueba, pues no queda rastro de esos signos.

Es otoño de 2008 y, una vez seguro de lo descubierto, y disconforme con lo que escribieron los médicos de aquella época, decido hacer un viaje a Madrid, esta vez con intención de hablar con algún miembro de laSexta. En esta ocasión no quería tener que dar media vuelta como la otra vez, así que no escatimo en nada por impedir una conversación con alguien de laSexta que me pueda recibir y escuchar la buena nueva. Reservo una habitación por una semana en el Hotel Europa, cerca de la ciudad de la imagen.

Algo me dijo al tomar el vuelo que iba a pasar algo, ¿quizás perder la maleta?, y que no iba a ser un viaje cualquiera. Ya en la ida, pasé por facturación y no dudé de mi sexto sentido al echar un vistazo a la posición de los números del código de la maleta. El trayecto fue como un viaje en autobús, rápido y ligero. Una vez llegué a la terminal del aeropuerto de Madrid, me dirigí a la terminal a recoger el equipaje. Aunque un poco perdido en las instalaciones, llego a la zona de recogida. Es un momento de cierta tensión esperando que en la cinta transportadora aparezca la maleta. La espera es inquietante hasta que, ya de los últimas, aparece la maleta. Tras un respiro me fijo de nuevo en la posición de los números del código de la maleta. Para mi desdicha se confirmó la sorpresa: alguien había manipulado los códigos de la misma, pues no era la misma combinación que quedó en la salida del aeropuerto. ¿Clarividencia? No sé. Ahí comprendí que toda precaución es poca.

La llegada fue buena, pero con sorpresa. No quise perder más tiempo en ese detalle, así que me diri-



gí al hotel y, tras una noche de descanso, tomé un taxi hasta los estudios de Globomedia, de laSexta. Cuando llegué intenté entrar en los estudios, pero el agente de seguridad me paró y me preguntó a dónde iba. Amablemente le comenté que quería hablar con Ángel Martín, que tenía algo interesante para ellos, y que me podía ayudar. Ese día ni me quisieron escuchar. No me sirvió de nada decir que era colaborador del programa; al revés, cuando viene alguien a proponer algo y le dan largas siendo parte del programa es como si ya supieran algo. Insistí en la urgencia, pero fui rechazado de nuevo por mis compañeros, que me hicieron dar media vuelta. No tuve oportunidad de ser escuchado ni de confirmar las pruebas. Me pasaba como a Galileo Galilei, que no le querían ni escuchar ni dar la razón. Visto que no me iba a poder quedar con ellos ni llamando, ni en persona y menos de cabeza, tuve que adelantar el regreso, cansado y frustrado.

Cuando llegué al aeropuerto, tras horas de espera en la cinta transportadora de equipaje, mi maleta no apareció. Fui al mostrador de la compañía de vuelos y presenté una reclamación. Me comentaron que esa maleta se quedó en el origen y que tardaría entre uno y tres días en volver. Todo me hacía sospechar que era otra mentira de AENA en busca de algo. ¿Quizás un plan de empresa inacabado?

Al cabo de los tres días regresé al aeropuerto para reclamar la maleta. Le dieron un poco de tensión al entregármela, al principio con excusas de que no había llegado y de que no tenían ninguna maleta, a lo que respondí: «No se haga el sueco conmigo. ¿Cómo

sabe usted que no ha llegado, si no ha mirado, y ni siquiera sabe cuál es mi maleta?». Un poco nervioso, y con algunos gestos teatrales y una sonrisa, se dirigió a una habitación y, tras unos minutos, me comentó: «Sí, tiene usted razón, aquí está. Hace una hora que ha llegado». Devolví el resguardo de la hoja de reclamaciones, lo que daba por cerrado el incidente, aunque regresé al domicilio con la certeza de que lo ocurrido no fue un simple extravío.

Cuando llegué a casa y abrí la maleta, la libreta de ahorro no estaba en la maleta, y menos en su compartimento. El lío fue grande cuando pregunté por toda la casa si habían visto la cartilla. Ya era el colmo; a saber lo que habrían podido obtener. Entonces recordé que dentro de la maleta estaban los planes de empresa y constitución de la asesoría.

Sin dudarle siquiera fui al juzgado para denunciar la manipulación y el robo, pero hablando de las pruebas y alegatos, al presentar la denuncia recordé que me faltaba un comprobante que me había devuelto al principio, la hoja de reclamación de la maleta. Al día siguiente fui al aeropuerto y, efectivamente, me encontré una zona semiacordonada para acceder a la oficina de reclamaciones. Era imposible llegar al mostrador de reclamaciones. ¿Necesariamente tenía que pasar por control policial para llegar a un mostrador de reclamaciones? El guardia civil, muy astuto, me intentó parar los pies y me dijo que necesitaba una orden judicial para pasar a la oficina de reclamaciones, algo absurdo, pero fue así. Algo que me puso la mosca en la oreja fue su exigencia de un papel de denuncia para acceder a una oficina de reclamaciones,

y otra en la nariz cuando la oficina estaba dentro de la zona semiacordonada.

Díganme si ahora no me querían parar los pies. Muy lejos de tener que montar un numerito preguntándoles si me esperaban, saqué la denuncia y le dije: «Ahí la tienes». Y no tuvieron más remedio que dejarme pasar. Una vez conforme, me acerqué al mostrador de reclamaciones y, en efecto, encontré el comprobante que me dieron, una papeleta ininteligible, pero que era igual que probar que yo reclamé y recogí una maleta. Qué cojones, ¿aquí quién obstruye a la justicia sino la propia justicia?

Al volver al domicilio no me dieron ninguna noticia, pero cuando volví a buscar en la maleta, la libreta apareció nada más abrirla, aunque en otra parte que no era el compartimento donde la había puesto. Fue mi madre la que se puso en contacto con esa gente. Si no, ¿cómo podía ella dejar la cartilla en su sitio si no sabía en qué lugar estaba? Si la abrieron o la confiscaron y posteriormente devolvieron los objetos sustraídos por medio de alguno de mis familiares, me tranquilizó en parte, aunque se desentendieran del asunto. Aun así, no cambió para nada el juicio acerca de lo que allí pasó durante esos tres días.

A la semana siguiente acudí al juzgado para entregarle parte de la documentación y preguntar si algún abogado quería atender mi caso. Cuando los servicios jurídicos consultaron el caso, me confirmaron la mala noticia: el caso había sido sobreseído temporalmente por falta de pruebas y no se abriría después de la última aportación, pero de otra manera les comenté: «¿Y

si les traigo las reclamaciones y no me han citado?». Con una sonrisa en los labios me comentó: «Bueno, las recogemos, y si el caso es conveniente le volveremos a citar». Fue una sonrisa igual que si me dijeran: «Está usted para chuparse los *deos*», por no decir: «¡Qué fácil nos pone la ocultación de pruebas!».

En el mismo juzgado me encontré a un abogado que ofrecía sus servicios, y me dio una tarjeta y una dirección donde acudir. Pero nunca encontré a nadie en ese bufete que me atendiera, y nunca me llamaron para escucharme. Qué colegio de abogados más juguetones, perdiendo un caso. Parece ser que sí, que no les gustó que señalara con el dedo.

## Episodio 2

Han pasado varias semanas desde lo sucedido y prácticamente me he olvidado del caso por el carpetazo tan grotesco que recibió. Pese a la adversidad, siempre hay alguien que te quiere, alguien a quien visitaba a menudo y que me invitaba a su casa en Viena. Quién iba a pensar que me iba a ir mejor fuera del país cuando aquí era un rotundo fracaso, le comentaba, por lo frustrado de mi país, que me denegaba defensa jurídica. Pero rápidamente me animó al comentarme: «Justamente por eso, porque te va de mal en peor». Así que nos planteamos el viaje en secreto. Pero la paciencia duró poco, el secreto menos y todo quedó echado por tierra y, al final, por los suelos después de lo que sucedería.

Después de denunciar ante el juzgado y exigir responsabilidades a la compañía encargada de gestión de aeropuertos por el atropello sufrido, con un delito deliberado de sustracción de objetos del equipaje y de jugar con mi cabeza malintencionadamente con la retención de maleta, tuve que sumar el intrusismo en mis pertenencias de una buena madre que procuraba que no saliera del nicho para que no me comieran los gusanos. Eso solo logró trastocarme el juicio y provo-

có que perdiera más que ganara y que me retractara de justificar nada.

Las crisis, el aire político y la atmósfera que llevaba respirando durante años solo apuntaban a que las reformas eran una buena oportunidad para vender y tener una salida airosa, en busca de librarme de todo aquel mal que me rodeaba, solo con la prueba obtenida al buscar un abogado.

¿Pensaba ella que haciendo bien me estaba haciendo mal o ya está bien de seguir vivo? Aquí tenía unas pocas dudas, pero tuve que sumar la intransigencia y berrinches con mi familia por no acceder a vender una vivienda en un buen momento de salvar un poco la situación, y me vetaron cualquier decisión.

El carácter empezó a crecer cuando, tirando del hilo, vi el colmo que había detrás. Alguien me subordinaba postrándome al fracaso y permitiendo la violación de nuestros bienes, lo que me tapaba la verdad y me impedía ver las cosas, haciéndome vivir con la esperanza de que algún día se arreglará. Ya llevaban un año pasado y el valor de la vivienda no solo iba a caer en picado, sino que además tenía problemas con la comunidad, que no se hacía cargo de los problemas que había en la vivienda.

Tuvieron que sumarse los celos por la relación que tenía, lo cual no le costó mucho esfuerzo averiguar. Pero, si nunca le he hablado de ella, ¿cómo lo sabía? Pues lo sabía. Esa gente está muy bien interconectada, para mi mayor berrinche desencadenado. ¿Está usted embaucada no solo por los demás o disfruta con el fracaso siendo una inmovilista? Ya eran tres causas, y fue entonces cuando empezó a

grillar completamente tras soportar encima el sarcasmo nefasto de: «Agárrate de la pata». Ya para acabar de explotar: «Pero ¿cómo puede decirme eso si he vuelto con las manos vacías?».

Ya solo faltaba comprobar lo bien que funcionaba el sistema de bloqueo cuando me sacó el comodín de los médicos. Se subió a la grupa con eso y viví cómo anulaba legalmente toda razón gracias a un informe médico que le servía de justificante para cualquier responsabilidad sobre cualquier episodio de enajenación por parte de ella o cualquiera. Aquello era un contraataque en toda regla, toda una serie de crispaciones en contra mía, para acabar justificando mi ánimo con una pastilla antirrábica que ella nunca se tomaba.



Todo se arreglará... «Agárrate a la pata»,  
y madre no hay más que una.

Pero ¿quién era ella para decirme que me tengo que tomar la pastilla? ¿Qué pastilla, si es ella la que me vuelve loco? Todavía había tiempo para debatir

algo. «¿Qué enfermedad, si además lo que está usted es provocándome aún más la crisis? A usted se lo está poniendo más fácil. En otro país esa enfermedad no existe, por qué no quiere que me vaya si aquí no voy a conseguir nada y usted no me consiente ni una siesta. ¿Aquí qué hago, estudiar para que los demás crezcan? Eso son marchas forzadas y ganas de son-sacar a alguien».

Lo que una vez era verdad ahora decían que era mentira. Ahí estaban los médicos, haciéndome ver que me defendían a base de pastillas, pero a veces pensaba si lo que en realidad hacían era defenderse de mí. Esos mismos fármacos, además de sedarme, me precipitaban a la ruina, al final y a la demencia de toda la familia, pues también me aturdían y dificultaban que llevase una vida normal. Poco le importaba que el edificio fuese un hervidero y que el vecino no parase de taladrar las paredes y pinchar la línea del teléfono para jugar a los espías y, luego, a los bloqueos internacionales.

Durante años todo eran pegas, y aún podía ser más retorcida. Entonces solo pude concluir: «Usted no me quiere ni para mí ni para nadie. ¿No ve que no hace más que negarlo todo? Con usted pierdo todos los juicios». Rápidamente empezó a amenazarme con llamar a la policía si continuaba llevándole la contraria. Encima eso; si era ella, que no paraba de llevarme la contraria en toda iniciativa. Le dije: «¿Usted qué quiere? ¿Ocultar un incesto, un concubinato o que le encanta hacer la puñeta?».

Así que, lejos de conseguir controlarme y dominarme, y al ver que no sacaban lo que ellos querían



—que no era otra cosa que me privase—, tuvo que utilizar el comodín de las pastillas. Un camelo para no hablar de otra cosa. ¿Quién no puede con quién? «¿Qué se cree usted que es mi cabeza?», le dije al médico. «¿Cree que es igual que una *jukebox*?». Frustrado el intento, acudió al comodín de la llamada, que muy amablemente accedió a entregarme a los servicios médicos antes que con su nuera por extranjera.



Nuestros métodos son un éxito.

## Episodio 3.

### Tenemos algo que recordarte

El primer día me encerraron en una cámara de aislamiento y me proporcionaron unas esparteñas que no eran de mi pie, las cuales me causaron moratones en las uñas de los pies. Una vez pasados dos días, me trasladaron al pabellón de máxima seguridad.

En la primera entrevista me atendió una mujer de bata blanca, mirada profunda y carácter tirante que no paraba de repetirme: «Usted me contraviene», a lo que no me cansaba de contestarle: «No sé ni de lo que usted me habla». No tuvieron que pasar ni dos días para comprender que ese encierro no iba a tener buen final y que iba a suceder algo muy pérfido para actuar en nombre de Dios y llevar bata blanca. ¿Quién es esta mujer que taciturnamente me contradice en mi estado de salud? Pronto comprendí que allí no estaba para escucharme a mí. Poco le importaba que le dijera que la dosis de esa ponzoña que llaman medicación estaba mutilando mi cabeza. Siempre me repetía: «Usted me contraviene, y aquí soy yo la doctora que lleva su caso».

Esa conversación me recordó que debía de ser la pupila de otro doctor cuando me hizo recordar otro

encierro anterior, no sé si del 2001 o del 2007 o alguno otro de los de en medio. Durante el mismo, el doctor —también de bata blanca— me recauchutaba con pastillas y no hacía más que marear la perdiz cuando siempre observaba lo contrario de lo que le decía. Las sesiones eran interminables al preguntarme: «¿Cómo se encuentra usted?». Y cuando le contestaba que bien, me decía que me veía mal y viceversa, pero esta vez con la argucia de una metáfora. Un día le pregunté al doctor: «¿Quién es el que se siente bien, usted o yo?». Con un tono tajante me advirtió de que subiría la dosis de la medicación, con lo que tuve que conformarme con mirarle fijamente a los ojos con cara de póker. Y me tuve que morder la lengua cuando le tendría que haber dicho a la cara: «El resultado que usted ve bien a mí me sienta fatal». Al final me dio igual si tenía delante a un enfermo o a un capullo con los cuernos *recargados*, si no quiere oír lo que le digo o le importa un comino. Mejor quedarse callado escuchando lo que me suelta.

Me di cuenta, al igual que con el otro, de que el intercambio de pareceres y las vicisitudes iban a ser eternas. A mí eso me sentaba como el veneno, y como él me veía estupendamente, no me retiraban dosis del fármaco hasta que repitiera lo mismo que él. Algo así como decir: «¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?». Al principio le respondí: «La gallina», y al final, ya cansado, se lo dejé más claro: «Una gallina con un par de huevos». Las conversaciones eran inútiles y estériles en ese estado, y el proceso y el transcurso eran lo mismo; no paraban de reducirme hasta que repitiera con él «el huevo».

En los jueves de cada semana, quien supervisaba los internados en el módulo de máxima seguridad era un juez forense, un hombre alto y barbudo. Al principio creí que iba a ser un punto de apoyo, y me acerqué esperanzado a él y le comenté: «Esto es un error, se están equivocando». A lo que me contestó: «Usted no debería estar aquí, usted está de prestado, no se preocupe». Me sorprendió al llamarme psicópata malintencionado, que vivía en casa de prestado, ¡en mi propia casa, que en realidad no era mía! Se olvidaron de la presunción de inocencia, y qué decir de una segunda opinión: ni falta que hacía. Le di las gracias al juez por su atención por darle algo, pero cuando en semanas posteriores aisló mi caso y no me prestó atención cambié mi opinión de agradecimiento por otra: «¿Este tío es un melón o un hijo puta? ¿Cómo permite esto y luego me dice lo contrario? ¿Qué coño quería decir con lo de que estaba de prestado?, ¿que me sintiera como en mi propia casa o que lo ha pedido el banco?». La mala baba y la mala *follá* que se respiraba en ese centro de Sant Joan de Déu era insoportable.

La segunda semana, que es la más crítica por las técnicas de *shock* que utilizaban, me daban diez gramos diarios de ese fármaco bajo amenaza de utilizar la fuerza o castigo mayor. Cada día durante dos semanas me derrumbaron hasta sufrir desvanecimientos y ataques cardíacos, y entonces me tenían que atender de urgencias. Mientras, ella —la doctora terapeuta— se excusó de forma flagrante al no procurarnos ningún médico suplente. Poco sirvió decir que allí no era lugar para arreglar o aclarar asuntos,

sino que no hacía más que emborronar el caso. No servía de nada decirle que el calmante me sentaba mejor que toda esa cantidad de pastillas administradas sin síntoma alguno.

Visto lo grave de lo sucedido, la ausencia de la terapeuta la suplió otro médico, que me comentó después de lo sucedido: «Usted no necesitaba este ingreso». Tras una semana con el médico suplente, decidió darme el alta, hasta que volvió la terapeuta con más potestad que él y anuló las órdenes de alta médica. Intenté justificarme con el médico de suplencia, pero derogó cualquier responsabilidad sobre lo prescrito por la otra. Es ahí cuando intenté denunciar a la policía, bomberos y familiares inútilmente del atropello, hasta que, tras unas semanas con los compañeros de pabellón, vi la luz, el porqué. Al día siguiente, cuando otro médico y sus enfermeros vieron el resultado provocado por la otra, uno de los camilleros le comentó algo al médico con cara de estupefaciente: «Quizás con uno de estos no haya que utilizar una técnica de *shock* tan elevada». El médico, enfurecido con el principiante, le argumentó: «Es lo normal en estos casos, es la doctora la que le lleva la pauta». Cuando escuché eso, no dudé en que él solo se cerró el puño conmigo y que el procedimiento nos hizo a todos iguales.

Allí encontré a quien al final fue mi amigo y mejor modelo, el que tocó el código de la dichosa maleta. El mejor modelo que me dio para salir de esa zarzamora en que estaba sumergido un pasota que, precisamente, sería la clave por la que estaba en ese lugar esta vez.

Lo conocí a través de una reyerta entre él y la mordaz de su pesadilla que se metía con él a todas horas, lo minaba psicológicamente. Una vez no pude contener la risa por lo indefenso que estaba en su situación, cuando le lanzaba píldoras o le preguntaba: «¿Quieres que te diga cuándo te vas a morir? ¿O quieres saber cómo va a ser tu muerte?». El colmo fue cuando le regaló una hoja de palma y le soltaba todo tipo de maldiciones. En un momento de respiro, me acerqué a él y le dije: «¿Cómo te dejas hacer eso?». A lo que él respondió: «Si es ella la que no me deja en paz, y no podemos ni tocarlas». A raíz de eso, nos apiñamos en un grupito para defendernos de ese sitio y de las normas de ese centro.

Van pasando los días, y Fran, el tercero del grupo —un canario con lesiones en el cerebro—, describe muy bien el sitio: «Sufilé, café, olé y canapé», tal como confirmaríamos. Pasamos buenos ratos a carcajada limpia, y encontramos una buena defensa ante esos inquisidores: una radio que me regaló Fran, y que aún conservo.



El fin justifica los medios.

Pero ahí también estaban mis amigos para apoyarme en todo momento, el Huevos y David, que me visitaban y me acompañaban en todo momento en los días de encierro. Me saludaban. «¿Cómo va por la narcosala?». Yo les respondía: «¿Tú crees que es digno de esa categoría? Esto no es una narcosala, esto es un cocodrilo pintado de rosa. Aquí te piden que te mutilen por tu bien y, si no, el uso de la fuerza está justificado por imperativo legal. La forma más rastrea de manipular el juramento hipocrático».

La tercera semana, no paraba de insistirle a la terapeuta —puesta ya en su lugar— en que no estaba de acuerdo con lo que me recetaba, que me estaban creando una enfermedad común congénita, que lo único que hacían era que dependiera psíquicamente y anímicamente de ellos. Ella discrepaba abiertamente sobre lo que necesitaba, desde que tenía amistades, que necesitaba mejorar las condiciones de vivienda y estar con quien quiera, no como una marioneta. Me llegó a insinuar que necesitaría «eso», tocándose la nariz con leves golpecitos sobre el lateral de la fosa nasal derecha, para recuperarme. No tuve muchas dificultades en intuir que me estaba diciendo algo más que polvos pica-pica, además de no encontrarlo en las farmacias si quería recuperar lo perdido.

Tuve que hacer una pausa en silencio cuando vi que estaba ahí para erradicar algo y no era nada bueno. Me estaba anunciando por todo lo alto que me iba a provocar síndrome de abstinencia, y yo pensé que se fuera a la mierda, que soy yo mejor que ella, ¿quién es la merienda de quién?



Le prestamos especial atención a usted.

Es la cuarta semana, y ya son varios días en que estamos los tres anonadados por el ambiente enrarecido que se respiraba en ese centro. Empezamos a hablar de por qué estábamos allí. Cuando el Pasota me pregunta los motivos por los que estaba allí, le respondo: «Realmente estoy confundido, no sé ni de lo que me habla esa doctora». El Pasota, apenado, confiesa: «A mí todo por una puta maleta que toqué», a lo que yo le respondo: «A decir verdad, creo que parece que ya sé un poco el motivo real por el que estoy», y me replica: «Cállate, no la vayas a liar». Me quedé absorto, pensando en el hecho de que si el caso estaba sobreseído, ¿por qué esto era así? Nos habían metido presos a infractor y condenado juntos. Ahí nos dimos cuenta de que todo era un montaje para analizar el caso y resolver sus asuntos sin tener que pasar por el altar. El de-



rrumbe por parte de algunos —y más del Pasota— fue mayor al compartir el sentimiento cuando, al ser conscientes, se quedaron tocados y empezaron a sufrir escalofríos acentuados por las drogas que nos administraban.

Todos los días debato con un enfermero con barba y rostro de greco sobre el error de tratar la telepatía como una enfermedad y no como una condición humana, a lo cual, muy escéptico, me intenta calmar diciéndome: «Usted no se preocupe y tómese la pastilla, que está usted en el pabellón de agudos». Mientras, su compañera de trabajo sonríe por el fino cinismo e ironía del aspirante.



Los medicamentos no eran un fin, eran un medio.

De nuevo descubro al burlador en uno de mis paseos por los pasillos de esa ratonera. Recuerdo escuchar las voces en mi cabeza en las que me decía: «Estoy en enfermería y tenemos una pomada». Rápido y con disimulo, me acerco a la enfermería y llamo a

la puerta. El enfermero burlador abre la puerta, y me percató de la evidencia al ver a su compañera con una pomada en la mano. Le comento la buena noticia: «¡No soy un enfermo! Te he escuchado, has dejado escapar que teníais una pomada en la mano. Es telepatía y es una cualidad humana». Rápidamente, con toda la putería del mundo y sin consultarlo, me obliga a acercarme a la sala de control y me indica que me toca tomarme mi dosis de medicación. Estupefacto, le comento: «¿Por qué me haces esto después de lo que te he demostrado?», a lo cual, de forma erguida y con la mano derecha apoyada en el pecho y el rostro pálido, al igual que el cuadro *El caballero de la mano en el pecho*, me dice: «Tómese su dosis». Lo huelo y le digo: «¿Qué es esto? Si no es lo que tomo, huele a ácido», y me responde: «Risperdal». Sin remedio, con amenazas de encerrarme o hacer uso de la fuerza, tengo que tomarme la sustancia química, que resultó ser una ponzoña peor que la otra.

Instantáneamente, mi cerebro empieza a arder y a perder la conciencia mientras le digo: «¿Qué me has dado? Esto no es Risperdal, que es lo que me llevan administrando durante tres semanas. Y esto no me sienta como otras veces». Súbitamente me empiezan a dar ataques de ansiedad y taquicardias, y tengo la sensación de que me hubieran echado líquido abrasivo en el cerebro. Sin antídoto alguno, y ante la impasibilidad del verdugo, voy a la sala junto al resto de internados. Impertérritos e impotentes, ven cómo ese veneno me deshace por dentro. La ansiedad es creciente y acuso la falta de riego en el cerebro. De forma instintiva pido a uno de los internados un ci-

garrillo, el único bálsamo del que disponemos. De nuevo enganchado a los cigarrillos, el único calmante de que disponía ante tal veneno, y no sería lo último que necesitaría. Unas secuelas que me mantendrían dependiente del tabaco por un largo periodo, y no sería la única ayuda que necesitaría, tal como me pronosticó la supuesta doctora.

Un día, por curiosidad y pasada la crisis, encontré a un enfermero en la sala de control al que, después de todo lo sucedido, le comenté: «El otro día tu compañero me dio algo que me sentó mal, ¿me podrías decir qué era?». Tras acceder al informe del ordenador, me responde: «Risperdal», pero tras fijarme en la pantalla del ordenador vi que realmente me engañó, que ponía: «Odoperidol».

Me la habían jugado, tal como comprobé tras varios días, cuando pillé al burlador incrédulo y a su amiguita en la sala de control jugando a los médicos y a hacer juramento hipocrático, cometiendo acto de perjurio cuando ejercitaban el rito con la mano derecha levantada. Aunque ¿cómo iba a ser perjurio si el juramento se hace una vez terminada la carrera de medicina?

Ha pasado casi un mes y, tras ese tiempo mínimo, me trasladan de pabellón y me cambian de médicos. Es el edificio Montserrat, un barracón más pequeño, deteriorado por el tiempo, con un pequeño calabozo con sala de contención. Tras un par de semanas empiezo a acusar el deterioro por el encierro. El hedor del calabozo es insoportable, y tuve que hacer incluso una huelga de hambre por cebarse conmigo alar-

gando el confinamiento de forma tan alegre. Nunca me lo he preguntado, pero ahora me lo pregunto: ¿Por qué, tras un mes de encierro, me meten en un calabozo? ¿No debía haber una cama libre? ¿No se suponía que había mejorado? Esto es de depresores».

Conforme encontraban sus resultados, retiraban lentamente el fármaco, pero la continua ingestión del fármaco color salmón y la acumulación de sus efectos degenerativos iban menguando mis facultades, hasta tal punto que me tuvieron que atender de nuevo de urgencias. La resistencia humana tiene un límite, y vuelvo a sufrir un nuevo desvanecimiento mientras le explico los síntomas a la doctora. Recuerdo ese momento en trance delante de otra doctora, que miraba fijamente con los brazos cruzados cómo me desvanecía mientras le decía: «Quítenme esta medicación, que es una tortura». Suerte que recobré el conocimiento en un halo de fuerza que me vino después de oír las que podrían haber sido las últimas palabras de mi vida, incapaces de reanimarme: «Si pierde el conocimiento, lo ingresamos en el hospital que hay en el otro recinto y lo intubamos».

Dos meses más y quien llega es el Pasota. Me encontré que lo habían trasladado al recinto cuando ya estoy en trámites de salida. El Pasota, con el pelo recogido y con una coleta, estaba destrozado totalmente y de aspecto jorobado. No sabía siquiera quién era yo. Tenía los ojos apagados, el rostro pálido, y se preguntaba dónde estaba y quién era yo; incluso el timbre de voz estaba distorsionado. Con él el Santo Inquisidor no fue tan beneplácito. Cuando llegaron

otros dos compañeros más, y tras tener que permanecer retenidos en ese centro un mínimo de tiempo por regla general, el resto empezó a quejarse y a sentirse estafados por el abuso de hospitalidad.



Me alegro, tonto. Eso no son médicos, son inquisidores.

Luego llegaban las visitas y la indiscreción de la familia confiada de la eficacia de ese centro. Recibí la visita de mi tío Mameluco, culé, el tío que presumía de llevar gorra de pueblo y ser más listo que el hambre. Estaba muy molesto de que viajase a Madrid, y me cantó la banana como a un niño de cinco años. Mientras estaba enchironado no paraba de hacer hincapié en la idea de que tenía que estar con el Barça. Recuerdo las afables y conciliadoras palabras del tío de España profunda, dándome el mejor consejo de parte de un culé; que me aguantara allí dentro y que siguiera tragando las pastillas, aunque me dejaran muerto. «Aguántate, trágate lo que te dan y cierra el pico si quieres salir», me decía. Al final, todos se hacían los suecos como en

*El silencio de los corderos*, con la conciencia de que iban por buen camino, pero no por el mío.

Aprovechando una semana de permiso, convencido del atropello y los métodos que utilizaban conmigo, intenté acudir a los estudios de Globomedia no solo buscando amparo, sino para denunciar los hechos en los que la cadena colaboraba. Lo que me encontré fue una sorpresa: las puertas cerradas y un cerrado por vacaciones. Les insistí en que había venido *ex profeso*, y que si podía hablar con los presentadores del programa, ya que ese programa me podía ayudar. A la vuelta del permiso tuve suerte de que registraron el viaje como un incidente catalogado como fuga.

No supe qué decir a ese comentario cuando estaba de permiso, pero a mí me suena ese centro a burladero de Montilla y a brazo político de Carod.



Tan lógicos y condescendientes como mezuquinos.

Tras cumplir los tres meses, salí con la cara de haber sido estafado de nuevo por la justicia y un gobierno fraudulento.

## Episodio 4.

### El fin justifica los medios

Ese año coincidió con mi marcha a la localidad costera, a las afueras de la ciudad condal, para recuperarme y alejarme del estrés que suponía el control de los medios sobre mí, del fantasma de la empresa, de la cual no pude ni pagar los impuestos de sociedades, un coche que al principio era un emblema y que se convirtió en un paquete, la dificultad de entrar en el mundo de los negocios, el problema que me rodeaba con los presuntos médicos, la idiosincrasia de la política cínica catalana, el mundo ultranacionalista que imperaba en el barcelonismo, la burla y rejoneo del chico de Sant Boi llamado Pau dando triunfos a los Crazy Lakers en nombre de Dios y escondiendo una pandemia germinal.

Un día, deambulando por el metro de plaza Universidad, me sorprendió el póster con la foto de una modelo que se parecía... o, qué coño, era la doctora terapeuta, que recordaba: «La salud es lo primero», y un membrete que decía: «Para hoy, pastilla como las lentejas: si quieres las comes y, si no, las dejas». Para mi desgracia, en semanas posteriores, laSexta me sorprendió a mi pesar con unas denigran-

tes imágenes en que se me veía encarcelado en el centro psiquiátrico, que presentaban el caso de un psicópata. Me olvidé de las ideas de pedirles no solo empleo, sino amparo, cuando había participado tan activamente en el programa. El resultado fue la decepción más grande. Además, no solo estoy vendido, sino vetado a la opinión pública.

El drama fue aún mayor cuando comprobé, aborto, cómo hasta la Iglesia, que con su prudencia paradójicamente rayaba la imprudencia, y también la conciencia cuando hablaba de procurar no hacerse eco del caso y no pronunciarse acerca de ello, con una gente que en una medida u otra les ha convulsionado y que adoran al becerro de oro. Aborto, no sabía si quedaría como un estúpido o un kamikaze si me preguntaba inútilmente de qué hablaban, pues la respuesta podría ser de parvulario; no hacía falta más que fijarse en el nombre del centro —Sant Joan de Déu— y quién estaría más preocupado sino la Iglesia. En el nombre de Dios nadie querría sacar un escándalo a la luz pública. Ni el silogismo para mentirosos «si le digo que hablaban ustedes de mí, ¿me dirán que sí?» me daría la respuesta correcta. Evidentemente, era «no».

Son las navidades del 2009, y ya ha pasado casi un año del episodio. Un buen consejo de no mirar más atrás de las navidades pasadas estaba también equivocado cuando inesperadamente...

Hoy es un día como los demás, de pura rutina. Me dispongo a salir de casa para ir de fiesta a una casa en la que se celebran fiestas en la zona costera. Tras



beber un vaso de agua antes de salir de casa, me recorre una sensación de ardor en la lengua. Igual estaba mal limpiada la botella; no pensé que fuera a ser grave, pero después de la velada en la fiesta privada y la copa a la que me invitaron, la sensación de ardor se me acentuó. Es de noche y decido de forma preventiva ir al hospital clínico. Al llegar lo encuentro excepcionalmente vacío por las pocas personas que he visto, y solicito la atención de urgencias por abrasamiento bucal. No dudan en subirme con rapidez a la planta donde se encuentran los casos psiquiátricos. ¿Qué hago en psiquiatría, si he venido por un tema de dermis?

Sin ni siquiera auscultarme, deciden ingresarme y me internan por la fuerza en un centro psiquiátrico, no sin antes preguntar qué puedo tomar para calmar el dolor. A lo que me responde: «Un almax». Pero, tras mirar el historial, decidieron hacer algo peor: retenerme por la fuerza y hacerme preso. Del almax se olvidaron completamente. No tenía sospecha de lo que me iba a suceder ahí dentro ni de lo que iba a descubrir.

Se acercaron diez camilleros del Hospital Clínico que me despojaron de todas mis pertenencias y me ataron a una camilla con camisa de fuerza. Posteriormente me encerraron en el hospital Sant Joan de Déu o San Juan de los Muertos, para los amigos de Sant Boi de Llobregat, en lo que se descubrió luego que lo que habían creado era un cocodrilo pintado de rosa. Comencé a pedir socorro inútilmente y que me sacasen de allí: «¿¡Quiénes son ustedes!?».

Esta vez no opuse resistencia como la anterior vez, cuando en vez de seis agentes de la policía autonómi-

ca se presentaron siete en otra encerrona peor que la otra, pues la pastilla rosa —que supuestamente tenía que ser un calmante— en realidad era de color gris y con compuesto de cianuro. La ATS, después de preguntarme «¿está usted mejor?», al contestarle que no me encontraba tan mal para tomar esa pastilla, salió disparada de la celda y empecé a presentar escalofríos y convulsiones. Luego requerí la asistencia del enfermero, que me suministró una inyección de las letales por el aire que contenía el interior de la jeringuilla. Recordé en ese momento las clases de laboratorio del profesor Insensé y la piedad del Cobaya.

Esta vez no hubo ni juez ni testigos, ni caí en las provocaciones de mi familia. Soltó el mismo procedimiento y la misma suerte; ni la llamada a los abogados me sirvió, un servicio de pago que escucha pero no atiende. Ni llamaron a familiares ni se preocuparon por qué estaba allí ni nada, solo se les ocurrió tapar el accidente doméstico con el diagnóstico sacado de un historial médico.

Una vez me percaté de que lo que dijera el paciente era todo cierto, menos que lo que ocurrió allí fue una captura, tuve que disimular. Esta vez no eran tan claras las intenciones, pero me da la sensación de que he batido el récord de veces que he caído preso comparado con las veces que cayó Felipe IV en manos de los franceses. El control de los medicamentos era estricto, pues se aseguraban en todo momento de que el fármaco administrado fuese ingerido. Estuve con grandes dificultades escupiendo ese fármaco, que tantos buenos efectos les daba. Esta vez se congratularon por la velocidad de recuperación y la

satisfacción del centro por haber encontrado la dosis justa del fármaco para una estabilidad óptima del individuo. Lo que no sabían era que en todo el mes no tragué ni una pastilla.

Las noticias eran muy alentadoras al anunciar el alta hospitalaria. Pero la alegría duró poco. Cuando estaba a punto de escaparme, había otro actor que faltaba por participar, un enfermero maniático con voz de gorgorito. Sin saber por qué motivo, el mismo día antes del alta y de la visita de un familiar, después de la hora de comer, me persiguió por los pasillos igual que un maricón, me forzó a abrir la boca y me obligó a tragarme la pastilla. Mi estado empeoró solo con una pastilla. Ese día tenía un permiso de salida, y por culpa de ese homicida, que dio un informe negativo sobre mi estado, diagnosticaron que no estaba todavía en condiciones de salir y que debía seguir ingresado no una semana más, sino dos meses más y en otro pabellón penitenciario. El alta hospitalaria se canceló y confirmé más tarde lo que sospechaba: ese encierro era otro pulso entre médicos y el gobierno, que no quiso perder. Ni la verdad ni la mentira serían para mejorar en ese centro. Siempre necesitaría tres meses para estar igual de mal o, dicho de otra manera, «la libertad de expresión en los psiquiátricos no sirve de mucho», y más con pastillas abortivas.



Veneno blanco como si fuera agua bendita.

Me trasladaron a un pabellón en peores condiciones, también con el bendito nombre de Montserrat. La estancia se hacía odiosa y asquerosa. Cada día que me tocaba visita con la doctora de turno era cuando, sentado en la silla de espera, no hacía más que engancharme en sus pensamientos para luego en la entrevista tenerle que decir: «Sí, *bwana*, yo no oigo voces, solo le escucho a usted». No era el único que compartía el mal humor. Allí me encontré con un excampeón de ajedrez, una mujer a la que le achacaron trastorno bipolar que me pedía ayuda repetidas veces porque su marido, un cabecilla de gran influencia, la había conseguido dejar dentro para irse con su querida. También estaba Cristina, una chica como yo, que llevaba años encerrada por una pelea con sus padres por tener su custodia y haberla encerrado por sus ideas.

Las visitas con el médico eran rutina, un mero trámite interrogatorio en que lo más interesante fue el cándido momento en el que hablábamos acerca de los problemas económicos y la sensación de estafado. Unas tertulias que también eran juicios de valor, que aclaraban algunos puntos —no todos— frente a comentarios por parte de la doctora, como: «Tardará usted veinte años en recuperarse». Una frase sibilina en un momento que, en resumidas cuentas, se transcribía: «Usted va a ser igual que un cero a la izquierda. Todos los esfuerzos del mundo y seguir durmiendo serán igual que no hacer nada». Esa frase olía a génesis del apocalipsis extraída de un libro sionista. Esa afirmación tan repugnante decía mucho acerca de su actitud conmigo; eso no era ni amenaza ni consejo, era el anuncio de un condenando. ¿O es que también me quería grabar en la cabeza cómo iba a ir la economía durante los veinte años de mi vida hasta mi jubilación anticipada? En mi mundo, claro está, no en el suyo. El día antes de darme el alta le dediqué una frase de espoleta retardada, pero que venía a decir: «Son demasiados ingresos consecutivos para ser un donnadie y que encima sobre en este mundo, ¿no cree?».

Llevamos ya tres meses encerrados, como tantos otros ingresados, y nos calman con el engaño de que es el tiempo mínimo necesario. Será para seguir viviendo, eso me pregunto sarcásticamente. Un compañero no duda en calificarlo como una tomadura de pelo, lo que yo lo defino como el secuestro más bien camuflado que he visto. Le comenté que algo

había cambiado, que ha habido casos más graves que se han recuperado en menos de un mes. Compartía, como aquel, los servicios médicos, haciendo negocio con mi vida, solo con la duración de la estancia, no de un mes o unas semanas, sino tres meses para justificar sus sueldos e instalaciones.

Transcurrido el periodo prescrito, y tras los permisos, me concedieron el alta. Después de la inutilidad de construir cualquier castillo de arena, lo último que recuerdo de ese episodio son las palabras del carcelero al coger la puerta el último día de ese secuestro: «La próxima vez será en la cárcel».

## Episodio 5

Al final la discusión familiar era lo de menos. Me la estaban buscando por una denuncia que habían sobreseído, archivado y olvidado, para darse cuenta luego —y no antes— de las intenciones que tenían y que remotamente yo sabría. Mamá traviesa hurga en mis papeles y no tiene ningún secreto para nadie. El diagnóstico, las coincidencias y el circuito social son una excusa de esa gente para llamar al dominó como un sistema de juego. Ese primer encierro tuvo no doble ni triple, sino cuádruple intención. ¿Por qué entonces nos encontramos los protagonistas en la misma celda?

¿Me maltrataban porque mis ideas eran contrarias a las suyas o porque eran contrarias al diagnóstico de los médicos y de los medios? ¿Había alguien más interesado en convertirme en una perita en dulce en vez de darme esa solución tan fatídica? ¿Era la única solución actuar como cómplices de esa gente en detrimento de nuestro patrimonio y de nuestra reputación? ¿No estaba en lo cierto? ¿O el tiempo lo diría? Dicen que fue por un gatillazo al ver que algo no iba a funcionar nunca y tuvieron que ocultarlo. Otros dicen que fue por no pasar vergüenza delante del resto del mundo. Otros días era yo el que les daba vergüenza por ser un tipo muy raro.

En ese centro no solo contravenía a esa mujer en los intereses por una compañía, sino que los del colegio de médicos negaban que tuviera un sexto sentido, y no les interesaba en absoluto comprobarlo, y menos darme la razón ante mis narices. Luego lo taparían químicamente ante la opinión pública.

En definitiva, lo que antiguamente se concebía como un centro sanatorio se convirtió en una lavadora de cerebros y, de paso, un lugar donde aclarar asuntos y ajustar algunas cuentas tras reconocimientos médicos fraudulentos.

Y qué decir de que la mayoría de encierros fueran en diciembre, muestra de que algunos estaban premeditados. Era tan fácil como taparte con alguien que te lleva siempre la contraria y no poder ir a ninguna parte.

Salvo el primer ataque del 2001, al que muchos catalogarían como *delirium tremens*, en que tuve que salir en camilla y algún episodio fruto de mis conjeturas, de lo que se hicieron un eco aproximado del suceso, el resto fueron achaques provocados por el primero y, al final, ambiguos, por no decir falsos, al constatar lo contrario y, al final, iba camino del homicidio en primer grado.

Siempre que me preguntan: «¿Qué opina de la medicación que toma?», yo respondo: «Una para remediar lo que hizo la otra», lo mismo que discutir que la tierra es redonda y no cuadrada.

Efectivamente, he necesitado algo más que voluntad para dejar de recibir los efectos menguantes de esa medicación, y no siempre se solucionan con treinta.

Un día, sin hablar del asunto, me hizo recordar el problema que tenía alguien que me dijo una frase que



me dejó en blanco: «Intentas algo muy difícil, buscar la verdad en el prójimo, que no es otro que tu captor y que además defiende lo contrario», algo así como que cuando unos me decían que tenía la razón, pero otros me preguntaban: «¿Cómo piensas que les podrías pedir la razón cuando tantas veces no te la han querido dar?».

Lo que más perplejo me dejaba era que ni los medios se dieran cuenta de lo que pasaba allí dentro. Ni después de denunciarlo a los cuatro vientos, nadie —ni los políticos de centro, derecha o izquierda— se oponía o promulgase lo que sucedía ahí dentro, bajo el gobierno de esa circunscripción que el gobierno había creado. ¡A nadie le interesaba destapar ese escándalo! ¿Tan dioses son en ese país, incluso los médicos, como para asentir ante lo que hacían en ese centro de forma tan ejemplar? Si yo hubiera sido Pujol, el fundador de esas instalaciones y estuviera en vida, me hubiera indignado para defender la democracia de convertirse en un país bananero. ¿A qué escuela pertenecen como para prescindir de la opinión del paciente y para mentir a familiares y público en general sobre lo que al principio fue y lo que acabó siendo de ese centro?

La frase que mejor explica todo esto bien se puede extraer del videoclip «Telephone», de Lady Gaga: «Gotta you killed the cow you make the burger... Trust is like a mirror you can fix it's broken... but I still can see the crack in the motherfucker reflection». Una frase que define fielmente lo sucedido.

Otro día me encontré de nuevo con un argentino y me comentó: «*Mirá* vos para lo que ha servido el

juramento hipocrático de esa gente, para volvértela a pegar con los servicios médicos y que te la peguen con un diagnóstico que hay escrito en un ordenador. Huye rápido de esa gente, solo te llaman cuando tienes el dinero o algo bueno, no cuando puedes ganar con ellos».

# Capítulo 10

## CAPITULACIONES

### Episodio 1

Es invierno de 2007 y ya son dos las crisis que lleva el gobierno a sus espaldas, pero aun así no me desvía de los constantes días de investigación alrededor de una sospecha que empezaba a ser ya más que fundada en contra de los informes médicos que tengo acumulados. Para ello me apoyaba en un programa de libre colaboración. Se supone que buenas ideas pueden ser bien recompensadas en épocas de crisis. Claro, que una consultoría y ciertos apuntes pueden ser percibidos como buenos por unos, anacrónicos por otros, por malos y, al final, inertes o sin interés.

No supo hacer valer sus derechos ni sacar partido de ellos en el momento, ni saber recuperarse de una traperada del banquero, al metérsela doblada por una deuda subordinada que subrogaba el mantenimiento de intereses, según su recomendación, por un tipo de interés. Además de las tomaduras de pelo, como lo de

llamarme cancerbero, general o lo que les viniera en gana o les interesara, pero pagando, claro.

Dentro del periodo no fue el único episodio relacionado con los problemas. Tras atracos, robos y palizas sufridas en la calle, la negativa por parte de la policía autonómica de tomarme declaración por escrito, el auge de la causa independentista y las tensiones políticas, la marginación del castellano, la radicalización del catalanismo, el secuestro de medios y la avalancha de multas y el acoso bancario e inmobiliario, hasta las del antiguo inquilino adjudicándose el piso a base de domiciliaciones, me llevó a presentar quejas en la Delegación del Gobierno Civil de la región. Tras solicitar citación, lo que recibí fue una respuesta más contundente y clara en forma de amenazas y altercados. Había días especiales de crispación en las comunicaciones, o eran imposibles, o nadie respondía. El espectáculo era tal que poca duda había de que estaban acosando mediante la marginación de medios. Esas fechas coincidieron con el total despliegue del cuerpo de los Mossos de Esquadra. Un día en que hicieron acopio de fuerzas, ante unas amenazas, me dirigí a la guardia civil para solicitarles amparo y protección de un gobierno que no admitía quejas y que menguaba nuestros derechos como ciudadanos. Lejos de ayudarme, contestaron con una evasiva: «Ya no tenemos competencia legal alguna, solo representativa».

Por un día estuve en consonancia con mis familiares por el acoso y derribo que recibía allá donde podía perder. Me dieron la razón, pues poco podía ya ganar, y más con el *fortunato* de Zapatero y su

Alianza de Civilizaciones, que nos dejaron como un mocho al lado de esa gente. Cuando vieron que esa gente no solo aspiraba a ganar el juicio, sino la herencia y los bienes amparados por los derechos legales que les confirió el Estado al amparo de muchos tratados, convenios, contratos y exclusiones por unos intereses de partido contrapuestos y con socios mal avenidos. Muchas veces discutíamos en el seno de la familia cuando no quería hablar nadie de ningún tema que nos afectara, y todos guardaban silencio. Un día hubo una discusión por el inmovilismo, la indefensión y el afán de contradecirme. Tras ver cómo confiscaban los bienes a base de multas, impuestos y recibos abusivos que perjudicaban la economía de toda la familia, le digo que la engañan y que la están estafando. «Y usted a mí cuando duda de lo que le digo, y aún me viene con mentiras traídas de fuera que, además, no se soportan ni en lo firmado en los contratos, y encima parece que le guste meterse goles a la salud de ellos. ¿Cómo puede usted vetarme de esta manera si mantener esta situación nos está enfangando y, lejos de solucionarse, eso que hace usted son goles de chilena?».

El AVE todavía no había llegado a la ciudad condal, así que tuve que cogerlo en Tarragona. Los asientos estaban numerados, pero algo salió mal. Un emigrante africano con pinta de ilegal se coló en el vagón, colándole un gol a Interior cuando, dentro de la cavidad del vagón, empezó a olerse un hedor que flotaba en el aire. Todos los que estábamos en el vagón nos percatamos del tufo; de poco servía que fuera tifus o

malaria, una azafata no supo cómo solucionar aquella situación y a duras penas supo recomendar que cambiáramos de vagón.

Al llegar, la sensación de malestar fue creciendo, y nada más llegar a Atocha, en vez de tumbarme en la pensión, donde me tumbé fue en urgencias. Lo que al principio era algo sin importancia terminó con la sombra de la cabronada culé que solo un desdichado calificaría de puntual. Tras darle al botón de ordenador, se olvidaron de todos los síntomas que tenía y me metieron dentro de una unidad psiquiátrica. Me preguntaron si llevaba dinero en efectivo para quedarme, a lo que les respondí que no. La enfermera, sintiéndolo mucho, me comentó: «No podemos hacer nada por usted si no tiene dinero, tendrá que permanecer ingresado unos días». Como no estaban para mudanzas, fue muy fina, pero la solución más fácil y menos comprometida. No se les ocurrió otra cosa que darle al botón del ordenador y ver qué ponía en el historial. En vez de darme el alta y dejarme en casa, tuvieron que dar un puntapié, hacer el avestruz y encima mecerle las gachas al gobierno en coalición, al centro psiquiátrico de remilgados, y de regreso al patio particular de su majestad, que no era el de él, solo en horas de visita y a la pocilga de ambiente que respiraba.

Gracias, enfermera, «viva España» y encima se quita usted el mochuelo de encima. No sin antes preguntarme si tenía dinero, y después de la maloliente respuesta de que no lo tenía contante y sonante, me devolvieron como si hubieran cazado un gamusino. Otra patraña para no ver la patraña más gorda que me esperaba entre tinieblas. Si no

lo llamé tráfico de órganos, fue porque no era el momento ni para ellos. ¿Qué ocurrió con aquellos tiempos en que éramos bien recibidos en Madrid? ¿Cuál era el motivo por el que las autoridades nos devolvían a los lugares de origen?



Como usted no hay ninguna.

## Episodio 2

La asesoría había nacido muerta, sin capital accionista. Además, era imposible encontrar ni un cliente, aparte del dudoso cobro y un modelo económico completamente aberrante. Un día, hablando con un agregado de una empresa, me comentó que no hacían contratos por obra y servicio, sino que los servicios los tenían internos en nómina. La colaboración en el programa de la Sexta era otro plus de peligrosidad por el apoderamiento de los medios y la intervención que podían ejercer no solo en los medios, sino en las relaciones, además de una exclusividad que hubiera intervenido en la actividad de la empresa y de los clientes potenciales.

Las expectativas de la empresa chocaban con el ambiente que se respiraba en la finca. Y, después de unas reformas, acarreeó una deuda que menguaba las posibilidades, pero no era el único que estaba pendiente de mis actividades. Hubo días en que me encontraba indeseables vigilando mis movimientos de mi vivienda e informando de mis entradas y salidas.

Después de ver que estaba en un gobierno de escuchas —y no solamente de las cuentas bancarias, también de escritos, gestiones, correspondencia, diseños y composiciones—, aún más esperaban las intencio-



nes. Ese día de luces solté las manos del teclado. Esa empresa que pretendí fundar no tenía ninguna protección frente a espionaje industrial, y ¿quién se atrevía a hablar de propiedad intelectual cuando no somos dueños de nuestras mentes? A no ser que gozara de garantías y protección legal del gobierno, además de estar bien posicionado, y dispusiera también de los medios necesarios para fundarla.

Era una época en que se hablaba de inestabilidad bursátil. Yo la hubiera llamado de otra manera tras comprobar cómo el sistema bursátil se cimbreaba por las opciones de ganancia y especulación de forma desastrosa. No son pocos los que recurren a la bolsa como fuente de ingresos extra, pero no deja de producirme tensiones comprobar, tras la compra de un conjunto de valores —muchos de ellos en medios de comunicación—, que sufren una bajada brusca inicial. Un poco incrédulo por la oposición del sistema bursátil, me propongo a hacer una simulación de la compra de un valor en concreto para ver su evolución y, efectivamente, al día siguiente la bajada se confirmó. Era esta una percepción que se sucedería repetidas veces con diferentes valores, hasta un día en concreto, que probé comprar todos los valores del índice general de valores bursátiles, y la caída fue generalizada. Lo que realmente reconocí es lo perplejo que me dejó el sistema bancario, para confusión de ellos.

Un día de incertidumbre en que no se sabía la posición de compradores y vendedores, el sistema bursátil sorprendió con un todo a cero para hoy, como si se tratara de un sorteo de los ciegos. Tras ojear unas

revistas de cómics, vi a un personaje de ficción sub-cero, menos que un cero. Cómo no, se juntaron las presiones bursátiles internacionales, del crudo y los bloqueos comerciales, y no necesité ninguna noticia más para olvidarme de esa fuente de ingresos.

Llegar a fin de mes era imposible, y pagar los recibos se hacía muy cuesta arriba, hasta que un día, tras hablar con un médico acerca del dictamen médico y la cláusula del seguro, le comenté que, si esa resolución era cierta, podría hacer valer la cláusula sexta de rescisión del préstamo. Así que, tras presentar las alegaciones a la financiera y tras darme gato por liebre en una versión de seguro que no contemplaba la cláusula, decidí presentar un contencioso administrativo por negarme a la cancelación de la deuda por el seguro.

Así que, harto de esa situación tan embarazosa —por no decir asquerosa—, coincidió en la ciudad condal el salto a la localidad costera en busca de un mejor calidad de vida.

Ya llevo varios meses y pasados en alquiler sin que cambie la cosa. Pero la bolsa no sería lo único que me haría devaluarme precipitadamente. Un día jugando al póker con dinero real con David, la última mano era tan tensa que cambió las reglas a mitad de la partida. Le obligué a no ir y, aun robando una carta, todavía intentó confundir el valor de la escalera con el *full*. Con todo, tumbó la mesa y se negó a darme la partida por ganada y el dinero. Con el mote que tiene está claro que «hay que dejar ganar a un *wookie*». Entonces comprendí que la razón y la verdad tenían muy poco valor para el juicio que me esperaba.

En todo el tiempo que estuve buscando alguna contrata o algún encargo, por pequeño que fuese, las respuestas eran muchas y más multas, con tal de sacarme el dinero a través del coche. Pero, al igual que hubo tres cambios en el partido, también pasó lo mismo con las normas de tráfico, que cambiaron tres veces para ajustar mejor el disparo a la hora de recaudar multas.

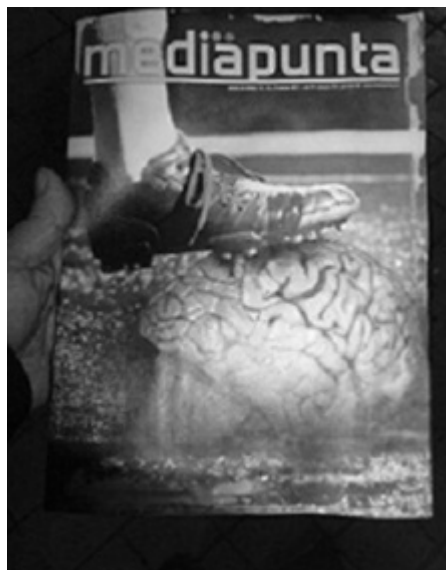
Lo más claro fue en la autovía C-31, que unía la ciudad condal con la ciudad costera. Al principio, como toda buena autovía, el límite máximo estaba en 100 kilómetros por hora, después lo bajaron a 80 con un margen de 10 kilómetros por hora, hasta acabar en los 80 kilómetros con un margen de un kilómetro.

Para más inri, esas multas estaban muy lejos de ser disuasorias cuando me cazaban a mí y no al de delante, y reducían la concentración en la conducción. Suponían una cicatería en los márgenes, que favorecían el estrés mental del conductor.

Pero no solo perdí las apuestas con las multas, sino con los impuestos, lo que desfavoreció telemáticamente a contribuyentes al notar sospechosamente que no existen las ayudas ni devoluciones que marca la ley y el importe que marca en la hoja de liquidación de la declaración de la renta de la comunidad autónoma. Y qué decir de la imposibilidad de recibir ayudas a cambio de hipotecarme, y con la lupa del embargo.

La alarma llega incluso cuando, un día de aparente tranquilidad, me llega un eco en el que me dice: «Vas a saber lo que es que a tu madre no le quede ni para comer». Al principio no se notaba

mucho, pero efectivamente comprobé mes a mes cómo el saldo de la cuenta se le quedaba a cero entre impuestos, recibos, derramas, y contenta de poder pagar por un tipo de interés al uno por ciento.



*Polifornication* y el mediapunta en Punta Cana.

Pronto vendrían los montaditos, el servicio de abogados particulares que tenía contratado, demasiado barato para ser verdad, de estos que anuncian por la tele. Siempre atendían telefónicamente, pero tenían una utilidad más de *hot line* que de abogacía, porque le daban más la atención al contrario que a mí. Muy lejos de solucionar el problema o concertar cita, se despedían con un «ya te llamaremos». Tenían más cosas que hacer que resolver los problemas del cliente.

Estoy conviviendo con el compañero de piso y la bancarrota me acecha lentamente, pero sin pausa, con pérdidas acumuladas por el camino. Hasta que un día el déficit era tal que el comercio bursátil dejó de ser rentable, me quedé en las últimas y el compañero en la calle por no pagar, sacar partido de mi situación y hacer de confidente de otro. Lo que no me esperaba era una demanda por disconformidad del seguro de un préstamo en esa situación por la compra de un coche, aparte del dineral que cuesta mantener ese coche.

Acerca del juicio, dicen que la justicia es lenta, pero oportuna, aunque decantada con claridad hacia el poder, al que poco le importaba mi situación de salud y que no pudiera asistirme en tres días de un abogado. Con mucha sorna tengo que decir: «Gracias por todos los elogios y esfuerzos inútiles por intentar recurrir en contra de la ciencia».

Al principio se aferraban a unas condiciones particulares del contrato que no figuraban en ningún sitio, después se agarraron a las fechas, aunque todo fue posterior, y al final el abogado defensor fue el encargado de llenarme de pesimismo y de hundirme el juicio, jugando con los términos y la catalogación de mi estado de salud. El médico me dio la pista de que era un trastorno revestido de enfermedad. Aunque las condiciones del seguro solo hablaban de aplicación del seguro después de reconocer la invalidez, los términos en que se hablaba de enfermedad no se aplicaban por la condición de trastorno, aunque figure como una enfermedad. Tanto las condiciones del se-

guro como el abogado defensor se convirtieron en un pitorreo intencionado.

El trato fue claro: si no puedo pagar, que venda el coche, que era lo único de propiedad que me quedaba. Eso o me arriesgaba a ganar el juicio, pero estaba tan encaminado que el resultado era que requisasen el coche, aparte de las costas de abogados. No tuvieron bastante con venderme un coche robado desde el primer día por todo lo que me había encontrado en el interior.

Muy lejos estaba, al principio, de sospechar que cuando vieron que podían perder el juicio compraron jueces, abogados y sicarios. Solo faltó leer el entrante de los periódicos, un decretazo del partido que debía respetar la imparcialidad de la justicia.

11/6/2008 JUSTICIA

## Tura impedirá que conductores pudientes tengan abogado gratis

- La Generalitat veta el acceso al servicio a los detenidos con recursos económicos
- La 'consellera' cree que quien pilota un coche de gama alta puede pagar su defensa



Un control de alcoholemia de los Mossos. Foto: ARCHIVO / DANNY CAPRAL

J. G. ALSALAT  
BARCELONA

Freno a los abusos. La Generalitat ha detectado que personas pudientes detenidas por conducir ebrias o por sobrepasar el límite de velocidad permitida se han aprovechado de la asistencia jurídica gratuita, que está destinada a cubrir los derechos de los ciudadanos con rentas bajas. Por ello, hará llegar a la policía las comunicaciones necesarias para que quien comenta estas acciones delictivas sea informado de su obligación de abonar los honorarios para la

intervención de un abogado, aunque sea del turno de oficio, si no se le reconoce el derecho a la asistencia gratuita (los ingresos anuales de la unidad familiar deben ser inferiores a 28.946 euros para acogerse a este amparo). El Consell de Col·legis d'Advocats de Catalunya hará lo mismo con los profesionales del derecho.

A eso lo llaman luchar contra las desigualdades.

Afronto el juicio por el coche, que me dejó cara abajo. Con una lucha desenfadada por conseguir recuperarme económicamente más la paciente espera del banco para resolver el caso y decantarlo más a su favor, terminó un episodio.

Hoy he ido al abogado, que me ha atendido el caso. Por las visitas no hay que hacer mucho esfuerzo económico, pero no me hace gracia su manera de atar cabos e ir hasta el último extremo para atar todos los cabos del juicio. Reconoce mi parte de razón, pero qué espléndido fue ese abogado al reconocer el juicio, pero haciendo de abogado del diablo. Le gustaba la idea de decir: «Podemos ganar el juicio si demuestran lo contrario». Ya quedan pocos días para presentarse a juicio, pero con esa misma idea me hace dudar por unos instantes. Y eso provocaría dudas en el abogado. Me dio de plazo unos pocos días para decidirme. Un martes fatídico me presento en la oficina del abogado y, por sorpresa, en el último día se había ido y estaba de traslado. ¿Algún rápido ascenso, no le interesaba ni el caso o en ese día solo lo primero? Una forma muy suave de excusarse.

El abogado me dejó colgado en el último momento, seguramente por una contraoferta mejor. No me dio tiempo a encontrar a otro y, aunque pedí prórroga para solicitar uno de oficio, al final lo rechazaron por tener yo alguna propiedad, aunque no pudiera disponer de ella, así que me quedé sin ningún tipo de defensa, ni legal ni jurídica. Intentaron obligarme a delinquir para que no me cortasen un servicio a través de un embargo, y en mitad de un juicio. ¿Quién da más, señoras y señores?

Me tuve que olvidar por completo de mis amigos cuando vi que ni me podían ayudar, y que encima podían ser un problema con quien podía alterar el mundo en mi contra, como el mundillo del fútbol y su papel representativo y radical que jugaba en la vida social y política del ciudadano. Cambiar de orientación, tener familia, oficio u otras pretensiones; todo ello quedó borrado completamente de mi memoria cuando vi las cartas boca arriba que había en mi contra.

Al final tuve que pagar a tocateja el coche sin ningún tipo de refrendo. Pero, igual que me dejaron mi abogado defensor y la justicia, vi a otros que quedaban por encima al ver cómo una pareja de farsantes fingiendo malos tratos logran que la mujer cobrara una indemnización y saliera del juzgado con un cuatro por cuatro SanYonqui blanco por las calles y una portada en los periódicos como logro de la democracia en pro de las mujeres, y su pareja, con una condena de orden de alejamiento en casa de sus amigos.



A quién queréis... A Barrabás.



El juicio lo tumbaron ellos, hasta los jueces, cuando vieron que estaba en lo cierto y que me podía acoger al seguro. E incluso la compañía recitaba cláusulas que no tenía. Lo amañaron de tal forma que no tuve tiempo ni de alegar ni de procurarme otro abogado, ni de pago ni de oficio, y me dejaron como única opción el pago inmediato o el embargo, y menos con el artífice legal de mi estado de salud para decantar la justicia en mi contra.

La indignación fue tan grande que para mí fue como si hubieran roto definitivamente con el estado civil, pero no sería lo único que haría ese gobierno: una representación en forma de pantomima de los interesados para ganar el juicio, mis bienes y la opinión pública. Es la oposición más acérrima que encontré, que me mentía en todo, me llevaba la contraria hasta el último extremo, con descalificaciones, aislamiento, cuando lo decidían me encarcelaban o empleaban la fuerza. Y por lo de la empresa ellos no necesitaban a nadie a quien pedir consejo, y menos pagando.

En resumidas cuentas, esto iba más allá no solo de discriminación política, sino que, un año después de haberme ido del país, el tufo es mayor. Suceden persecuciones políticas, vandalismo en las cuentas, me ultrajan, después me entierran en los medios, a mí y a mi caso, me difaman con un informe médico totalmente tergiversado y cometen perjurio en los hospitales, cuyos médicos acabaron con un secuestro a sus espaldas, incurriendo en sedición al verme sometido a un régimen de abusaenanos. Me equipararon a una ley de extranjería, con obstrucción a la justicia al no prestarme dos veces consecutivas una copia escrita

de denuncia, y en otras muchas ni me prestaban atención en la declaración. Incluso cuando denuncié que entraban okupas en el piso de arriba, embargado por el banco del vecino cuando allí no vivía nadie, lo que perjudicaba a los inquilinos de abajo. ¿Qué más pueden hacer los jueces cuando ha fallado la justicia en tu contra, además de denegarme asistencia jurídica? Incluso vi imposible procurarme abogado, pues ninguno de a los que acudí me aceptaron, por no poderme costearme el juicio. Y el ultraje mayor de quienes usaban los medios y se aprovechaban de mi situación y el morbo de algunos que suscitaban todo ello. Fue el Juicio Monigote.

Dos años después, a fecha de 6 de diciembre de 2010, día de la Constitución, todavía consiguen precipitar los hechos. Se repiten los embargos, los recursos no han prosperado y, tras un viaje, han embargado dos cuentas, un recibo de dos mil novecientos euros en contra, y otra la embargaron por multas de otra comunidad. Todo por las mismas fechas. Y es que, aunque salgas de la comunidad, el encargo se lo pasan a Hacienda, lo cual suponía un sarcasmo cuando arreglé una gotera provocada por el vecino de arriba. Para colmo, el inquilino faltó al alquiler, y todo esto en vistas del juicio el día 10 del mismo mes por una negligencia desde mediados de 2008, que acabaría todo en sobreseimiento, como era de prever.

El juicio se suspendió y los recursos fueron postergados. La aclaración se intentó hacer en otro sitio, no hubo compensación alguna y aún estoy pagando los destrozos causados por esa gente, destrozos que no fueron uno ni dos, sino varios y repetidos. Las

inmobiliarias ni se interesaban en comprar el piso, y menos en las condiciones que estaba quedando cuando la justicia había dejado desamparada a la comunidad, un trato igual a que parias. ¿Quién se atreve ahora a negar que lo que ocurrió fue que se aprovecharon de una coyuntura y que todos participaron —en alguna medida— en un atentado político, por la permisibilidad del gobierno, y que aplicaron una ley de extranjería, pero a la inversa, e hicieron mortaja de los bienes ajenos?

## Episodio 3

Todo se resume en un calvario rodeado de juicios y exigencias de la clase pudiente con aires de grandeza a costa de nuestros logros, estudios e intereses, para acabar catalogándonos como gitanos o buscadores de oro. ¿Lo de que me arruinaran fue suerte o desgracia? ¿Ser o no ser? Está claro que se empeñaron mucho en *no ser*. La única suerte fue que no me quedó ninguna duda de que, con la sartén por el mango, solo me quedaron las rasas en la sartén.

Nos acordaremos de todo el desastre provocado por ese gobierno con la mejor solución, que era no participar en sus fiestas cuando te la dan con queso en un ambiente de rebeldía y antiespañolismo, lo cual dio rienda suelta a separatistas catalanes a la sombra de Zapatero. Lo que me encontré no fue democracia, fue nepotismo y mercantilismo caníbal. Unas leyes y una actuación a su modo para proteger lo que consideraban oportuno, con leyes o cláusulas bien improvisadas o bien sacadas de la manga, cambiando la normativa de la noche a la mañana. A lo que hay que sumar la lucha por las desigualdades de género, que generó otras desigualdades. La confusión creada por los médicos que ni ellos mismos se creían; ellos no estarían nunca de acuerdo en rec-

tificar. Solo apuntaba a que allí ya no tenía posibilidad alguna, así que me tuve que marchar por donde vinieron mis familiares.

Pudiéndonos haber librado de todo mal si hubieran seguido mis advenimientos, y lejos de resolverse un problema y una situación más grotesca con mis coquetos *azul-grammi*, tuve que aguantar una posición aún más dura en mi contra, que me intentaba sodomizar con la obstinación de la vivienda en un mundo en puja por la hipoteca, sin olvidarse de lo salvajes que habían sido conmigo los que me rodeaban y lo inútil de vivir con esa equivocación de los médicos sobre mis espaldas. Todo ello me obligó a esforzarme a contracorriente de la suerte que nos tocaba para conservar el valor de la vivienda, lo que me forzó a contraer una deuda en vez de repartir peras.

Al cabo de los años acabó peor de lo que estaba antes de ser reformada, con problemas de salubridad y con una revolución en la justicia que no hacía más que volcarnos boca abajo y ser objeto de violaciones y vejaciones sin precedente alguno, bajo el auspicio de muchos. Sin contar las pérdidas cuantitativas y cualitativas de vida que veníamos sufriendo de manera constante al ser el chimo de ese gobierno.

Después de quejarme al defensor del pueblo y a los juzgados sobre la realidad del asunto, se lo tomaron con mucha calma. Me quejé de la pasividad por resolver el caso, y algunos me insinuaron algo así como: «De esta no te escapas», cuando realmente se estaban lastimando al tapar a la opinión pública las marginaciones que estaban sucediendo en un aparente ambiente de calma y normalidad del equipo

de gobierno con sus pactos ortopédicos, con los que aparentemente eran llamados «partidos bisagra» los republicanos y el brazo ultranacionalista, asentado en el palco de fútbol.



*Wandering star... Sure... Imposible*  
no irse a la ruina con esa política.

# Capítulo 11

## UNO DE SEPTIEMBRE

### Episodio 1

No es que sea muy agradable recordar hechos pasados, pero sí hubo algo más en la empresa de agosto del 2001. Pasan los días y la rutina es la misma, estaba igual de empotrado en la pantalla del ordenador, hasta que el 11 de septiembre de ese año nos sobresalta a todos con el atentado a las Torres Gemelas, en Nueva York. La consternación es grande, y la conmoción, sobrecogedora. El atentado de Al Qaeda estaba en boca de todos; no se hablaba de otra cosa más que del atentado. Hasta en el metro, durante uno de los trayectos, un par de viajeros que hablaban en alemán soltaron: «Han sido los catalanes», y sin abreviaturas. Los días cada eran vez más difíciles de pasar hasta que me ocurrió el fracaso de la calle San Roc, y luego vino el colapso provocado por el ataque, que se manifestó como un *delirium tremens*.

Después del atentado de las Torres Gemelas y el *delirium tremens* vino la crisis. Parecía un argentino que había perdido la guerra de las Malvinas y necesitaba ir a la consulta de la psicóloga Symbol, como me recomendaron algunos familiares. En la consulta hablamos de todo durante tres días. Entonces vi que era yo el que hablaba solo, que la única nota que tomaba era la de mi descendencia y que el resto le sonaba a chino; hasta lo de la visión del escudo con dos serpientes gemelas que se desintegran en el aire. Hablaba un poco extrañado y atónito, pero me vino a decir: «Si usted no ha perpetrado ni participado en ningún atentado, usted no tiene por qué preocuparse de nada, ni de que le han visto o que le dejado de escuchar». Extrañado, le comenté: «¿Después de lo que le he explicado usted no sabe decirme nada relacionado con lo que me ha pasado?». Se quedó pensativo y me contestó: «No sé qué me explica de esas imaginaciones ni qué relación tienen con las paranoias que usted me explica». Le respondí: «Ya, pero entonces ¿qué fue lo que pasó en mi cabeza? ¿Un ataque de suciedad o de la sociedad?». El psicólogo sentenció: «Ya le he comentado que no sé por lo que usted se preocupa, si usted no perpetró nada. Acerca de ese ataque no le puedo decir nada al respecto, y menos del origen». Por una parte quedé conforme, pero por otra, defraudado. Tuve que prescindir de los servicios privados por estériles.

La última visita concluyó con unas palabras con las que me recomendaba que me calmase por el suceso, y que lo que me podía decir era que esa empresa no le interesaba ni le favorecía. Le di las gracias por la



aclaración y bajé los escalones del edificio, no sin cruzarme con dos hombres trajeados que entraban en la consulta, con la nota del nombre de la consulta, Symbol, y no volví a saber de ello nunca más. Excepto un comentario de oídas que venía a decir: «Vaya manera de pagarla con este tío».

Corría el 2002 y aún funcionaba el fenómeno bursátil de Nasdaq. Proliferaban los fondos monetarios, los fondos en renta fija, los fondos de renta variable, pasando por los fondos indexados hasta las cestas de fondos y, al final, los valores de capital riesgo, sin olvidar *warrants* y futuros. Una empresa se interesó por mí no solamente por los conocimientos en sistemas, sino también por los conocimientos en materia bursátil. Me avisaron de que al antiguo administrador lo echaron enseguida, y me ofrecían unas gratificaciones e incentivos superiores. Al principio parecía burla, pero el director del portal bursátil —un francés encrestado— me enseñaba la dimensión del proyecto. Se me acercó muy amablemente y me comentó qué valores compraría. No sabía qué decirle en aquel momento, pero, dado el auge del sector inmobiliario y de la construcción, le comenté que ACS era un valor bastante devaluado. Encolerizado y en tono despectivo, se exaltó: «ACS, comprar barato y vender caro. Mmm, acciones de ACS ricas y maduras».

Un día, con más interés que confianza, me explicaba un poco el plan de desarrollo de la compañía, pero no solo eso, sino el plan de desarrollo de la Comunidad Europea. Me comentó sus ideas y planes de ampliación, aunque chocamos en el planteamiento

que él proponía, pues era muy rápido. A la larga le presentaría problemas. Claro, él era el director y todas mis propuestas acabaron en el olvido, así que tuve que centrarme en mis funciones.

Los días transcurrían de forma monótona, hasta que un día empecé a notar ciertas molestias. Un compañero no paraba de gritar: «No hay manera de que funcione este melón». No sé a qué se refería, pero un día no previsto clamó: «¡Funciona!». Desde ese día no paraba de meterse conmigo y de comerme la cabeza con el programa y los resultados que daba. No dejaba en paz ni al becario, que se largó de la empresa, y luego a mí tampoco. La de recursos humanos nos llamaba de vez en cuando —y no por casualidad— para ver cómo estábamos. ¿Quién se atrevía a decir nada con un mes de pruebas? Hasta que, al final, tuvimos que dejar el puesto de trabajo por estrés, afasia mental y ambiente insostenible, como el anterior administrador. Poco importaron los cerros que tenía la nómina del contrato. Lo único que le dije a ese director fue que la próxima vez no me pidiera opinión, y «sí *bwana* y *bwana mi no*».

Cuatro años después ocurriría el atentado del 11 de marzo en una terminal del aeropuerto de Barajas, en Madrid: la T4. Y no me libré de permanecer al margen de los hechos. Los amigos se encargaron de hacer acto de presencia en la manifestación condal en vísperas de las elecciones generales del Estado. Vaya manera de alinearme, y ¿yo aquí qué hago, si nadie se queja de Al Qaeda, solo de Aznar?

Estamos en el 2010 y veo claro lo que pensaban mis amigos: el PP va a perder. Ahora se preparan las

siguientes elecciones y ya hay un nuevo partido, el PRUNE, de descendencia musulmana, que pretende restaurar al-Ándalus, y que presentará oposición política en el 2011. Qué curioso, otra vez el once hasta en la sopa. Un número que me recuerdan con ahínco los médicos a la hora de citarme: «Entre once y once y cuarto venga usted». Y en las sospechosas multas de tráfico que recibo. Hasta Daniela, una chica con la que tuve un romance, lo sabe, pues al pedirle su teléfono insinuaba de forma burlesca el número dándome un 625625625, ¡el nombre del local donde me emborraché con la figura!



Me encuentro en la localidad costera. Nos vamos de excursión yo y dos conocidos que me presenta un amigo. Son dos marroquíes que se preguntan qué hacen en España y cómo añoran Marrakech. Damos tumbos entre divagaciones de cómo vivir mejor en

España, si con un camello o una cachimba y el esplendor de al-Ándalus, pero lo que sí me aseguraron fue que, según sus creencias, si algún día veía el número 1111 me traería suerte, a lo que yo di fin a la conversación con un: «Será suerte para ti». Y mejor dar media vuelta y dirigirnos de regreso cada uno a su casa, porque la fiesta ya ha terminado, y esas creencias deberían ser nuevas.

La que me liaron por una bocanada, que no era más que formar un confeti en esa discoteca, y lo del nombre de la consulta psicológica Symbol, otra mosca en la oreja muy relacionada con todo, con los símbolos, porque todo lo que ocurrió corría alrededor de simbología, no de fracasos emocionales.

## Episodio 2

El último invierno, José Luis, una persona de contacto que quiere deshacerse de un coche, me ha vendido uno antes de entrar al desguace, pero qué curioso: la matrícula es 7211. ¿No le dice algo a usted, querido lector, que entre tanta numerología pueda haber algo o alguien tras esa matrícula, que parece más una señal con be-moles, a los que sibilinamente dirán casualidad? A lo que yo digo: vaya manera de amargarme por una bocanada en forma de garabato animado como pincel en mi cabeza y el aire de lienzo. Lo que llegan a hacer por una brizna de imaginación. El día en que arreglamos los papeles, fortuitamente me encontré en el suelo lo que debía de ser la matrícula doblada del antiguo coche.

Hoy no dejamos de sonreír, con una risa hueca, cuando en una tienda de *souvenirs* de Málaga me atendió un marroquí, y qué curioso, no consigo deshacerme del once cuando, a la hora de pasar por caja, tres premios: una baraja y dos llaveros, uno para mujer y otro para caballero, por un importe de 11 euros.

Con tan mala fortuna que hasta en el pueblo de los Pirineos, cada año, me recordarán esa fecha y ese número, pues es el día en que comienzan las fiestas, al igual que la Diada en Cataluña, que es en esa misma fecha.



*Good trip and good challenger.*

## Capítulo 12

# EL ALMA DE LA CAIXA DE BERZOTAS Y SUS ENLACES

### Episodio 1

Ya son varios días desde que no voy por mi piso de soltero. Hoy me dirijo a él para ver cómo está y, para mi sorpresa, me encuentro allí correspondencia del antiguo inquilino, cosa que hacía seis meses que no sucedía. Debí ser que alguien le advirtió de que no se cambió la cerradura a su marcha y que aún sigo vivo. La correspondencia no solo está a nombre de él, sino de su familia e hijos. Le llamo para avisarle de que no se haga con la finca, pero el argentino insiste mientras nadie viva. Así, el último recurso que me quedó para que desistiera fue denunciarlo en el juzgado.

Hoy estoy viendo la televisión mientras paso mis días de incapacitado buscándome una ocupación. No es fácil con una invalidez absoluta por trastorno men-

tal, así que sigo viendo los anuncios, y me llama la atención el de un banco que presume de hacer obras sociales para discapacitados. «El alma de la entidad», presumen ellos. Así que decido ir al día siguiente a ver si pueden resolver mis problemas financieros para una reforma del piso.

Son las ocho y media de la mañana y me dirijo al banco para pedir un crédito para reformar el piso. Tras un cuestionario, y como cliente de la casa, Jordi y dirección deciden concederme el crédito, y después de firmar el crédito me sueltan la siguiente advertencia: «Especularemos con tu vida y luego con tu muerte», tras lo que me quedo pensativo y reflexiono: «¿Será otro el negocio?».



Nuestro saludo, «tricornio categórico».

No era la primera vez que tenía algún problema de ese tipo, será por los años que llevo como cliente. Así



que mis oídos no dan crédito, algo que me hizo recordar cuando, años atrás, tuve un episodio no tan grave, pero sí extraño, cuando, con la excusa de realizar un estudio de una operación financiera, me pidieron los poderes notariales. Al principio les di una copia, pero me exigían los verdaderos con la palabra de devolvérmelos, una devolución que no llegó a ocurrir.

## Episodio 2

Han pasado ya dos meses y la reforma ha terminado. Afortunadamente ya han cesado de enviar correspondencia y propaganda de un interesado y sus familiares a mi piso. Después de llamarlo y hacerse el loco con las llaves, no me ha quedado más remedio que recurrir al juzgado. Han pasado casi dos años y el juzgado no me ha citado, pero parece que ha hecho efecto la denuncia. Más que la denuncia, al cabo de unos meses comprobé que fue el hecho de que durante un tiempo volviera a estar desocupada, pues la pérvida adjudicación de herencia y la bula volvieron a reproducirse.

Ya son tres semanas desde que he decidido mudarme al piso reformado. La barriada ha cambiado mucho desde años atrás; la composición ya no es de hijos inmigrantes de otras partes de la península, que habían prosperado bajo la democracia, sino de otra clase de inmigrantes, entre ecuatorianos, colombianos, argentinos y marroquíes. No son las únicas noches en que se duerme mal entre ballenatos y merengues. Mis días por la barriada no son muy cómodos, hasta un día en que no puedo dormir por estar la atmósfera impregnada de una sustancia urticante para la vista. «La mejor solución va a ser mudarme a otra zona y alquilar el piso», pensé.

Y así fue por qué ahora vive una familia en ese piso que no dejó de darme disgustos. Pues si los problemas que tenía eran de integración en el vecindario, ahora eran de otro tipo, ya sea de trama o creados.

Llevo seis meses esperando a que el presidente de la comunidad llame al seguro para arreglar una fuga de agua. Cuando se lo comenté, el primero me contestó con un chantaje y un trato discriminatorio al cobrarme más que a los demás por la escalera si quería que arreglase el problema de la comunidad. Aunque pagué, y tras quejarme por la forma de extorsionarme, aún seguimos con el problema yo, el piso, la familia que vive en él y la comunidad. No contento el presidente con cobrar de más, ahora hace una nueva revisión anual y sube la cuota un poco más, con lo que se asigna una anualidad por gestionar, pero sigue negándose a dar incluso la identidad del seguro de la comunidad.

Para colmo, ya no son solo estos los que me entorpecen la vida, sino el banco. Es cuando me doy cuenta de que el banco que me había prestado el importe para la reforma ahora genera un indebido y provoca una orden de embargo en mis cuentas de forma totalmente falsa, creando una nueva deuda ficticia por impago pese a tener aún saldo en la cuenta para pagar la cuota mensual. Ahora acosado por los bancos también, me dirijo al juzgado para denunciar ambos hechos, en los que el juez de instrucción no ve actos de delito.

Todavía me acuerdo de ese seguro extra que me cobraban, pero, vista la trampa del otro, ni me interesó. Una vez que vieron que la incapacidad era de ver-

dad, tampoco les interesó retomar el seguro, aunque lo siguieron cobrando unos meses sin poder recuperar el importe. Eso sí, el seguro anulado está totalmente asegurado. «Váyase por la puerta que entró», fue la respuesta que recibí cuando reclamé el cobro de más. Igual que atracadores de palmo y medio.

Fueron repetidas veces las que llamé para que me facilitaran el teléfono de la compañía aseguradora de la comunidad, pero se negaron siempre, con la panfletada de que estaba en el cargo. Después de ocho meses, la inquilina está harta de soportar la situación, y el edificio, afectado. Solo me queda el recurso de la denuncia ante el juzgado. Rápidamente me facilitan la información del seguro y descubrimos que la única denuncia que había desde la fecha del atestado fue el impago de un recibo de escalera, pero ninguna reclamación para arreglar el problema de la comunidad ni para aclarar los hechos.

Pero esto no es el fin del hostigamiento. El problema que tengo arriba es un peloteo continuo, entre okupas, dueños, visitantes y un seguro, Catalana No-meorientes, que elude su parte de responsabilidad y le echa la culpa al vecino sin visitarlo, es decir, claramente provocado, y un apartado banco que supuestamente embargó el piso y con precinto posteriormente roto, de donde vienen todos los problemas que niega. Bien recuerdo la conversación con la vecina: «Ha venido por la mañana el perito después de ocho meses y ha hecho unas fotos al piso, si quiere usted puede venir a hablar con el vecino de arriba, que está por las tardes». Es tan cínico ese seguro que hasta tengo que aguantarlo en los intermedios de la Sexta. Después de

comprobarlo hoy al interrogarme y afirmarme que «el problema es del propietario, no nuestro», yo les respondo: «¿Cómo puede usted afirmar eso, si el perito no ha podido entrar en el piso ni han podido dar con el dueño?». Doctor Cabeza, ¿qué hacemos con ellos?

Aun así, podían entrar igualmente en la vivienda por las noches, pero nadie atendía y no siempre eran las mismas personas por el cambio de okupas.

Tras tanta negativa por parte de todos, solo puedo pensar que esa gente no tenía ningún motivo para hacerme eso sin que alguien estuviera detrás. En todo momento se notaban mucho las excusas y las ganas de jugar al fútbol con mi cabeza.



Un atracón como nunca.

El último ejemplo fue cuando a la caja de ahorro de marras le dio por digitalizar las firmas para

sus sistemas de reconocimiento. ¿Quién me diría «mal pensado de mí», que ni mi propia madre me reconociera a la hora de testificar que soy yo el que hace la firma? Qué forma más fraudulenta de desconfiar de su cliente.

## Episodio 3

Tras acudir de nuevo al juzgado para presentar sendas denuncias (una por los trapicheos de mis cuentas, y otra por las reiteradas intromisiones por parte de la-Sexta, cuando ya habían cesado los derechos sobre los medios), el episodio termina con una dedicada conversación entre el juez y yo tras prestar declaración, en la que no vieron importante la aportación de pruebas. «¿Qué hacemos ahora?», me pregunta el juez, a lo cual yo respondo: «Es objeto de estudio». Como resultado, el juez no se complica mucho en realizar un seguimiento; se lo debió tomar un poco a la tremenda, porque fui yo el que acabó encarcelado en un psiquiátrico, ya sabemos en defensa de qué y de quién, y bajo engaños de un chequeo rutinario.

Tras salir del encierro, de lo primero que me entero es que ayer, a Jordi, el que me advirtió de que jugarían con mi vida, le han dado un ascenso. Quién lo iba a decir, quién estaba detrás de todo esto y de una entidad que presume de tener alma. Espero que este relato también sea una obra social al describir las pericias de alguien tan cuco.

Al final lo único que se les ocurre a los médicos para solucionar el problema es decir: «Tenemos un pato psicópata un poco mareado». No solo no se

conformaban con cobrar, sino que cometían abusos intencionados. A pesar de denunciar los hechos y presentar las pruebas, prefirieron tomarme por un loco antes que reconocer esos abusos.

No se conformaban tanto uno como otros en cobrar, sino que provocaban situaciones adversas.

Atrás quedaron aquellos años en que me consultaban asuntos de Estado sin estar con ellos y recibía algún tipo de consideración. Pero ahora lo llaman tener crédito al tener que devolver réditos con tu dinero.

Todavía recuerdo cómo, en charlas técnicas acerca de ordenadores y servidores, explicaba que con los medios de control de tráfico con que se contaba actualmente era imposible salvar un servicio informático de un ataque masivo distribuido.

Pero ahí no acabó todo. Saquearon las cuentas con comisiones sin justificación, inflaron los recibos que podían y, por último, ocurrió la inesperada aparición de Judas en forma embargo, sin ningún tipo de diligencia, por el total de la cuenta, que eran treinta euros. A pesar de estar al corriente de pago, te vendieron, pero con mi dinero, dándome a entender que ellos no hacen frente al gobierno, y encima era extraído de una pensión que viene principalmente de las arcas de los españoles. Muy distinto fue el trato con el Santander, que aun por impago del seguro, me perdonó la vida cuando veía lo bien que corría detrás de los juzgados.

Aparte de tener que tragarme esa deuda, al final han conseguido que pierda el alquiler y que la casa haya quedado deteriorada.

Entre unos y otros sufrí *mobbing* inmobiliario, por unos de forma directa y por otros de forma indirecta.



Hasta esa caja se cansó de que pudiera pagar esa deuda cuando vio oportunidad de hacerme una jugarreta en las cuentas.

Lo último que les dediqué fue: «Posiblemente no será lo último», además de «el suicidio no era para mí, y mi nombre no es para vosotros».

Han pasado un año y medio después de denunciarlo a los juzgados. La citación fue en diciembre del 2010. Los inquilinos de la vivienda avisaron por teléfono de que, si no resolvían el caso los jueces, ellos no podrían aguantar más esa situación de insalubridad de la vivienda y se verían obligados a quedar hacinados. El día de la vista del juicio se suspendió y se prorrogó indefinidamente. Entre las intenciones del inquilino y las escuchas, los jueces dieron otro empujoncito al vacío.

Les comenté que me negaron el derecho a asistencia jurídica gratuita y que no me podía representar a mí mismo. Aparte, ningún abogado privado renunciaba a sus honorarios. Claro, que el tiempo apremia; el tiempo empeora, la casa se deteriora, y se toman a la bartola una cuestión que también es de salud, así como los autos recurridos al defensor del pueblo, y hasta al Supremo por violación del artículo 47 de la Constitución. Todavía no se lo acaban de creer. Y así acabó la historia, con la orden de un político catalán de que no se celebrara ese juicio, y los jueces españoles rascándose el culo en la silla del Constitucional.



«Señor Taylorman, ha sido usted un verdadero incordio».  
Pero yo era el otro.

# Capítulo 13

## PARES O NONES

### Episodio A-Z

#### YO TAMBIEN SÉ LO QUE HICISTEIS, EL INQUISIDOR Y LA GRAN OPRESIÓN

Marcharse de un lugar en pésimas condiciones sin conocer a dónde vas a parar, empezando prácticamente desde cero y como un mártir, no es tan fácil como parece. Así que recuperarme de tanta derrota es una buena opción, por lo que me refugio en la montaña con la intención de respirar nuevos aires. Pero algo ha cambiado en menos de ocho años. Cuando llego a la localidad pirenaica, me encuentro el lugar completamente cambiado, tanto la población como el ambiente que se respira. Parece el teatro trasladado de otra provincia, donde la única población autóctona que queda son cuatro familias y una creciente comunidad rumana, además de algunos que otros re-

sidentes venidos desde las antípodas del mundo en busca de fortuna.

Nada más llegar a la localidad me presentan a un señor con el semblante de José Blanco, con un estilo de peinado más como el de un fox terrier que el de un duque, algo que me provocó un poco de rubor y gracia por el parecido. Me pregunta: «¿Qué es lo que hace usted aquí?». A lo que respondí de forma perpleja, por lo directa e indiscreta de la pregunta, con una escueta respuesta igual de directa e indiscreta: «Refugiarme de un ocaso que me persigue». Conforme con lo que le comentaba, seguidamente me preguntó si estaba solo. Fue cuando le pregunté de dónde venía. Me resultó difícil —por no decir imposible— después de frustrados intentos, convivir con alguien que se llama Mandrágora, como el que no se entera de la intención de aquella conversación. Fue mejor no entrar en detalles en lo referente a lo estrictamente particular con un desconocido, y quizás era mejor hablar acerca del envejecimiento de la población. En ese momento de la conversación fue cuando quien me presentó a tan pusilánime señor me comentó que fue esa la justa razón por la que se habían invitado a nuestros camaradas rumanos del este a huevos grandes y leche fresca, así como lecciones de producción de butifarra y longaniza, y también de vivienda, para paliar el vacío creado por el poder en pueblos que estaban en fase terminal de abandono.

Sorprendido por tantas enseñanzas, me atreví a preguntar si ya no se vendía longaniza del pueblo, a lo que asintieron, y contestaron que desde que llegaron del este la longaniza seca se vende mucho

para cocido. Seguidamente, el señor me empezó a hablar de negocios, pero rápidamente le comenté que ya había escuchado suficiente y que justamente era lo contrario de lo que necesitaba en ese momento. Claro está que no era el momento más oportuno para los negocios, así que lo que me recomendó fue un viaje a Cuba o buscar refugio en un templo budista, como el que no abriga esperanza en su propia casa. Muy amablemente le agradecí el apunte. Y acerca de unas vacaciones en Cuba le dije: «Por supuesto», le respondí. «Claro, si usted me invita». A lo que él contestó que de pagar no había hablado nada en absoluto, sino puramente de negocios. No le negué que me gustaría viajar, pero que en otras condiciones, y, como Pepiño el Breve, se levantó de su silla, saludó cordialmente y nunca más se le vio por el lugar.

Pasan algunos días y no hay mucho donde buscar. Me sorprende la cantidad de gente de origen rumano, reunida en el monumento de Joaquín Costa o cerca de la plaza de Barcelona, algo que me hizo recordar cuando todas las mujeres que conocí de su país que llegaban a la ciudad se reían ante la idea de pasar un par de semanas de picnic, donde decían que nunca pisarían tierra firme. Un detalle que preferí obviar y dar por olvidado, pero fue muy significativo, algo menos que un desprecio.

## LAS COSAS HAN CAMBIADO. NI SIQUIERA PUEDES SOPORTAR

Los fines de semana se anima la localidad con algún que otro concierto, donde muy raras veces coincido con algún conocido desde hace tantos años, excepto un día después de un paseo en bicicleta, en que coincidí en algo y no era precisamente en montar en bicicleta. Le pregunto qué pasó con la moto que tenía antes, y muy disimuladamente evitó hacer hincapié en el tema y empezó a jalonarme con los proyectos de mejora de la hidroeléctrica para la que trabajaba y de la crisis del momento. De lo segundo no le discutí absolutamente nada. En cambio, le hablé de la crisis nerviosa que padecía su hermano días antes de encontrarnos. Así que empezó a comentar los nervios por la inmovilidad de la situación; yo me encogí de hombros en busca de una respuesta que no deseaba o bien no saber qué decirle. Quizá buscan ser más listos al externalizar la dirección de la empresa, o igual les vendría bien la antigua idea de doblar el suministrador de tensión eléctrica como mejora de la garantía del suministro eléctrico.

Muy rápidamente me comentó que esa medida ya estaba implantada, así que, muy satisfecho por el re-

sultado, preferí —en lugar de lo inútil de dar consejo— cambiar un poco el tema de la conversación, pues ya tenía suficiente con la frustrada idea de montar una consultoría de donde venía como para que encima me recordara los episodios con nuevos acertijos. Mejor hablar de lo cambiado en la localidad. Presto, me puso al día de lo que llevaba constatando en los últimos viajes, no sin advertirme de un detalle que no me pasaría desapercibido al señalarme que, después de que se fuera el anterior alcalde, vinieron otro tipo de problemas de políticas migratorias, además de traerse el fútbol de otras localidades que no eran las propias de la comunidad a la que pertenecían. ¡Vaya giro, Bisbal! ¿Hasta los de aquí han abandonado? ¿Cómo es posible? Le agradecí la sonata al ahorrarme muchos inevitables tropiezos, pero quizás algo se pueda conseguir en esta localidad.

Rápidamente me replicó con buenas intenciones y una simple palabra, que era *cuernos*, y si no, que probara a conseguir algo durante una temporada. Muy extrañado por el panorama tan beligerante que se presentaba, tuve que cruzar los brazos ante la no tan extraña delirante idea de que esto solo apuntaba a repetir fracaso o a aceptar el reto. En todo caso, era igual de complicado o imposible.

Así que, un día que dediqué a dar un paseo por la localidad, lo primero que me encontré fue que el aire que se respiraba había cambiado radicalmente. El barrio de mis antepasados era un barrio de composición no rumana, sino bávara, además de los barrios de creciente comunidad catalanófono con alguna que otra francófono y una testimonial comunidad foránea. La

actividad económica de la comarca ha quedado reducida a cuatro comercios y dos bares, muy al contrario de lo que era antes; el resto ha ido desapareciendo, cerrando o quedando relegado a un segundo plano. Algo se cocía en la localidad e intermediaciones. Al ver todos esos comercios cerrados o fracasados —hasta la pizzería— y la depresión de las fiestas populares, me temí que esa localidad iba a representar algo más que un escenario político, pues algo me hacía pensar que los catalanes llevaban tiempo en contienda con las colonias de castellanos, un plato fuera de carta que no entraba en el menú del gobierno de Zapatero.

Quizás la borrachera de las alturas me hace creer que la culpa es que las oportunidades no se presentan tan fácilmente como en otras partes, y algunas no son propiedad de nadie, sino del que le interesan. ¿Cómo voy a pensar que me va a ir mal en una localidad tan española como la de mis padres? Perplejo, no supe por qué no daba crédito a esas ideas tan delirantes que en ese momento se me pasaban por la cabeza. Quizás era una secuela del lugar de donde había venido o una broma pesada de la gente del lugar, pero tampoco uno es tan optimista como para tirar el cántaro al suelo el primer día.

O quizás he salido de la sartén para caer en las brasas, pero alguien me ha dado a entender —y no con pocos fallos, sino con mucho acierto— al remarcar la impresión de que no me he dado cuenta de que he salido de una paellera que se ha salido de sus fronteras. Quizás lo que me quería dar a entender es que solo con explicármelo no tenía bastante, sino que necesitaba algo más de salsa y pasar una más que



larga temporada para entenderlo. En un momento de delirio empezamos a bromear como Josepe y Tonelli.

—No me digas que han mordido la manzana, Tonelli.

—Ya se lo puede creer, señor Josepe.

—¿No me estará usted engañando, señor Tonelli ? .

—En absoluto, señor Josepe. Hasta les ha gustado.

—No puedo salir de mi asombro, Tonelli.

—Créame, señor Josepe. Compruébelo usted mismo.

—Mejor. Prefiero no creerte, Tonelli. No acepto esa actitud tan derrotista. Mejor damos una vuelta, pues huele más a una manzana podrida del diablo que al fruto alucinógeno de una planta paranoica.

Van pasando los primeros días y después las semanas, y los fracasos y tropiezos se van multiplicando con el paso de los días, tornándose las ideas delirantes en evidencias. Los días en la comarca ya no pasan, se superan mientras los otros avanzan. Había semanas en que el miedo se apoderaba de la comarca por el inusitado vandalismo consentido en las viviendas de unas cuantas víctimas, por no decir la mayoría, que no respetan ni las escrituras de los notarios ni las recomendaciones de los médicos.

El fracaso con laSexta y el programa *Sé lo que hicisteis* transcurre día a día igual que un muñeco de Nintendo, sin lograr una afirmativa, alternando entre lo cotidiano y lo yermo cada vez que pido auxilio por el fiasco del que nadie sabe nada ni entiende la solución, pero se atreven con alguna que otra sonrisa. La complicidad llega a tal extremo, y la *jujaina* es tan generalizada, que un desquite que era un error se convirtió en un acierto cuando me encuentro a una figura conocida, de unos treinta años, con

algo de barba, pero con un inconfundible parecido a Ángel Martín, al del programa. Me quedé mirándole fijamente dos segundos, pero fueron los necesarios para comprender que ni él venía a hablar conmigo ni buscaba ningún perdón. Tal desdén me hizo olvidarme de cualquier ayuda directa y relación con ellos, así que tuve que volver al imperturbable pasar de los días en las colinas.

Vista la futilidad de mis esfuerzos, comencé a pasear por las calles más comerciales en busca de algo que me sirviera aparte de colaborar después de colgar el teléfono, pero uno no deja de observar cómo jugueterías, bares y comercios regentados por castellanos han cerrado, y hay unos puestos suplantados por una creciente comunidad rumana que ha crecido a la sombra del ayuntamiento catalonófono. Una sorpresa yacía en un antiguo videoclub, en forma de una inusitada bandera, la cual no llego a distinguir si es rumana, colombiana o republicana. Me quedo por un momento perplejo fijándome en el color de la bandera y, en contra de lo que pensaba al principio, aquello ya no era un videoclub colombiano, sino la entrada de una tienda de alimentación rumana. Un capricho de la idiosincrasia del lugar me hizo recobrar la serenidad tras observar la bandera de la localidad de color lila pálido, que tenía algo en común con sus nuevos inquilinos. Es sorprendente la eficacia con la que la comarca crece junto a la nueva comunidad, especialmente en el sector servicios y en algunos casos como encargados en ferreterías y de comunicaciones. Me pregunto si es el efecto Axe o el efecto llamada.

## LA REFORMA

Estaba claro que no vinieron solos, sino de la mano de otra gente del este peninsular, quizás atraídos por el nombre de la localidad o quizás para recoger una bandera que era de ellos. Tampoco se quedaron fuera aquellos que tenían una lengua muy larga y pico de espalda en busca de fortuna y cazatesoros, pero no fueron tan bien avenidos como parecía en algunas ocasiones. Entonces, un día no muy lejano, observé algo inusual en la localidad cuando un grupo de tres desconocidos con caras de malo patrullaban por las calles e imponían su disciplina con unas ligeras tortitas en la cara en medio de la calle principal de la localidad.

Pero algo me decía que no iba a ser ajeno a dicha disciplina cuando, quizás por culpa del Tratado de Maastricht o quizás por culpa de la fragancia hedonista del efecto Axe de la misma compañía aseguradora, empezó a entrometerse en la vivienda al comprobar cómo un día empezaron a aparecer los primeros indicios de invasión en la vivienda, como gafas rotas, insectos y restos de comida adulterada, así como algún que otro uso indebido de lo que no está prescrito por los médicos. Pero, más que del seguro, creo que la culpa era más de Pedro, el lateral izquierdo del Bar-

celona. En todo caso, el seguro no quiso responsabilizarse, y claro, alguien tenía que escucharme, aunque fuera una terapia de relajación. Hasta que un día me intentó calmar con una jocosa sátira: «Qué pena que no pueda usted fugarse de su casa sin que su seguro se niegue a pagarle sus propios destrozos».

Una afirmación que, además de ser capciosa, me hizo caer en la cuenta de algunas grietas en las paredes y techos de la vivienda, así como que la casa necesitaba reforma de alguna de sus paredes. Fue entonces cuando se disiparon las dudas acerca de la buena armonía en el lugar. Buscaba un albañil en la localidad cuando en el colmado me dan la solución al indicarme que una pareja de rumanos sin trabajo podía ayudarme, en contra de los recelos propios por la cantidad de emigrantes del este, y no solo de la península, que habían llegado.

La pareja no estaba muy lejos, más cerca de lo que uno pensaba, en la planta de abajo, pero del lado opuesto, así que no fue problema establecer un primer contacto y una primera visita. Tras un *tea party*, hablamos sobre los pormenores del trato y del precio, e incluso hablamos de la posibilidad del arriendo de unas tierras de la familia. Aunque claro, la crisis europea y los desvíos de todos los fondos europeos, además de la beligerancia de los nuevos caciques — también del este— que se subieron al trono de la alcaldía, dejó un poco remota la posibilidad de recibir cualquier ayuda. Así que tuvimos que dejarlo en un acuerdo de obras. Sin embargo, una vez iniciadas las obras fue cuando se hizo palpable la ley del fútbol. Estábamos de acuerdo en que los materiales iban a

cuenta de mi bolsillo, pero algo empezó a tambalear el acuerdo y el presupuesto cuando empezaron a exigir también la disposición de las herramientas, algo que me extrañó completamente, pues me pidieron una radial. «¿Una radial?», les pregunté. ¿No es una radial para romper barrotos y no paredes de cemento?

Mucho me temo que me pedían algo más que un trabajo para subsistir. Al ver que no conseguían la herramienta y presos del fútbol, dejaron la obra a medio hacer, pero, eso sí, no cesaron en su intento de cobrar el plantel. Aunque algo peor que eso era cuando los nervios de esa gente se ponían a flor de piel cuando su equipo no marcaba y acudían cada sábado a llamar a la puerta, momento justo en que se gritaba gol por toda la escalera, como siempre el justo del Barcelona tenía que dar su versión en contra de cualquier opinión.

Pero no solo era el fútbol el precepto político venido de otra comunidad en esa región, sino el rechazo de las posibles ayudas al sector de la agricultura y recuperación de tierras cultivables, una opción plausible excepto cuando empezaron a circular rumores y especulaciones acerca de la propiedad del terreno y del estado de salud del dueño con ayuda de las autoridades. Fue algo que no facilitó el escándalo y la indignación por tan desavenidos visitantes. Pero no era la idea más mezquina que circulaba por la localidad que, paso a paso, se iba convirtiendo en un cadáver político y en un cementerio de pocos amigos, en el que poco importaban el decorado, las costumbres, monumentos y ríos cuando algo más grotesco corría en boca de las viejas del lugar: la profanación de tumbas por desconocidos.

El suelo, igual que todas mis iniciativas, quedó lleno de escombros. Así que, harto de que nadie se ofreciera para tapar una mísera grieta, entre justicieros, taxónomos y ortodoxos es cuando tengo que ponerme el casco y olvidarme de tantos rumores para ponerme a picar las paredes y dejarme de las desavenencias entre bienes y vaivenes.

Así que empiezo a picar cemento, con tan mala fortuna que se me desploma parte de la pared de la cocina. La carcajada del vecindario no vendría sola después de una oriunda carcajada cuando comprobé que ese mismo día había para ellos otro espléndido batacazo bursátil mientras me acordaba de las cuantiosas pérdidas infligidas en inmobiliarias del sector, y no solo el primer día, con un leve tres por ciento. La segunda jornada descubrí otro trozo de pared, y otro nuevo desplome bursátil de un cinco por ciento. Acabar con esto va a ser más fácil de lo previsto, así que les invité a carcajearse al día siguiente. Pero el cansancio hizo mella, así que un fallo de previsión con el cincel provocó el desplome de toda la cocina tras soltarse un apuntalamiento, pero no era el único desastre cuando, para sorpresa mía, se produjo otro batacazo definitivo bursátil aún mayor, del siete por ciento. Y aquí acabó el intento de realizar la obra y el acondicionamiento de reformas de la casa con un soberbio batacazo definitivo, que también acompañó a la fiesta de los desgraciados en espera del resumen de la jornada liguera.

La jocosa risa fue superior; lástima que no pude compartirla con nadie y menos con los médicos, que confundían la mala baba de esa gente con cabeza de

perro y esquifo en italiano con esquizo en turco. Y así terminó un episodio más en la localidad intentando de forma ingenua llegar a alguna parte.



T-1. El nuevo embrión bebe madera líquida.

## EL PODER DE LA PLUMA Y LA ORDEN DEL TEMPLE

Entre los meses de apatía hablando inútilmente con unos y con otros, rondando lo cotidiano a la espera de alguna oportunidad, fue cuando un familiar me recordó que en los pueblos nunca hay nada de qué hablar. Así que, en busca de algún cambio, doy un paseo por zonas de interés, pero tan poco interés había que hasta la basílica estaba cerrada al público. Al principio no le di importancia, pero luego fue cuando vi los negocios de papelería y reprografía. Contaba la localidad con un poco frecuentado servicio de biblioteca y una sala de cines con la cartelera cerrada.

Fue entonces cuando quizás las reformas y la reconversión de algunas zonas podrían darme mejor resultado que un programa de televisión que rechazaba cualquier relación. No fue casualidad que, mirando la inusitada basílica, me percaté de la oportunidad de participar en el desarrollo de la comunidad al presentar una iniciativa de reconversión y reforma de la basílica. La idea era montar un pequeño centro de copistería y reproducción literaria al más puro estilo de la abadía que describe Umberto Eco en su novela *El nombre de la rosa*.



Claro está que ciertas competencias no eran de mi dominio y no iban a funcionar nunca si no fuera por las visitas, tanto en la parroquia como en el ayuntamiento. La proyección de la iniciativa iba más allá de una simple imprenta de libros y manuscritos que no solo llenaban las librerías y oficinas de turismo, sino también en el campo de la hostelería y algo más en el de las escuelas, para la localidad y para los pueblos de la comarca. Después de mantener una conversación sobre las posibilidades con el encargado de la parroquia, este se disculpó amablemente con otros asuntos, con lo que relegó las conversaciones con el ayuntamiento, que era el que tenía en última instancia la llave de la financiación.



La figura de Craso y la encrucijada por Pompeya.

Muy extrañado por la falta de interés ante un nuevo reencuentro, fue cuando ingenuamente vol-

ví inútilmente y contra todo pronóstico a recibir una negativa de cualquier ayuda. Era un lunes por la mañana, y fue cuando, al solicitar una entrevista con alguien del departamento de cultura, fui atendido por una muchacha con orejas bien pre-dispuestas. En verdad no me imaginaba que una veinteañera llevara ella sola la responsabilidad de concesión y aceptación de proyectos, pero, claro está, cómo podría ofenderme yo en ese momento, ante tal amabilidad y cortesía por parte del ayuntamiento, al escuchar una propuesta con tan buenas expectativas y tan lucrativa. Conforme exponía la iniciativa, más amplia era la sonrisa y menos ganas tenía de ofrecerle un nuevo proyecto. Tal como me estaba imaginando, después de todo recibí como respuesta un «ya te llamaremos».

Pasaron los días y no recibía ninguna respuesta, ni del ayuntamiento ni del beneficiado de la parroquia. Un desinterés no solo por escuchar mi opinión, sino de cualquier relación que les condicionara a obligarse a cualquier tipo de consideración. Fue entonces cuando, un día desolado, sentado en la barra de uno de los pocos bares comentando lo que se podría conseguir y con quién habría que hablar, aparentemente ellos no parecían muy interesados en las ideas propuestas por un menguado que huía de sus captores. Entonces, ingenuo de mí, me aconsejaron que no me preocupara mucho de que me llamasen, pues «aquí son otros los dueños del pueblo». Muy bien ese apunte, al aclararme que los borrachos dicen verdades y que entre la banda de amigos también estaba la banda de confidentes para un ayuntamiento que no mi-

raba con buenos ojos al extranjero, que se acercaba con cánticos de gloria y prosperidad para la comarca.

Quizás fue cuando, en las noticias del periódico local, encontré la respuesta por escrito a cualquier duda. Era una noticia acerca de las subvenciones para la reforma de la parroquia y no para la basílica, además de otra partida de subvenciones destinadas a la subvención de bibliotecas de la comarca, que me dio la sensación de que tenía muy pocos partidarios en mi equipo que me apoyaran. Y qué decir de cualquier tipo de galardón o gratificación. Muy extrañamente, fueron peor que desconsiderados cuando, después de la voluntad mostrada, empecé a maldecir que en la antigua localidad de mis familiares el único siglo fuera el de ellos. Tuve que señalar a aquellos que unas veces sonreían y otras se burlaban cuando, al despacharme en la carnicería, recibía mayor respeto por parte de los dependientes emigrantes venidos del lejano este que los del propio este, a quienes no les importaba que ganaran mejor consideración detrás del mostrador. Pero como todas las cosas que abandonan y desacreditan a su autor en detrimento de todo tipo de protagonismo, iniciativa y derechos en beneficio de los actores en el atrio, no pudieron evitar torcer la idea original para recreo de sí mismos.

El mayor estupor fue al comprobar el travestismo que tuve que soportar cuando la fórmula de reflotar el cine —que no llegué a exponer, pero sí a sugerir sin entrar en detalles— también se me escapó de las manos pese a que se dilapidaba a la piratería y la propiedad de los derechos de autor desde el parlamento. Y, cómo no, el sarcasmo del agradecimiento

por parte de la localidad al verme complacido por la reapertura del cine con proyecciones como el estreno de *Piratas del Caribe*, pero con el honor de hacerlo en formato benéfico, pues la entrada tenía un precio simbólico de cinco euros. Son esos momentos en que uno está en escena cuando uno no se da cuenta de quién es el malo de la película y quiénes los chicos buenos, o la gente con tablas, pero, claro está, por algo me hicieron recordar la novela *La sombra del ciprés es alargada*. Al menos sirvió de lección que se supiera qué hacen con los entrometidos desplazados de otras comunidades.

Al final de todo, la subvención de treinta mil euros para la reforma de la iglesia de san Miguel quedó en eso, en una reforma pendiente de iniciar y una orden de busca y captura del párroco, al que dieron por desaparecido. Nadie sabía por qué ya no aparecía por sus dependencias. Tras dos semanas, el pueblo descansó cuando los honró de nuevo con su presencia. Fue inútil hablar con la parroquia sobre cualquier gratitud o relación con las ayudas recibidas o el proyecto presentado, con un trato igual que un desmembrado. Así que, después de mostrar mi reprobación a las monjitas y de soportar que me llamaran insolente mientras acuciaba la sed de sus geranios cuando necesitaban más agua para sus plantas, al comentar la carencia de gratificación y consideración, lo mejor que pude hacer fue devolverles el plantel y la desfachatez de unos y de otros. Así, les entregué de modo simbólico una camiseta de color azul y grana con las insignias de Lee —que también era un general—, prenda que ya solo me servía de trapo, igual que sus lenguas, tan

imparciales la primera vez. Quizás podría aprovecharlo otro inocente que les cayera mejor para hacer propaganda de sus bibliotecas, con mejor resultados y mayor perspectiva.

Para postre —y para disfrute de la gente del lugar—, la ayuda de veinticuatro mil euros para la junta de bibliotecarios de la comarca acabó en un festín entre saurios congregados, entre los que el halcón y la flecha no estaban invitados. Algunos vecinos enzarzados en esa iniciativa, y dudosos de conseguir llevar a buen fin la consecución de las iniciativas, no dudaban en confiscar hasta las orejas a la hora de aunar esfuerzos para los logros de la alcaldía. Pero no tuve que decirles nada a ellos, ni ellos a mí, cuando difuminaban mi imagen, a veces como un mendigo y otras como un leproso, y en otras como un busto. Los fines de semana era como un trofeo y, al final, un pasmarote.

Siguió una temporada de aburrimiento y desazón entre traperías de los apadrinados y padrinos que se habían reunido, algunos de otros países comunitarios y no tan comunitarios como uno pudiera pensar al principio. Quizás la redención en la comunidad la pudiera encontrar en una copada idea de composición de portal web al servicio de la comunidad para repensar en volver al estudio, diseño y composición de animaciones y videos, o quizás guardarme una carta en el bolsillo relacionada con el mantenimiento de sistemas y la consultoría como último recurso en vísperas del término de las obras de un vivero de empresas en la comarca.

Poco me sirvió asistir como invitado a la inauguración del vivero. Ofrecí los servicios de consultoría,

pero solo obtuve como resultado que me apartaran del escenario tras recibir una respuesta negativa una vez mostraron su desinterés por los servicios ofertados, pues presumían de contar con tarifa plana propia de fichajes en plantilla y bajo nómina. Los vientos no solo soplaron de cara y de lado, también llegaron vientos por la nuca cuando un señor con ojos de jamelgo se acercó disimuladamente para preguntarme: «¿Qué era lo siguiente que se iba a hacer en la comarca?». No tuve que explicarle nada, pero sí resolver su duda, pues encontraría mejor fiador en la caja, y ya que le dieran ellos la respuesta. Aunque no debía extrañarse de que le dieran como respuesta caramelos de café con leche para que no se le cayeran los dientes, y le dije también que no se preocupase si por las noches tampoco podía dormir.



San Pedro bendito... Dime lo que deseas y te diré que es mío.

En la calle tampoco encontraría respuestas. Me percaté de que había alguien entre los jueces del lugar, una cara desconocida, pero que otrora no me resultaría desconocida en los juzgados, algo que no sabía en

ese momento, aunque movía los dedos de forma tentadora al oír comentar entre ellos la intención de tumbar el negocio una vez realizada la inversión. Puesto en marcha, me hizo recapacitar de que esto no iba a tener buen puerto, ni barco ni capitán. Tanta infamia y difamación, con tan infame final rondando por sus cabezas, lo único que me propiciaba era el divorcio y que me quitaran hasta el pastel de boda, aparte de relegar cualquier consideración de fundar escuela, y menos de interpretación.

En el bar tampoco me abandonarían el descaro y el abandono. Fue cuando se acercó el vendedor de cupones de la localidad para ofrecerme el último recurso, un boleto de lotería premiado de cinco euros que, efectivamente, nunca tocó. Entonces todo el mundo se olvidó de las miserias y reproches de la localidad y del ayuntamiento para desviar la atención y así hablar de los problemas que acuciaban más al mundo, más importantes que suplicar por unas guineas que no tocaron, tales como las miserias de la inmigración ilegal y los pobres desamparados provenientes del África en pateras, así como los desprovistos provenientes de la Europa sin fronteras. Algo muy propio del lugar cuando se aburren entre jornada y jornada liguera.

## FÚTBOL ES FÚTBOL

Pero los fracasos no vinieron solos. Una vez repartidos los premios entre la comunidad, llegó la época de celebrarlo en las apuestas de caballos. Un día de los que no solía transitar la zona, pude comprobar cómo a la hora de comer todos eran amigos cuando se reunían, tanto los de antes como los de ahora, antes del partido liguero para discutir quién era el protagonista en la jornada de liga que se avecinaba.

Empecé a sospechar que quizás la atención inversora se iba a concentrar en otro tipo de espectáculos, acostumbrados a la melaza. Al ver que las empresas no les daban el resultado que esperaban fue cuando empezaron a tocar números de lotería de futuros traspasos. Se hablaba de futbolistas como Maicon y Moicon, con una sonrisa disimulada al leer los recortes de prensa, y esos fueron motivos de discusión y bromas que terminaron en fichajes, como Higuaín, Kedhira o Kaká. Fue en esos días cuando al no encontrar frutos empecé a advertir cómo grupos de bandas se organizaban para entrar en los pisos. No fue la única vez que se denunciaban hechos así, algo que nunca había sucedido en la localidad. Quizás no les guste que les rindan cuentas, quizás era una diversión malograr a un indefenso de la ley o, quizás, una represión conducida.



Poco iba a cambiar las cosas, en contra de cualquier opinión, una tendinitis que trajo noches de insomnio, traicionando la tranquilidad de los pueblos. En las villas todos juegan, no solo la naturaleza, también los electrónicos y las comunicaciones, esquivando a las autoridades con los médicos, inflando el gasto médico cuando, según las eminencias del momento, todo lo que padecía era una sospechosa enfermedad crónica sin remisión y de cura imposible. Aunque había cambiado de comunidad, nunca oí decir diagnósticos a mi favor como el de trastornos, alteraciones acústicas o lesiones internas. A nadie le interesa contravenir a los médicos, pero tener que cambiar de médico especialista fue la mejor opción para tan sospechoso dictamen médico.

Un médico especialista fue la mejor solución, algo que molestó bastante pues no contaban con que alguien pudiera hacerles perder los nervios ante tan abrumadora mayoría. Una incomodidad que se tornó en ira cuando, acostumbrados a ganar con amplia comodidad, se quebraron los buenos modales con una querrela por haber acertado una inofensiva apuesta, que no fue motivo de inhibición o respeto, sino todo lo contrario, motivo de repulsa; hasta el perro del encargado del negocio recriminaba a ladridos a los transeúntes de la localidad. Lástima que no era solo el perro el que vivía las apuestas, sino también el dueño cuando, al entrar en la vivienda, alguien parecía observarme a lo lejos. Como un acto reflejo, giré la vista y me quedé perplejo por el despecho con el que me dedicó una butifarra como despedida.

Han pasado diez años desde las últimas fiestas y, efectivamente, las caras de sus gentes han cambiado,

así como sus costumbres, menguadas, extintas o descafeinadas. El nombre de la localidad ha proliferado el efecto llamada de catalanófonos a la comarca. Un día en jornada liguera, el pastelero —gran amigo de la infancia, pero mucho más del barcelonismo—, en un despiste mientras transitaba la calzada, celebró los servicios prestados y las cordiales visitas por su tienda lanzándome una lata de Fanta al cuerpo. No es de extrañar que no queden seguidores del recreativo de Huesca o del Zaragoza cuando nadie impide ni recrimina al viejo lanzar botes contra cualquier desecho del F. C. Barcelona.

Pero con ellos también los beneficiados de sus acuerdos en el extranjero, que son bienvenidos cuando las comunidades autónomas, bajo amparo de las cortes del Senado, ya pueden firmar tratados comerciales con otras naciones o desembarcar en Estados Unidos en partidos de exhibición y regodeo sin el permiso del gobierno de Madrid o de Bruselas, y con el comodín de Pau Gasol, el chico de Sant Boi, en el All Stars de los Crazy Lakers como tapadera.

«Esas cosas de las consolas y videojuegos no tienen mucho éxito en los pueblos», me dijeron; «tenemos otras cosas para matar el aburrimiento», me comentaron. Entonces empezó a circular la idea de montar un negocio de *paintball*, una idea que tuvo que dejarse de lado debido al alto grado de experiencia de los competidores y por la inferioridad numérica por culpa de las numerosas bajas y derrotas de los equipos rivales que les hacían frente.



Mi consola no tiene mira telescópica.

Pero quizás el fútbol, que es también la espina dorsal y emblema de la política de la extinta comunidad autónoma, tenía un número reservado bajo la manga, el número final para intentar burlarse del traumatismo de todos los traumatismos. Se acercaban las navidades de 2009, y la crisis recomienda un coche más asequible y más acorde a mis necesidades, un monovolumen. El número de matrícula tenía una sospechosa numeración —7211 BMV— que parecía ocultar una inocentada, aunque no se sabe bien cómo brotaba la crisis de la que supuestamente hacía años que nadie se acordaba. El 72, por el grado mínimo de discapacidad; el 11, por la fecha ya tan marcada, hasta en Estados Unidos, pero también en el pueblo.

Estaba un poco lejos de sospechar que iba a ser el argumento político de unos desalmados dedicados a las apuestas, los cuales cerraban filas a la hora de no desprenderse de argumento tan lúdico. Quién iba a sospechar en ese momento que iba a ser sujeto de un juicio clandestino. Después de tantas negativas a tantas iniciativas, por lo visto habían encontrado la forma de odiar y mostrar repulsa a no solo el habeas corpus, sino también a sus títeres de calcetín, o quizás también había gente que quería recibir instrucción en el arte de la figuración y el teatro. Al final acabó en algo inesperado, mucho peor que fallar la justicia en contra por los actos terroristas perpetrados el 11-S en Nueva York. No pude más que mirar de forma sorprendida la cantidad de puntos que lanzaba el chico de Sant Boi sin que nadie le parase. Una bicoca mediática y también política que le hacía subir a lo más alto del All Star de la NBA.



BALONCESTO NBA

**El 'lockout' le cuesta a Gasol  
más de un millón de euros**

El seguro no me tolera tantos portazos.

Quizás no se notaba, pero todo lo que acaecía a diario parecía tener un director de orquesta y seguir un patrón calcado —a escala pequeña— a lo sucedido en la ciudad condal, algo que no me extrañaba que no fuera reprobado por el ayuntamiento cuando hablan a veces de municipio adscrito al catalanismo. El color de los sucesos pasó de castaño a oscuro, lo que convirtió también la vivienda en sinónimo de merienda, y otras veces también escenario de hechos igual que los vividos en la localidad costera. Entonces los sucesos fueron agravándose, pues se registraba ya en los libros de Penal cuando lo que era un mero juego empezó a oler a complot y a merienda del pueblo. Como en todos los pueblos las noticias corren como la pólvora, pero nadie denuncia nada. Entonces es cuando todos se miran unos a otros de forma incriminatoria, unos como partícipes y otros como confidentes.

## UNAS NAVIDADES MUY ECUESTRES

Era invierno y el frío no abrigaba muchas esperanzas. La población, aburrida con la estancación de los éxitos, empezó a recuperar la tradición de la rifa y el sorteo de papeles al más listo del mundo. La atención ya no se centraba en la localidad, sino en los conflictos en el extranjero, como el secuestro de pescadores en una de las bodegas del pesquero cerca de Somalia. El aire árido y agreste se respiraba por doquier, hasta en las tiendas de ropa, cuando el chaleco y la cazadora sustituían a la parca y la chaquetilla. En los bares se hacían timbas de póker para apostar dónde se encontraban los secuestrados. El más aguerrido, entre jarra y jarra de cerveza, abogaba por una operación conjunta de desembarco junto con alguna coalición internacional. El avisgado que pedía Pepsi Cola se preguntó por qué las Naciones Unidas no se pronunciaban, y un aficionado al arte de la jara y sedal opinó que, bien mirado, pagar por el rescate era la mejor opción. Ya que era la conversación más caliente que encontraban entre tanto frío, quizás fuera mejor darse una vuelta por el cementerio.

Pero, entre aquellas casualidades del destino, paseaba por los cipreses y ramos florales cuando me abrumó el estupor al ver la losa de la tumba con el

grabado «Familia Chacón». ¿Qué hace este nicho en este lugar? Era la primera vez que veía ese apellido y esa familia por la comarca. Así que, dada la inclinación del pueblo por el teatro, me encontré el mismo tema candente en boca de todos, y tuve más necesidad de tabaco y de fumar, lo que les hizo acercarse para preguntar por mi opinión al respecto. Quizás era una pregunta para salir corriendo o bien bromear con la respuesta; quizás fue mejor la broma que salir corriendo cuando les dije: «Quizás la respuesta esté en la fosa que hay en el cementerio con el nombre de embotadura que lleva grabado. Igual sigue dentro o quizás no quede nadie». Así que, como ya había tenido bastante y el plato era demasiado caliente para mancharse de sopa, fue mejor retirarse a otro antojo.

Pero, como en todas partes, siempre hay alguien que puede ayudarte. Un día encontré la primera manifestación en el pueblo, desde hacía decenios, para denunciar a la alcaldía que se paseara con una pila de llaves con las trazas de una relaciones públicas que convida a los invitados con llaves maestras a modo de canapés.

No fue de extrañar el día que recibí una visita de alguien que quería pasar unos días de campaña en la localidad, que cambió las medias y las blusas por pantalones de lona para combatir el frío. Quizás la acción humanitaria en forma de chalupas para pescar, medicamentos y tiendas de campaña enviadas por el gobierno a Jamaica lograra derretir el hielo y las ganas de fumar. Pero poco le importaría a alguien la ayuda humanitaria y el apoyo moral alrededor de las costas de Jamaica cuando tres cuervos se apoyaban

en los cables del tendido eléctrico, lo que traía un mal agüero que me cogería de improviso, pero llevaba la rúbrica de alguien que se acordaba de mí todas las navidades y, en especial, el 25 de diciembre. El mal humor se iba contagiando y acentuando, y ni el fútbol lograba apaciguar los humos y las malas pulgas de algunos. Un día como los anteriores, hablando de la necesidad de implicación y de solucionar los problemas del país, mostré mi indignación cuando nadie se hizo cargo de mi situación, ni siquiera para ofrecermé una voz cuando todas aquellas propuestas que había presentado se quedaron en el cajón del ayuntamiento junto al medallero de algún desconsiderado.

Pero las recriminaciones no eran la respuesta acertada para los confidentes del gobierno, y el cuervo revoloteaba en época de escasez en busca de alguna manzana que picar. Todo parecía aparentemente tranquilo, excepto que, cuanto más se acercaba la fecha navideña, extrañamente más eran los incidentes en la localidad. ¿Eran infundadas mis sospechas? La respuesta la encontraría días después, tras la devolución de un recibo luego de comprar el coche y morder la manzana. Justo llega el día de fin de año y pasé con alguien la Nochebuena. Para mi estupor, esa Caixa de Berzotas logró defalcarse las cuentas y denunciar el impago de un recibo, algo que no dudé en denunciar a los juzgados por lo deliberado y la alevosía con la que actuó.

Fue también por esas fechas especiales y tan entrañables cuando recordé a los juzgados, con algunas grabaciones, unas pruebas más que sospechosas del incumplimiento por parte de la antigua productora



de liberar los medios tras haber extinguido cualquier consentimiento e intención de colaboración con la Sexta. Entonces dejé de albergar cualquier atisbo de esperanza de librarme del yugo que pesaba sobre mi cabeza por una sentencia médica, la cual era como una condena, y es que no se abrió ni por atisbo ninguna puerta después de infructuosos años de colaboración y de encadenamiento con mis anteriores captores de la Sexta.

De forma muy informal me citaron para esclarecer las acusaciones, pero, lejos de presentarse la parte demandada, me sentaron en el banquillo de los acusados al más puro estilo de Urrusolo Sistia-ga. La declaración fue grabada y filmada sin el otorgamiento de la duda de ningún abogado. Entonces indiqué las fundadas sospechas de que esa cadena estaba actuando ilegalmente y en contra de la seguridad del Estado como fisco, cuando ya me había dado de baja, de manera que se concedía y violaba derechos sobre bienes que no estaban en las condiciones del contrato. Fue también cuando hice notar que esto no era fortuito, que también habían atentado no solo contra mis cuentas, sino también contra mi patrimonio, cuando el cuervo debió confundirme con un pavo de acción de gracias al entregar la carta de embargo por parte de la entidad, que no hacía más que mellar las esperanzas de alguien que estaba en la otra mano de la baraja.

Un tanto consternado por la gravedad de los hechos, pero también un tanto salomónico, el juez se me acercó y me preguntó: «Y bien, ¿qué hacemos?». Al no entender el porqué de la pregunta, contesté:

«Supongo que debería ser motivo de estudio». Puede que no fuera la respuesta correcta, o que el juez no tuviera muchas ganas de perder el tiempo en esfuerzos abusivos contra tales entidades. Así que, vista la gravedad de la situación y de las pruebas que existían, la sentencia —para mi asombro y como muestra de rebeldía— fue la de arreglar los asuntos en presidio, al más puro estilo Trotski.

No tardé mucho en descubrir la debilidad y el favoritismo del Gobierno por un grupo social adverso, pero con el que hicieron tortillas y croquetas de muy diferentes gustos, para estupor y asombro de la víctima. Y de lo rápido que aprendieron de los catalanes, y del arte del cinismo y el sadismo cuando solucionaron el problema de mi indefensión ante tales agravios en una prisión de máxima seguridad, píntela como quisieran, llámela como la llamen. Oponer resistencia no daría ningún resultado cuando tenían permiso para hacer uso de la fuerza, y lograron reproducir fielmente un episodio meticulosamente estudiado por sus maestros de escuela en hospitales y pizarras de entrenamiento de jugadas ensayadas.

Durante el ingreso en prisión solo me acordé de decir lo alegre y fácil que era tachar y deslegitimar falsamente a una persona, más allá de lo que marcan los cánones, solo con el libre argumento del prestigio de un médico que recomendó al resto descalificar a una persona a caballo de un colegio de médicos, que debería ser nulo, donde no profesan su culto. A la salida de la prisión les recordé que, por mucho que dijeran, ellos eran también grandes inventores, pero de excusas y mentiras para lo que

les convenía. Y que su ilustrísima, además de tener una cuenta corriente en esa Caixa de Berzotas, no distinguía entre la noche y el día.

Poco podían hacer los familiares contra tal locomotora, sino ser prudentes y callar la canallada gastada en los juzgados. Viendo lo lejos que quedaba lo que había sido aquel pueblo —antes orgulloso, ahora soberbio—, quizás era hora de que los antiguos fundadores le cambiaran el nombre por otro con menos grados y más pintoresco. Así que, preguntándome qué nombre, les sugerí el de Walrus, que guardaba las mismas letras que el original, pero un una ele, porque las lecciones y reverses que daban a la gente que se oponía eran de ser jodido de veras.

No era la primera vez que esa caja me despreciaba como persona y desdeñaba mis logros, además de presumir de la sonrisa de la corona. Entonces me acordé de cómo no se les escapaba ningún detalle y lo bien que operaban por la comarca cuando, en un alarde de prepotencia, volvieron a dejarme las cuentas al descubierto, el coche sin seguro y el depósito sin gasolina en medio de un viaje a Andorra al adelantarme un recibo.

Son demasiadas ya las afrentas recibidas y las excusas impunes provenientes de esa comunidad. Algo me decía que no estaba seguro de que esa gente fuera ya mi gente ni de que esa fuera ya mi tierra. Estaba en un tablero de ajedrez donde casi todas las fichas eran negras y había un aburrido número de piezas de colores. Aquella frase tan común con la que se confirmaba a la gente bienvenida, esa de «ser de la tierra», parecía carecer ya de sentido. La única palabra que se me ocurrió en ese momento fue *verdugo*.

Pero, obviando lo presente, algo se me quedó por decirles —aunque fuera de forma estéril, antes que me encerraran— que quizás se les olvidó pedirme las pruebas, asignarme abogado o admitir la presunción de inocencia por encima de inventivas y diagnósticos médicos. Fue por eso que nunca le pude decir con claridad a los médicos que lo que ellos llamaban «centro de salud mental» se estaba convirtiendo en una fórmula camuflada de ultraje al catolicismo mejor perpetrado de toda la Historia. Tuve que recordarles lo mezquino y repulsivo, además de lo retorcido y grotesco, de sus intenciones, igual que una mentira piadosa al ocultarme algo que no era cierto y que en sus intentos de autojustificarse a sí mismos escondieron a la luz pública al buscar por la fuerza lo que no iban a conseguir por las buenas: que pensase en ello. Lo que menos les importaba era que les perdonase buscando la redención de Cristo, pues mejillas solo tengo dos y verdad solo había una.

No es casualidad que ese fatídico diciembre de 2007 en que entré a pasar unas navidades diferentes del resto, y repetir numerito para la complacencia de Satanás, una enfermera con tres pares de narices más que estudios afirmara lo que no había en su cabeza y que mi lengua eran mis orejas, después de reducirme siete carceleros vestidos de blanco como siete enanitos del bosque para que permaneciese entre barrotes durante tres meses de reloj en una cárcel, al auspicio de uno de los apóstoles bíblicos.

Tampoco es casualidad que en esos momentos uno se acordara de cuando la muerte, años atrás, vino a buscar a los tres padres de los de tres amigos recién

graduados. Y de cómo en esas navidades esa gente firmó no solo la defunción de nuestros padres, sino el entierro, perjurio y parricidio que cometerían con los notarios una vez desaparecido el difunto. No me quedó ninguna duda de que a la opinión pública no le interesaba para nada hablar de sacrilegio al haber practicado con la iglesia en uno de sus centros, el cual los lugareños llamaron peyorativamente San Baudio para evitar ofenderse al usar el nombre de Dios en vano, y en lo que estaban haciendo al amparo de las sagradas escrituras en el centro que llevaba su nombre. Pero ¿qué garantías podía uno esperar de un gobierno aconfesional? Poco ayudaban a preservar el honor el catalán y la ley de inmersión lingüística cuando al último de los ancestros le sobrevino un infarto al comprobar que ese idioma ultrajaba su nombre para los siglos de los siglos.

Pero algo me decía que alguna cosa más podía decir de esos apócrifos del barcelonismo, que enarbolaban las banderas de Unicef y del *Messias* Abraham ante la tierra prometida, cuando me colocaron en cabeza de lista de la clandestinidad y con más números de caer víctima de cualquiera, pues en un papel legal en todas las administraciones ponía algo así como «peligro de muerte contagiosa» que me eximía de procurar recurso de abogado con la aplicación penal, igual que un inmigrante ilegal, pero sin ley de extranjería. Solo la autonómica o, lo que era igual, la que le viniera en gana a su señoría.

Pero hubo otro detalle que no fue ajeno a esas detenciones. Me refiero al día que me dejaron libre, cuando me devolvieron todo excepto mis llaves, algo

bastante descarado. Demasiado legales, para ser verdad, pues tras bajar de la ambulancia en el hospital nunca tuvieron el conocimiento de la entrega de esas llaves. Fue en ese momento cuando comprendí que no me hubiera extrañado al haber reconocido a un falso asistente de enfermería con cara de catalufo disfrazado que me enseñaba los dientes en su empeño por requisarme las llaves antes de subirme en una ambulancia o furgón. Lo que usted prefiera, señor lector; demasiado sospechoso fue que no informaran al hospital ni al juzgado de la existencia de las mismas y el desconocimiento por parte de los enfermeros interrogados por el hospital. Se sucedieron dos semanas de búsqueda hasta que se recuperaron las llaves incautadas. Así que, harto de prevaricaciones de un tribunal a otro tribunal, y que la Constitución era un caramelo demasiado chupado y aburrido, decidí escribir este libro, pero la historia continuaría, no solo aquí, sino donde menos me lo esperaba, en la capital...

Los medios y periódicos nunca se pronunciaron al respecto ni definieron en términos concretos lo que estaba pasando, pero iba más allá de la guerra psicológica o la guerra civil. La gripe A y la guerra de Afganistán no hacían más que excusar una guerra anónima con otros fines y otros intereses económicos, pero, al margen de los principios de necrofilia en sus caras, parece ser que encontraron algún motivo de satisfacción que en ese momento no entendía. Pero, por capricho del destino, dejé de ser un ignorante y un descompensado por la sociedad. Fruto del esfuerzo y de la mano del azar, alguien me bendijo con un regalo que provenía más bien del cielo que de una

idea preconcebida. ¿Una demostración de uno de los secretos más intrínsecos, tan defendido a ultranza en forma de corto y que nadie había constatado hasta la fecha? Después de ser testigo de algo tan insignificante como inusitado, igual que la huella del primer hombre que pisó la Luna, la inspirada de la Susy, que no sé por qué no venía a cuento, calmó la fe de los demás cuando sentenció que se preservaba de los enemigos al recordar que «el amigo nunca te discutirá, un enemigo nunca te creará y un ignorante nunca te entenderá». Así que fue más normal de lo corriente guardar celo de lo acaecido.

## TU QUOQUE FILI MI

Las semanas transcurren inmerso en la desidia debido a la futilidad de cualquier intento por encima de las posibilidades que me brindaban. Así que, como el abogado que busca el refugio en el alcohol, sintonizo de nuevo la cadena en un ademán de superar el percance y el miopismo en un intento de encontrar alguna pista que me pueda ayudar. Entre ensayos de medios en busca de alguna prueba o alguna pista que pudiera apoyar mi tesis, encuentro algún éxito en la edición y promoción de videos. El aburrimiento también me lleva a los sudokus cuando las políticas de sostenibilidad, tan en boga en esa época —incluso en los EEUU—, me hacen caer en la estoicidad de los cálculos y el escepticismo de algunas iniciativas. Un técnico que nunca descubrió su nacionalidad llegó a lo mismo, a compartir la misma opinión de que los molinos de viento no son tan bonitos, pero se pueden encontrar hasta en el mar, y que utilizar prácticamente la totalidad de la extensión del territorio para plantas de energía fotovoltaica y que al final solo hubiera sitio para una nevera no era una gran inversión.





Me gusta hacerle cosquillitas al oso que se ha quedado panza arriba.

Algo no consigo superar, y es lo prohibitivo de la vivienda. Pero después de los sucesivos episodios de invasión de la propiedad y de la facilidad con la que eran admitidos los camaradas del este, no tengo un buen presagio de lo que allí estaba ocurriendo, pues era síntoma de algo más que si sufriera una restricción de vivienda. El descrédito y desavenencias también planearon al hablar de sanidad y de las opiniones a favor o en contra de unos y de otros, de herencias del antiguo régimen como la garantía de una atención mínima en sanidad. En el otro lado del continente se abrió el mismo debate, con un voto a favor para siempre rebatido en el país.

Pero, cansado de la política y del programa de la Sexta, cuyas carcajadas ya no son las mías, y con el beneficio de la duda a favor de la cadena de televisión, algo que favorecía —mientras no tuviera prue-

bas— un subterfugio y una confiscación más allá de lo contemplado en las condiciones de adscripción como colaborador. Es entonces cuando me comienza a embargar la tristeza y el hedor del buitreo y el anonimato, ante la impotencia, hipocresía y controversia sobre los derechos de autor, con escándalos como el de Assange, Vargas Llosa y el de Twitter o las desdichas de escritores negros. La histeria hizo mella cuando, coincidiendo con las fiestas patronales, nadie avisó de la presencia de una de las reporteras del programa ni me presentaron a alguien a quien tuve que olvidar como un esquivo doble de Ángel Martín, que rehusó cualquier trato. Ante tal desdén, la indignación también sacude a los vecinos, presos del estupor, hastío y el mono por alguna novedad que diera protagonismo a la localidad.

Era hora de tomarse unas vacaciones y salirse del aire decrepito y enmohecido que empieza a respirarse en la comarca. Es así como decido preparar unas pequeñas vacaciones a Calahorra, donde mis primos siempre me preguntaban: «¿Por qué no te lo ahorras?». Siguiendo las recomendaciones de tráfico para cualquier viaje de largo trayecto, decido llevar el coche al taller para una puesta a punto y revisión de niveles. El taller es propiedad de una de las familias con más tradición en la villa, aunque las oportunidades en las capitales han propiciado una oportunidad para operarios y técnicos venidos de otros países, incluso desde la India.

Todo estaba dispuesto para salir, transporte, equipaje, ruta y hotel, así que es una forma de dejar atrás los adversos encuentros del Barcelona y tener un fe-

liz viaje. Pero, sin haberme alejado de los problemas, en el trayecto entre Egea de los Caballeros y Tudela un coche de tráfico me hizo un alto. ¿No ha visto la señal? ¿Hay un radar fijo detrás? Pues no, no he visto nada. La única señal que he visto es la que hay antes de llegar a usted, y ahí no hay ningún radar. No sé cómo ha dado con la infracción, si la infracción era antes de la señal estando después. Pero, obviando la inutilidad de la confusión con el tema de la señal, descubrió el humo que salía del capó del coche. Fue cuando la cautela hizo seguir sus recomendaciones y lo acerqué al servicio técnico más cercano, en Egea de los Caballeros. Para perplejidad mía, tuve que agradecer a la suerte al observar atónito cómo, contra cualquier sospecha, el depósito de agua apareció de forma incomprensible parcialmente rajado por la parte exterior. Fue una casualidad, mala suerte o fortuna que me parara ese agente ese día.

A la vuelta del viaje de Calahorra, intentando que respondiese a la molesta pregunta de los calahorranos —¿por qué no te lo ahorras?—, tuve que encogerme de hombros mientras me preguntaba por el tiempo que tendría que esperar para poder hacer ese viaje. Pero, al margen de la controversia, y una vez de regreso, abrigué pocas dudas de quién estaba molesto con el coche cuando me encontré a uno de los operarios cambiado de taller. Su cara al verme en el taller fue de sobresalto mientras los ojos del encargado celaban el estupor de qué había salido bien y qué había salido mal. Pero está claro que en algo estaba de acuerdo conmigo: él no iba a cerrar el negocio por una película.

Así que el cuerno de la abundancia, que bailaba con el colmo de la ignorancia, invitaba a no prestar más espectáculo a tan trágico destino. El silencio no servía de recurso para la buena armonía, y en una zona tan deprimida —como les gusta a los políticos catalogarla— de poco sirven los aspavientos. Es cuando comprendí lo de correr la misma suerte que el resto que buscó mejor fortuna en la capital.



Esta vez te salió bien la película.

## EVASIÓN O VICTORIA

Ese incidente y el invierno dieron paso a una nueva página en la historia de la localidad, donde cada semana recorren noticias de defunciones por las calles del pueblo. Un confidente se desternilla abiertamente, llamándome cegato cada vez que le pregunto por la frivolidad de los habitantes a ofrecer recompensa alguna, a lo que me contesta que la noticia que oiría al día siguiente me gustaría menos.

Al día siguiente, todo el mundo silba cuando, después de cerrar un trato con una compañía de tratamiento de aguas francesas, el pregonero anuncia la muerte de Español, el antiguo dueño de las aguas de la comarca. Una noticia que no pasó inadvertida ni a la farmacéutica ni otros establecimientos de la localidad con familiares en Francia.

Entre tanto pavor y conmoción en la comarca por lo sucedido, eso no impidió que no cesaran los continuos asaltos a la vivienda cuando los meros indicios de invasión de la vivienda se convirtieron en hechos más graves, en una guerra entre seguros y reaseguros, cuando empezaron a hallarse los primeros destrozos en la vivienda. Todo apuntaba a la antigua compañía de seguros, al mando de otro acérrimo a la era Cruyff y las bandas de lacayos

provenientes del este. Unos sucesos que, lejos de estar aislados, hicieron saltar las alarmas de la Comunidad Europea, que finalizaría con la rúbrica del acuerdo de Schengen.

Estaba harto de la vida de panfleto, de criar telarañas y ver las malvas a lo lejos, de tantos fracasos con entidades de ahorro, de seguro, atestados en la vivienda, medios e industria. Lejos de entender qué los hacía tan orgullosos y de qué pretendían presumir, coincidí con algunos en que en la capital podría solucionar cosas que en la localidad no era posible.

Coincidimos en la razón, pero no en las formas de ayuda. Al acercarme a las inmobiliarias para contratar la gestión que me facilitara el acceso a la vivienda a la capital, ninguna se prestó a realizar las gestiones, algo que me sorprendió. Entonces empecé a sospechar de la influencia e intervencionismo del gobierno y las administraciones no solo en las grandes empresas públicas, sino también en el sector privado.

Las inmobiliarias no fueron la única vía cuando buscaba emigrar. También busqué infructuosamente el apoyo de una antigua banda de rockeros del pueblo. Pero como a veces suele pasar las ayudas, no las encuentras cuando las necesitas, sino cuando te buscan. Sin embargo, había algo que me podía ayudar: las agencias de modelos y congresos. Se trataba de una vía para intentar abrirme paso en el truncado camino del espectáculo, excepto porque doscientos kilómetros desde la residencia hasta la agencia era una distancia que había que disimular de alguna forma. Los primeros encuentros con una agencia de recién apertura fueron esperanzadores, pues empezaron con

buen pie en un escenario completamente contrapuesto al que se vivía en la localidad.

Pero los accidentes con los lugareños que requerían explicaciones, una cola de espera, la crisis, la falta de contratos e interés, así como algunas desavenencias posteriores con la compañía por una más que perjudicial afinidad al barcelonismo —mi más profundo seguidor—, frenaron una de las mejores salidas que me podría haber ofrecido el destino para quedarse únicamente como recuerdo en una lista de multas, que me recordaban que las prisas no son buenas. Y las gracias por su interés.

Las opciones con mejor recomendación quedaron en un chasco. El control de las autoridades recomendó la fórmula de la inmigración ilegal y la pensión Lolita.

## DE PARTE DEL DÚO DINÁMICO PSC/PSOE: TE APOYAMOS PROFUNDAMENTE

Pero las trifulcas del fútbol no fueron lo único que entorpeció y —en muchos aspectos— truncó más de una acción legal con artificios no tan legales, pero igual de excusables. No era casualidad tampoco que dieran la voz de alarma, como si de un intento de fuga se tratara, cuando las administraciones se despidieron, no sin dar algo de recuerdo más que de advertencia. En ese traslado a la capital tan mal parado, carecía de cualquier facilidad, pero fue igual de sincero como la de las relaciones, que veía cómo las desavenencias con el resto no modificarían su postura porque entre ellos nunca se morderían la cola.

No disimularon su reprobación cuando la administración empezó a hacer uso de la fuerza impositiva al no cesar de enviar misivas de embargo, que no hacían más que minar la paupérrima economía en que nos habían sumido. No fue de extrañar que dejaron de protegerme también del gravamen impuesto y recibido por vía expeditiva de la otra comunidad. Protección o engaño. A veces me pregunto: «¿Dónde estaba la ventaja?».



También fue grande la sorpresa, después de dar aviso a las autoridades civiles de la comarca sobre el extravío del carné de identidad, cuando vi la rapidez con la que conseguí renovar el pasaporte, pero no así el carné de identidad. En vez de derivarme a la capital de la comarca, hicieron apego de barcelonismo y proselitismo político para recomendarme la capital de provincia de la comunidad autónoma vecina. El plazo dado para la renovación no se acercó ni por asomo al concedido por las administraciones, en un más que extraño incipiente servicio de atención al ciudadano, y un ataque de *excusitis* al encontrar impedimentos para coger turno, tanto personalmente como telefónicamente, línea que bien está saturada o bien inmersa en un inútil proceso automático que no deja elegir la fecha. También se hacen palpables las deficiencias técnicas de la administración cuando, después de una conversación telefónica, los encargados de los sistemas basados en nuevas tecnologías dudaron de tener el sistema disponible antes de que terminara el plazo de dos semanas dado por las autoridades para la renovación.

Pero no fueron solo los contratiempos de la administración, sino también la falsedad documental por falsos burócratas de la administración, que no cesaban de enviar falsas multas igual que falsificadores de moneda al amparo de un importado y abusivo sistema de puntos del vecino francés en relación al permiso de conducir. A esas alturas, y en las circunstancias en que sucedían todos esos sucesos, ya ni me extrañaba de que todo flotaba alrededor de la no menos sospechosa idea de represalias e intentos de expropiación

indebida de bienes. Esto no hacía más que recordarme que, a la hora de aplicar la igualdad ante la ley, todos presumen de anarquismo morbosos, igual que una picaña organizada al son de la sintonía de fraternidad por las competencias del Estado.

Fue grande, como las concejalías de la comarca afines a la comunidad vecina, cuando enarblando la señera volvieron a hacer acopio de principios y de historia, haciéndose eco de viejas glorias y de las épocas de la Reconquista, cuando se nombraba la antigua marca hispánica creada por el área de influencia del imperio carolingio. Despotricaban al sentirse traicionados a sí mismos por no reconocer a tiempo al enemigo cuando ellos nunca habían renunciado a sus principios. Un discurso un tanto extraño para una comunidad que profesó muy poco el catalán y que gustaba de confundir el castellano.



*La sombra del ciprés es alargada, como la copa de un pino.*

Resultaba un juego morboso cuando me sonreían con mueca sarnosa y argumento *fachondo* cuando recitaban la Marsellesa y el Virolai, afirmando que «nosotros nunca nos hemos traicionado. Si acaso, es usted el que se engaña a sí mismo o, en su defecto, el que sucumbe fácilmente ante el engaño y la opinión pública».



Gracias, Honorato... Fuma negro, sucio blanco.

Después de hablar con algunos familiares sobre las expectativas de vida tan bien conseguidas y el destino tan conmovedor que me deparaba, lograron sorprenderme con otra jugada de póker. Me ofrecieron un poco más de mojo picón al descubrir que se habían reído de mis buenas intenciones y de las de los españoles, hasta del mismísimo Morgan Freeman, cuando esa gente llegada del este había conseguido sacar tajada en menos tiempo y con más leña que toda tu familia junta en ocho años de legislatura.

Tras semejante ofrecimiento, les regalé también un poco de ajo verde para refrescarles la memoria, y les complací al reconocer que mi fracaso también era el de ellos, pues ¿qué me iban a contar a esas alturas, cuando no quedaba ni la jota, cuando difamaban incluso mis nombres y apellidos, y también ponen una losa encima de los suyos? Tuvo que encogerse de hombros al percibir demasiada parafernalia de protesta, que dio tan poco resultado, solo para decir que predicán con el clero y comulgan con el diablo. Aunque, después de lo que le estaba diciendo, tuve que darle la razón, y es que estaba desgraciadamente igual de conforme que el resto, por la cuenta que les traía.

Quizás aprovecharse cual mentecato con la excusa de los médicos y del teatro era delito, comúnmente extendido y tolerado, pero mezclar la comedia y el teatro con el carácter trágico en que se estaba tornando la situación, buscando a alguien al que le gustara el papel de verdugo, con un final que les parecía muy correcto y bien meditado, igual que admiradores del comendador de Fuenteovejuna, que dejaba un regusto al paladar igual que la salsa de ostras con tropezones a costa de gente indolente que vino exclusivamente por el vino.

Les pareció muy bien considerarme un disminuido psíquico a la hora de pagar, pero no para sorprenderse por la colección de cromos y esterillas tan bien lograda por un psicópata, que también sabía leer y escribir. Aunque la generosidad se les quedó en el bolsillo y el agradecimiento en la gorra, pues no tengo derecho a ayudas ni a explotar mis tierras. No quedó ajeno a

nadie que la emboscada de aquellas navidades solo era una muestra como cualquier otra de cómo se estaban otorgando derechos en vida, en ausencia de mis abogados, para que quedara todo en buenas manos.



# Capítulo 14

## PARES O NONES - II

### MADRID Y DOBLE WOOPER CON EXTRA DE QUESO MORATALAZ

Han pasado varias semanas, y la agencia de modelos y congresos no sobrevive a la fórmula más rápida para hacer bolos por el país o trasladarse a la capital, por muchas visitas preguntando por algún destino o para encontrar a alguien con quien contactar. Pero, también en un intento de implicarme en la agencia, pronto le vería las orejas al lobo cuando desestimaron cualquier intento de encontrar algún papel interesante o de alcance. Entonces me recomendaron que no rechistara, pues los puestos estaban contados por la crisis y reservados para modelos de otras provincias.

No sé muy bien qué es lo que ha fallado para encontrar tan pocos amigos, ¿el gobierno o la oposición?

Al ver cómo me tenía que conformar con un papel secundario, en un bar en la esquina de una calle zaragozana con el mismo nombre que el de la estatua que recibe solemnemente a los que llegan al lugar de la localidad oscense, pero harto y aburrido de recorrer tan largos trayectos para un papel tan corto, prefiero dedicarme a seguir los partidos de fútbol de la selección del Mundial, con lo que me siento más identificado y protagonista. «Tanta gente del Madrid nunca se había visto en este pueblo», exclamaban irónicamente. Con tal mala sombra, no dudé en encontrar mi camino en las calles de Madrid.

Son días en el árbol del infortunio. Aunque, viendo cómo la selección pasa de cuartos en el Mundial, no me hace olvidar cómo se me escapa de las manos salir de ese infierno. Así que mejor no pensárselo y a por la final. No me lo pienso dos veces y, los días previos a la final, concerté una visita para compartir piso. Pero quien me esperaba no era precisamente Blancanieves en un piso de tonos parduzcos con signos de austeridad nada más entrar, sino una chica que también busca fortuna en el mundo del teatro, con aspecto cansado, manos temblorosas, ojos húmedos de mirada huidiza, labios finos, nariz estrecha, pelo tordo rizado, de suma delgadez y poca conversación, con un distinguido acento catalán. Tras contrastar opiniones rápidamente, por mucho teatro que le echáramos, no pudo disimular que aquello no iba a funcionar nunca, pues no hubo ningún momento en que coincidiéramos para hablar de lo mismo. Las condiciones de la habitación tampoco eran del todo buenas, así que terminó la invitación, y la discreción



prefirió que nos despidiéramos como dos extraños y que buscara otro sitio para vivir. Pero, una vez en el rellano, no iba a permitir que ese billete de vuelta fuera utilizado tan rápidamente y perderme la final del Mundial. Por fortuna, conseguí hospedarme en las inmediaciones de la capital.

No todos los momentos son para el fútbol, pero las inmobiliarias son como dinosaurios lentos para ayudarme a encontrar un lugar donde hospedarme en tan poco tiempo. Y los viajes desde tan lejos, una pérdida de tiempo. Pero quizás la solución la encuentre en la neutralidad de la red con la ayuda de alguien para compartir piso. La afición es bien recibida con tal de ganar el Mundial. Varias casualidades no pasaron desapercibidas, como el cierre del programa *Sé lo que hicisteis* por vacaciones cuando llegué a la capital o la suerte de poder asistir al concierto de Kylie Minogue, alguien que no cierra las puertas por vacaciones, ni a sus admiradores en la playa de los ingleses, ni siquiera en Ibiza. Tampoco pasó desapercibida la suerte de encontrar a alguien en Moratalaz que me cediera una habitación en un piso compartido, aunque un poco escorado, cerca del cementerio del municipio.

Es el día de la final del Mundial 2010 contra Holanda. Todos estábamos con la Roja, con un recién estrenado himno nacional que no acabó de cuajar y un cambiado «Que viva España», de Manolo Escobar, por un «Yo soy español, español». Un mundial en que se pusieron de moda las vuvuzelas, en el que, en la calle central que llega hasta el edificio de Correos, se desplegaron todo tipo de medios para retransmitir en vivo la final: seis pantallas panorá-

micas, y el aforo prácticamente completo. Es la primera parte y el tanteador no se mueve. El ambiente empieza a caldearse y el tumulto de seguidores comienza a impacientarse y a dar los primeros síntomas de cansancio, entre empujones y agarrones. Las provocaciones y la insatisfacción dan pie a cambiar a otra pantalla no tan abarrotada.

Tras unos minutos de descanso empieza la segunda parte. Todos permanecen de puntillas frente a las pantallas gigantes, pues nadie quiere perderse un minuto de un partido que se mide por igual entre ambas selecciones. El calor, la priva y el canuto hacen más soportables para algunos la tensión del partido, y para otros lo vuelven asfixiante. El humo tapa la vista, así que, al acudir a un punto en el lateral derecho del recinto, se puede seguir el partido desde otro ángulo. Pero llegó el final de la segunda parte, y con el cero a cero del marcador llegan las prórrogas. Entonces los asistentes se extienden igual que un campo de amapolas, vestidos con la camiseta roja de la selección; se mueven de un lado a otro como el que busca su lugar original al son del viento.

Los dos equipos presentaron un juego espeso pero sólido, hasta que, en un arrojito justo antes de acabar el tiempo de la segunda prórroga, al ver una oportunidad, no dudé en gritar: «¡Dejadme ver, dejadme ver!». En ese momento se descubrió el plano de la cámara lo suficiente para observar cómo el balón se dirige a Iniesta y este chuta en el preciso instante, con un tiro raso cruzado desde el lateral derecho de la portería, por el único ángulo que no podía atrapar el portero el gol del Mundial, y que declaró a España como cam-

peona del mundo por primera vez en su historia, sin necesidad de ser humillada en los penaltis. Fue un gol especial de «Y-ni-está» o de Iniesta, pero celebrado de igual forma que si hubiera hecho el tanto. De todas formas, a nadie le iba a importar cuando tenía un salvoconducto en el que ponía que se lo podían creer todo mientras no se demostrara lo contrario.



Menuda colgada: Y-ni-está y ni estará en un fuera de juego.

Quinientos kilómetros —un poco menos que los años desde que Colón descubriera América— es lo que me dejan para poner tierra por medio y recoger mis cosas en busca de fortuna en la capital. Una nueva aventura que se supo cómo comenzó, pero no cómo acabaría y hasta dónde me llevaría. Pero algo sí que notaría, como en algunas ocasiones, cuando extrañamente, desde la localidad de los Pirineos,

conseguí hablar con más de una doncella que me esperaba en Madrid, pero que, una vez en la capital, me daban por desaparecido. Aunque mejor no entrar en detalles acerca de por qué funcionaban mejor las comunicaciones en la alta montaña que en la pista de baile de un *after hour*.

Nada más llegar a la capital, y después de las puertas que se me cerraron en Globomedia, probé fortuna en el mundo del espectáculo. Quizás sería una buena forma de conocer gente lo de apuntarme a algún *casting* de alguna agencia de publicidad. Dicen que es una buena forma de comenzar para un desconocido en la ciudad. Tampoco le importaría mucho a nadie hacer de extra en algún anuncio de corredores de maratón, pero allá donde llegaba en ese mundillo, allá donde llamaba, se me cerraban las puertas, desde agencias de modelos hasta estudios de teatro o figuración, unas veces con la excusa de la crisis, otras por causas del sexo. Del éxtasis del gol del Mundial pasé a la decepción por lo ridículo de tanta crisis, tanto título barato y tanta colaboración con gente relacionada del sector, igual que una basura que al día siguiente no servía para nada.

Ni el apoyo de la *ex-miss*, ni los acordes del solista murciano, ni la idea de montar un *reality show* en busca de algún patrocinador para el grupo en un variopinto programa mitad aventura organizada, mitad *¿Quién sabe dónde?*, ni los demonios que rondaban en el ordenador iban a presagiar que alguien volviera a hacerse dueño de mi paranoia en forma de indirectas y pesquisas comprometedoras descubiertas por el sistema, algo que se entrañaba en todos los siste-

mas de la red de comunicación y comerciales, que no solo contaban con la presencia de operadoras, sino también de canales de televisión y prensa en general. Aquí hay más países implicados de los que uno puede imaginar. Nadie sabía qué responder ni quién coordinaba todo ese tinglado; claro, que nadie se atrevía a afirmar nada al respecto. Unos hablaban de Spectra, otros de un proyecto «Jesusito de mi vida», otros de gamberros en la red, pero una maestra insinuó que estaba claro que esas máquina hay días que no te dejan dormir y era mejor ponerse un sombrero mexicano, pues por ciertos asuntos no nos iban a dar casi nada.



Dagoth, descendiente de Amenofis y  
el cuerno de la abundancia.

Pero, al margen de ese círculo de relaciones fuera del barrio de Moratalaz, también influían en todo esto los dos compañeros de piso que trabajaban en seguridad: uno, un autista melómano, y el otro con síntomas de cleptomanía. Quizás este último consiguiera ese oficio justo para lo contrario, o quizás crio esa tendencia entre tanto lujo. Aunque el piso era limpio,

algunos detalles que al principio no tenían ninguna importancia empezaron a extrañarme, como una bandera de Irak en la habitación. No quise preguntar por qué no había ninguna después del Mundial, pero un sujeto tan pintoresco y recién llegado no daba pie para contradecir a nadie.

También estaba presente el carácter depresivo cuando la única salida factible para la crisis, si no encontraba trabajo, era la calle o el ejército. Pero quizás no era esa la única presión, sino ciertos detalles que confundirían a cualquiera, como ciertos comportamientos, tales como entrar como un caballo a la cocina y quedarse mirando fijamente cómo preparaba una ensalada. La poca confianza que depositaron me llevó a pensar que poco podía esperar cuando no soltaba ni una palabra, ni siquiera para preguntar cómo se prepara una ensalada, y menos cuando comentaba que no íbamos a durar cuatro días si seguíamos de esa manera.

Pero las rarezas del compañero empezaron a levantar sospechas cuando la relación de convivencia se convirtió en una relación de contrarios. Fue cuando empezó a hablar acerca de sus intimidades con el Barcelona y a estar pendiente de mis movimientos, tanto dentro como fuera del domicilio. Tras las salidas nocturnas, empezaron los primeros síntomas de que no solo me estaba marcando como a los jugadores de fútbol, sino que daba los primeros signos de intimidación al encontrar las maletas manipuladas. Algo que se sucedería en los sucesivos días, hasta una jornada en que, para mi sorpresa, encontré no solo estropeada una de las camisas, sino también cambiada la

clave de una de las maletas. La conmoción en aquel momento fue chocante. Salí del edificio y me quedé perplejo al pensar que quizás el compañero autista, además de seguridad, también debía ser el caso de un médium. Pero por aquellas cosas que uno no espera fue cuando, enojado en el metro de Madrid y en la parada de Sol, un número flotaba en el aire, el 239, igual que un halo exhalado que precipitó los nervios y la desorientación hasta recibir la señal de un agente de seguridad, que me indicó que circulara. Pero no fue la única la sorpresa. Al llegar, comprobé la validez de la combinación, además de otras coincidencias al respecto de ese número, como el triunfo del ciclista Contador en la contrarreloj con una ventaja de 39 segundos en la general, y el número 39 en el pastel de cumpleaños de uno de los compañeros de habitación.

Pero, como siempre, una discusión fue suficiente para terminar la relación de convivencia, una discusión que fue un pretexto para intentar desmontar filas, además de la argucia del divorcio de la mujer del casero y la orden de alejamiento contra su exmujer, y comprobar qué ocasión había elegido el casero para divorciarse para un alquiler por un mes. Esos últimos días por la zona, fue al ver a unos hombres trajeados hablando con ciertos conocidos cuando empezó a traslucirse que quizás no eran precisamente los abogados del casero encargados del divorcio los interesados en disolver el grupo. Fue algo que me hizo volver a recordar la banderita de Irak en el comedor, los episodios en los Pirineos o a aquel compañero de habitación que se quedaba velado, mirando fijamente la televisión de una forma obcecada, como el que intenta sumergirse en ella.

Aunque sea leve, el incendio en el parque al lado del edificio no hace más que indicar que alguien está forzando el desalojo de la vivienda más pronto de lo previsto, además de complacerse en precipitar las cosas en vez de facilitarlas. Esta vez hubo más suerte cuando un grupo de compañeros ofreció unas vacaciones en un dúplex en las afueras de la capital, en San Sebastián de los Reyes, con expectativas más que ventajosas, aunque no se podía entrever la contrapartida que escondía. El último día en la localidad de Moratalaz tuve que reprochar lo lamentable del espectáculo que habían organizado, así que le devolvía al casero las llaves y la fianza, no sin antes dejarle claro lo tahúres y resabiados que fueron conmigo al inventarse un divorcio para desalojar el piso y quitarse de encima el gazapo que tenían escondido en el piso. Días antes de estrenar nuevos compañeros y nuevo escenario, me quedé sorprendido con unos desconocidos —no tanto yo para ellos como ellos para mí— cuando no disimularon que sabían algo de lo que estaba pasando en torno al piso, aunque fue poco e insignificante, pero suficiente por lo que se iba a vivir en el nuevo domicilio.



## DON PATO Y LOS JÓVENES CASTORES

El dúplex en San Sebastián de los Reyes era estupendo, un tanto alejado de la capital, pero en una localidad cerca de la dehesa y con un polígono industrial y centros comerciales, pero nada que el coche no pudiera resolver. Los integrantes del grupo eran un compañero leonés, que trabajaba de comercial con buen don de gentes, casi siempre de mejor humor y más diplomático; un palentino, compañero de habitación, que trabajaba en comunicaciones y era serio, formal y riguroso, pero un palizas con las normas; y el tercero, un gallego encargado de la señal e instalación de antenas que nunca estaba de acuerdo, amante del barcelonismo, de Lendoiro y de la guitarra española, aunque allí nadie hablara de política. Todo parecía muy normal. Incluso no me sorprendió que fueran los tres de la misma empresa y que en momentos de crisis necesitaran a alguien más para pagar la renta.



Una planta preciosa, con unas vistas  
preciosas y espacios atractivos.

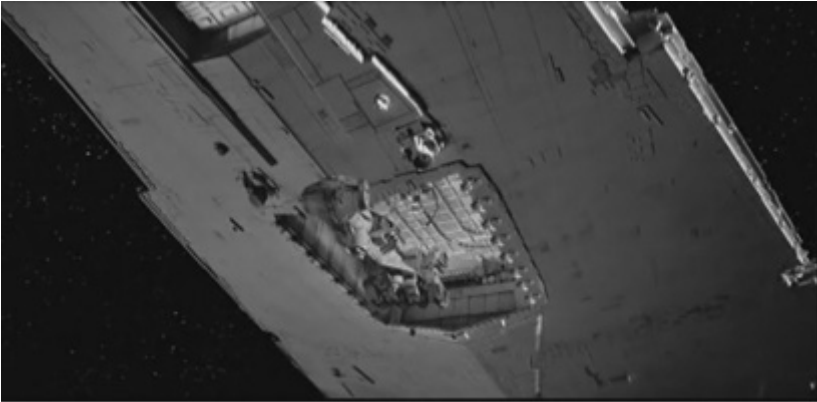
Como en todo grupo, se habló de las normas de la casa. Al principio, aun con espacios compartidos, había normas de las que nunca se habló, pero que nadie discutía por sentido común, y las labores estaban repartidas. Pero el palentino tuvo la magnífica idea de confeccionar una hoja de asignación de tareas. Los primeros roces aparecieron cuando el carácter serio y formal del palentino chocó con el humor crítico de los compañeros. Algo anecdótico, pero que aceptamos por respeto al compañero, aunque ante no existiera. Aquello nos obligó a controlarnos unos a otros, así como alguna que otra desavenencia y confusión, causadas por ellos mismos al cambiar algunas normas de la noche a la mañana, sin previo aviso. La peor parte de tanta norma se la llevó la parte de las comunicaciones. En este tema el gallego se llevaba la palma con un no rotundo a cualquier apertura de las comunicaciones, y el palentino como

administrador de la casa, de los armarios en que me había empotrado. Pero como todas vacaciones, algo bueno tendrá, aparte de las hermosas vistas de la dehesa, sus centros comerciales y lúdicos, así como los paseos por tan bello paraje.

Pero toda bienvenida a una empresa conlleva también una visita guiada de cortesía por todo el consorcio de comercios en San Sebastián de los Reyes, nombre que no hacía deferencia a la capital donostiarra, sino al orgullo y complacencia del ministro de Industria de aquel momento. El leonés me enseñaba con orgullo las sedes de empresas destacadas, cadenas de televisión como Quoquitur, Canal Pus y Antena Tres, redacciones como la de El País Digital, así como empresas de técnicos, instaladores y comercios asociados, como Carrefuet, Leroy Mágico o Amilke, y un largo etcétera. También dejó alguna sorpresa por el camino durante la visita en forma de cartel publicitario de una desconocida inmobiliaria en torno a unas extrañas «casas piloto en oferta». Un anuncio que me provocó —más que curiosidad— la suspicacia.

La segunda semana, una vez estuvimos asentados, pregunté por la empresa y empecé a ver que aparecían las meigas. Era una consultoría catalana, cuyo presidente, Luis Bassat, había aparecido en un programa de cazatalentos de laSexta y se había hecho famoso por no dejar títere con cabeza, pues todos acababan despedidos debido a los pésimos resultados de los concursantes que presentaban sus proyectos empresarios. Quizás fuese una buena idea que una consultoría que no fuera la mía fuese la solución de mis problemas, o quizás lo peor que podía hacer en

verano y con tanto calor era salir de la sartén y caer en las brasas. Al principio, flotando entre las cumbres borrascosas de esas instalaciones y la compañía, me pareció interesante la idea de la empresa, pero no tanto las condiciones de exclusividad y dedicación, que me hicieron fruncir el ceño de preocupación mientras hablaba con el leonés. Y sobre todo al ver que no ofrecían ninguna contrapartida, y menos por haber sido colaborador de laSexta. ¿Era esa la flota equivocada, o bien se escondía otro fin con asalto y lanzamiento de la tripulación al mar a los tiburones?



Gracias, machotes.

## LA PRESA DE LOS JÓVENES CASTORES

Pero esas tan maravillosas colonias de verano en la dehesa, en un ideal grupo de jóvenes castores, no quedaban ajenas a los ojos de la política y de la empresa privada, que daban todo tipo de facilidades para crear el ambiente idóneo para esas inocuas —y tan prometidas— vacaciones Santillana en una localidad que daba cobijo a una incubadora de empresas venidas desde el este peninsular, desde donde hacía años conseguí huir de sus cosechadoras, pero que volvió a centrar su atención en mí tras solicitar los servicios de un misterioso duende que danzaba en los ministerios.

Al principio, esos inhibidores de señal instalados por toda la finca, y que obligaban a utilizar sus medios para la comunicación con el exterior con la excusa de protegernos de lo que había fuera, comenzaron a dañar las primeras relaciones por Facebook, aunque fueran solo relaciones. Como si de un juego se tratara, empezaron a verse las orejas del lobo cuando empezaron las primeras insinuaciones de uno de los integrantes del grupo sobre presentarme a alguna de sus contactos en Facebook. Sobre todo, resaltó el interés especial de una *ex-miss* Universo. Pero, por si no tenía claro tanto interés

por una relación desde Facebook, más clara fue la respuesta tras proponerles organizar una barbacoa para conocer gente, al postergar las fiestas para mediados de septiembre, allá por el día 11, y según fuese el rendimiento. Al ver lo cortas que iban a ser las vacaciones por la asepsia de la convivencia y el carácter de invitado excepcional, pronto empezaron a venir los primeros problemas con el exterior y a nublarse la invitación en forma de captura, pues empezaron los cortes de comunicaciones y las primeras suplantaciones, que confundieron los sentidos de los que estaban en ese grupo.

Tras dos días de incomunicación se notó que las relaciones estaban intervenidas, y el asalto del grupo, igual que un comando de intervención rápida, pues todas aquellas personas parecían aturdidas y confundidas. Entonces empezaron a llover los primeros contratos comerciales a la *miss*, y su alejamiento de la vida social provocado por los nuevos compromisos comerciales, que tantos réditos y proyección le iban a reportar. Claro está que el minúsculo grupo de amistades quedó igual que una cáscara de nuez. Entonces, viendo la capacidad de actuación de esa gente, me dio la impresión de que nos estaban bebiendo a mí y a esa comunidad igual que un café suizo.



*Miss* informadores dicen que usted es una conspiradora rebelde.

Pero, por si no tuvieron bastante con meter los morros en las relaciones de aquel grupillo, fueron sus propias restricciones las que provocaron las quejas y negociaciones con empresas —para mi sorpresa— como Microsoft. Por un lado, contrariado, y por otro, sonriente después de la metedura de pata de los programadores, que entorpecieron el grupo con sistemas de respuesta automática al interponer sus sistemas automáticos con los reales y los de los patrocinadores. Otro caso de intervención de los sistemas para manipularlos y obtener beneficio. De todas formas, fueron muy hábiles al esconder la injerencia con la argucia de la seguridad como argumento. Una colaboración que en otras circunstancias se habría convertido en una propuesta económica formal, y que por algún motivo acabó aprovechándose de mis aspiraciones y de mis antiguas experiencias. Al igual que una panda de *pillaos*, me vendieron la idea de hacer

lo mismo que la Sexta, pero para Canal Plus. Después de una escena de pata negra, una señal de la emisora respondió con un burlesco *ok*.

Luego de unos días fue cuando intentamos hablar un poco más en serio acerca de su postura y posición en torno a esas vacaciones, así como de un posible acercamiento económico, por estar dentro de la bola de dragón tan bien camuflada entre los edificios del vecindario. El leonés y el palentino no vieron ningún inconveniente, pero el desacuerdo del gallego, que mantenía una postura de oposición sistemática, lo impidió todo. El leonés sintió mucho que todo se decidiera por unanimidad, pero, aparte de compañeros de piso, los que estaban allí eran también figuras representativas dentro de la empresa. Que la barbacoa no fuera posible me apuntó que no quería rivalidades por protagonismo en el grupo. Quizás la verdad no fuera la inoportunidad del gallego, sino que todo lo que acaeció, incluso las circunstancias de inferioridad, no hicieron más que darle la razón a Rodríguez Galindo cuando hablaba sobre el síndrome de Stendhal y de la película *Los chicos del maíz*. Pero si tenía alguna duda, no solo la empresa marcaba las tendencias, sino las marcas de ropa, como unos calcetines de marca Kappa que encontré encima del radiador. Esos días nunca sospeché de por qué atrajo mi atención ese calcetín o las revistas de los diseños de Ágata Ruiz de la Prada, así como de alguna otra película de David Frankel, titulada *El diablo se viste de Prada*. Alguna vez intentaron llamarme peyorativamente «farsante del teatro», pero estaba muy lejos de pensar que iba a acabar tirado igual que un calcetín.





Un chupeteo de rechupete... Algo más que recoger frutos silvestres del bosque.

Pero, por poco acuerdo que hubiera, no impidió calificar la lista de prácticas dentro del conductivismo y del nihilismo, pues no solo era una práctica de las comunicaciones, sino que tarde o temprano se comprobaría que estaba presente en prácticamente todos los órdenes. Al margen del subterfugio legal —que a pocos importaba, excepto a la hora de preservar la privacidad con los contactos y amistades—, se barajó un nuevo concepto, el «marketing transversal», una idea evolucionada del marketing directo que me hizo percatarme del porqué del interés del leonés por ese grupo, por mi persona en particular y también de las respuestas ocultas en ese entresijo de medios y sistemas de información, que sería uno de los anteproyectos enmarcados en el *cloud computing*.

En el trasfondo del *cloud computing* se hallaban los actores en el escenario real, que constituía una

torre de Babel donde el latón sustituyó al latín, alrededor de ceremonias en lenguaje griego y otras en lenguaje corso. También estaban representadas culturas micénicas, en las que mediante refinadas combinaciones de maestría se veían representadas fuerzas como el hebreo, el arameo y el etrusco, este último en un enlace covalente con el latón. También había reminiscencias del eritreo máximo supremo como juez inquisidor y abogado moderador árbitro, desde médicos y eruditos pasando por banqueros hasta tenderos y barrenderos. Un día después de comprar un cubo en uno de los establecimientos de muebles, un vendedor de origen germano acertó con un regalo de degustación que describía mucho mejor todo aquel entresijo mediante el sentido del paladar. Un pote con una especie de pescado crudo en una salsa líquida de eneldo con un sabor característico a madera líquida que conservaba el pescado, logrando los mismos efectos de conservación que el formol.



### Tu primer deseo

Arnold quizás lo hubiera descrito mejor sentado en un Starbucks y tomando un limón con té verde. El componente principal de aquello era el limón, un tanto ácido, y, por otra parte, el té, un tanto relajante; ambos conformarían un gusto un tanto peculiar, entre sabor a plátano o, según la temperatura, un sabor parecido al de un moco. No quería saber en ese momento la opinión de alguien que opinara lo mismo mientras probaba de nuevo lo mismo ahí sentado.

Tras comprobar el control férreo de los medios en aquella casa de ensueño y la poca intención de prolongar la experiencia si no era bajo sus condiciones, y las intenciones de crear un prototipo en lo que parecía una casa de estudiantes en San Sebastián de los Reyes,

me hicieron recordar los beneficios de la ortodoxia y el eclecticismo alrededor del *cloud computing*.

Pero algo se les olvidó en un intento de apretar alguna que otra tuerca cuando, también allí, repitieron el experimento al toquetear de nuevo los códigos de los cierres de las maletas. Fue en esos días cuando extrañamente me encontré en el metro con el anterior compañero autista del anterior piso compartido de Moratalaz. Pronto descubrí que el que probó de nuevo la experiencia era el gallego, el encargado de antenas, cuando al día siguiente lo encontré sudando y con respiración forzada en un estado semineurótico y un tanto psicópata.

Pero no quedó únicamente en una situación de tensión cuando, además, aquellos acuerdos de intermediarios y proveedores de seguridad empezaron a reclamar la exclusividad, tanto de escenario como de intervinientes, momento en que la empresa empezó a sabotear el grupo. Después de actuar el gallego, entró en escena el palentino, el administrador, cuando detrás de tanta norma y tanta regla hizo hincapié en sus normas especiales y sus pruebas bomba a base de corromper los sistemas y comunicaciones, además de aplicar sus sistemas para descubrir personajes, bolas y boliches mientras especulaban junto con el resto en un entretenido juego de cábalas y carambolas mediante el que mantener en confidencia una clave, que obligaba al hacker a coger el coche y desplazarse tres manzanas a la redonda para no caer en el campo de acción de sus sistemas.

Los días pasan desapercibidos, sin encontrar una definición clara de lo que iba a suceder o de a quién

me iba a encontrar al día siguiente, exceptuando a los compañeros de chalé. Era algo que convertía el día siguiente en una incógnita y que también se reflejaba en el local de copas, donde rara vez se encuentra uno con las mismas caras conocidas. Excepto un día que volví para coincidir con alguien que se interesó por mí la semana anterior. Entre tanta espera fue cuando entró un señor con traje y corbata gris con cara de palomero, acompañado de un señor calvo y corpulento más alto y bien trajeado. Ambos sonreían, y nada más entrar me miró con una cara de duende. Igual que si estuviera disfrazado de langostino, observo cómo sube al reservado con una mueca de complicidad que me sorprendió por su parecido con el ministro de Industria. Los gestos y las miradas eran todas cómplices, igual que un baile de máscaras donde cada uno trata de ocultar su identidad. Entonces, de forma burlesca, se me acerca una señorita y me pregunta si conozco a ese hombre. Niego que me lo hubieran presentado, y me insinuó que la compañera que esperaba hoy no vendría. Le pregunté si se llamaba Rebeca, a lo que me respondió que no disimulara tanto. Tenía una sonrisa en la boca, algo que me gustó más que el gesto de palomero del ecuestre señor.

Me preguntaba quién era en realidad esa cara conocida. ¿Sería el enigmático hombre que se cruzó en mi camino sin que me enterase, solo por cerrar una compra fuera del almacén dos años atrás? Quizás en ese momento no debía hacerme esas preguntas, pero una amiga de la señorita se acercó y me habló con orgullo acerca de los nachos. «Los nachos son así son muy cautivadores», me dijo. «Cautivan desde demo-

nios hasta eclesiásticos», me comentó la compañera. «Se enfrentan por ligue o por dominio a quien sea, pero rara vez lo hacen en un cara a cara. También les gusta jugar con su víctima o adversario sin que esta se entere». «Siempre vigila sus intereses buscando desmoralizar al adversario», me comentó otra entre líneas. Visto que Vampivella no estaba por mí ese día, y siguiendo las recomendaciones de las enfermeras que se acercaron a mi lado, volví de regreso al chulé. Unas insinuaciones que no fueron simples alardes cuando la relación con los compañeros se empezó a torcer y a intoxicar desde la escenita de ese día. Para mi regocijo, por algún motivo los servicios secretos —y algún conocido— se dieron cuenta del tan mal agüero que revoloteaba sobre mi cabeza.



*Puturrú de fuá, Misifú.*

Parece que no solo es la influencia de la luna la que debilita nuestras iniciativas, sino además la sombra oscura de un arlequín con gorra de bufón y con el sobrenombre de la localidad. Alguien sobrevuela

con traje de ministro del emperador Bonaparte y aires de palomero en toda esta historia. Lo que al principio parecía una manía persecutoria se tornó en una demencia sintomática cuando los *nimbus cummulus*, entre truenos y centellas, avisaban ese día de no salir al encuentro de nadie por el eclipse de un duende arlequinado que se cruzaba en el camino de todo lo que tocaba, que pretendía algo más que alardear de ser el más truhan de todos.

De algo más me avisó el mal tiempo cuando las evidencias eran claras. En un anuncio de una de las pancartas de la localidad pude leer el alquiler y venta de casas piloto mientras conducía a otra punta de la localidad para poder hablar por teléfono sin que capturaran las conversaciones o influir en las relaciones. Una situación forzada por las condiciones del edificio, que tenía aisladas las comunicaciones igual que un búnker mediático en medio de un paisaje victoriano a las afueras de la dehesa. Acudir al ayuntamiento en busca de socorro, denunciando tal secuestro, no hizo más que agravar la situación en vez de mejorarla, cuando simplemente me recomendó prudencia.



Si quieres un poco más de calabazas...,  
yo mismo en persona.

Pero, por si no quedaba claro quién era ese duende, un día, antes de salir el fin de semana, el leonés empezó a bromear acerca de las mujeres con pechos de silicona y de mediana edad. No comprendía a santo de qué venía tanto interés en hablar acerca de las mujeres con pechos de silicona. Fue en una segunda cita con la señorita que no vino la semana anterior. Una vez en el local, en las afueras de la ciudad, el tiempo no se hizo esperar, y la evidencia acerca de quien hablaba el leonés no se ocultó cuando una mujer se me acercó con la misma presunción sobre lo que bromeaba el leonés.

Pero cuando regresé, al encontrarme al leonés, las indirectas se tornaron en directas con forma de boca-



nadas cuando exclamó: «Sabemos que lo sabes». Lo cual no se merecía otra respuesta además de: «Pues claro que lo sé». Pero, medio en broma medio en serio, parece que la búsqueda de pesquisas no se limita únicamente a la red. Por si no estaba al corriente de qué se trataba, soltó otro rugido con un mensaje tan mordaz como: «Se han dado casos más raros. Llevamos años en esto y nos hemos vuelto extremadamente eficientes». Era una broma que no solo me recordaba a la conversación entre el arquitecto y Neo de Matrix, sino también al episodio en 2001. Unas insinuaciones que olían a duelo más que a advertencia.

Aquello dejó de ser un juego de verano cuando el gallego se tornó en vigilante de turno, que se encargaba de controlar la información y las entradas y salidas, lo que velaba la seguridad del globo que habían creado a imagen y semejanza del programa de laSexta. «Jum», exclamé. Por algo en ese complejo se encontraban tantas cadenas de televisión de la competencia.

No tuve que dudar mucho. Detrás de todas aquellas ventajosas comodidades volvía a mostrarse la cara oscura de aquel búnker mediático y de la burbuja virtual creada por los nuevos confidentes cuando empezaron a mostrar los primeros síntomas de extorsión.

Fue en los últimos días cuando se recrudecieron las relaciones en el piso ante las presiones de los anfitriones. Incluso se prepararon encerronas para escatimar la devolución de la fianza, utilizando incluso el recurso de algo tan inofensivo como hacer la colada. Cuando bajé a sacarla, me encontré con la picardía del leonés, que bloqueaba la trampilla de la lavadora.

Entonces bajé las escaleras con rapidez para comprobar delante de ellos la mala idea de abrir la trampilla por la fuerza o dejar la colada dentro. Justo cuando cogían la puerta para largarse del piso, les tuve que preguntar qué hacían tocando los programas de la lavadora una vez terminado el programa de lavado. Quizás fue en ese momento, al ver que se estaban buscando más problemas de la cuenta, cuando accedieron a ayudarme para desbloquear la trampilla. Aun así, tuve que darles las gracias por salvar la colada, pero eso no evitó que se me quedara una mueca desencajada igual que una pintura de Velázquez, que bien me recordaba al «Cuadro de las lanzas», al poder evitar esa trampa tan intencionada.



Un *burlesque* muy *sachi*.

Pero la urgencia y los percances recibidos me aconsejaron hablar con algún vecino que pudiera ayudarme, pero, tras visitar a unos y otros para ver dónde reubicarme, comprobé que quien más o

quien menos tenía alguna relación con el consorcio, igual que ellos. Y, como en todos los pueblos, pocas veces hay que hablar cuando todos se conocen, y más cuando el director de orquesta va cantando los números del bingo. Los nervios por la situación no solo propiciaran que pidiera auxilio a algún vecino, sino también a la alcaldía. El alcalde no daba crédito ni a sus oídos ni a las pruebas remitidas, pero, como otras autoridades, llamó a la calma. Entonces se esclarecería que no era un vulgar domicilio familiar, en el momento en que los intereses del empresario entraban en la casa y en la del político.

Pero la discreción duró muy poco cuando subieron las temperaturas. El coche dejó de funcionar después de la dejadez del concesionario, cuando un problema leve de potencia se tornaría en grave y, al final, irreparable debido a no haber intervenido a tiempo, pues lo único que se propició es que el alcance de la avería fuese aún mayor.

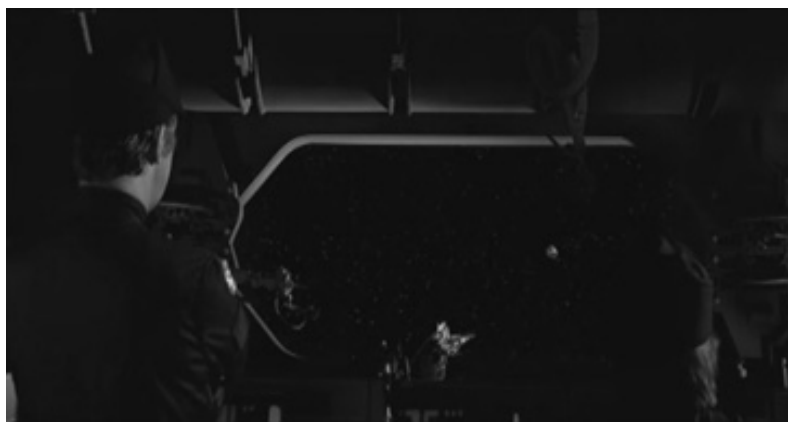
Aun así, lo que implicaba una simple reparación se convirtió —al dejar el coche en el taller— en el argumento de un segundo intento de extorsión y espoleo cuando tuve que recordar que no había dejado el coche únicamente dentro de un concesionario, sino de un consorcio muy bien avenido. Se notaba que no me iban a poner fáciles las cosas sin un recuerdo de alguien, y más cuando el concesionario del taller me presentó un presupuesto que parecía una remuneración aduanera más que de reparación, lo que me obligaría a vaciar mis fondos como pago por rescatar el coche. Ese día también se despidieron los talleres oficiales cuando vi que el coche no se estropeó por

casualidad. No sé por qué, pero aquí no hay trato, negociación ni disimulo alguno que valga cuando los problemas se precipitan cada vez más conforme acaba el plazo. Gracias a una pifia pude sacar el coche de la localidad después de visitar otros tantos talleres, que lo ponían igual o peor. Pude encontrar un taller a cuarenta kilómetros por la noche en Fuencarral.

Pero la desdicha sería aún más grande cuando comprobé que el nuevo taller estaba justamente en la manzana de los estudios de laSexta, cerca de Telecinco, aunque no se me hubiera perdido nada allí. Otra sorpresa añadida y fuera de presupuesto fueron las erosiones en las ruedas, que me obligaban a un cambio de neumáticos. La siguiente sorpresa vino tras regresar al taller para recoger el presupuesto de reparación, que no estaba disponible. Allí coincidí con tres descontentos hombres con uniforme y chaqueta que daban una broca al encargado del taller, lo que me hizo sospechar que algo no olía bien. Confundieron la gravedad de la reparación y, además, necesitaba que le llegara la pieza para darme un presupuesto.

La semana que recibí el presupuesto tuve mejor o igual suerte que antes, cuando el importe de la reparación fuera la mitad que la del taller oficial, aunque esta vez también me ocurriera lo mismo que al principio: tener que vaciarme los bolsillos completamente para rescatar de nuevo el vehículo. ¿Un presupuesto obliga a compromiso? Es una pregunta que tuvo fácil respuesta cuando me quedó claro que allí donde me iba a refugiar no necesitaría para nada el coche. No le debió sentar muy bien al dueño del local lo de perder el tiempo con un coche cuando tuve que declinar la

propuesta temporalmente, pero eso no impidió que firmara la sentencia de muerte para el coche; ya ni le funcionaba el juego del embrague ni el alternador, y algunos tubos de protección de cables estaban rotos, además de que el encargado no se planteaba dejarlo al menos en el estado en que lo recibió. No fue el único desplante y descaro por parte del establecimiento. Además, se jactaron de la justicia tras argumentarme que no tenía pruebas del delito y de que dirían lo que les diera la gana a los jueces; cualquier testimonio que dijera iría en mi contra, bien por infundado o bien por loco. Aunque tengo que admitir que al final de todo ese día en el nuevo domicilio me tranquilizaron, y no pude evitar la emoción y el agradecimiento al prepararme —en calidad de bienvenida— unas tan tiernas judías con chorizo especialidad de los comensales, que tan buen sabor de boca me dejaron.



El señor alcalde, siempre tan atento.

Fue en esos días, entre tanto trasiego, en los que conocí a alguien con quien tendría mejor sombra y mejor aura que con los jóvenes castores. Algunos dirán que fue el ansia por escaparnos de las riendas de los captores lo que nos hizo coincidir en la encrucijada. Una inmobiliaria nos ofrecía alojamiento y parking inclusive, pero cerca del extrarradio, no sin antes conceder una visita al lugar. Sin embargo, algo sospechoso rodeaba a la oficina semiclandestina de aquella inmobiliaria, donde me requisaron el dinero como garantía de reserva del piso.

Pero algo extraño se escondía en aquel edificio de alquiler. Delante de la construcción donde estaba el *loft* se encontraban las instalaciones de una especie de recinto psiquiátrico enumerado de la A a la G. Extrañamente, el edificio donde se encontraban los recién remodelados *lofts* tenía la letra H justo enfrente de aquel recinto, pero lo que iba a ser una salida para aquella encrucijada en que estábamos ambos se tornó en una trampa camuflada. Y es que en la sala que dividía los pisos por secciones había un gran portón metálico que aislaba la sección del resto. Por supuesto, era el piso ideal que cualquier novia desearía, delante de un psiquiátrico y sin ningún tipo de problemas de acceso a una plaza de parking para un coche, con un portón cuya llave no entregaban a los inquilinos, sino al portero. Cuando le pregunté si accedía a entregar las llaves del portón, el agente se negó en redondo, así que tuve que desistir del alquiler y comentarle algo acerca de que no tuviéramos acceso a esas llaves. «Ya se sabe, estas cosas las necesitas cuando menos te lo esperas, y más por quien más te quiere».

Al ver que el lugar que nos deparaban no era de agrado para ninguno de los dos ni las vistas eran las más idílicas, y que no íbamos a quedar satisfechos del juego de un psiquiatra, sería mejor dejar un poco de lado las prisas por recoger las maletas. Cuando el yugo acechante del trampero flotaba por los alrededores de la pareja, además de que estaban a dos días de dejarme en la calle por la fuerza, los dos tomamos la decisión de tomar el camino cada uno por su lado, sobre todo al ver el carácter que tomaba el convivir juntos. Dos días después, sonreí cuando, en un afán por captar al cliente y llamar a la confianza, el agente aceptó entregar las llaves del portón metálico, pero no sin antes explicarme que el portón era para que no entrara frío y no se escuchara el ruido del ascensor. Extrañamente, al día siguiente, después de haber elegido cada uno su camino por aquellas rarezas, se me ocurrió llamar a aquel agente de la inmobiliaria, pero esta vez —como quien no sabe la cosa— fue la inmobiliaria la que negó tan lúgubre *loft*.

Al día siguiente, luego de presentarme en la inmobiliaria, sorprendido por la serie de contrariedades en todo aquel embrollo, me encontré con aquel agente inmobiliario como «el gato llamado manzana», intentando cazar parejas de ratones con sus papeles legales firmados por el veterinario. Después de hablar con el señor gato acerca de por qué ya no accedía a ofrecerme aquel *loft* cuando tenía todo el queso preparado, el señor gato insinuó que era un gatito muy lindo al que no le gustaba que le tomasen el pelo. Algo que sucedió en vísperas del 12 de octubre, pero, claro está, había otro detalle, y

eran las obras a medio terminar del edificio. La idea de pagar la finalización de las obras de un anexo a un psiquiátrico no era una idea que me resultara precisamente apetitosa, y menos sin luna de miel. Aunque la suerte estaría echada cuando una llamada en un piso de inmigrantes me dio la oportunidad de no acabar abandonado en la calle. Así que un nuevo episodio se abriría, pero esta vez en el sur de la capital, en un escenario distinto, aunque con una perspectiva totalmente opuesta. Lo único que tuve que hacer fue recoger todas mis cosas y llevarlas al nuevo domicilio.

Tras largarme del piso y encontrarme al leóns en coche por la calle, me dijo en resumidas palabras: «¡Que sepas lo que es un burgalés!», exclamó. «Para que sepas lo que es tener el favor de un partido, concesiones, licencias, beneficios, dominios, privilegios, preferencias y las ventajas para los que se afilian a un equipo, y a lo tuyo, incluidos tu mujer y amistades». A lo que le respondí: «Eso no es justificar un papel de burgalés, sino dar continuamente a alguien en el papel hasta que no pueda más». Seguidamente no pudo contener el enojo y en un soplo soltó: «Olvídate del círculo del poder, ya sabes, son parte de los medios. Si no estás con ellos, no puedes estar dentro». Fue cuando le recordé que en parte me daba igual cada vez más, pues nunca había sido invitado a ninguna gala de premios, y por si no estuviera claro, fue más claro todavía al recordarme: «Si tú no te acordabas de qué va el asunto, ellos te lo recordarán a ti». Bravo por el mensaje final, aunque tuve que remarcar un úl-



timo detalle: «Fue estupendo conocerte, burgalés, pero toda una carrera dedicada a resolver un caso médico para que me manipulen desde el botón de la camisa hasta el juicio final... Y que no les importe que no me quedara ni para gasolina, cuando el coche está para el desguace. Me da la sensación de que os habéis equivocado al creer que habéis acertado de pleno. Que os parta un rayo».



*Au revoir.*

## DE HIJOS DE CAÍN A HIJOS DEL INCA

Después de un mes de descalabro en la dehesa, y en el intento de dejarme en mal lugar, llegué a las antípodas de la capital, en el barrio de Villaverde Bajo. Para llegar mal parado, era sorprendente comprobar la gran mayoría de extranjeros, venidos tanto de Sudamérica como del continente africano. Era una zona marcadamente residencial, pero con multitud de comercios y talleres.

El primer día de bienvenida se celebró con la llegada del agua caliente al domicilio, que era de reducidos metros cuadrados, con un comedor angosto, una cocina desgastada por el uso y un baño que rayaba los mínimos. Tenía un peculiar ambientador con olor a jarabe que aturdía el sentido del olfato. Las habitaciones eran independientes, excepto una de ellas, que comunicaba con la terraza. Los muebles —de estilo rústico y de medidas desproporcionadas— complicaban los movimientos y desaconsejaban su uso prolongado. Un parque en forma de balsa —lugar de reunión de centroafricanos— se antepone a cualquier vista desde la terraza. Así que, una vez instalado, me presenté a los inquilinos en aquel localizado lugar. La regenta de la casa era una señora peruana de rostro afable, ojos huidizos, ca-

rácter férreo y de nombre Gladis. Recuerdo el nombre de la señora de la casa, como aquella con el mismo nombre que firmó junto a la que alquiló el piso de la familia en la ciudad condal. No sé por qué en aquel momento me acordé de aquella segunda inquilina, que nunca me encontré a la hora de firmar el contrato. ¿Sería la misma persona en la que estaba pensando o quizás era fruto de la desconfianza, por tantas coincidencias con que me había topado en el camino? De todos modos, creer que estaba conviviendo con la inquilina de aquel piso era una idea tan posible como traicionera, que entraba igual que una raya de coca, o igual de absurda que dar un abrazo mortal a tu secuestrador en una película de suspense, al más puro estilo Hitchcock.

Ese mismo día me presentó a dos compañeros como si fueran sus hijos, y a mí me trataba como a un familiar más. Ambos eran estudiantes. Mientras que el compañero buscaba trabajo sin éxito por los alrededores de la barriada, la compañera dedicaba su tiempo a unos estudios, ensimismada en un programa que nunca comentó ni quiso mostrar. El quinto inquilino era un perro medio vagabundo con rostro famélico, aquejado de una extraña artritis, algo torpón y chafardero. Los primeros días nadie comprendía qué le pasaba al perro; ni siquiera los veterinarios sabían diagnosticar lo que padecía o lo que iba a suceder.



Este *pescao* está *escamao*.

Es difícil ocultar cómo la capital madrileña está plagada de barcelonismo e infestada de propaganda secesionista, bajo el influjo de un falso Messias, cuando por las calles proliferan oleadas de emigrantes con la camiseta del club. Tanto es así que no disimulan su inclinación, tanto en bares como en hospitales, algo que resulta unas veces extraño, otras veces molesto y, en esto último, pernicioso. Una creciente presencia que podría pasar como excepcional en otras épocas, pero era posible, aunque inimaginable, ni por asomo en la capital, de donde provenían sus intereses en forma de pantallas gigantes en bares y según qué discotecas. O ver cómo ese subsahariano sale para recoger el pan con la camiseta del club catalán, igual que si estuvieran en la capital de un club provinciano. ¿Será porque les gusta más Etto que Drente en el equipo blanco?



*Los chicos del maíz.* Abandona todo en un mundo desigual.

Los días transcurren con normalidad, con horas para reunirse y compartir —aunque sea por unos minutos— lo ocurrido durante el día. La regenta se desternillaba ante los tropiezos de la ciudad y de la indiscreción de la crisis. Fueron días en que se compartían gustos y experiencias entre bromas, recuerdos e ilusiones. Incluso dio tiempo para pensar en emigrar al otro lado del Atlántico, una idea que recibió un espanto y una risa hueca como respuesta. Pero ese ambiente cordial de tranquilidad y rutina empeoró en torno a una extraña enfermedad que empezó a copar el entorno de la comunidad, igual que una peste que consume lentamente al anfitrión. La regenta fue la primera que empezó a padecer los síntomas de tan extraña pandemia, en forma de dolores en los pies, hasta tal punto que tuvimos que trasladarla al hospital. En los días siguientes siguieron el desconcierto y las miradas al perro como posible responsable, aunque la señora no pudo disimular en ese momento incluso

señalar a los centroafricanos que se encontraban en el parque. Un comentario —como un expediente X— que pasó desapercibido.

Por aquellas fechas era cuando uno recordaba, al pasar por los barrios cerca del parque antes de hacer *jogging*, cómo fijan la mirada algunos inmigrantes por las ropas que uno usa. Pero fue cuando empecé a sufrir los mismos síntomas que la señora cuando los mismos problemas de aquella señora se propagarían también a músculos, tendones y tejidos blandos de las extremidades, lo que nos convertiría en *deambulantes* con pies de barro.

Los problemas de salud fueron mermando el grupo y crisparon los nervios de los dos compañeros de menor edad, que veían cómo los mayores sucumbían a tan extraña enfermedad. La histeria invadió tanto al compañero como a la compañera, impotentes de combatir aquella especie de malaria. El compañero acusó a la claustrofobia y la chica la lio a porrazos con el programa que llevaba entre manos, con unos resultados cada vez más desviados.

Pero las calamidades tampoco vinieron solas. Las culpas empezaron a provocar acusaciones cruzadas entre todos, pues se señalaban unos a otros de fetichistas o de practicar magia negra, igual que un guaje portador de los males de otro mundo. Las semanas pasaron con dolor y agonía, y llegamos incluso a pensar en sacrificar al perro, algo que ocurrió junto a la pérdida del trabajo por parte de alguno de los componentes del grupo por tan extraña pandemia. Inventarse una cabeza de turco no servía de nada cuando nadie sabía qué estaba sucediendo, además de ser un

mal momento y un mal lugar para empeñarse con nadie. Así como quien no se imagina las cosas, la regenta del local decidió buscar otro lugar y que cada uno se buscara otro sitio donde caerse muerto.

En esos días empezaron a llegar visitas y ayudas, incluso de reporteros de otros países, que se preocupaban por la extrema situación de la economía mundial. Algo que me hizo sonreír un poco, si se encargaba de la entrevista en las otras antípodas de la capital, de donde me enviaron y donde quizás tuvieran información de primera mano. El compañero, entre la furia y la desesperación, empezó a acusar el hacinamiento y a enfrentarse a todo, con lo que llegó a reproducirse un comportamiento de maniático cuando consiguió adulterar alimentos. Ese día tuvo que intervenir la señora de la casa para calmar la situación, una tensión que se cobró de nuevo una hospitalización, tras detectarle una nueva complicación en los talones. Fue en esos días de histeria cuando brotaron las ideas más truculentas, las cuales alcanzaron por unos instantes desde el secuestro hasta el empeño de alguno de los muebles.

Sin embargo, la suerte no nos abandonó por completo cuando un transportista —también paisa, como el resto— se prestó a ayudar con la mudanza de los integrantes del barco. Una suerte que no me tocó, en parte por ser el extra en aquella historia. Tanto es así que un día, comentando historias y desavenencias en torno al programa de la Sexta, un clarividente episodio de *Expediente X* alejaba las dudas. Era un capítulo en torno a un caso de acoso, provocado a un ciudadano por medio del gobierno a través de los medios, algo

que me hizo caer en la cuenta de que en ese momento nadie me daría la razón, pero estaba en lo cierto.

El escándalo de salubridad no fue el único actor en aquel episodio, sino también las autoridades, que empezaron a inquietarse ante la gravedad del asunto. Estaba también la urgencia de trasladar a todo el grupo antes de que se complicase todavía más aquella situación. Aquejado por los males y los dolores, e imposibilitado por encontrar nuevo alojamiento, algo me recomendó volver a la villa huyendo de la plaga, pero otro lobo asomó la cabeza, lo que provocó otro tropiezo. Era alguien relacionado con el fútbol, que no iba a poner las cosas fáciles, en forma de recuerdo, y que tenía ganas de jugar con los transportistas al margen de cualquier consideración o disquisición.

Los extraños dolores, cada vez más agudos y con riesgo de convertirse en lesiones, hicieron adelantar un viaje de regreso a las montañas, lejos de la suerte, en lo que se había convertido en una ciénaga de arenas movedizas, en las que casi todos habían logrado encontrar una salida. Es entonces cuando, a la mañana siguiente, parto antes de madrugada a la estación. Un taxi nocturno me recoge en dirección a la estación de autobuses. Extrañado por la urgencia, se interesa por preguntarme a qué localidad iba el autobús. Una pregunta a la que no le di importancia al principio, pero con una respuesta que igual estuvo de más cuando confirmó el destino por radio poco después. La perplejidad se tornó en asombro una vez llegué a la estación, cuando la máquina de reservas tenía todas las plazas vendidas. Llega la hora de embarque y acaban de abrir las taquillas; no queda tiempo para hacer



cola. Me indican de nuevo la máquina de reservas. En medio de la inutilidad, me dirijo al autobús; desde lejos puedo aliviar la tensión al avistar el autobús prácticamente vacío, solo con dos ocupantes.

Nada más llegar uno de ellos, reconozco una cara conocida, con gafas redondas y el semblante del presidente del Atlético de Madrid, al que llamaban también Lendoiro del Madrid. Me sonrío de forma jactanciosa cuando rogué para coger aquel autocar. Pero, en un gesto de superchería, revoca cualquier explicación, con la excusa de que el autocar está completo. De nada sirve discutir que el vuelo es directo, pues se aferra a que el autocar es suyo, y las normas de la compañía son toda respuesta. Atónito, me aclara el asunto y me envía con sarcasmo a la máquina de reservas. Al aclararle que la máquina miente, el conductor perdió los nervios y me respondió que le importaba un bledo. Con un «me importa un bledo», perplejo, veo cómo el conductor cierra las puertas del autocar y cómo el autocar parte de la estación, con el solitario pasajero del Atlético complacido por el espectáculo. Así que tuve que dar media vuelta y regresar, rendido, al punto de partida.

Igual de agonizantes que la intensidad de los ataques, los dolores fueron cada vez más fuertes. Aquellos compañeros de piso no pudieron hacer mucho por ayudarme a encontrar otro destino cuando el de ellos también pendía de un hilo. Entonces la desesperación acechaba la morada, pues, después de perder el coche, veía cómo también perdíamos el alquiler y las piernas, prestos para ser recogidos por los servicios de urgencias.

En esas fechas empiezan a proliferar falsos anuncios por la red de arrendadores de pisos, que conciertan contratos por correo electrónico. Algunos ocultan bulos y falsas gangas, pues todo se debe a presuntos propietarios que prefieren asegurarse la fianza antes de terminar las obras. La dificultad de encontrar una vivienda y los sucesivos viajes no favorecían la evolución de aquella complicación endocrina en las extremidades, algo a lo que hay que añadir los falsos anuncios que resultaban ser un fraude. El más extraño fue en la zona de Alonso Martínez, en el número dos de la calle Justiniano, que coincidía con un bar. Era un bloque perteneciente a un hostel de habitaciones que hacía esquina, pero correspondiente a la calle Santa Ana. Con extrañeza me pregunté cómo aquel misterioso arrendador ofrecía las llaves a cambio de una fianza de garantía para poder ver el piso, cuando los de Money Transfer no aceptaban ni devolución ni depósitos de fianza.

Como el que busca un local clandestino, veo enfrente una tienda de cerámicas y objetos de decoración. A la izquierda hay un grupo de obreros descargando cemento y embalajes a toda velocidad en unas reformas. Me da por entrar a preguntar en la tienda. Una señora encargada del negocio encogió los hombros al preguntarle por la dirección y, aunque al principio reconoció que era allí, también me señaló que me habían indicado por error. Fue entonces la clarividencia la que apuntaba que la respuesta estaba en el número inmediatamente superior, al lado, donde se estaban efectuando las reformas. Detrás del portón verde se encontraban unas escaleras desgastadas por

el tiempo y de pobre iluminación. Después de subir hasta la planta del edificio por el angosto edificio, llego al piso en reforma y ¡eureka! Fue el albañil el que aclaró muchos aspectos que aquel arrendador no comentaba. Por ejemplo, que estábamos en septiembre y que las obras estaban previstas para noviembre, además de que todas las llaves estaban cambiadas por las reformas. Eso me hizo recordar y olvidarme completamente del desinteresado arrendador y de sus llaves, sus depósitos y sus fianzas, pero no así de la señora del local de cerámicas, cuando me insinuó que me estaban diciendo la verdad de muchas formas, pero no de otra.

Detrás de tanta estafa, intenté inútilmente dirigirme a los servicios de alquiler del ayuntamiento, copados por emigrantes y gente en paro. Después de un sinfín de documentación y de justificantes de desahucio, es ahora el ordenador —según un complejo sistema de cómputo y evaluación— el que me deja fuera, en la calle, por no llegar a la cuota del tanto por ciento insignificante.

Fue también en esos días de pánico, coincidiendo con el estado de emergencia en los aeropuertos, cuando recuerdo no haberme cerrado las fronteras ante la crisis, el anonimato y la presión del gobierno. Pero el yugo también lo encontraría en las fronteras, controladas por la administración, donde experimenté todo tipo de problemas y condiciones para abrir una cuenta corriente en algún banco, del que también pudiera uno confiar en el extranjero. Pero es difícil encontrar mejor sombra en el extranjero, y las condiciones son cada vez más exigentes por el recrudescimiento de la

crisis. Era un periodo que daba los últimos coletazos por captar fondos de inversiones de capital riesgo y fondos sin fondo que no conducían a ninguna parte ni a ninguna salida.

Era tal el bochorno creado por la administración y el rechazo tan generalizado que la boyante economía de países emergentes me hizo dirigir la mirada al consulado brasileño en busca de sol entre tanta sombra de un gobierno, que tenía cuerda para otros pocos años y así terminar de hipotecarnos en la cola de los países desarrollados. Pero, una vez en el consulado en busca de asilo político, se quedaron perplejos al comprender la situación. Trataron de hacerme recapacitar y dar media vuelta aconsejándome que diera un voto de fe a la justicia. Muy amablemente, el señor con barba —cuyo semblante me recordaba al de aquellas mazmorras en territorio comanche, como bromean los presentadores de algunas cadenas de televisión para referirse cariñosamente a la comunidad históricamente rebelde en alusión a Barcelona, o quizás un *click* en el buscador de Internet— le dio la nota de aviso, así que se despidió amablemente bromeando con un «hau», al más puro estilo chiricahua, para desearme la mejor de las suertes.

Conforme se acercaba la fecha de abandono de la vivienda, otra noticia negativa llegó a la vivienda. Ante la posibilidad de quedarnos más tiempo para recuperarnos, la señora lo rechazó de pleno, con la advertencia de un desahucio, pues el propietario necesitaba la vivienda para la boda de uno de sus hijos. En ese momento no di crédito a lo que oía, ni aunque yo fuera el hijo, teniendo en cuenta nuestra

situación y las condiciones en que nos dejaban. El empeoramiento acelerado del estado de salud no valía como argumento para permanecer en la vivienda un tiempo más, pero obvió la gravedad del asunto como motivo principal. En esos momentos de confusión fue cuando entendí que ese desahucio camuflaba una huida, porque lo que flotaba en el aire no invitaba a quedarse mucho tiempo. El caso empezaba a pasar a manos de la policía, y eso era algo que, claro está, nadie quería quedarse para presenciarlo ni debatir si la boda se retrasaría un día o más. En esos días tan cruciales comprobé que la justicia a veces también juega en tu contra cuando las causas legales y la administración se vuelven contra ti, igual que lo que antes era un yugo se transforma en losa, dejando entrever el final del túnel de esa aventura, para el deleite de un gobernante.

Pero durante un segundo viaje de regreso a los Pirineos también me recordaron algo que no esperaba. Ese día subí al autocar en un viaje de vuelta. El aturdimiento y las prisas me hicieron llevar encima solo lo indispensable, excepto una lima de mano que llevaba en el bolsillo por olvido. Entonces, al bajar en la estación de autobuses de la capital aragonesa que servía de enlace para otras líneas, mientras camino hacia la zona de descanso oigo desde lejos, a unos treinta metros de distancia: «La lima, la lima». En ese momento giro la cabeza y no encuentro a nadie dirigiéndose a mí. Atónito, miro alrededor sin encontrar la dirección de donde provienen esas palabras. Fue algo que hizo que comprobara el bolsillo, y efectivamente ya no estaba en su lugar. Mi sorpresa fue do-

ble: la primera por la desaparición de la herramienta de mano; la segunda, por un inesperado recordatorio de que lo que habían descubierto aquellos médicos no fuera un error, sino una traición mayor cuando aquellas voces cesaron ya en el autocar a punto de partir a su nuevo destino. En ese momento subo al autobús y miro debajo del asiento, que ya había sido ocupado por un par de pasajeros. Pero en vez de encontrar la lima perdida lo que me encuentro es un cigarro de liar. Sospechosamente, la pareja negó haberla visto, pero fue preferible en ese momento no discutir y hacérselo saber al chófer.

Prestos en el viaje de regreso, llegamos al segundo enlace en el camino, donde aguardaba una tercera sorpresa. Buscando sitio en el autobús de línea, un centroafricano de rasgos intensos, tez negra y ojos huidizos se acerca rápidamente y se sienta a mi lado. No recuperado de mi asombro, noto un extraño hedor igual que el que nos provocó las primeras fiebres y lesiones en articulaciones, como un mal endémico que nos persiguiera hacia el lecho de muerte. Un nuevo suceso me espera a la llegada a la estación de Huesca, mientras trato de recordar alguna respuesta por parte de aquellos médicos.

Esta vez sería protagonista la máquina expendedora de agua que, con tan mala fortuna para mí, se negó a servir la botella. Así que, en medio de aquel atasco, me acerco al librero para explicarle el problema de la máquina. Muy amablemente me lo resuelve y me ofrece una, pero algo extraño vi al salir de aquella librería cuando un joven de tez oscura y pelo afro, rizado, se dirige rápidamente a la máqui-

na. Fue la intuición la que me hizo seguir la pista, pues la máquina de agua escondía una nueva triquiñuela. Comprobé cómo la máquina le servía dos botellas de agua, y entonces me acerco para pedirle la mía, y rechaza mi agua. Como acto reflejo le contesto con una pregunta: «¿Quién la ha pagado?». Pero, ante la desfachatez del impertérrito, me responde: «Me da igual, la he cogido yo». Las buenas maneras no fueron suficientes para arreglar el descaro y compartir el agua con la semilla de la discordia. La diferencia entre dentro y fuera quedó más que clara. El de dentro paga y el de fuera se la regala, igual que se cobra incluso por poner la otra mejilla, cuando en toda esta historia hay gato encerrado.

Después de esos peligros vinieron varios días de recuperación en los Pirineos, igual que un hospital de montaña. Aunque la distancia respecto de la gente que me relacionaba en Madrid era más bien por el destino, mientras que otros prefirieron coincidir en esas fechas con un viaje a París con todos los gastos pagados y no tan paupérrimo destino. Tan escabroso final no estuvo exento de recriminaciones y advertencias, pues aquellas relaciones no entendían de lesiones y de descanso al recriminarme que no estuviera a su lado. Tras preguntar si no sería buena solución que pasara también unos días en compañía respirando aire puro, me devolvieron la cortesía con un puro en forma de visita de un congoleño desafiante, que me recordó que ya no necesitaba consuelo de nadie.

La decreciente comunidad de españoles en la comarca era fruto de autocomplacencia y regocijo para aquellos que compartían aquella idea aria que

no escatimaba desprecios y desplantes, cuando esos misericordiosos nos daban por muertos mientras recriminaban a los madridistas con torturas por la noche y jaleaban con mentiras y vejaciones por el día, con un: «Lo que te ha pasado no tiene precio. Que Dios te lo pague, aunque mañana ya sabes: Vuelve a Galerías Preciados».

Después de esos días de recuperación en la montaña regreso a Madrid, donde me encuentro una nueva sorpresa. Justo al ponerme la chaqueta compruebo cómo aparece la misma lima con alguna muesca en la empuñadura. Quizás había una cuarta sorpresa en ese viaje, y fue la vulnerabilidad que nos crearon en torno a la vivienda las guerras del fútbol y sus *sponsors* de seguros y reaseguros. Esta vez sirvió más como modo de aviso que de lección, igual que calaveras que merodean por los alrededores. Pero quizás el peor trago era recordar a aquel médico inquisidor al que llamábamos cabeza de diamante, que censuraba cualquier cabeza con dones mentales.

Pero al ver de nuevo a aquellas personas redescubro la cara de aquellos que, creyéndome reo o muerto, a modo de consuelo me explican que la vida es dura como la selva, aunque, la verdad, no tuve nada que negar cuando me lo dice alguien que odia los *long play*. Pero, de nuevo en aquel hogar de Villaverde y tras aquellos altercados que provocaron la disolución del hogar, no supe qué pensar, si aquella peste que nos invadió fue el desarrollo intencionado por expulsarnos del barrio o algo mucho más drástico, como que querían echarnos también de la ciudad y del escenario público. La respuesta era tan clara como el



resultado: barro puro. Fue en estas fechas cuando el testigo pasó a las inmobiliarias en busca de una mayor seguridad, pero el margen de maniobra era tan exiguo que no evitó el trágico destino.

La idea de un duende arlequinado, como un fantasma que trafica desde los ministerios, se refuerza cuando aquellas encerronas en el último viaje necesitaban de alguien con la capacidad para organizar semejantes numeritos al margen de los cuerpos de seguridad, de entre todos aquellos escenarios en los que transcurrieron los hechos. Un duende atormentado que actuaba como catalizador de los acontecimientos y que rondaba sobre nuestras cabezas.



Por orden de su majestad, el Emperador.

Lo pernicioso de la situación aconsejó la evacuación y evasión inmediata de la herrumbre que merodeaba por la zona y la guillotina sobre la cabeza de sanidad. Así que, tal como sospechaba, tuve que abandonar aquel edificio en un taxi, de nuevo de regreso con el resto en el bolsillo: quinientos euros para quinientos kilómetros. Por el camino tenía la duda en la cabeza por esa extraña dolencia, que me hizo recapacitar con el comentario de la señora de la casa y el eslogan de *Expediente X* que apuntaba como respuesta: «La verdad está ahí fuera». Ni uno ni otro, ni siquiera el perro o lo angosto de la vivienda, eran los causantes de todos esos problemas de salud.

Meses después descubriría que en aquel piso nunca hubo ningún desahucio ni ninguna boda. Mientras paseaba por la zona se me ocurrió echar un vistazo alrededor de la vivienda, y comprobé que allí no existía ninguna novia ni ningún marido, pues se podía distinguir cómo la vivienda permanecía vacía, prácticamente sin muebles, y con el tendedero desmontado y alguna que otra cuerda colgando.

## EMPOLLANDO HUEVOS

Una vez de regreso a los Pirineos, y después de haber pasado algunos meses, con sorpresa vi el resultado de aquella temporada. Se apreciaban algunas reformas, como la ampliación de la floristería de la que era la consejera de cultura en el municipio, y la apertura de algún centro del pueblo.

Algunos preguntaron cómo es que me había ido de la comarca. Perplejo por la pregunta, tuve que recordar el maltrato recibido por algunos catalanófonos y la exclusión de prácticamente todos los conciertos de la comarca, en especial el de aquellas navidades del 2009, a los que tanto veneran y tantos beneficios creen reportarles cuando siguen sus recomendaciones de prudencia a la hora de defender la inocencia del enfermo. De todas maneras, no di por perdidos aquellos meses en la capital, pues sirvieron para cerciorarme del culto al becerro de oro y el descalabro de una economía cada vez más estrangulada.

Al contrario que en las capitales, aquí nadie habla de las quiebras bancarias y de empresas, o de los desvíos de fondos a cuentas ficticias no vinculantes. Los problemas de la administración y ayuntamientos en manos del gobierno donde se mueven los presupuestos, las colas de emigrantes, las

licencias y contratas, donde incluso te arrastran sus problemas de gestión y demora a la hora de renovar un documento de identidad en busca de la solución a sus problemas en el propio interesado y haciendo acopio del proselitismo en favor de otras administraciones en otras comunidades, con influencias en el gobierno de la nación, en busca de favores y de evitar la quiebra de sus fondos empleadas en desembarcos en atractivos paraísos asiáticos en ruina accediendo a las súplicas de los mismos de perseguir, embargar y subastar los bienes de sus rivales en forma de cargas fiscales abusivas, ocultando una expropiación ilegal y un favoritismo que no solo se extendía al resto de comunidades, sino también en el reino del deporte, sobre todo en torno al Barcelona. Y los preceptos políticos que lideran sus directivos, algo que asombra al resto de miembros del consejo de deporte por el consentimiento político de un presidente cada vez más enfermo y decrepito, que disfruta además del consejo arbitral al intentar cohabitar un proyecto separatista con un proyecto integrista, al que se sumaron oportunistas llegados de todas partes en busca de la idea aria en un país dividido por distritos, igual que una caja de quesitos de El Caserío bajo la encomienda de la bendición de un santo que cambió la cerveza Ámbar por una Amstel, y la Estrella por una San Miguel.

Era una posición dominante, al contrario de la actitud servil y complaciente a cambio de discreción política y complicidad con los medios, cediendo derechos sobre los españoles al Consejo Europeo gracias a su influencia en ministerios, y brindando triunfos,

propaganda política y cesión del trono, tanto en materia exterior como en sus *show bussiness*, desde el mundo del cine hasta en el de los deportes, a cambio del silencio y el favor de la opinión pública y de asegurar el aforo y los ingresos en taquilla para que el espectáculo continúe.

De todas maneras, quedó clara la excomuniación de aquella idea aria y que todavía había alguien que me esperaba en la capital, aparte de secretos escondidos que podrían darme la llave del éxito.

Es quizás también este motivo, y mientras un país entero se complacía y vanagloriaba entre triunfos en el reino del deporte y del espectáculo, y que además aquellas mujeres que presumían de paquete se lo pasaban en grande viendo cómo era derrotado y toreado como un venado, además de cómo se merendaban las tierras, bienes y mieses de aquellos inconscientes cuyas súplicas por sus almas producirían tanto recreo y beneficio a su público mientras existiera caja por hacer. Supuse en aquel momento, al ver lo poco que les importaba a tan distinguidas majestades tan dantesco espectáculo en torno a un manipulado caso presentado como una morbosa comedia, que debía mostrar a aquel público narcisista un nuevo horror para su regocijo, el mapa de su nuevo país, Humo. Como el anterior iba desmoronándose y desintegrándose a sus pies mientras les derrotaban desde oriente a poniente, de la misma forma que hacían conmigo. No dudé de que quizás el placer sería igual de inconmensurable al ver correr nuestra misma suerte delante de sus narices, y que un polvo semejante y un fruto con semejante placer nunca olvidarían jamás.



Nunca caminarás solo.

## MANGA POR HOMBRO

Pero, igual que Colón, y una vez repuesto de los quinientos euros del taxi y de los quinientos kilómetros de vuelta, me propuse una nueva encomienda, pero esta vez desengañado de la imparcialidad de la red. Así que busqué la oportunidad donde no la había encontrado al principio: en la inmobiliaria a la vuelta de la esquina.

Esa expulsión no solo truncó una relación de novios, sino las esperanzas de comenzar desde el olvido sin tener que denunciar y querellarme públicamente contra esas hordas de gente venida desde fuera, que nos manejaban como muñecos de guiñol, orgullosos de una camiseta afín a su idea aria, que era de otro país.

Fueron más de una vez y el disimulo por lo extremo del asunto por ambas partes al tener que viajar desde los Pirineos hasta la capital en busca de alojamiento en una pensión hasta encontrar un piso particular y olvidarme de los problemáticos pisos compartidos.

Tras varias conversaciones con la inmobiliaria, y después de ver varios pisos, me quedó la mejor opción que encontré: el quinto piso en buen estado, onceava planta. Aun así, estaban los pormenores de unas coyunturales obras, tres sospechosos cerrojos en la puerta que intentaban alejar cualquier sospecha de

inseguridad en el piso y las circunstancias —como si estuviera envuelto en el lodo—, que no dejaban poder presagiar lo que ocurría en ese piso con el número once de apellido. Eso parecía una casualidad, pero terminó siendo un recochineo más proveniente de ese pueblo, al igual que la marca del toro de la ganadería a la que pertenece, igual que la que llevaba el coche que les compré.

Tampoco me imaginaba que la relación que mantenía en ese momento no estaba ajena a lo que sucedía y que recurriría a su salida de los ruedos. Pero el regreso no estuvo exento de sorpresas, como el cambio de manos de la compañía aseguradora del coche, que recalificó los clientes y el trato cuando comencé a ser acosado de nuevo por una lluvia de multas que no hacían más que confirmar el levantamiento de veda de una administración que no protege su gobierno.

Pero no sería el único negocio y la única carga entre todas esas idas y venidas por encontrar un hueco en la capital, pues también estaba el franqueo que tuve que desembolsar en ese traslado, que bien podría haberse solucionado con una mejor atención por parte de la administración del ayuntamiento de la capital, que para mi sorpresa, y en contra de toda afinidad política, me dejó fuera de lugar por un cálculo y un tanto por ciento insignificante.



## LAS EDADES DE LULÚ

La asfixia económica y las constantes rivalidades entre comunidades se convierten en cómplices y represores capaces de justificar cualquier excusa para preservar sus fines políticos. Entonces la ruina se cierne de nuevo, como una carabela que reanuda su empresa en torno al coche e intereses particulares. Al cabo de tres meses se vuelven a lanzar como hienas sobre la presa herida, cuando una lluvia de infracciones —unas veces inexistentes y otras, abusivas— cae de golpe, tras la traición de la compañía de seguros a sus asegurados detrás de un traspaso a otra aseguradora. La avidez y carnicería estaban servidas en un juego por mantener un continuo jaque que omitía cualquier reconocimiento, posibilidad o redención de constituir una empresa que estorbara su idea aria, sin disimular su desprecio y soberbia sobre sus capturas como os tras en vivo.

Era una paradoja. Como lo que me servía como medio para mejorar mi calidad de vida, que se tornó en un tormento que acarreaba cada vez más lesiones por imperativo del guion y de la administración. Lo que antes era símbolo de progreso hoy era objeto de fracaso. Fue entonces cuando la futilidad me llevó a decidir la venta de algo que no existía, el éxito, re-

clamo para todo tipo de banda de estafadores. Pero alguien estaba en disputa y en pugna por ese coche y esa licencia. No solo las riñas se encontraban escondidas entre bancos y sucursales, sino también en países con otro tipo de riñas, como Costa de Marfil. Quizás intentaban burlarse o quizás intentaban aprovecharse de una ocasión para volver a meter un gol. No es por ello que me extrañó que una de las sucursales en pleno centro de Madrid de uno de los bancos con los que solía operar no ocultaba sus tendencias, pues alargaba los dedos del barcelonismo y su corriente política también en *Bankculé*.

Un exiliado francés en Costa de Marfil involucrado en la constitución de un banco en la capital marfileña, inmerso en plena guerra entre facciones del país africano, me propuso la compra del coche, no sin explicarme las condiciones de libre comercio y los pasos a seguir. Todo estaba claro y perfectamente formalizado, excepto cuando sospechosamente empezaron a exigir el pago de unas tasas que no estaban solo deducidas inicialmente, sino que coincidían con el total de la cuenta corriente en ese momento. Entonces empecé a temer la fragilidad y discreción del secreto bancario. Pero no fue el único problema encontrado, y hubo que sumar los problemas interbancarios que sufrí cuando la entidad bancaria se excusó al principio de no ser compatible con transferencias internacionales. Esto último me asombró, y fue motivo de escándalo cuando extrañamente bloquearon desde un principio cualquier transferencia del extranjero desde la sucursal en Barcelona. Una situación absurda y sospechosa que no hacía más

que inclinar la versión de una historia inventada por una de las partes cuando afirmaron la aportación de documentación falsa y, por otra, cuando después de una semana, y de manera asombrosa, *Bankculé* ya era una entidad internacional. No me caí del asombro ante la burla entre trileros en torno a aquella operación de compraventa o el más que sospechoso juego de adivinanzas, propio de un partido de fútbol de jornada liguera.

Fue entonces cuando las discusiones y las exigencias de pago subieron de tono, pero ni uno ni otro supieron reconocer la existencia de esa transferencia. Pero, como cosas del destino, la crisis ayudó a la víctima. La obsesión por el cobro de unas tasas —que bien se podrían haber cancelado por disconformidad bancaria por parte del banco receptor— condujeron a una declaración de estafa cuando, al cambiar la fórmula de compra sin necesidad de intermediarios financieros, se convirtió en una obsesión. Esta consistía, por una parte, en interconectar inútilmente los sistemas bancarios y, por otra, recibir el cobro de unas tasas de una transferencia que nunca existió para el banco, algo que no dejaba más que descubrir el descarado inicial que se vislumbraba en torno al secreto bancario. Así que, viendo el desinterés por el vehículo al facilitar su entrega en mano, y más por el cobro de unas tasas, la mejor solución fue no entrar en acusaciones cruzadas y despedirme antes de que pitaran tongo.

Tanto embrollo en torno a tanta ineptitud hizo que pareciera que yo quería crear un problema al banco, pero lo más tremendo de esa historia es que el mismo

banco metiera aún más leña para que diera esa impresión. La verdad es que no sé qué hubiera pasado el día después con una cuenta en Suiza, pero con ese sistema todo era posible. Eso sí, la respuesta —y con tanto fisco— la dejo al gusto del consumidor.

Pero lo que parecía una pesadilla se convirtió en una afrenta cuando también me encontré con la que sería la última medalla que se concedería a mi costa uno de los empleados de la sucursal bancaria en Alonso Martínez, que presumía del fichaje culé e ídolo por la apariencia y estilo que respondía. Tras el fiasco de la compraventa, intenté mejor suerte con las apuestas, no sin antes comentar lo nefasto de lo sucedido en torno a los fraudulentos compradores. Eso no ocultó una exclamación conciliadora, igual que un «gracias, Sahib». Decidí entonces hacer una apuesta contra todo pronóstico a favor del Racing de Santander en un partido liguero contra el Barcelona, evitando cualquier tentación de momento por entrar en cualquier carrera de Fernando Alonso en la Fórmula 1. ¿Llegarán los dedos del barcelonismo hasta descubrir las apuestas? Claro, este sistema es totalmente confiable, así que entregué trece euros en la ventanilla.

Nada más llegar, me encontré con otra sorpresa de tan preciada sucursal. Después de comprobar que la entidad no esperó ni un minuto al resultado de la apuesta, resulta que liquidó la mitad de la cuenta en concepto de comisiones. Pero para comprobar la benevolencia tuvo la gratitud de no cobrar todas las comisiones por una cuenta a cero desde hacía mucho tiempo.

No me encontré únicamente con el bloqueo de una apuesta, sino el impedimento del cobro de un recibo pendiente en contra del comercio y el monto para el cliente. Parece ser que sí, que esta vez se picó, pero alguien no estaba conforme con el recibo que quería pasar la entidad de apuestas. No sé, pero parece que la entidad no quiere asumir ningún riesgo. Esa ejecución tenía la sal de un verdugo, y en su resultado fue más efectiva que un preservativo, en contra de todo ánimo por engordar la cuenta a la vista. Aun así, no todo quedó en un cobro de comisiones abusivas y el impedimento de un pago, sino que hubo otro tropiezo con la entidad bancaria. Encontré orden de bloquear cualquier pago con la entidad de apuestas después de un segundo pago por un importe menor, pero con saldo suficiente, algo que no ocurría con otro tipo de comercios.

Afortunadamente para todos, y tras tener que solicitar permiso a la entidad bancaria por medio de su servicio de pago de atención al cliente, pude realizar mi apuesta de cinco euros y comprobar el estado carcomido del país por una apuesta que, para tranquilidad del corredor de apuestas y quizás del banco, no ocurrió ningún agravio, pues contra todo pronóstico todo fluyó con total normalidad, y me quedé con el mismo saldo que al principio... A cero.

Algo me hizo retirarme de esa entidad cuando las apuestas monopolizaban el criterio de una entidad y sus empleados hacia sus clientes, sin informarles previamente de tan grave delito contra la integridad moral de sus empleados, claro está. No desperdicié mucho tiempo en decir si lo ocurrido fue a posta o

adrede, pues el olor a ostra congelada que desprendía esa sucursal me empujaba a calificarlo de sectarismo doctrinal bancario y punto.

## EN CAMISA DE ONCE VARAS

Acabo de llegar al escenario de la nueva vivienda. Quizás esta sea la mejor oportunidad para olvidar todos los problemas del pasado y conseguir lo que nunca había conseguido allí de donde provenía. Quizás que el piso estuviera en una planta quinta y el edificio fuera el número once fuera una broma camuflada.

Con una vuelta por el barrio uno podía descubrir una especie de China Town en medio de Madrid. Una antigua escuela abandonada y recuperada por inmigrantes se codeaba con la antigua estatua a la entrada de Marqués de Vadillo. El barrio, que había envejecido junto con los dueños de sus comercios, había rejuvenecido con la marea de inmigración de multitud de países, tanto de África, América y Asia, aunque de manera excepcional uno se puede encontrar con gente del este de Europa. Pero eso sería un detalle pintoresco para lo que sucedería a continuación, pues la primera semana no sería buen augurio del final y de quién se ocultaba.

Han pasado tres días desde que la alquilé, y un escape de gas me sorprende en una vivienda que parecía reformada al presentar los primeros ataques de asfixia. Se presentó uno de los dueños con un pantalón azul y camisa roja con síntomas de alopecia, re-

presentaba a su seguro, un seguro que no existía. Pero no eran los colores lo único que me haría desconfiar, sino los reiterados ataques a las comunicaciones en vísperas de jornada liguera a favor del Barcelona, fuera o en casa. Era algo que no hacía más que presagiar quién estaba introduciendo a sus adeptos en pos de la tierra prometida bajo la bandera antimadridista, pues éramos un temible estorbo para su idea aria.

Tras una tregua en las intromisiones en la vivienda, otros episodios ocurrieron, lo que inició de nuevo la danza macabra de gente mezquina con actos mezquinos: una segunda fuga de gas, que alguien se preocupara de que me relacionara con mi pareja y tuviera descendencia... También encontré una bolsa de gas todavía más grande, miré el capuchón de la bombona aflojado con la válvula medio abierta, pero la fortuna y una menguada llama del calentador no dejaron sospecha de la intencionalidad y del despropósito. No llevaba ni un mes en el piso cuando descubrí por qué ni la inmobiliaria ni el dueño daban ningún tipo de seguro.

Era algo que no me sería ajeno, y que mermaría no solo las relaciones de pareja, sino las de Facebook. Pero ni en la red uno eludía al asesino. Empezaron a bombardear los edificios con contaminación acústica sin que nadie pudiera hacer nada, algo que no pasó desapercibido a los vecinos, que tuvieron que dirigirse directos al hospital. No fue aquel aviso suficiente para que los hechos cesaran. Hasta que un día por la noche, investigando el origen de tan extrañas vibraciones, me encuentro una cara conocida del Facebook, el Pescao. ¿Qué hace este tipo a las tres de



la noche en las inmediaciones del foco? El amigo el Pescao, ¿qué vino a hacer? ¿No le sentó bien el viaje a Brasil? Como una figura del Cluedo, desapareció entre las calles, no sin antes decir algo así como: «No estoy de acuerdo con usted». Aunque no me dio ninguna explicación, aquello que hacía no tenía explicación alguna, a no ser que fuera otro sicario de los duendes en toda esta historia. ¡Y con guitarra!

Pero la sutileza fue más allá cuando me topé no solo con los efectos combinados de la adulteración de la leche tras unos cólicos intestinales y de gripe, sino con el efecto doble, pues hasta la miel estaba contaminada por un líquido grasoso que flotaba en ella, lo que evitaba cualquier remedio. Esta vez las pruebas eran más palpables, y así pude constatarlo ante las autoridades. Nadie se hacía responsable ni de certificar que fuera el único en tener las llaves del piso. Pero si todavía albergaba alguna intención por compartir la vivienda con alguien, y para qué me la habían ofrecido, solo tuve que comprobar después de ver —y por varias veces consecutivas— cómo dos africanos salían del edificio con dos garrafas de lejía. Al día siguiente comprobé cómo despertaba con los ojos lagrimosos y enrojecidos. Pero uno de los duendes me estaba esperando en la consulta, también vestido de pantalón azul y camisa roja. Con un tono encolezado y a regañadientes, en contra del paciente, me colocaron dos ungüentos oculares que empeorarían aún más la vista.

Tras lanzar un último aviso a la inmobiliaria para exigir una explicación, se limitaron a responder con un: «Si todavía no lo entiendes, chico...». Una frase

que me dejó helado. ¿Y es esta gente la que pide fianza? Parece que estaban muy orgullosos con lo que estaban logrando, con las ventajas fiscales. Igual no querían que salieran a la opinión pública sus últimas voluntades, o quizás es lo único que les quedaba en esta vida, cuando no saben hacer frente a tal evidencia.

Entre tanto infortunio y fracaso, hubo un intento por defenderme de la miseria que me acechaba cada día. Nació entonces la idea de hacer un proyecto de tarot, en febrero de 2011, pero un duende que planeaba por el país se encargaría de que naciera muerto. Sucesivos rotativos anunciaron la prohibición de canales ilegales dedicados al tarot. ¿Deberían ser solo competencia de los franceses el papel de Nostradamus o Merovingio?

Pero no sería el único problema que me encontraría en este devenir cuando tuve que paralizar temporalmente el proyecto, debido al detrimento de salud causado por tantos y tantos atropellos en la vivienda y en las relaciones. Además, había alguien que todavía se había olvidado del buen resultado que había obtenido laSexta y sus derechos reservados, que todavía celaba alrededor de los medios, los cuales me ligaban a ellos como esposas. Y, aunque con la relación de colaboración extinta, me dejó como única vía de rescisión efectiva la de adelantarme a sus movimientos al no publicar los míos. Fue algo que me obligó a dedicarme de tal forma, con tal tesón, y volverme extremadamente eficaz en dicha tarea, igual que David enfrentándose a Goliat, algo que jamás olvidaré.

Así que la pericia y los pocos medios que les servían eran lo único de que disponía para recuperar la cordura. Son ya tres meses en la misma vivienda, y tras los continuos fracasos por grupos de intocables venidos de todas partes que me acosan en la vivienda y otros que esperan a la vuelta de la esquina, tuve que añadir el hastío del anonimato sepulcral ante lo que sucedía y la mirada indiscreta de la cadena que me persigue. Era algo que podría haber solucionado en tiempos atrás solo con tener que aguantar una cámara, pero después de llamar a sus puertas tantas veces nunca conseguí recibir una respuesta afirmativa, incluso con el título recién logrado en medios y comunicación. Pero cuando la ayuda y la colaboración se tornaron en un obstáculo para la tranquilidad de los presentes en aquel edificio, fue cuando me aconsejaron desembarazarme de ellos. Algo en lo que ni amigos, ni abogados ni familiares podían ayudarme, una cabronada que no hacía más que desembocar en la ira, la histeria, el fracaso y el auxilio de la policía, que tras tal escándalo se preocupó por la gravedad. En ese momento no dudaron en aconsejarme que me acercara a los juzgados si existían pruebas de relación con la empresa. De alguna forma me transmitieron mi problema como también el de ellos, intentándome calmar cuando alguien no puede eludir el peligro, y no es únicamente el color del sofá lo único que te están arrebatando. Aunque esta vez necesitaba algo más que argumentaciones y explicaciones textuales detalladas para no caer ajeno a la imaginación.

Como si de un reto se tratara, no costaba mucho darse cuenta de cómo sus cámaras también seguían

siendo las suyas, o quién sabe si no necesitaban ni mirarme. Pero como esto último no servía como prueba ni llevaba a ninguna conclusión, las evidencias derivadas de unas grabaciones del programa —en que las correspondencias entre estímulos y respuestas en un meticuloso trabajo de coordinación y sincronismo— me brindaron una respuesta afirmativa a numerosas preguntas y llaves a algunos de sus misterios.

Quizás fue más en aquellos días que en otros cuando me quedó claro que no iba a ser fácil hacer las Américas, aunque fuera lejos, en la capital, pues los avances tecnológicos y la involución creada por la globalización me obligarían a tropezar con el morbo de una desconocida clase política pudiente y maloliente que me intentaba someter a su voluntad.

Claro, que en todo aquel despliegue mediático no todos eran culpables. Cuando el barco se hunde no es el capitán el primero que abandona el barco. Al final, como muchas otras veces, el carácter de la denuncia obligó a la suspensión del programa, pues el conductivismo y el nihilismo avisaron por lo pernicioso de lo advertido. Pero, por otro lado, fue la única indemnización que recibí, además de un cochambroso comentario que intentaba consolarme mediante un espaldarazo en el momento en que reconoció que tenía suerte de contarle, pero que otros hubieran pagado por el puesto. Aquel clérigo, en un intento de conciliar las partes, empezó a acusar estrabismo cuando excusó al cazador cazado, insinuando que hay muchos que se cambiarían el apellido Pepe por el de Merendola. Una respuesta que recordaría a una frase de Karl Marx en su libro *El*

*capital*, en que defendía que «el fin justifica los medios», muy en consonancia con las tendencias maquiavélicas de un gobierno y un presidente, con un libro que rememora y además dedica a *El principito*, de Nicolás Maquiavelo, curiosamente con el mismo título. En él se entrevé la influencia de su homónimo, que defiende la tesis de que «es preferible para todo soberano ser temido a ser amado».

Pero entonces se mostró la otra cara de la moneda de la justicia. Los familiares, atónitos ante lo que ocurría, no podían más que quedarse con los brazos cruzados y asegurarme que lo tenía claro una vez que me preguntaban de qué me habían servido las detenciones y los justificantes y pruebas entregadas. La justicia te responde con una orden de desahucio en contra de cualquier responsabilidad de denuncia por estafa y homicidio, en lo que sería el argumento para una nueva estafa, esta vez en los juzgados, donde no ofrecían ni el asilo. Me recordaron que me había dejado un detalle en el tintero, y era que todavía no les había respondido a la pregunta de por qué la justicia no me había ofrecido un abogado ante la gravedad del asunto.

Esos días coincidieron con cambios en la inmobiliaria, que no quiso saber nada cuando, en un intento de eludir cualquier responsabilidad, me recibió el abogado de la empresa, que buscaba confundir el juicio y negar la existencia de aquellas personas con las que había firmado el contrato en una jugada de fútbol, en la que el comercial se disfrazaba de policía nacional y técnico inmobiliario como el sustituto del abogado. Al ver la carta del absurdo que esgri-

mían aquellos conserjes y de qué equipo de fútbol era el patrocinador de toda aquella verbena en aquel quinto piso, me di cuenta de que también era mejor guardármela para mí mismo.

## TOMATE Y EXTRA DE PEPINILLO

Pero pronto se puso a flor de piel la debilidad de este gobierno por los Pepes y los Josés. Las inclemencias del gobierno hicieron torcer cualquier esperanza por el teatro cuando me dejaban estereotipar un único papel, el de malhumorado. Entonces comencé a poner el pie en el escenario en un juego peor que sucio, no solamente entre bares, sino también entre suburbios y paradas de metro, para regocijo de mandamases. Aquello mermaba el ánimo, pero de cara a la justicia todo quedaba en un inofensivo arte del *flirt*.

Que me increparan en el metro con provocaciones morbosas o molestas no era la única traba ante una más que dudosa relación de cuatro meses, que cada vez se hacía más difícil e inútil tras las continuas injerencias en mi vida privada, unos atentados y altercados que cada vez eran más difícil de esconder a la prometida. Por ejemplo, en el día de san Valentín, cuando un extraño que no tenía ninguna relación —pero tenía más cara de extranjero que de otra cosa— se me acercó al oído por detrás para susurrar en tono amenazante y vengativo: «Ahora sabrás lo que es perderlo todo y quedarse sin nada». No sabía muy bien a qué se estaba refiriendo, si al juicio que tuvo lugar en uno de los municipios de la ciudad condal por

los deterioros sufridos en la vivienda o a la continua situación de jaque que sufría en el domicilio actual.

Pero no solo fueron las muestras de desaprobación por parte de los anfitriones. Después de su defensa contra la mía, fueron esparciendo la idea de que, aun a ochocientos kilómetros de distancia, no quedaban ajenos del transcurso de los progresos en la nueva ciudad. Una desaprobación que dejó de parecer infundada cuando no solo los huéspedes faltaron deliberadamente al pago, sino también los padres de ella, que mostraron su malestar por el despecho y la afrenta de los huéspedes, y rompieron con cualquier plan de relacionarnos en público al prohibir una cita en tan señalada fecha, ante tal desplante y un rotundo no. Después de catar la vileza, ese 24 de febrero, tras constatar lo sucedido ese día con desazón e estoicidad por parte de ella, me quedó claro el mensaje por parte de alguien que, más que un maestro de ceremonias, no iba a ser como yo quisiese. Ese día le llegó, más que un regalo, un mensaje en forma de corona de flores y un cencerro, pero con la buena noticia de que la corona de flores no era para ella, sino para el prometido.





¿Únicamente puro hedonismo?

Esos no fueron los únicos sucesos que ocurrirían, los cuales dejarían entrever quién era en realidad el director de orquesta que andaba detrás de todo esto, y un duende de cuyas máscaras no se tenía conocimiento, pero que ocultaba la más burlesca de todas todavía.

Pronto empezaron a manifestarse los nuevos actores en un más que raro intento de usurpar el aire que respirábamos, y las que serían las últimas visitas a la que ahora pasaría de ser de prometida a comprometida. Esos días no solo se vieron salpicados por los intentos de desahucio del piso en que estaba por parte de los intervinientes en aquella opereta, sino por los que nos querían incriminar en causas que incubaron desde donde provenía, pero que nunca dejaron entrever. En cambio, sí dejaban huella, incluso en el número del portal de la vivienda, igual que los nuevos actores que merodeaban en las inmediaciones y en

los trayectos de los transportes públicos por el enigmático castigador.

Al principio resultaba extraño, pero al final era escandaloso comprobar cómo de manera continua y deliberada algunas parejas se acercaban o provocaban con toda la intención, sobre todo al sentirse próximos y cada vez más lejos de ser mera casualidad, e intentaban perturbar o agraviar al burlado. Estos sucesos, lejos de ser aislados, provocarían algún que otro enfrentamiento. Después de quedarme atónito, me hicieron recordar las causas de infringir en San Valentín por parte de aquel extraño y que iban a generarme esos actores con ganas de protagonismo, lo que dejaría de ser pura casualidad o fruto de una necesidad imperante, para denunciar tal deseo de besarse en público ante las mismísimas cámaras de seguridad y que fueran testigos de tan pintorescas escenas. Y no era la única sorpresa que se escondería entre los viajeros.

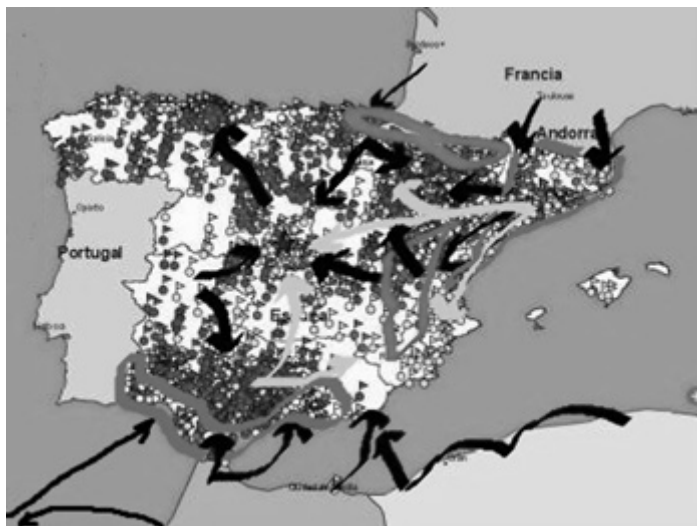
Pero no solo eran las parejas las únicas que esperaban en la boca del metro, sino otro tipo de actor, que me esperaba casi siempre cuando me dirigía a visitar el bar. Por ese motivo, siempre coincidía en el vagón con algún subsahariano, marfileño o congoleño que, por algún motivo todavía extraño, tenían impregnadas ropas, tendones y articulaciones de un extraño hedor frío como la hiel que petrificaba los músculos. Algo que no era un hecho aislado, pero sí repetido. No quedaron estos hechos ajenos a los vigilantes de seguridad cuando un inesperado día coincidieron con un borracho suicida que se zarandeaba de un lado para otro, recordando lo peligrosas que son las vías

del metro, mientras en el vagón una pareja buscaba la mirada provocativa con ánimo de sonrisa para acabar ese día. En ese momento tres vigilantes de seguridad se lanzan sobre un emigrante con semblante marfileño en una más que sospechosa actitud cuando este se acercaba amenazadoramente a mí.

Pero denunciar a las autoridades esas extrañas radiaciones no sirvió más que para frenar por un día los sucesos. No llegaban a distinguir quién originaba tantas molestias, hasta que un día puse en remojo la chaqueta azul que solía llevar, y desprendió en el agua un extraño polvo rojo, igual que restos de nitroglicerina. Guardé algunas muestras en botellas, pero nadie quiso recogerlas. Pero un día encontré que una de ellas tenía menos cantidad y la muestra estaba más diluida.

Así que, en un nuevo episodio, con el mismo modus operandi, fue cuando se juntaron un prematuro y malintencionado desahucio y unos principios de artritis aguda, que me obligaron a despedirme de la princesa prometida y a recogerme en el refugio de los Pirineos. Esos días de recuperación y descanso no pasaron inadvertidos por tan inesperados actores. Un extraño visitante centroafricano me miraba con fijeza, como a un payaso moribundo, intentando conseguir algo, recordándome a lo que había venido. En aquel momento me quedó más que clara cuál era la respuesta a aquella maldición que invadió la casa igual que la peste bubónica en aquella localidad de Villaverde Bajo. De todas maneras, no era el problema que más le preocupaba a las monjas de la congregación de la basílica de aquella localidad, que en seis meses

se sumió en la depresión y el desgarramiento económico, y que presenciaba cómo la olvidada civilización de los godos se acercaban demasiado, imponiendo su orden y costumbres junto a sus comensales, los *yunx*.



Humo, abre los ojos..., y que te sirva de lección.

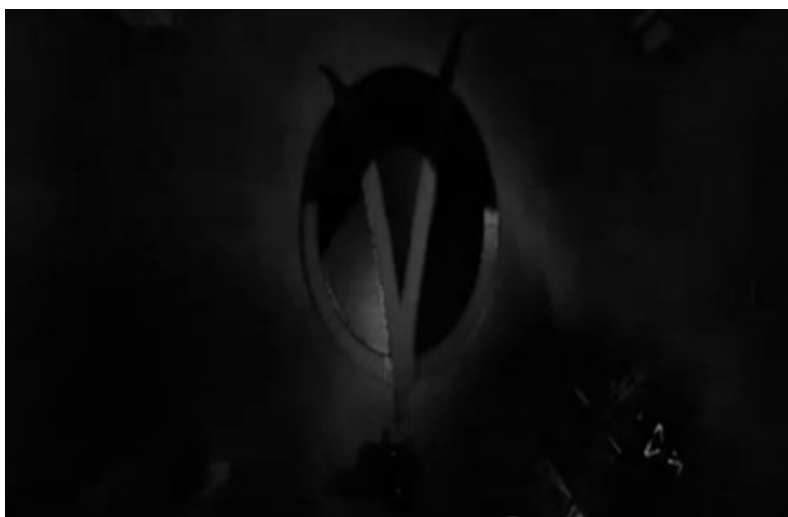
Tras varias semanas en el retiro, vuelvo a la capital y bajo los túneles del metro en dirección al local de encuentro. Tras una llamada por teléfono, alguien inesperado al otro lado de la línea, y con la misma procedencia que en anteriores episodios, respondió con un gélido odio en las venas: «Ahora sabrás lo que es amor amargo». Una vez llegué al club, un aire de prepotencia y de tensión desgarrador, igual que el frío que se respiraba en aquella época del año, no hacía más que ocultar y presagiar que el escenario en el que se desarrollaba la historia ya no era tan proclive a

entablar buenas relaciones. Después de un frustrado encuentro, una cuasibroma pesada me esperaba a la salida de ese cambio de tercio. Otro soplo me sorprende al abrocharme la chaqueta: «Nos veremos en el campo de batalla». No me quedó más remedio que darme la vuelta y contestarle que no sabía ni el argumento ni de qué película se trataba, aunque le daba la razón en lo de que estaba lejos de ser *Grease*, de John Travolta, o el programa *Mira quién baila*.

Pasaron varias semanas desde que volvimos a vernos, y esta vez no me encontré con la misma. Era una mujer cambiada, con cara de margarita; el pelo rubio había perdido su color y parecía empapado, la cara estaba algo cambiada y desencajada, con semblante nervioso y pulso tembloroso. Al mirarle a los ojos, me dedicó una sonrisa de emoción, y al acercarse me increpó que nunca más la dejara plantada. Absorto por la entrada tan boyante, le recordé en honor a la verdad que no fue precisamente ella la que vino a visitarme al hospital. No tuvimos que discutir en ningún momento acerca de por qué no me llamó ella ni por qué nunca descolgó el teléfono cuando la llamaba. Al ver su rostro con una mueca de sonrisa y cara de crisálida, entendí claramente que le importaba todo un carajo, y esta vez tenía una extraña intención de que me quedara con ella para siempre. Me pidió que la invitara a una copa. Evidentemente le contesté que poco iba a solucionarle la copa cuando todavía le duraban los efectos de la efervescente que tomó. Me respondió que no le importaba, que sarna con gusto no pica, así que, visto el palo que llevaba, tuve que rechazar la invitación. Le confesé que esa mierda ya

me la conocía, y que, si se había vuelto una incondicional culé, que se la pegara al de al lado o uno del Getafe, o quizás al del Villarreal.

Fue entonces cuando comprendí que nos habían sepultado y arruinado antes de salir a ver el amanecer. Lo mejor que podía hacer era jurarle la misma suerte que me estaba deparando la graciosa autoridad, que disfrutaba del ocaso de su sinrazón.



Primero de España y quinto de cerveza.

Claro está que todavía estaba bajo la sombra del duende arlequinado, que reinaba desde San Sebastián de los Reyes. Tres meses después de haber perdido el coche, volví a los talleres, donde le dieron fin a la reparación, y acerté a preguntar por qué no me dejaron el coche como lo había entregado. La respuesta fue tan tajante como insinuante: «Ya sabes la

respuesta». Una respuesta que daría pie a otra: «¿Usted vende coches?». A lo que siguió un no categórico. Algo sorprendido por lo escueta de la respuesta, lo único que le señalé es que, para ser del sector, se estaba encargando personalmente de que no volviera a comprar ninguno más en la vida.

Para aclarar más la respuesta, me argumentó: «Tómame la pastilla». ¿La pastilla? ¿Quién le ha dicho que tengo que tomar una pastilla? ¿La loca de Globomedía, en los estudios que están al doblar la esquina de la manzana? Por supuesto, usted me conoce de mucho, como para saber que tengo que tomar pastillas. O quizás ha hablado mucho con mi madre por teléfono, que siempre me dice lo mismo cuando no quiere problemas. Cómo no iba en ese momento a darme cuenta de que en todo esto también estaban el influjo de la luna y el de Globomedía, que dejó de nuevo su huella no muy lejos esta vez de los talleres, justo a la vuelta de la esquina. Eso sí, tuve que reconocer que no hubo persona que me indujera a tomar pastillas tan abiertamente por teléfono y que no sufriera una visita rutinaria de inspección, como la que sufrí un día, dos años atrás, en la población costera del barcelonés.

Parece ser que el barcelonismo no era el único actor en la sátira quijotesca en que me vi involucrado. Lo que al principio eran suposiciones mías se convirtieron en algo más que confesiones alusivas, en hechos evidentes. Detrás de todo ese teatro en que se entremezclaban risas y sombras y más de una atrocidad, se abrigaban congresistas y senadores para entretenimiento de espectadores, público y protagonis-

tas de todos los lugares del mundo. No fue entonces de extrañar el porqué de la actitud tan naif por parte de la familia al presenciar todo lo que estaba sucediendo, cómo se inhibían las autoridades en contra del perjudicado fuera de cualquier protagonismo, aun habiendo rehusado cualquier relación contractual. Otra vez el misterioso duende arlequinado de color cobre declaró de nuevo que no había llegado a esas situaciones y a esos destinos por casualidad.

Un día me quedé sentado porque me tocó el papel de convicto en lugar del de compañero. Al recordar la especial atención de aquel programa por un lado, y por otro el papel de príncipe mendigo encomendado ellos, y el rechazo de cualquier trato personal de aquella cadena y por qué coincidí allí con Berta, una de las consortes de la presentadora, en una gala de presentación en la Gran Vía de Madrid sin ser invitado, me vinieron muchas repuestas a la cabeza, como persecución política, guerra de medios, que te sirva de lección, error mediático, anomalía del sistema, subterfugio legal, expropiación indebida, abuso de menores, extorsión a inválidos y un sinfín de males. Pero un inesperado día de diciembre de 2011 fue cuando un fantasma del pasado regresó desde la ultratumba, escondido en un baúl entre unos libros polvorientos de 1983. Aparecieron mágicamente unos pergaminos y unas notas del difunto abuelo, en las que se podían leer algunas frases como: «Se creía el pan que por ser bueno no se lo iban a comer». En otra nota de la guerra civil podía leerse: «Se han cobrado en la vida lo poco que daban a cambio». Pero lo más revelador y que nos hizo dar un paso atrás fue la aparición de



apellidos como el de Galindo, que estaban en unas escrituras reales fechadas en la época de Alfonso XIII y otras no tan antiguas, en la época del Generalísimo, en un contrato de compraventa fechado en los últimos años del franquismo. Allí aparecía también el apellido Collado, que intervino en aquella venta. Al ver semejante coincidencia, un trágame tierra invadió mi mente al saber el nombre de mis enterradores.

Después de aquella ignominia vinieron las muchas respuestas a la pregunta de «quien no esté de acuerdo con este matrimonio que diga algo o que calle para siempre». Empezó a aparecer la etiqueta de los oportunistas, que no querían callar en aquel antojo de boda con laSexta, como secesionistas, abogados, notarios, médicos, culés, fueros, el estatuto catalán, su administración, sus acreedores, además de sus seguros y reaseguros. Además del invitado de honor en aquella merienda en el marco de un gobierno servil, por lo impracticable de las denuncias y lo escatológico de sus consecuencias. Recordé con risa la broma del diablo que firmó una eutanasia paranoica, afirmando —al más puro estilo hollywoodiense— que cualquier parecido con la realidad era pura coincidencia.

Denunciar los hechos que ocurrían desde los transportes públicos hasta en la propia vivienda solo sirvió para que los verdugos extremaran más la atención, hasta que se hacía fehaciente el desamparo de la justicia por su nulidad a la hora de hacer detenciones o de iniciar cualquier investigación. Era esta una actitud que no hacía más que aquellos actos se reprodujeran igual que una plaga o un mal endémico, como el có-

lera o el paludismo. Un día, entre los juzgados, ante el aluvión de quejas, tuve que protestar ante tal desplante por parte de las autoridades por lo astutos que eran aplacando y aplastando a la opinión pública y la voz de los medios, pero igual de estúpidos creyendo que nunca les iba a tocar a ellos y que de esa manera les iba a ir mejor.

Después de la cantidad de merodeadores e interesados en que no se resolviera mi caso, no era de extrañar que aquel dictamen firmado por los que fueron mis verdugos en aquellas navidades en San Joan de Déu se convirtiera en una forma de orden ministerial oculta por malograr explícitamente a un paciente, y el programa, una ilusión igual que una luz cegadora, testigo indiscreto de los presuntos implicados. Lo desagradable en toda aquella historia era confirmar la nulidad por parte del gobierno a cualquier apoyo, sobre todo cuando aquel segundo gobierno socialista entró pisando fuerte y con muy buen criterio en pos del tan jugoso pastel que se jugaba, y con tantos convidados a tan gran convite clamando venganza por una guerra civil olvidando cualquier amnistía. Y para follar, un *trending topic* muy atractivo por parte de su ideología, además de lucrativo, con un toque extremadamente sabroso por lo cárnico y, a la vez, sarnoso, para el deleite de la ingente cantidad de rapaces que pulularon, atraídos por aquel gobierno revanchista que no dejaba ni la carroña del primero.

Pero había muchos problemas en el piso —unos de accesibilidad y otros de respeto—, y pocas posibilidades, pues nadie mostraba ningún interés por compartir domicilio, y menos con un lío entre manos que

no iba a cuento con ninguno de los dos, además de la condición en que nos dejaron a merced de estafadores, extorsionadores y justicieros venidos incluso de las antípodas. Era mejor dejar aquella residencia como inútil, solo para sus juegos. En aquellos días, y con una empresa entre manos, fue cuando encontré algo mejor, más apropiado a las necesidades en aquel momento y a la dedicación en la que me concentraba. Aunque no saldría tan bien como uno esperaba, por lo caro que se cobraron ciertas facilidades.



Imposible salir del laberinto del Fauno sin que haya algo claro.

Las evidencias y las pruebas no fueron suficientes para convencer a los jueces de la necesidad de imponer sanciones y compensar a las víctimas. La administración tenía el deber y la obligación de proteger la condición de un desvalido frente a los abusos, incluso de la misma administración, en vez de crear complicaciones mayores cuando actuaban de forma vehe-

mente, aprovechándose de una pugna legal entre colectivos. Mostraba así su cara más salvaje y desaprensiva, carente de cualquier código ético y profesional cuando nadie se hacía cargo de las consecuencias. Era algo de lo que no me di cuenta al principio, pero sí me dejó pensativo que aquel piso tuviera tres cerrojos. Era señal de que no era la primera vez que sucedían hechos parecidos, igual que un zulo clandestino ideado por los presuntos implicados. Las confusiones y los desmentidos se cruzan entre gente de los medios e impostores, hasta en los juzgados, por gente con ansia de la noticia y por oportunistas en busca de estafar a la justicia, que ocultan indemnizaciones millonarias no solo a la gente del espectáculo, sino para farsantes en busca unas veces de la consecución de logros y, otras, de un ascenso por méritos. Esto ocultaba el trasfondo de un drama que una serie de dirigidos funambulescos convirtieron en el argumento de una pantomima televisiva. Algunos vaticinaron el precipicio de una guerra civil o simplemente la caída de la monarquía, y también el hundimiento de partidos políticos. Algunos se atrevieron a predecir el fin de una aventura de alianzas, pero nadie se atrevería a tirar la primera piedra. Los más pesimistas hablaban de suicidio.

Pero no todo eran malas noticias. Entre tanta crisis también esperaba la concepción de una idea de un proyecto de tarot que podría proporcionar algo de aire fresco en aquel panorama tan anquilosado en la crisis financiera. Fueron meses de desarrollo contracorriente, que atrajo más de unas expectativas, pero, de forma paradójica, alrededor de aquel proyecto

aparecieron todo tipo de especuladores que en cierta medida vieron con interés muchos de los aspectos de desarrollo. Lo siguieron con especial interés y curiosidad ante la concepción de algo que les resultaba nuevo, pero claro está, ¿quién no podía imaginar estar sujeto a las restricciones y el amparo, a la vez, de los gobiernos que apadrinaron la idea y de quien quizás esperaba algo más que el fin de semana para ir a la peluquería? Pero una sombra tenebrosa acechó el proyecto en vísperas de su inauguración, lo que coincidió con el lanzamiento del transbordador Atlantis, y el aniversario por todo tipo de usurpadores que estaban lejos de pretender asociarse o participar en la empresa.

No solo eran los usurpadores, sino que también había enemigos invisibles que no existían en los manuales de los comerciales, gente que se hacía pasar por artistas o del espectáculo actuando como auténticos saboteadores, al servicio de los corredores de apuestas. Fue algo que dejaría absorto por unos días al mismísimo Bush, pero que no fue más factible después de la revolución de los medios y la proliferación de las operadoras en el mundo del espectáculo. Tampoco era de extrañar cómo brotaban nuevos actores de países que en principio ni existían, buscando comprometer la seguridad del sistema, y las aventuras de *hackers* buscando la fama y la gloria en los medios de comunicación. Poco fue de extrañar cómo ese día tan señalado me ofuscó alguien que consiguió tumbar la máquina que ofrecía el servicio.

Las sonrisas confidentes de aquellos y aquellas que aprobaban la idea se vieron truncadas cuando las ma-

las noticias vendrían por el peor de los caminos, por el de las intervenciones televisivas. Un presidente con una política intrínsecamente intervencionista abogaba por la recuperación económica, pero con un matiz que desfiguró la cara de optimismo de muchos de los que abrigaban esperanzas en las iniciativas y nuevas empresas, pues el mandatario aseveró públicamente: «Que se hagan ricos, pero con su dinero». De poco serviría que aquella pieza de la ingeniería supliese la carencia de juicios o fuera una vía para dar fin a la crisis, no solo la mía, sino la de aquellos que abrigaban más que fundadas esperanzas de resolver sus problemas económicos, por un lado, o bien acallar las bocas de quienes nos tildaban de ineptos. Pero, a la postre, ni los argumentos técnicos, ni las campañas publicitarias, ni el argumento médico ni las fabulosas expectativas fueron determinantes en el fracaso y la frustración de cualquier campaña. Entonces se desvelaron movimientos desde el gobierno y reuniones en secreto, en busca de impedir cualquier actividad económica o profesional no legislada o regulada directamente por componentes de aquel *ejecuti-gol*.

Aquello sonaba así como el aviso legal de una cinta de video VHS, donde las autoridades advertían de que cualquier copia, edición, proyección o reproducción parcial o total sin autorización expresa por los agentes de la ley sería penalizada con multas, de acuerdo a lo estipulado en el artículo 123.55 del Código Penal. Un día en el metro, mientras me preguntaba si esa ley también tenía su eco en el mundo de los proyectos, un señor musulmán con una gabardina como la del inspector Gadget y una mano amputada

pedía limosna, pero a su vez parecía recordar lo que les pasaba a los eunucos que robaban en los harenes del sultán. De poco sirvió el nuevo despacho a trescientos metros del Bernabéu, cerca de la calle Lleida, para sacar adelante la idea. Entonces descubrí un gol poco inusual al Madrid, cuando tras meses de un sospechoso claustro me percaté de que he estado pagando un estudio adscrito a un centro de internamiento de menores, muy cerca de un psiquiátrico todavía a medio terminar, el cual brota por la zona en una nueva señal de cénit y apogeo, además de soberbia sobre el eterno rival, haciendo alarde de sus tramas de cazatalentos muy bien camufladas entre las callejuelas de barrios colindantes al servicio de sus especuladores. Mostraban su capacidad para increpar con total impunidad a quien osara retarles con la autoridad que le conferían sus mismos celadores, intentando tapar un escándalo tras otro entre amenazas, robos, represiones y conspiraciones, en un escenario con un toque adicional en forma de una extraña solidaridad o complicidad.

Aunque, mirado desde otro ángulo, lo que escondía era la cámara indiscreta de un escenario propio de un pederasta o quizás proxeneta. Hablando de por qué un día invité a cenar al piso a quien podía haber sido mi pareja, contestó: «Mire, Ricardo, nosotros somos los únicos que tenemos una copia de la llave, y le aseguro que nadie más puede entrar en el piso».

Quizás ya no tenía nada que objetar cuando la situación empezó a degradarse y terminó degenerando de forma abominable, en busca de la enajenación. Fue justamente en épocas navideñas, como en tantas

ocasiones. Por esas fechas se recrudecieron las relaciones después de las elecciones, cuando un músico retirado cerró el caso sin tecnicismos al preguntarme: «¿Por qué nadie queda contigo en público? ¿Por qué nadie te llama? ¿Por qué te dan la razón el notario, el técnico de comunicaciones, el abogado, tu familia y los amigos, y luego te dicen que no? ¿Por qué no te asignan un abogado? ¿Por qué te han dejado de pagar? ¿Por qué Asuntos Sociales pasó tus reclamaciones a Sanidad? ¿Por qué, después de eso, tras denunciar desperfectos en la vivienda se presentan con el loquero con una falsa alarma de suicidio? ¿Por qué siempre eligen a tus novias? ¿Por qué tú eras el autor, si nunca estuviste allí? O ¿por qué los servicios municipales te niegan el paso con el mismo motivo con el que entraste, igual que si fueran matones de colegio?». Al encoger los hombros, respondió claramente, sin dejarlo claro: «Cuando el río suena es que algún músico se está ahogando».

Fue también cuando un entrenador de fútbol, al hablar de los abusos injustos, además de descabellados y desaprensivos, por los que quebrantaban el estado de derecho en un secreto pacto salomónico, más propio de un desmembrado. Me respondió que «el fútbol es fútbol». Después de esa respuesta nadie entraría en debates para cuestionarse que, por desgracia para el socialismo y el comunismo, el laicismo no case con el perjurio.

La preocupación por el rodillo socialista y la no escrita ley de rasero chocó con la fórmula de aquellos afincados francófonos luxemburgueses y su idea de *liberté, égalité y fraternité*, con la idea



aria de aquellos Messias que se extendían por la península como libertadores, no solo como mercaderes que monopolizaban el poder, sino también sus fronteras. Mientras, el resto contemplaba con indiferencia, después de una y otra denuncia, cómo volvía a amanecer, quitándose el sombrero todas las mañanas al pasar, con un amable: «Buenos días, caballero, qué día tan estupendo para darse un paseo». Confundían la igualdad con *igual da*, y convertían la libertad en un sucedáneo aditivo del Monopoly mediático, fundiendo las dos anteriores en fraternidad con *me da igual*.



Quizás sea yo y no Freud el que tiene  
la fórmula del superhombre.

Pero no fue solamente el reloj biológico el único protagonista actuando como entropía negativa, tal como dicta la teoría termométrica del universo, pero quizás la corrupción es el mejor catalizador de aquella ley termométrica cuando los arbitrajes en los terrenos

de juego, igual que hipnotizados por una culebra, revelan el favoritismo cuando bajan inconscientemente el banderín en una eliminatoria de Champions, dejándote cada vez más sin familiares, cegados por el equipo omnisciente.

A veces, un compañero se pregunta, como yo, después de un trago de Four Roses, por qué no nos sentó mal que destituyeran a la ministra de Sanidad y por qué nos afectó igual que si hubiéramos sufrido el efecto de setas alucinógenas, después de ingerir un plato de amanita muscaria, lo que coincidió con que nos cerraran cualquier oportunidad en aquel concierto y atacasen nuestros intereses vaciando nuestras cuentas e incluso nuestros hogares, tras la firma y rúbrica del estatuto que defiende la idea aria de los Países Catalanes. Con una ministra de origen catalán al mando de los tres ejércitos, se evitaba cualquier golpe de estado como suyo propio, con ojos como dientes de ajo, cuando el presidente tuvo que declarar el estado de emergencia y el ejército tuvo que tomar las torres de control de los principales aeropuertos del país, en una huelga sin precedentes, igual que en una república bananera, lo cual no conllevó ninguna destitución. Aquello me hizo recordar los días de presidio y tortura años atrás por una nimia denuncia en los juzgados de la ciudad condal por las anomalías presentadas alrededor de la retención deliberada de equipaje por los mismos que se declararon huelguistas.

No tuve que ir muchas veces más al doctor para preguntarme por qué yo ahora era el doctor y por qué me convertí en los restos de un *zombie* mediático que estuvo en trece juntas de gobierno.

Hablando acerca de la ley del rasero, un gobierno que te ha arruinado a perpetuidad enmascarando las intenciones de aquellos otrora salvadores, bajo el paraguas de un subterfugio legal aún mayor, por todos aquellos actores en aquellos escenarios en que se produjeron los hechos, tenía a aquellos sofistas descendientes de Epicúreo, Ptolomeo y los hijos de Amenofis como gobernantes, que nunca creyeron en lo que tenían delante de sus ojos.



Abre los ojos, cariñín. Se dice tirar la piedra y esconder la mano.

¿Cómo no iba a estar al corriente de lo que sucedía en aquella cadena, si eran sus más directos colaboradores los que metieron baza en el asunto? Todo ello bajo los auspicios de una empresa privada con exclusividad de la cuenta de resultados y de las exclusivas mediáticas, pero igual de intervenida que las empresas públicas. Y más tras aquel estornudo de aquel en-

cargado haragán que acabó con destrozar el coche en aquel taller, a la vuelta de la esquina de sus estudios centrales.

Un tabernero hablaba de un caso parecido de paro forzoso y de gente que ensuciaba el trabajo de los demás para que esa gente de todas partes se hinchara a bollos. ¿Qué cree usted, que luchan contra las desigualdades? Usted debería ser una, porque se la han creado. Además de lo capciosos que son con los sueldos y los problemas irresolubles. Debería estar usted acostumbrado a ese tipo de injusticias cuando la justicia falla a favor del comerciante y no de su víctima, cuando también participan de ella. Olvídese de hablar de manipulación de contrato, de tergiversación de los hechos y de las conversaciones con el afectado; la policía no llega para tomar siquiera unas fotografías o huellas dactilares, que solo servirían a la comparsa de aquellos mediocres, mercenarios y estafadores, ante lo que no tienes bando, y más cuando han polarizado la anarquía y la justicia como países tercermundistas.

## 40 REÍ

Respecto a la relación con laSexta, la presentadora y todo mi caso, un procurador me aclaró que renunciaron hace tiempo, y que a estas alturas hay otras opciones igual de válidas e incluso mejores que una decapitación en público. Además, a nadie le interesaba pensar que eras un desconocido condenado al exilio atraído por el morbo de los medios, pues los límites de la realidad no fijan hasta dónde llegar, y más si se ha equivocado el médico, con riesgo de muerte si no lo demuestras. Quizás pensaron que el hecho de que una presentadora te sonriera todos los días y creyeras que estás viviendo una videoconferencia iba a convencerte de que solucionaría el problema, o quizás justo todo lo contrario.



Y parecían que no sabían qué hacer con un cabo suelto.

Un policía retirado experto en tramas corruptas y de extorsión me comentó que se trataba de gente concienzuda, que estropean las cosas el último día, y que bien podrían estar experimentando para crear una trama corrupta oculta de captación de menores y jóvenes talentos con capacidad de raptos y bloqueo de las comunicaciones.

La empresa que montó ese tinglado sin aviso utilizaba no doble, sino triple moral al montarse a caballo en el gobierno, el grupo de modelos y el problema con la intención no solo de sacar partido, sino de vengarse de alguien causando daños a terceros inocentes, hasta la hora en que había que pagar y responsabilizarse, tirando al traste incluso un concurso de belleza.

Un político retirado y dedicado a la abogacía me dijo que detrás de todo esto se vislumbraba un grupo social predominantemente burgués, fundado en el libre comercio, y que no les interesaba ser eclipsados por nacionalismos baratos.

Un andaluz se avergonzó al tenerme que decir, pese a lo que había negado, que el juicio se lo estaban dando a políticos, gentes del teatro, directores de cine, deportistas y jugadores de fútbol, porque para chutar bien el balón o la cabeza de quien sea también hay que tener el juicio y la moral firmes. Me preguntó si me parecía bonito que te enseñasen modelos y supermodelos que luego recibirían sobornos para fastidiar el noviazgo, o si no ella misma se encargaba de venderlo. «¿Usted ve correcto que una persona no pueda tener familia ni familiares solo porque el deber se lo pide? Y encima que le estén invadiendo

y apoderándose en vida de sus bienes. No le dan lo que necesita, sino lo que les conviene, detalles que agravan aún más la situación, y más con el paso del tiempo. Pues no es solo eso, sino que se rían de sus desgracias, que no son sino ellos, y que el amor y el matrimonio sean los ingredientes de un baile macabro de gente sin guiones. Gente que encima que les entregan un país son como las amapolas, ni lo creen o no lo quieren saber, y, como siempre, no les importa mientras sean buenas noticias».

Un retrasado mental me comentó que la mierda de vida y fiasco que sufrí en ese país era fruto de una intifada disfrazada de guerra santa, la cual, desde tiempos de Felipe II y de la guerra de sucesión española, llevaban siempre en la sangre, y que hierve jornada tras jornada.

Un agente retirado me habló que en el exilio no había entendido lo que significa la palabra *capcioso*, que qué me parecía que les llamen hijos pródigos y se dediquen a robar el pan de sus hijos para meterlo en la hucha de los pobres, que no es la de ellos. Que el aprecio que me habían mostrado era igual que si tuvieran un ternasco. Que en los trabajos con su gobierno de terceros era su perrito faldero, igual que la mascota invitada, y como tal me daban de comer aparte. El privilegio de no saber nunca la diferencia entre estar arriba y estar abajo, o estar tan cerca o estar tan lejos. «¿No cree que le supone algo? Para empezar, que ese tenga acceso a lo tuyo, una igualdad que usted no tiene con él. Que ni las heces sean tuyas y que, además de indefenso, encima quede a merced de pocos amigos».

Un representante del fútbol me habló con extensión sobre dictaminar que la familia fingía a mi favor, pero actuaba en mi contra. No se cortó un pelo en afirmar lo zafio, gañán y tahúr de la gente que predica con el clero y comulga con el diablo. A continuación, me recriminó, encolerizado, que no había visto mayor traición a la humanidad que predicar una enfermedad, y de forma sibilina apuntó que todo ese merodeo alrededor de la vivienda y falso protagonismo que creaba un aire estéril y hostil era igual que prohibir la vivienda y enterrar a alguien vivo de por vida. «No me extraña que a usted se le haya borrado la sonrisa de la boca cuando salen corriendo de usted igual que si fuera un leproso», reconoció.

Un torero asintió al escuchar lo sucedido y dijo: «Eso de que todos oigan lo que no les dicen y que encima tú te tengas que emborrachar con unas pastillas para no aguantarles es como cuando yo le corto al toro las orejas y el rabo... de regalo». En lo que se refiere al psiquiátrico, otro cuento igual que el primero, como gallinas de corral, pero en burladero y contra la pared. Al sentar un precedente, los sentaron todos.

Un presidente del Constitucional me dijo claramente que, quebrantando las leyes para sus hijos, las habían quebrantado todas, y que el diagnóstico médico era un callejón sin salida la mayoría de las veces.

Créanme: nadie tiene tanto miedo y tirria a una persona de no ser porque fueron ellos los culpables de todo lo primero. En vez de dejarnos en paz, no pararon de intentar arruinarnos por todos los medios, tomándose la ley por su mano y el pico de espalda. Poco erraría el juicio cada vez que veía esa exigua



paga como misericordia, pero era más bien una orden ministerial dada al ejecutivo y, de forma camuflada, al pueblo español, algo propio de un locuaz bastardo.

Tras veinte denuncias, todos los autos fueron sobreseídos, ninguno llegó a juicio. ¿Qué podía esperar cuando expulsaban del país a jueces como Baltasar Garzón y se legalizaba un partido que pretendía erradicar las instituciones españolas? La justicia actuó a mi favor en lo que confería al conjunto del Estado, y las denuncias parecían octavillas de diario, mientras que los juzgados tenían el carisma de una fábrica de salchichas. Por su parte, los autos que sobreseían el caso e ignoraban al acusado eran igual que servilletas de bufet libre, y salir de los juzgados, igual que si dieran un capotazo al toro de lidia.

Un psicoanalista me explicó que, en esa casa piloto, lo que ellos llamaban esquizofrenia el comercial lo llamaba empatía, pero lo que desconocía era esos temores infundados ante las provocaciones que provocaban sentimientos contravenidos, como dar el esquinazo a una persona a la vuelta de la esquina.

Un eclesiástico que renunció a cualquier esperanza, un laico a rajatabla, que era lo más mezquino, perro y repudiable que había visto, acribillaba continuamente y por sistema a un inocente. Y que encima gente sin conciencia ninguna de lo que hace lleve el logotipo de UNICEF... Sin límites y muy decepcionado, se rindió al reconocer que era lo más famélico que había visto del cristianismo, y que ya no comprendía eso de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» para dárselo luego al prójimo. Después se avergonzaba de camuflar un secuestro en vivo con la ficción de una

enfermedad detrás de una ruina más que tergiversada, que llegó enmascarada a la opinión pública. Sin dar crédito a lo que presenciaba, le levanté el velo de novia para que lo vieran sus hermanos de cofradía, y le añadí un enfoque que él nunca vería: bien pudiera ser que detrás de eso haya una guerra y burla continuas contra alguien o un grupo determinado.



Algo más que la Guardia Suiza del Vaticano.

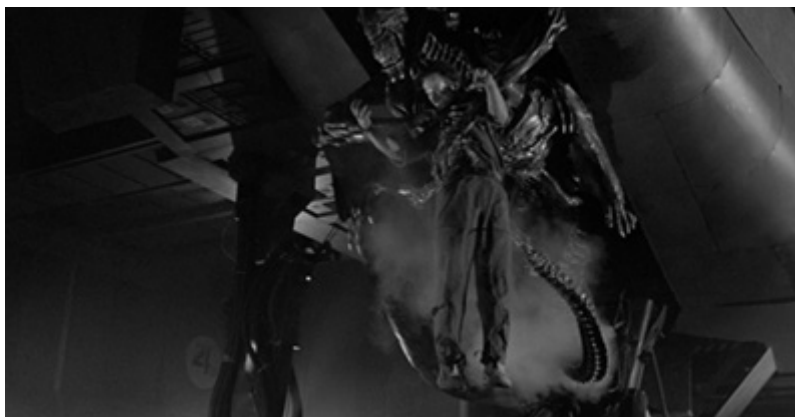
## ¿POR QUÉ NUNCA FUE CONTIGO AL LOUVRE?

¿Por qué solo huevos, y nadie de la Sexta trajo flores para sus colaboradores en presidio?

Claro, que ella también formaba parte del programa, y le interesaba que el programa no desapareciera y que te quedaras ahí hasta última instancia. Como programa, su misión es existir. Un hándicap añadido fue que gran parte del capital de la cadena fuese catalán. Teniendo en cuenta que después de gastarle la broma de haberla dejado como plena heredera, no me extrañó la manera en que los médicos me encerraron, o haber sufrido tres amagos de infarto al corazón.

También les gustaba apoyarse en mis conjeturas, que también eran las suyas, pero con un montón de médicos detrás que lo tachaban todo de enfermedad o falsedad, al mismo tiempo que gratificaban al espectador con una coartada de actual normalidad. Porque eso fue una *fachondería* de esa cadena en las manos de ese gobierno, a sabiendas de lo que pasaba y de la mentira que se cocía allí dentro, y muy bien camuflada. Una misma pregunta volvía a pasar por mi cabeza: ¿Qué ocurrió con aquellos tiempos en que éramos bien recibidos en Madrid, aunque repudiados en los círculos sociales? ¿Qué ocurría con aquellos idolatra-

dos nuevos Messias, que fueran rechazados por sus propios padres? ¿Qué influencia tendrían las nuevas generaciones y sus ideas de cambio?



Una decisión salomónica para el pobre de Bishop,  
sus intereses compartidos y su ilustre destino.

Y los premios, como ya se sabe, son para este gobierno, o para el que publica el primero no necesariamente el autor, y menos si eres el experimento. Quizás Marie, la mujer del matrimonio Curie, tuvo mayor honor al morir mientras ambos estudiaban la radioactividad, pues murió primero su marido a causa de lo que estudiaban. Fueron repetidas pruebas de grabación las que me salvaron del destino de Klepper. Con el clero iba de camino a tener la suerte de Galileo Galilei, y con el trabajo y la participación en todo tipo de programas que no dejaban de ser ingenios, la suerte de Leonardo da Vinci.

Pasaron muchos meses y denuncias, pero la cadena y la presentadora siguieron con su programita. Un

día, por casualidad, al ver el último programa un 25 de mayo —un mes antes de lo previsto—, lo único que conseguí en los últimos meses del programa fue desesperarme al seguir ese programa intentando cazar a mi depredador. Hasta un día que logré unas grabaciones reveladoras que los pusieron en tela de juicio. Desde que se despidió de los telespectadores, el único tormento que me llegó de ella fue un alarido, como si se estuviera acordando de alguien mientras sufría un desgarró anal como entrante. Eso sí que fue audiencia y acordarse de uno, pero a lo mejor, y conociéndola, no me extrañaría que en secreto de confesión también recordara la obra de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, a su despedida del programa. Y sus compañeros estaban con la correa del mismo amo, pero distinta. Con ello seguiría intentando hacer el programa y recrear la famosa frase final: «Nunca me arrepentí de la decisión que tomé, aunque mucho me doliera. Nunca supe ni sabré su nombre». Esto último, igual de falso.



Siempre me preguntan qué es eso, y lo que realmente quieren es *ser* eso.

Como tantas cosas, unas vienen y otras se van, pero el puente permanece y, salvo raras excepciones, poca gente se queda viviendo en él. Je, je. Para lo que vine y para lo que me querían, pues tenía dos papeles: uno, el de cadete, ignorado para no hacerme caso, y otro el de jefe ignorante, por si acaso acertaba en algo. En resumidas cuentas, un descrédito impresionante. Ocultaban muy bien sus propósitos para no pagarme.

## Capítulo 15

### NOMEN IS OMEN Y LA AUTOCRACIA

Al final, en todas mis desdichas había detrás alguien del gobierno que no era el que me representaba. Algunas veces chocaba con el de tráfico, otras, con el más inesperado, el del fútbol, y los otros ni te lo imaginas. Una discriminación y una marginación con favoritismo hacia un sector mayoritario de la sociedad, unas veces por ignorancia, y otras por su mala fe.

Han aprovechado la prescripción médica como una tapadera de una patraña provocada por ellos mismos, confundiendo enfermedad con trastorno. Unos papeles y sentencias médicas solo servían para borrar todo vestigio de pruebas y estafas, así como para negar cualquier conexión o relación. Una ruina bien desarrollada, con consecuencias que a pocos importaban, excepto al equipo y los amigos más allegados, pues los que tienen alrededor de ellos han hecho un interés cediéndome el gobierno a los que les rodean, puede que por la propia cadena de televisión, que tiene como misión integrarme, pero no como parte del equipo, sino como parte del programa. No me compensaron en nada y convirtieron mi vida en un

experimento sin compensación ni contrapartida alguna, pues fui objeto indirectamente de, digámosle, discriminación social.

Era una persecución no sobre un coche, sino sobre lo que simbolizaba la marca de ese coche, sin entrar en detalles de modelos y gamas, convirtiéndose uno mismo en un bienpreciado al menor coste en contrapartida del coche y con un acierto no reconocido ni recompensado. Esto es un recordatorio para los que no tienen ni conciencia de lo que están haciendo, como vender un coche dos veces: por un lado, al que lo quiere y, por otro, al que codicia ese coche. Eso da pie a ceder no solo el coche, sino el conductor a la vez, un caso de venta fraudulenta.

Era una persecución por un atentado que ni cometí ni participé en su diseño, que fue fruto de lo mismo que los médicos consideraron síntoma de una enfermedad, pero que era todo lo contrario, y que quedó fijado en la memoria de muchos de forma obsesiva. Esto es un aviso a los que incurren en negligencia médica por no saber discernir ni cerrar el caso.

Hasta la justicia trataba de tapar dicha situación ante los ojos atónitos e impotentes del mundo, tras permitir todo ese tipo de atropellos amparada en el paraguas del gobierno del Estado y la justicia local. Quedé perjudicado por los intereses creados en aguantar esa situación, en detrimento de mi salud.

La historia que he descrito parece un complot de los buenos, pero lo que sentencia mejor el asunto es el término conjura. Poco pudieron hacer mis familiares, que les siguieron el hilo a cambio de tranquilidad. He intentado iniciar muchas cosas en ese país



y hacer funcionar algún que otro modelo, pero por algún tipo de predisposición nacían muertos. Dos palabras tabú hay en ese país: *Dios* y *Madrid*. Sus aires de libertad son propios de un barco pirata en una charca de ranas, infectado de ratas que se comen lo bueno y se quedan con lo malo, y que son transmisoras de enfermedades.

Los dos mejores recuerdos son, primero, un acierto reconocido que llegó a los confines del planeta en forma de telaraña, la cual trajo mucha tela, y que fue presentado en la radio (una radio con la capacidad que tiene la de los delfines). Segundo, haber participado activamente en el programa *Sé lo que hicisteis* junto a un equipo de iluminados y de Patricia en una cadena privada de televisión, laSexta, que me defendió hasta donde se lo podían permitir, con un romance del cual resultará difícil decir algún día que habrá acabado. El fútbol está muy conectado con la política, pues abraza a todo aquel que sirva a la causa con tal de pellizcar algo que bien les haya valido la chingada, premios y celebraciones internacionales.

Después de hablar con mi psicólogo, me comentó que aún no me conocía a mí mismo lo bastante ni era muy consciente todavía de cosas que me habían ocurrido, pero, para mi desasosiego y desazón, entre los apócrifos que he tenido algunos han sido bien intencionados. Sin embargo, es preferible que no se desvelen ciertos méritos que nadie me otorga. Para aclararme esto, me recordó una frase: «Una época de suma aventura que solo los suyos recordarán».

Además, me apuntó que, aparte del espionaje de todo tipo que estaba sufriendo, incluso industrial, si

interferían en mi vida privada con mis propios medios no era más que un secuestro de medios pese a las cláusulas de rescisión del contrato. «Por lo que cuento de tus amigos, os tratan igual que a unos cualquiera, por no decir unos fulanos con estudios».

También me aclaró que su postura, tan fratricida y en mi contra, lo único que me hubiera provocado sería caer en causas penales contra ellos, en detrimento de lo mío. Con ese gobierno, irme de ese país era lo mejor.

En otra sesión con mi psicólogo, me recomendó que no le diera muchas vueltas al asunto ni al porqué de todo lo que me estaba pasando. No me han querido respetar ni el nombre, sería alegre decir que por envidia, pero debo tener presente que siempre hay intereses creados por ideales, económicos e incluso experimentales. Resumiendo un poco, me comentó el señor Gutiérrez Galindo: «Han preferido aprovecharse de ti antes que auparte».

Para explicar todo lo sucedido acerca del trastorno que repetidamente sufro, lo describió como un cúmulo de corrientes adversas. Me apuntó que no me preocupe por erradicar el problema, porque es latente, y más en circunstancias adversas. Y que en ese centro hacen algo más que transfigurar a las personas. Que el delirium tremens sufrido la primera vez —una vez que se sabe la naturaleza del trastorno— fue fruto de un intento de asesinato múltiple.

Me consoló también acerca de lo ocurrido en el trabajo; en realidad, uno no se da cuenta de las consecuencias en la mayoría de situaciones hasta que uno no está fuera o le explican algo. No es de extrañar

que, por un simple cambio de gobierno, pasemos de ser héroes mundiales a formar un grupo de tunantes.

Me dijo que no dude de que mucha responsabilidad es del gobierno, que ni me protege ni me deja protegerme, aunque lo aparente. Que recuerde cuáles son los fines políticos separatistas que tiene ese país, del país que soy y en el que estoy. Que recuerde que estando vivo les valía más que estando muerto, mientras les sirviera de algo, y que no han podido ir más rápido porque buscaban algo. También me aclaró que no me pesara el no haber podido moverme como esa gente, ya que lo que me ha ocurrido no ha sido fortuito, y que han sido mezquinos al llamarlo fracaso escolar.

Acerca de la justicia, me explicó que sí, que es igual para todos, pero que eso no quiere decir que sea igual de equitativa. Y que no me sorprenda que defiendan antes los intereses de una compañía que los del perjudicado. También reconoce que han considerado mejor a un extranjero que a mí, solo con ver el origen de los jueces.

También me comentó que hasta los familiares se ven afectados por la situación tan grotesca que han creado, y ellos mismos han llegado a perjudicarme en contra de sus intereses, pareciendo unos filibusteros ante gente tan adversa, y que tienen que hacer muchos esfuerzos para no quedar como tarambanas o mal de la azotea ante el resto para presumir de empatía. Además, se percató de que era una lástima que los servicios jurídicos, financiados por el gobierno, solo llegaran a parar una multa en forma de propaganda y que encubrieran el resto.

Ante la pregunta de por qué no me quitaron problema, un abogado procurador me respondió que se acuerdan más del médico y su función de velar por el interés de la ciencia que de lo que esa persona puede hacer, y llegan a maltratar al —llamémosle— paciente, aunque siga siendo válido. Prefieren encontrar un cabeza de turco y un verdugo antes que crearse un problema, aunque lo lleven consigo.

Un político me enseñó que ese centro era como una tapadera, tanto para que ellos se dieran prestigio en el mundo entero como para esconder sus propios errores, y que aun así estaban construyendo otro campo de concentración, más grande y complejo. Me dio la razón, y tuvieron que admitir que fueron tan falsos que el mejor remedio fue destruir todos los pronósticos con una trituradora de papeles delante de mis narices. Defendían sus puestos, su industria farmacéutica y su estrategia política.

Un político retirado en una empresa sugirió que el círculo vicioso en que vivía no era más que una parte de una trama de cazatalentos, pero que lo que no pensaba era que me iba a dar tan de lleno. A ello respondí que, aunque tarde, yo no soy el gancho de nadie ni el ligero de ellas. Me comentó que era un ingenuo al pensar que solo se ocupan de sus clientes, pues no solo se bastan con investigar a sus empleados, sino que canalizan, controlan e incluso intervienen tu vida y tus amistades a través de los medios.

Un economista acertó al comentarme que entre políticos, actores, empresarios y literatos habían descalificado la carrera de Informática en todos los sentidos,

tanto económicos como representativos, convirtiéndola en una profesión considerada como un medio.

Un abogado criminalista desdibujó un poco la situación argumentando que tuve suerte de que me aceptaran los medios por lo interesante del caso. Quizás sí, quizás no tuve suerte de no salir en los medios en el estado en que me habían dejado. Por mucho que insistiera en apoyarme legalmente en ellos, aun siendo partícipe del programa, la mejor opción que se les ocurrió fue hacerme pasar por un iluso.

Al explicarle lo sucedido con las irregularidades cometidas por la caja de pensiones sobre un préstamo, un experto en parricidios y maltrato a menores—cuando me hablaba de los presuntos padres—, me dijo: «¿Le parece poco que la mayoría de los últimos encierros coincidieran con fechas en que ellos cerraban tratos con su madre a expensas de usted y el resto de intervenciones sucedidas?».

Un periodista argumentó que, después de leer todo lo sucedido, he tenido suerte de que haya acabado en boicot y no hablen ni de magnicidio ni atentado. Lo único que puedo reprochar a mis amigos es que hayan hecho mucho el cretino con todo lo sucedido.

Un abogado laborista me quitó la venda de la justicia de los ojos y los principios de ecuanimidad al comentarme: «¿Le parece poca la estafa cuando le mantienen en los márgenes de pobreza tal y como les interesa, gracias a una minusvalía, y que encima haya sido precursor de un máster de Informática y Periodismo de la Universidad de Columbia para no pagarle atrasos?».

Un historiador me repicaba los oídos recordándome cada vez que hablaba que me reconocieran algún

logro o mérito, que gente que me rodeaba incluso predicaba que Cristóbal Colón era de origen catalán, en lugar de genovés o español.

Un psicoanalista experto en casos patógenos me comentó que el embrollo en que me vi enfrascado por el avistamiento en la carretera del fiasco catalán y el supuesto misil balístico, así como el porqué de las repetidas coincidencias acerca del tema, ocurrió «porque sí, porque era cierto».

Un abogado consultor concluyó que no querían que nadie les dijera cómo hacer las cosas, y que por ir con traje y corbata casi me meten en la cárcel. Un político retirado subrayó que estaba excluido del círculo social para que me tuvieran en consideración, y que lo único que buscaban era aprovecharse de mis influencias.

Un reflexólogo me susurró al oído que el término *paranoico* era un concepto invertido, y que mi situación, aunque kafkiana, lo único que demostraba era maltrato con tintes de desconsideración, pinceladas de cinismo, desinterés, extorsión y despropósitos.

Acerca de la Sexta y su *Sé lo que hicisteis*, un amigo me sugirió que lo mejor que podía hacer era olvidarme de ellos. «No te ha dado solución alguna y ha disimulado mucho ante lo que pasaba frente al espectador, y se lava las manos delante de médicos, políticos y otra gente del sector».

Después de hablar con un asistente social y comentarle que no solucionar un problema a tiempo me ha provocado exclusión social y ruina económica y personal, me insistió en que: «Hubo un momento en que el programa en el que colaborabas te po-

dría haber contratado y haber hecho una buena oferta, aprovechando tu buen estado de salud, pero por una gracia de ella, “a ver qué pasa”, te abocaron de nuevo al abismo al dejarte a merced de ellos». Llegó incluso a matizar en forma de preguntas: «¿Qué opinas de que ni esos estudios te puedan salvar? ¿Qué opinas de que te hayan tomado el pelo y encima te miren con mala cara, que solo puedan verte de lejos y que hasta ellos mismos te bloqueen el paso? ¿No ves que lo que han hecho contigo y con esa gente es truncar una carrera y manipularla?». Para finalizar, agregó: «Tú y tus amigos habéis sido incluso objetos de violencia de género».

Un amigo experto en relaciones me comentó que la gente pública a nadie le interesa, menos si los han dejado maltrechos por la empresa o el poder. Los que mandan, por un lado, con su «a ver qué me meriendo, aunque sea destrozando». Los medios y maleantes, haciendo negocio del lío, llegan incluso a solicitar rescates sin que nadie se entere. El pueblo y el espectador en general se lo pasaban en grande con el juego del despiste y la gallinita ciega, tal como el espectáculo transcurría.

Un médico, retirado por obsoleto, me aclaró que una cosa era ocultar el diagnóstico verdadero y otro disminuirme psíquicamente mediante el diagnóstico y nuevos fármacos, lo cual se acercaba a crimen contra la humanidad o pandemia.

Hablando de dignidad, un experto en numerología me comentó que el 72 de la matrícula tenía relación con el grado de discapacidad a partir del cual se percibe prestación por parte de la Seguridad Social, pero

que, si aún me parecía que sonaba a sorna, no dudase en tachar al hombre que me vendió el coche de facineroso por el segundo par de dígitos, el 11, que me endosó de paso todos los 11 que tiene este país: 11-M, 11-S (Diada y Zona Cero). Era igual que jugar con un muerto político y un coche con una duración de vida más que incierta.

Tras unos meses por Madrid, acude el recuerdo de Miguel Delibes y su obra *La sombra del ciprés es alargada*. Lo sucedido ha dejado de ser kafkiano para convertirse en un juego capcioso, unas veces escabroso y otras macabro, dejando atrás el cinismo del pasado. Se trata de una forma de coartar, de trato subversivo y subterfugio, un tanto exagerada.

Un experto en medios me comentó que toda esa red de informadores y de títeres de calcetín que se entrometían en mi vida y propiedades de forma consentida por el gobierno convirtió mi vida en un cuento chino, por no hablar del incesto que tenían preparado.

Un labrador, en tono brusco y tosco, me comentó que lo que ocurrió con laSexta y los líos de espionaje fue algo más que buscar las pesquisas y ordeñar a una persona intelectualmente o de presumir de contrato sin contraprestación alguna para repartirse su intelecto. Además, ¿qué importaba lo que pusiera en ese papel, si era inválido o pelo-chota? «Ahí lo que pone es que no les agrada mucho la idea de que te recuperaras cuando no te han dejado ni las raspas. Te han presentado como el timo de la estampita, y a los médicos se agarran, y con la medicación también se valen. Si basta solo con ver la titulación, dónde te encuentras y lo que te dejan hacer».



Un guardia civil retirado, experto en el caso, me resumió todo con brevedad y vehemencia en pocas palabras: «Acerca de laSexta y su programa, lo único que eso te demuestra es que te cuelgan antes de tiempo porque no les queda más tiempo, y menos por escrito, pero mejor con tu dinero. Lo que he hecho por ti es decirles a los de laSexta y demás medios que se busquen a otro macho que destruir en lugar del amigo ufano, ya que lo saben todo y son tan listos. Pues para el gobierno y el asiduo recoge pelotas eras como comidita *pa* los pollos, o para gente con medios y dinero e insinuaciones de “lucha por mí, y para mí las condecoraciones, pim, pim”».



Doble o nada.

«Usted lo que hacía en realidad no era cine, era *chine*, y para los medios, gobierno y opinión pública usted era un tipo de pescado llamado *judez*, pariente hermano del jurel. El aragonés, el imberbe de turno con los catala-

nes, junto con tu país salchichero, te han arruinado. Y al gobierno le ha agradado tu cuelgue entre sus amigos del partido, a costa del madrileño hipnotizado por el éxito y de cómo conseguían llevarse el gato al agua con el lío del catalán y las miserias del equipo de fútbol contrario, que tantos triunfos les ha dado, y que no sabe cómo sacarse las pulgas que llueven desde el Congreso, de un partido atrincherado en la grupa del tripartito. Acerca de las mujeres que te quieren a lo lejos, por culpa del gobierno y de los que siempre se están relamiendo a tu costa y a la del de arriba, para ver si te mueres de celos o te quedas enfermo del fiasco siguiente que te están preparando. Sin hablar de la familia, que siempre está expectante para ver quién se queda el petete. Y que no sea una chica, porque un carnicero comprometido con el medioambiente considera que como árbol bellotero alimenta más a sus cerdos».



*Saturday night.*

«Muchas veces te hablaron de irte a las afueras, a lo que conoces como Isla Tortuga. Te costó mucho llegar allí, hasta que fuiste, porque para ellos era una *whopper* con doble hamburguesa, queso, bacon y extra de pepinillo. Lo de las multas y los cambios de tráfico eran para ellos pruebas de tiro con fuego real. La experiencia única de los medios, con secuestro de medios camuflado y todo el *tinglao* que había alrededor, era una forma de calentar la sopa para que hicieras sus ensayos para las próximas elecciones y puestos de trabajo».

«El error médico no fue solo garrafal, sino malintencionado. Se mearon de risa cuando te vieron conmigo, suicidándonos con sus pastillas receta de la abuela de casa Tarradellas, y no han querido saber nada ni de mí ni de ti ni de nadie de ese centro, y menos de la Gestapo catalana a expensas del gobierno, que es más sádico que socialista. El resto de episodios y anécdotas, al final, son paja de noticiario y sirven de relleno para un libro que solo le interesa a Putin».

«Lo que tengo que admitir es que para usted las españolas son tropezones y las andaluzas caldito fino. Y usted, para su gobierno, es bisutería barata, y lo que hacían en ese centro en realidad era mutilarte hasta tus sentimientos. Acerca del caso que te hacían en ese país y en el pueblo costero, lo que hacían era jugar al *pinball* contigo, en el que tú eres la bola y a veces la pelota, y solo se movía la bola cuando alguien quería echar moneda para jugar o que rebotaras en algún poste del millón para dar premio. El único cinismo que gasto en esto es que, como camarero, te dieron un trato especial y tú les serviste una caña Total Ness».

Un expolítico vasco me explicó algo que no comentó nadie: «Este gobierno de luxemburgueses que solo prefieren a sus hijos tiene de español lo que tiene de utilidad el grifo para tu amigo. Tu única suerte son los logros estériles en papeo, deportes y restos que por aquí me entran y por aquí me meo. Si no te dan nada ahora es porque quieren que luego les des más del doble para recuperarte, y que siga el pulgón corriendo como un conejo mientras ella se lo cepilla».

Un ministro con orejas se rio irónicamente al comprobar que no era necesaria ninguna ley de extranjería para expulsar alegremente a alguien, cuando hay otras para otros que permiten hacerlo de otra manera, pero algo más complicada, sin la burla de la justicia. Me dijo, sonriente: «Cataluña avanza inexorablemente como un pene; lo del psiquiátrico fue igual que un secuestro de su gobierno. Usted no se da cuenta, pero han avasallado sus derechos, unas persecuciones del Barcelona que denigran al castellano con el albor y la complacencia, un presidente que culea, y más sincero socialista: Zapatero».

Un presidente americano destacó que detrás de cada función y detrás de cada derrota había una idea política bien planteada sobre el papel, pero con un resultado insospechado e incalculable. No pude contestarle, pero sí había un resultado igual de inconmensurable que Alá.

Un alemán retirado se mofó cuando me hizo saber que el edificio 22@, donde se cree que a uno le dan de comer y se gana las algarrobas, en verdad era una universidad del dopaje y del espionaje industrial, «al

que fuiste invitado en calidad de *sparring* antes de ponerlo al servicio de la comunidad mundial».

Un comercial aburrido bostezó y resumió mi fracaso como que nadie paga el género antes de verlo, y menos después de que el médico concluyera que, después de lo que había descubierto acerca de la patología que se habían inventado, mis ideas podían no ser totalmente mías antes de mostrarlas. Resumiendo, me dijo que, después de lo primero, lo que hizo esa gente fue borrar a alguien del mapa por arquetipos y estereotipos e inventarse un falso profeta.

Una actriz que conserva mis apellidos me susurró un dilema escrito: «¿Qué esperabas a estas alturas, un Oscar de Hollywood, cuando te han dado de ostias hasta en el carné de identidad? Incluso tus padres, aunque preservaran con celo que no comieras del plato más de la cuenta». Solo pude responder: «Bueno, quizás, visto de esa manera, el fin del mundo esté más cerca. Pero si quería saber más tenía que consultarlo con la máquina, pero eso sí, pagando». Las zalameras de barrio sonreían y decían, medio en serio medio en broma: «Pero criatura, si te han dejado baldío. No sé para qué presumes y sales a ligar para buscar pareja, si solo vales para que te metan coca y se corran los demás. Además, qué quieres, si se ríe más el buitre leonado de África septentrional cuando ve que llega más alto que tú en este país».



Claro que sí, Santiago, ¡cómo hemos cambiado!  
El secreto es el Black & White.

Tiempo después, representantes de gobiernos extranjeros apuntaban al gobierno de España como un gobierno débil y corrupto, de ser él mismo tan culpable como cómplice de los secesionistas y sus atropellos, así como de manejar la opinión pública con informaciones que formaban parte de un montaje mediático.

Meses después, luego de ir de juzgado en juzgado y de sobreseimiento a otro atentado, se me ocurrió en un día de sol y de calma — por un nefasto juicio clandestino por parte de gente perdida y chiflada del fútbol— preguntarle a mi madre por qué nunca me creía cuando le hablaba de mi situación, a quién defendía más, a mí o a la autonomía de esa gente. Me respondió muy claramente que me defendía a mí, pero al preguntarle por qué siempre me condenaba a mí por mis actos y nunca los de ellos sobre mí, se

quitó la máscara que llevaba en el rostro para mostrarla en público, como una secuaz también de ellos, unas veces obligada, otras veces arrepentida. Pues, si bien me defendió en algo, fue a través de un pacto no escrito entre notarios, médicos y banqueros, con unos acuerdos que no hacían más que defender su autonomía en detrimento de la mía. Si bien era cierto que me defendía, tuve que señalarla también con el dedo como principal verdugo cuando ella misma pactó mis condiciones y las aberrantes escrituras con notarios, que no eran más que una fórmula en vida para que su hijo permaneciera vivo y condenado a las inclemencias de las circunstancias, y sometido a la esclavitud del engaño de los mismos que la habían embaucado con conservarlo todo.

Me olvidé entonces de las explicaciones para dejárselo claro a padres y familiares: «Usted, con ese pacto y con esas aberrantes escrituras, lo único que ha defendido es la causa de esa gente, una causa que han utilizado para censurarnos en todo, desde los estudios hasta a hablar nuestra propia lengua, hasta el extremo de no poder relacionarnos. Y lo más increíble fue recibir un trato subversivo que, a la postre, impedía incluso que una mujer nos diera de comer, como en el Valle de los Leprosos, según la liturgia». Eso no es robar la vida, eso es algo aún más demencial: era esclavizar a sus hijos y familiares para comprar el libro en la tienda con otro nombre, que bien pudiera haber sido la de sus hijos. Respecto a la moralidad y los valores cristianos, es verdad que aprendieron muy bien las sagradas escrituras de «creced y multiplicaos», pero no fue la primera vez que lo de «dar

de beber al sediento y asistir al enfermo» chocó con el resto, y tuve que aguantar burlas y mofas acerca de que esa norma no era santo de su devoción, como siempre jugaba, cómo no, con la doble moralidad de los crecientes votos de humildad.

Aunque, muy a mi pesar, los negocios con grandes contratos floten sobre nuestras vidas y nuestras cabezas y que no veamos rédito ninguno de nuestras empresas, no me da más que pensar en que lo que mejor han hecho los catalanes en este gobierno es negrear los estudios, logros, amistades, trabajo e incluso informes, y que empiezan a volver los ecos del pasado, cuando se hablaba de que África terminaba en los Pirineos.

Pero es ahora, cuando han pasado los años, cuando pienso en el fatídico día del 2001, con tanta audiencia por saber el nombre de la rosa. Y qué horror que nunca se supiera su nombre. Fue quizás cuando muchos comprendimos que aparentemente alguien nos odiaba más de la cuenta, cuando lo que veían era un emergente potencial enemigo de su reinado y su hegemonía por una banda de incomprensidos e inadaptados sociales, que estaban inmersos en un intento de dominar y aplacar a un nuevo grupo social con perfil infantil y de inteligencia algo pueril, que no querían que crecieran como un *lobby* en lo que llamarían guerra de medios, y cuyo mejor futuro era seguir con sus madres y ser asimilados por el deporte rey de la televisión. Claro está, Pipino lo resumió todo muy claramente: es una cuestión de protagonismo, no de principios, o quizás esto último no lo necesitaban.





En memoria de las redes neuronales y la Fuzzy Logic.



# ÍNDICE

CAPÍTULO 0 LA REVELACIÓN .....	9
CAPÍTULO 1 UNA COPA Y AL CARAJO.....	17
EPISODIO 1 .....	17
EPISODIO 2 .....	20
EPISODIO 3 .....	22
CAPÍTULO 2 TOBLERONE.....	25
EPISODIO 1 .....	25
EPISODIO 2 .....	27
EPISODIO 3 .....	32
CAPÍTULO 3 UNIVERSAL.....	33
EPISODIO 1 .....	33
EPISODIO 2 .....	35
EPISODIO 3 .....	41
CAPÍTULO 4 LOS ILLUMINATI.....	49
EPISODIO 1 .....	49
EPISODIO 2 .....	56
EPISODIO 3 .....	63

<b>CAPÍTULO 5 EL DÍA DE LA HISPANIDAD.....</b>	<b>69</b>
EPISODIO 1 .....	69
EPISODIO 2 .....	71
EPISODIO 3 .....	73
<b>CAPÍTULO 6 EL SALMÓN.....</b>	<b>75</b>
EPISODIO 1 .....	75
EPISODIO 2 .....	78
EPISODIO 3 .....	95
<b>CAPÍTULO 7 EL COCHE ESCARABAJO.....</b>	<b>99</b>
EPISODIO 1 .....	99
EPISODIO 2 .....	106
PARTE I .....	106
PARTE II .....	110
EPISODIO 3 .....	113
<b>CAPÍTULO 8 MERCI POR EL MANÁ.....</b>	<b>119</b>
EPISODIO 1 .....	119
EPISODIO 2 .....	121
EPISODIO 3 .....	131
<b>CAPÍTULO 9 EL CONDE DE MONTECRISTO.....</b>	<b>135</b>
EPISODIO 1 .....	135
EPISODIO 2 .....	141
EPISODIO 3. TENEMOS ALGO QUE RECORDARTE.....	146
EPISODIO 4. EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS.....	159
EPISODIO 5 .....	167

<b>CAPÍTULO 10 CAPITULACIONES</b> .....	<b>171</b>
EPISODIO 1 .....	171
EPISODIO 2 .....	176
EPISODIO 3 .....	188
<b>CAPÍTULO 11 UNO DE SEPTIEMBRE</b> .....	<b>191</b>
EPISODIO 1 .....	191
EPISODIO 2 .....	197
<b>CAPÍTULO 12 EL ALMA DE LA CAIXA DE BERZOTAS</b>	
<b>Y SUS ENLACES</b> .....	<b>199</b>
EPISODIO 1 .....	199
EPISODIO 2 .....	202
EPISODIO 3 .....	207
<b>CAPÍTULO 13 PARES O NONES</b> .....	<b>211</b>
EPISODIO A-Z.....	.....
YO TAMBIEN SÉ LO QUE HICISTEIS, EL INQUISIDOR	
Y LA GRAN OPRESIÓN .....	211
LAS COSAS HAN CAMBIADO.	
NI SIQUIERA PUEDES SOPORTAR.....	214
LA REFORMA .....	219
EL PODER DE LA PLUMA Y LA ORDEN DEL TEMPLE .....	224
FÚTBOL ES FÚTBOL.....	232
UNAS NAVIDADES MUY ECUESTRES.....	238
TU QUOQUE FILI MI.....	248
EVASIÓN O VICTORIA.....	253

DE PARTE DEL DÚO DINÁMICO PSC/PSOE: TE APOYAMOS PROFUNDAMENTE .....	256
<b>CAPÍTULO 14 PARES O NONES - II.....</b>	<b>263</b>
MADRID Y DOBLE WOOPER CON EXTRA DE QUESO. MORATALAZ .....	263
DON PATO Y LOS JÓVENES CASTORES .....	273
LA PRESA DE LOS JÓVENES CASTORES .....	277
DE HIJOS DE CAÍN A HIJOS DEL INCA.....	298
EMPOLLANDO HUEVOS.....	315
MANGA POR HOMBRO.....	319
LAS EDADES DE LULÚ.....	321
EN CAMISA DE ONCE VARAS.....	327
TOMATE Y EXTRA DE PEPINILLO.....	335
YO REÍ.....	357
¿POR QUÉ NUNCA FUE CONTIGO AL LOUVRE? .....	363
<b>CAPÍTULO 15 NOMEN IS OMEN Y LA AUTOCRACIA.....</b>	<b>367</b>

## INFORMACIÓN DE IMÁGENES

Pag: 45 Imagen: 1 Cita: Crema Catalana Ref: Fotograma película Matrix

Pag: 45 Imagen: 2 Cita: Caiga quien caiga, y nada de esto fue un error Ref: Fotograma película Matrix

Pag: 46 Imagen: 1 Cita: De Neo, me meo ... Mea culpa Ref: Fotograma película Matrix

Pag: 55 Imagen: 1 Cita: Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces Ref: Fotograma episodio Seloquehicisteis

Pag: 60 Imagen: 1 Cita: Te quedaré con mi cara Ref: Fotograma película The running man

Pag: 62 Imagen: 1 Cita: Cabeza de turco Ref: Fotograma película The running man

Pag: 67 Imagen: 1 Cita: Creo que nadie va a testificar por ti Ref: Fotograma película The running man

Pag: 130 Imagen: 1 Cita: Quién iba a decir quién servía el papeo para el todopoderoso Sarnak. Ref: Fotograma película El retorno del Jedi

Pag: 145 Imagen: 1 Cita: Nuestros métodos son un éxito. Ref: Fotograma película El planeta de los simios

Pag: 150 Imagen: 1 Cita: El fin justifica los medios. Ref: Fotograma película El planeta de los simios

Pag: 152 Imagen: 1 Cita: Le prestamos especial atención a usted. Ref: Fotograma película Los doce monos

Pag: 153 Imagen: 1 Cita: Los medicamentos no eran un fin, eran un medio. Ref: Fotograma película Los doce monos

Pag: 157 Imagen: 1 Cita: Me alegro, tonto. Eso no son médicos, son inquisidores. Ref: Fotograma película El nombre de la rosa

Pag: 158 Imagen: 1 Cita: Tan lógicos y condescendientes como mezquinos. Ref: Fotograma película The running man

Pag: 164 Imagen: 1 Cita: Veneno blanco como si fuera agua bendita. Ref: Fotograma película Los doce monos

Pag: 190 Imagen: 1 Cita: Wandering star, Sure, Imposible no irse a la ruina con esa política. Ref: Fotograma película La leyenda de la ciudad sin nombre

Pag: 210 Imagen: 1 Cita: Señor Taylorman, ha sido usted un verdadero incordio. Pero yo era el otro. Ref: Fotograma película El final de la cuenta atrás

Pag: 252 Imagen: 1 Cita: Esta vez te salió bien la película. Ref: Fotograma película Giro al infierno

Pag: 269 Imagen: 1 Cita: Dagoth, descendiente de Amenofis y el cuerno de la abundancia. Ref: Fotograma película Conan el Destructor

Pag: 276 Imagen: 1 Cita: Gracias, machotes. Ref: Fotograma película La guerra de las galaxias

Pag: 279 Imagen: 1 Cita: Miss informadores dicen que usted es una conspiradora rebelde. Ref: Fotograma película La guerra de las galaxias

Pag: 293 Imagen: 1 Cita: El señor alcalde, siempre tan atento. Ref: Fotograma película El imperio contraataca



Pag: 297 Imagen: 1 Cita: Au revoir. Ref: Fotograma película La guerra de las galaxias

Pag: 301 Imagen: 1 Cita: Los chicos del maíz. Abandona todo en un mundo desigual. Ref: Fotograma película Conan el bárbaro

Pag: 318 Imagen: 1 Cita: Nunca caminar solo. Ref: Fotograma película V de Vendetta

Pag: 337 Imagen: 1 Cita: ¿Únicamente puro hedonismo? Ref: Fotograma anuncio Schweppes Spirit

Pag: 342 Imagen: 1 Cita: Primero de España y quinto de cerveza. Ref: Fotograma película V de Vendetta

Pag: 347 Imagen: 1 Cita: Imposible salir del laberinto del Fauno sin que haya algo claro. Ref: Fotograma película Cube

Pag: 355 Imagen: 1 Cita: Abre los ojos, carísimos. Se dice tirar la piedra y esconder la mano. Ref: Fotograma episodio Selo-quehicisteis

Pag: 357 Imagen: 1 Cita: Y parecen que no sabían qué hacer con un cabo suelto. Ref: Fotograma película El cabo del miedo

Pag: 364 Imagen: 1 Cita: Una decisión salomónica para el pobre de Bishop, sus intereses compartidos y su ilustre destino. Ref: Fotograma película Alien el Regreso





